

¡Todos ambicionaban la fuerza del desaparecido Krang..., pero su poder tenía un propósito: esclavizarlos o destruirlos!



EL KRANG DE LOS TAR-AIYM

Alan Dean Foster



Lectulandia

Los Tar-Aiym habían desaparecido hacía quizá un millón de años. Ellos habían luchado contra las demás razas que poblaban la galaxia, y las dominaron; pero ahora se habían desvanecido, y sólo quedaba la leyenda de su último invento: el desaparecido Krang. Nadie sabía con certeza qué era el Krang, pero todos lo ambicionaban. Hasta que fue encontrado...

Entonces resultó que el Krang tenía un propósito, un poder y una voluntad propios, destinados a esclavizar o exterminar.

Lectulandia

Alan Dean Foster

El Krang de los Tar-Aiym

EDAF Ciencia Ficción - 07

ePub r1.0

Rob_Cole 22.12.2017

Título original: *The Tar-Aiym Krang*
Alan Dean Foster, 1972
Traducción: Inmaculada de Dios
Retoque de cubierta: Rob_Cole

Editor digital: Rob_Cole
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO I

F LINX era un ladrón ético, en el sentido de que únicamente robaba a los malvados. Y para eso, sólo cuando era absolutamente necesario. Bien, quizá no tan absolutamente. Pero lo intentaba. Debido al ambiente que le rodeaba, sus normas morales eran necesariamente de una naturaleza altamente adaptable. Cuando se vive solo y todavía no se ha alcanzado el verano número diecisiete, deben hacerse ciertas concesiones en asuntos como éste.

Podría argumentarse, suponiendo que Flinx estuviese dispuesto a escuchar (una suposición muy poco probable), que tomar una decisión final clasificando a alguien como malvado o no, era algo horrorosamente totalitario. Un filósofo asentiría gustosamente. Flinx no podía permitirse ese lujo. Su ética era dictada por la supervivencia, no por abstracciones. Que se las hubiese arreglado para permanecer dentro del lado aceptable en la moralidad corriente de su tiempo, tanto como lo había hecho, era algo que le honraba grandemente. Aunque ahí también la casualidad había sido en buena parte responsable.

Lo normal, sin embargo, era que reuniese sus modestos ingresos honradamente en su mayor parte. Esto era necesario tanto por elección como por razones de sentido común. Un ladrón demasiado próspero atrae siempre una atención que no necesita. Tarde o temprano una ley criminal de «ganancias disminuidas» hace su aparición.

De todas formas, las cárceles de Drallar eran poco hospitalarias.

En la ciudad, los emplazamientos adecuados para que bufones de paso, juglares y gente semejante desplegasen sus talentos resultaban limitados. Algunos eran mucho mejores que otros. Que él, a una edad relativamente corta, hubiese conseguido asegurarse uno de los mejores, suponía un tributo a la suerte y a la tenacidad de la anciana Madre Mastín. Desde su infancia, ella le había reservado la pequeña y elevada plataforma próxima a su tienda, espantando a otros entrometidos con gritos o disparos, según requiriesen la ocasión y vehemencia del intruso. Por supuesto, Madre Mastín no era su verdadero nombre, pero así la llamaba todo el mundo. También Flinx. Los nombres reales no eran de mucha utilidad en los mercados de Drallar. Servían apenas de identificación, excepto a los recaudadores de impuestos. Por tanto, se otorgaban rápidamente nombres más aproximados a cada nuevo habitante. Madre Mastín, por ejemplo, tenía una extraordinaria semejanza con el canino terráqueo del mismo nombre.

Era humorísticamente conferido y de mala gana aceptado, pero aceptado al fin y al cabo. Su cáustica personalidad sólo tendía a complementar el parecido físico.

El hombre-niño había sido un huérfano. Probablemente involuntario, como la mayor parte de los de su clase. Pero, ¿quién podría decirlo? Si ella no hubiese pasado

junto a las jaulas de los esclavos a aquella hora y no hubiese mirado distraídamente a una cierta dirección, nunca lo habría advertido. Por razones que jamás había entendido por completo, lo había comprado, criado y, tan pronto como tuvo edad suficiente, impulsado a aprender un oficio. Afortunadamente, sus tendencias teatrales se habían manifestado a una edad muy temprana, lo mismo que sus peculiares talentos, de manera que el problema de escoger una ocupación se resolvió por sí solo. Demostró ser un observador agudo, aunque un tanto solemne, y por tanto su propio y mejor aprendiz, lo que resultó maravillosamente conveniente, porque los ejecutantes mayores que él siempre se ponían más nerviosos en su presencia de lo que les gustaba admitir. Antes que hacerlo, declaraban que era imposible enseñarle algo y le abandonaban a sus propias mañas.

También le había enseñado, tan pronto como fue práctico hacerlo, que en Drallar la independencia era muchísimo más que un pensamiento intangible. Aunque no pudiese meterse en ningún bolsillo o bolsa, era una posesión, y como tal tenía que ser valorada. Sin embargo, cuando él le había tomado la palabra, marchándose a vivir por su cuenta, la tristeza se adhirió a ella como una nueva capa de pintura. Pero nunca se lo reveló por miedo a transmitirle una debilidad, ni con sus palabras ni con el rostro. Cariñosa, pero firme, fue estimulándolo hacia adelante, un poco a la manera de los jóvenes pájaros de los polos. Además, ella sabía que su momento podía llegar en cualquier instante, y quería que esto rozase la vida de él lo más ligeramente posible.

Flinx sintió de nuevo en su mente el algodonoso dolor de una sonda empapada en azúcar: el conocimiento de que Madre Mastín era su madre por fuerza de simpatía, no por nacimiento. Tenía a la coincidencia por padre y a la suerte por herencia. De sus verdaderos padres nada sabía, ni tampoco lo había sabido el subastador. Su tarjeta estaba aún más vacía de lo normal, no llevando ni siquiera la genealogía más imprescindible. Un mestizo. Esto se deducía de su largo cabello rojo-anaranjado y de su complexión olivácea. La razón para su orfandad permanecería para siempre tan oscura como los rostros de sus padres. Dejó que el flujo de la vida de la ciudad penetrase en su mente y sumergiese sus placenteros pensamientos, no muy abundantes.

Un turista con más perspicacia que la mayoría había observado una vez que pasearse por el gran mercado central de Drallar era como permanecer en el centro de un oleaje bajo y dejar que las olas con paciencia geométrica le lamiesen a uno sin cesar. Flinx nunca había visto el mar; por tanto, la referencia permanecía oscura para él. Había pocos mares en Moth, de todas formas, y ningún océano. Únicamente los incontables e innumerables lagos de Azul-Cegador, que hacía aparecer al celeste como un tono descolorido.

El planeta había salido con rapidez poco corriente de su última edad de hielo. Las láminas heladas que desaparecían habían dejado su superficie marcada con un reluciente bordado lapislázuli de lagos, lagunas y grandes estanques. Una lluvia casi diaria mantenía constante el nivel de las aguas, debido inicialmente a los glaciares en

retroceso. Drallar tenía la suerte de estar situada en un valle excepcionalmente seco, siendo una de las principales razones del crecimiento de la ciudad la buena desecación y la ausencia de lluvias (más específicamente de barro). Aquí los mercaderes podían venir a comerciar con sus bienes y los artesanos a establecer sus talleres sin temor a ser inundados cada tres meses.

El ciclo de evaporación y precipitación del agua en Moth también era distinto al de muchos planetas de tipo humanx, similares por lo demás. Los desiertos estaban excluidos, por falta de verdaderas cadenas montañosas que bloquearan el aire cargado de humedad. La correspondiente ausencia de cuencas oceánicas y la general desigualdad del suelo nunca permitieron que se comenzase a formar un gran sistema de desecación. Los ríos de Moth eran tan incontables como sus lagos, pero, en su mayoría, pequeños en caudal y longitud. Por tanto, el agua del planeta estaba distribuida a partes iguales por toda la superficie, con la excepción de los dos grandes casquetes helados de los polos y de los restos hemisféricos de los mayores sistemas glaciales. Moth era como las Grandes Llanuras terráqueas, llenas de coníferas, y no de maíz.

El canto polirrítmico de los que a gritos pregonaban las mercancías de mil mundos formaba un nervioso y vibrante contrapunto a los comparativamente suaves susurros y murmullos de la multitud. Flinx pasó una mercería que conocía, y al cruzar intercambió una breve y secreta sonrisa con su propietario. Aquél, un digno y bronco humano de edad media y cabello rubio, acababa de vender un par de abrigo de piel de durfarq a dos alienígenas extrañamente vestidos... por tres veces su valor real. Un proverbio pasó perezosamente por su cabeza: «Aquellos que vienen a Drallar a comprar pieles sin la debida preparación son inevitablemente desplumados».

Flinx no sintió ofendido su elaborado sistema de normas éticas. Esto no era robar. Piel y fibras, madera y agua: eso era Moth. ¿Se pueden robar semillas de un tomate? El vendedor estaba contento con su venta y los compradores complacidos con su compra; de todas formas, la diferencia se destinaría al soporte de la ciudad bajo la forma de beneficencia y chanchullos. Además, cualquier alienígena que pudiese permitirse el viaje a Moth, podía muy bien pagar sus precios. Los mercaderes de Drallar no eran de ninguna manera rapaces. Solamente desviados.

Por lo demás, se trataba de un planeta bastante abierto. El gobierno era una monarquía, un vestigio de sus primeros tiempos. Los historiadores lo hallaban raro y lo estudiaban; los turistas, pintoresco, y lo convertían en un tópico. Sólo resultaba nominalmente aterrador para sus súbditos. Moth había sido empujado abruptamente y sin preparación al torbellino de la vida interestelar, sobrellevando la difícil transición bastante bien, como averiguaron rápidamente los aspirantes a expoliarlo. Pero en un planeta donde el grueso de la población nativa estaba compuesto por tribus nómadas que perseguían las pieles de animales igualmente nómadas, los cuales exhibían una insólita belicosidad ante el temor a la pérdida del propio pellejo, un gobierno representativo hubiese resultado en extremo difícil. Y naturalmente la Iglesia no

intervendría. Los consejeros ni siquiera pensaban en ellos mismos como constituyentes de un gobierno; por tanto, no podían pensar en imponer uno a los demás. La democracia en Moth tendría que esperar hasta que los nómadas dejaran que los contasen, les colocasen índices y etiquetas y los encarpetasen, y eso parecía muy lejano todavía. Era bien sabido que la Oficina del Censo del Rey publicaba anualmente cifras más complementarias que correctas.

Los productos madereros, las pieles y el turismo eran las principales industrias del planeta. Eso y el comercio. Criaturas portadoras de pieles de todos los tipos imaginables (y algunos inimaginables) abundaban en sus infinitos bosques. Hasta los insectos poseían pieles para alojar la omnipresente agua. Las variedades más conocidas de maderas duras y blandas prosperaban en los barklands (tierras de corteza), incluyendo una cantidad de tipos únicos y no clasificados, como cierto hongo caduco. Cuando uno hablaba de «grano» en Moth, no tenía nada que ver con harina. Los gigantescos lagos albergaban peces que debían ser capturados desde barcazas modificadas, equipadas con sedales de propulsión cíber. Era ampliamente repetido que de todos los planetas de la galaxia, únicamente en Moth un honrado piscis tenía tantas probabilidades como el pescador de ser él quien se lo llevase a casa. Y los cazadores estaban todavía empezando a tocar aquel aspecto de las potencialidades del planeta..., principalmente porque aquellos que se adentraban desprevénidos en los grandes bosques guardaban un inquietante silencio.

Drallar era la capital y la ciudad más importante. Gracias a las fortuitas coordenadas galácticas y a la inteligente política de impuestos de una serie de reyes, era ahora también un lugar de liquidación interestelar para intercambiar mercancías y realizar transacciones comerciales. Todas las grandes casas financieras tenían por lo menos sucursales aquí reservando sus oficinas más pretenciosas para planetas más «civilizados». El monarca y su administración estaban corrompidos sólo nominalmente, y el rey se encargaba de que el pueblo no fuera ahogado por normas y regulaciones represivas. No es que hiciese esto por amor al hombre vulgar. Simplemente era un buen negocio hacerlo. Y si no hubiese negocios, no habría impuestos. Que no hubiese impuestos significaría que no habría gobierno. Y si no hubiese gobierno, no habría rey, estado de cosas que el actual monarca, su Sequísima Majestad el rey Dewe Nog Na XXIV, trataba constantemente de evitar.

Sumándose a los humanos indígenas, los negocios de Drallar eran conducidos por medio centenar de razas inteligentes. Para conservar este conglomerado de comercio en suave pulsación, se necesitaba una fantástica diversidad de combustibles orgánicos. En consecuencia, la plaza del mercado central estaba rodeada por una serie aparentemente infinita de tenderetes, autoservicios y restaurantes, que formaban en realidad una enorme e ininterrumpida cocina. La combinación de aromas resultante, generada por estos establecimientos, se mezclaba, formando una atmósfera no igualada en ninguna otra parte conocida de la galaxia. En focos comerciales más refinados, tan exóticas miasmas eran decentemente alejadas. En Drallar no había

ozono que pudiera contaminarse. El pan de un hombre era el narcótico de otro. Y el narcótico de un hombre podía muy bien producir náuseas a un tercero.

Pero por alguna casualidad de la química, o química de la casualidad, los humos se mezclaban tan bien en el aire naturalmente húmedo, que cualquier efecto potencialmente nocivo era suprimido. Lo único que quedaba era un espeso perfume, siempre arremolinándose, cosquilleando las gargantas y dejando las bocas que no lo esperaban en un perpetuo estado de salivación. Podía conseguirse engañosamente una comida completa y satisfactoria con sólo sentarse en el centro de los mercados e inhalar durante una hora. Muy pocos lugares en el Brazo habían adquirido lo que podría ser discreto adecuadamente como una reputación olfatoria. Era verdad que desde sitios tan lejanos como la Tierra y Proción llegaban *gourmets* simplemente para sentarse en los alrededores de la plaza del mercado y participar en largas y briosas competiciones en las cuales los participantes solamente intentaban identificar las vaharadas de sabores que se mecían en la húmeda brisa de aquel lugar.

La razón para la disposición circular era sencilla. Un hombre de negocios podía adquirir fuerzas en los alrededores y zambullirse después en el remolino del comercio sin tener que preocuparse de ser interrumpido en medio de una importante transacción por una repentina ráfaga de, por ejemplo, picante humo de prego, procedente de las hogueras de madera de bahn. La mayor parte del día el vasto círculo servía admirablemente bien, pero durante las horas de las principales comidas hacía que la plaza del mercado se pareciera más que nunca a aquella analogía del observador turista sobre el flujo y reflujo del mar.

Flinx se detuvo ante el puesto del viejo Kiki, un vendedor de dulces, y compró un pequeño pastel de thisk. Era una mezcla sobre la base de un resistente híbrido local del trigo. El interior estaba relleno con trozos de frutas, bayas y pequeñas nueces carnosas de parma, maduras recientemente. El producto terminado era entonces sumergido en un caldero de miel dorada y tibia y se dejaba endurecer. Era duro para los dientes, pero ¡qué agradable al paladar! Tenía un fallo: la consistencia. Morder thisk era como masticar aislante de un viejo traje espacial. Mas tenía un alto contenido energético y las nueces de parma resultaban suavemente narcóticas. Flinx sentía la necesidad de algún tipo de estimulante débil antes de la representación.

Por encima de las voces y de los olores, por encima de todo, Drallar podía ser contemplada.

Los edificios de la plaza del mercado eran bastante bajos, pero en el exterior de la media luna alimenticia podían verse las antiguas murallas de la ciudad vieja. Desparramados aquí y allá estaban los edificios donde tenía lugar el comercio más importante. El pulso de la vida de Moth estaba aquí, no en los espectaculares tenderetes de allá abajo. Todos los días en las oscuras trastiendas y oficinas de aquellas estructuras nuevas-viejas se comerciaba con las economías de media docena de mundos. Allí los restaurantes para *gourmets* catalizaban a los ricos deportistas de regreso de los lagos, que levantaban sus narices y cerraban sus ventanas contra los

efluvios plebeyos que les asaltaban desde los puestos de comida de abajo. Allí los taxidermistas practicaban sus apestosas artes, rellenando vellosas pieles de Yax'm y montando las marfileñas cabezas del cornudo Devilope Demmichin, parecidas a una pesadilla.

Detrás se levantaban las casas de apartamentos donde vivían las clases medias y bajas, caracterizadas las de los más pobres por pocas ventanas y agrietamientos en el yeso, y las de los mejor situados, por los maravillosos murales, pintados por los artistas gitanos, con multitud de historias, y por los brillantes mosaicos de azurina, que conservaban las casas calientes en invierno y frías en verano. Todavía más lejos se elevaban los aislados grupos de torres de los ricos barrios centrales, con sus jardines colgantes y reforzadas terrazas de cristal. Se mecían en lo alto sobre el ruido y el clamor de lo vulgar, brillando todas las mañanas entre la niebla, como enjoradas jirafas.

Surgiendo del centro de la ciudad y dominándola por completo estaba el gran palacio de los gobernantes de Drallar. Generaciones de reyes habían ido construyendo añadidos, con su propia personalidad, colocando una sección aquí, un ala allá. En aquel lugar moraban el rey Dewe Nog Na y su corte. Algunas veces tomaba el ascensor hasta el minarete más alto, y desde allí, sentado cómodamente sobre una plataforma que giraba lentamente, observaba a placer el imposible hormiguero que constituía su dominio.

Pero lo más hermoso sobre Moth no era Drallar, con sus torres brillantes y su cromática ciudadanía, ni los innumerables lagos y bosques, ni las espléndidas y abigarradas cosas que allí moraban. Era el propio planeta. Esto le había dado nombre, le proporcionaba singularidad dentro del Brazo y había atraído a los hombres al sistema. Los planetas anillados eran bastante raros.

Moth era un planeta alado.

No había duda de que las «alas» de Moth en algún tiempo habían sido un perfecto y ancho anillo del tipo del de Saturno. Pero en algún momento del remoto pasado había sido roto por dos sitios..., posiblemente como resultado de una tensión gravitatoria o de un cambio en los polos magnéticos. Nadie podía saberlo con seguridad. La consecuencia era un anillo incompleto, consistente en dos grandes crecientes de gas y piedra pulverizada, que rodeaban el planeta, separados por dos enormes fallas. Las crecientes se estrechaban en la parte próxima al planeta, pero fuera, en el espacio, se extendían en forma de abanico natural, debido a la disminución de la gravedad, produciéndose así el famoso efecto de «ala». Eran también más gruesas que los antiguos anillos de Saturno, conteniendo una proporción más elevada de gases fluorescentes. Dos gigantescas formas triangulares de un claro amarillo mantecoso surgían a cada lado del planeta.

Quizá inevitablemente la única luna de Moth era denominada Fíame. Algunos pensaban que se trataba de una denominación trivial, pero nadie negaba su aptitud. Era aproximadamente un tercio más pequeña que la luna de la Tierra, y casi dos veces

más lejana. Tenía una característica peculiar. No «ardía», como el nombre parecía sugerir, aunque brillaba bastante. De hecho, algunos sentían que la etiqueta «luna» era completamente inapropiada, pues Fíame no se movía en absoluto alrededor de su planeta mayor, sino que le precedía alrededor del Sol en la misma órbita aproximadamente. Los dos nombres fueron conservados, según un proverbio: la zanahoria guiando un asno cubierto de joyas, con la eternidad impidiendo por siempre dar satisfacción a este último. Afortunadamente, los descubridores del sistema habían resistido el impulso de nombrar a las dos esferas según el proverbio mencionado. Como ocurre con tantas de las originalidades de la Naturaleza, los dos eran demasiado suntuosos para ser ridiculizados así.

El ala que estaba del lado de Drallar resultaba visible para Flinx únicamente como una línea fina y reluciente, pero él había visto fotografías tomadas desde el espacio. Nunca había estado en el espacio, al menos sólo por delegación, pero había visitado muchas de las naves que aterrizaban en el puerto. Allí, a los pies de los tripulantes más ancianos, escuchaba atentamente mientras ellos tejían historias de los grandes barcos KK que recorrían los oscuros y desiertos lugares del firmamento. Puesto que aquellos monstruosos ingenios interestelares nunca tocaban el suelo, estaba claro que nunca había visto ninguno personalmente. Un aterrizaje así nunca se produciría, excepto en una inevitable emergencia, y en tal caso, nunca sobre un planeta habitado. Un Doble-Ka llevaba sobre su morro el centro de gravedad de un pequeño sol, como una abeja lleva polen. Incluso encogiéndose hasta el diminuto tamaño necesario para hacer un sencillo aterrizaje, ese campo protegería la enorme masa de la nave. También desgajaría una considerable porción de la corteza planetaria y provocaría toda clase de indeseables fenómenos naturales, como tsunamis, huracanes y demás. Por tanto, eran las naves-lanzadera, más pequeñas, las que iban y venían como un yo-yo entre el viajero y el suelo, depositando gente y mercancías, mientras los gigantescos transportes permanecían en la inmensidad negra y fría, en un exilio semejante al de Polifemo.

Hubiese querido salir al espacio, pero no había encontrado todavía una razón válida para hacerlo, y no podía dejar a Madre Mastín sin compañía. A pesar de incesantes bufidos asegurando su buena salud, tenía más de cien años. Dejarla sola simplemente a causa de un viaje de placer, no era un pensamiento que le resultara atrayente.

Tiró de su manto alrededor de los hombros más fuertemente, medio enterrando a Pip entre los pliegues de la espesa piel. Para un planeta habitado por humanos, Moth no era excepcionalmente frío, pero distaba mucho de ser tropical. No podía recordar cuándo no había sido saludado al despertarse por una pegajosa niebla. Era una camarada fiable, pero algo húmeda. Aquí las pieles se usaban más para contener el agua que para proteger del punzante frío. Hacía frío, sí, pero no congelante. Por lo menos sólo nevaba en invierno.

Pip silbó con suavidad, y distraídamente Flinx comenzó a darle las pasas que

había arrancado del pastel de thisk. El reptil se las tragaba enteras ávidamente. Si hubiera tenido labios, se los hubiera relamido. Siendo las cosas como eran, la larga lengua se disparó y acarició las mejillas de Flinx con el delicado toque de un cortador de diamantes. Las iridiscentes escamas del minidrag parecían incluso brillar con más fuerza que de costumbre. Por alguna razón, era especialmente apasionado de las pasas. Quizá saboreaba su contenido en hierro.

Miró la ventanilla de positivos en su contador individual de créditos. No estaban arruinados, pero tampoco nadaban en la riqueza. ¡Oh, sí, definitivamente era hora de ir a trabajar!

Desde un mostrador de su abigarrada caseta de exposición, Madre Mastín estaba discutiendo amistosamente con un par de pequeños y enjovados turistas thranx. Su técnica era admirable y competente. «Tiene que serlo —reflexionó él—. Ha tenido tiempo en abundancia para perfeccionarla». No se sintió demasiado sorprendido ante la presencia de los insectoides. «Donde van los humanos van los thranx y viceversa, ¿no lo sabes?». Era un estribillo infantil. Pero ellos parecían un poco incómodos. Los thranx amaban la lluvia y la humedad, y a este respecto Moth les iba perfectamente, mas también preferían que hiciese mucho menos frío y más humedad. Paradójicamente, el aire podía estar húmedo y para ellos todavía demasiado seco. Cada vez que un nuevo planeta cálido era descubierto, los thranx caían en éxtasis, a pesar del hecho de que sitios así invariablemente poseían un medio ambiente hostil y lleno de obstáculos. Como cualquier joven humano, él había visto innumerables fotografías de planetas thranx: Hivehom, contrapartida de la Tierra, y también las famosas colonias thranx sobre la propia Tierra, en las cuencas del Congo y del Amazonas. ¿Por qué iban los humanos a agotarse en un clima inapropiado cuando los thranx podían prosperar allí? Ellos habían conseguido de aquellas regiones inhóspitas muchísimo más de lo que el hombre nunca pudo o hubiera podido... Lo mismo que los humanos, por su parte, habían hecho en la altiplanicie mediterránea de Hivehom.

Indudablemente, el amalgamamiento había funcionado muy bien en todas partes.

A juzgar por el corte de sus collares, aquellos dos venían probablemente de Evoria. De cualquier forma, el brillo de la tiara y el ovipositor de la hembra eran revelaciones inútiles. Probablemente una pareja de cazadores, en busca de excitación. No había mucho en Moth que atrajese a los thranx, excepto la diversión, la política y el comercio de metales ligeros. Moth era rico en metales ligeros, pero deficiente en muchos de los pesados. Poco oro, plomo, uranio, etc., pero plata, magnesio y cobre en abundancia. Según los rumores, el gigante complejo thranx Elecseed tenía planes para convertir a Moth en el primer productor de componentes de máquinas de pensamiento y eléctricos, tal como habían hecho en Amropolous. Pero hasta ahora había quedado solamente en rumor. Además, inducir a los expertos operarios thranx para que emigrasen a Moth necesitaría de los mejores psicopublicistas de la compañía trabajando día y noche, más megacréditos en pago de la incomodidad. Incluso trabajadores humanos separados del mundo encontrarían las condiciones de

habitabilidad no muy deseables. No lo creía probable. Y sin energía atómica propia habría un gran problema de energía. La hidroelectricidad era una ayuda limitada, debido a la falta de agua blanca. Se trataba de un problema intrigante. ¿Cómo generar la electricidad suficiente para poner en funcionamiento una planta que manufacturase productos eléctricos?

Todas estas cavilaciones no añadían créditos a una cuenta ni ponían pan en la boca.

—Señor y señora, ¿qué os parecen mis mercancías? No puede encontrarse nada mejor de este tipo a este lado de Shorttree, y bien poco allá.

Se afanaba al parecer sin un propósito determinado entre sus muestras.

—Aquí hay algo que quizá os guste. ¿Qué me decís de esta pareja de vasos de cobre, eh? Uno para ti y otro para ti.

Sostenía dos altos y finos instrumentos thranx de bebida en cobre bruñido. Sus caras estaban elaboradamente grabadas y sus pitorros formaban intrincadas espirales.

—Observad la ejecución, el maravilloso trabajo de las volutas, señor —apremiaba ella, marcando los delicados esquemas con un arrugado índice—. Os desafío a que encontréis algo mejor en alguna parte.

El macho se volvió hacia su compañera.

—¿Qué dices tú, querida?

Hablaban en simbio-lenguaje, aquella mezcla peculiar de terráqueo básico y chasquidos-subidos thranx que habían llegado a ser el lenguaje dominante del comercio en todo el Mercado Común Humanx, y además en buena parte del resto de la galaxia civilizada.

La hembra extendió una falsa mano y sujetó firmemente el utensilio por una de sus dobles asas. Su pequeña cabeza se inclinó ligeramente formando ángulo, en un gesto de apreciación extrañamente humano, mientras llevaba sus dos manos anteriores sobre la superficie, profundamente grabada. No dijo nada, sino que miró directamente a los ojos de su pareja.

Flinx permaneció donde estaba y asintió complacidamente a la inocente sonrisa en el rostro de Madre Mastín. Había visto antes esa mueca rapaz.

El conocimiento de su mente le proporcionaba más información sobre lo que inevitablemente seguiría. A pesar de un siglo de íntima familiaridad y asociación con los thranx, quedaban todavía algunos humanos que eran incapaces de interpretar hasta las modalidades más corrientes de los gestos y el brillo thranx. Madre Mastín era una experta y los conocía todos. Sus ojos eran lo suficientemente brillantes como para leer las mayúsculas que brillaban allí: VENTA.

El esposo comenzó las negociaciones en un estilo admirablemente improvisado.

—Bien... Quizá podría llegarse a algo... Tenemos ya un montón de chucherías de este estilo... Precios exorbitantes... Un nivel razonable.

—¡Nivel! ¿Habláis de niveles?

El ultrajado boqueo de Madre Mastín fue lo suficientemente violento como para

llevar el olor del ajo hasta donde Flinx se encontraba. El thranx lo ignoró.

—Mi buen señor, ¡yo sobrevivo nada más que a un nivel de subsistencia! ¡El gobierno se lleva todo el dinero y me deja una miseria, señor, para mis tres hijos y dos hijas!

Flinx movió la cabeza admirando el simpar estilo de Madre Mastín. La descendencia de los thranx siempre llegaba en múltiplos de dos, un rasgo sobreviviente ingénito. Con la mayor parte de las cosas terrenas y humanas había habido poco o ningún conflicto, pero, debido a un capricho de la psicología, los thranx no podían evitar considerar los nacimientos extrañamente numerados de los humanos como patéticos y, a la vez, bastante obscenos.

—Treinta créditos —suspiró ella finalmente.

—¡Eso es blasfemo! —gritó el esposo con sus antenas temblando violentamente—. Quizá valgan diez, y aun eso es un cruel halago para el artesano.

—¡Diez! —gimió Madre Mastín, simulando un desmayo—. ¡Diez dice la criatura, y se siente orgullosa de ello! Seguramente..., seguramente, señor. ¡No esperaréis que considere en serio una oferta como ésa! Ni siquiera como broma es buena.

—Quince entonces, y debería denunciaros al magistrado local. Hasta los vulgares ladrones tienen por lo menos la decencia de trabajar de incógnito.

—Veinticinco. Señor, vos, un ser culto y rico, podéis seguramente hacer algo mejor que vilipendiar y hacer burla de una vieja hembra. Alguien que seguramente ha fertilizado tan gran número de huevos como vos...

La hembra tuvo el gusto de bajar la cabeza y enrojecer. Los thranx eran completamente abiertos sobre el sexo..., el suyo o el de los demás...; sin embargo, Flinx pensó que había temas sobre los cuales no era apropiado hablar.

Quizá no hubiesen sido buenos modales, pero en este caso por lo menos pareció ser un buen negocio. El macho la interrumpió desmañadamente con un profundo y vibrante zumbido.

—Veinte, entonces.

—¡Veintitrés y medio, y no rebajaré ni una décima de crédito más!

Cruzó los brazos en un reconocible gesto de terminación.

—Veintiuno —contrarrestó el macho.

Madre Mastín movió obstinadamente la cabeza, inmóvil como un árbol de piedra. Parecía lista para aguardar una entropía.

—Veintitrés y medio. Ni una décima de crédito menos. Es mi última y final oferta, estimado señor. Este par encontrará su propio mercado. Yo debo sobrevivir, y me temo que ya os haya permitido que me llevéis demasiado lejos.

El macho hubiese continuado con la discusión, aunque sólo hubiese sido por cuestión de principios, pero en ese momento la hembra puso una de sus manos sobre su antetórax, justo detrás de la oreja, y le acarició ligeramente. Esto terminó el regateo.

—Ahhh. ¡Por los Centros Oscuros! Veinticinco..., no veintitrés y medio.

¡Ladrona! ¡Asaltadora de la razón! Es bien sabido que un humano estafaría a la propia hembra de la que desciende por medio crédito.

—Y es bien sabido también —replicó Madre Mastín suavemente mientras procesaba la venta— que los thranx son los regateadores más astutos en toda la galaxia. ¡Lo habéis conseguido a un precio robado, señor, así que el ladrón sois vos y no yo!

Tan pronto como el intercambio de crédito hubo finalizado, Flinx abandonó su lugar de descanso junto a la vieja pared, y a grandes zancadas se acercó a la combinación de caseta y hogar. Los thranx habían partido, felizmente, con sus antenas entrelazadas. ¿En su vuelo de emparejamiento? El macho por lo menos parecía demasiado viejo para eso. Su quitina comenzaba, aunque ligeramente, a sombrearse de azul oscuro, a pesar del obvio empleo de cosméticos, mientras la hembra era de un aguamarina mucho más joven. Los thranx también tomaban amantes. El delicado perfume de la pareja permanecía en el húmedo aire.

—Bien, madre —comenzó. No estaba indicando parentesco, pues ella hacía años que había insistido en eso, sino usando el título que la gente de los mercados le había otorgado. Todo el mundo la llamaba madre—. El negocio parece ir bien.

Aparentemente, ella no había advertido su llegada, y por un momento se sintió aturdida.

—¿Qué? ¿Qué? Oh, ¡eres tú, cachorro! ¡Bah! —hizo un gesto en la dirección en que habían partido los thranx—. ¡Son unos ladrones esos piojos para robarme de esa manera! ¿Pero puedo escoger?

Esperó una respuesta.

—Soy una mujer vieja, y debo vender de vez en cuando para sostenerme, incluso a precios como éstos, porque, ¿quién me alimentaría en esta ciudad?

—Lo más probable, madre, sería que fueses tú quien alimentases la ciudad. Vi cómo compraste esos mismos jarros en espiral a Olin el Calderero no hace ni seis días... por once créditos.

—¿Sí? ¿Sí? ¡Ejem, ejem! Debes estar equivocado, chico. Hasta tú puedes equivocarte de cuando en cuando, sabes. ¡Hum! ¿Has comido hoy?

—Únicamente un pastel de thisk.

—¿Ésa es la forma en que yo te eduqué, para que vivieses a base de dulces? —En su agradecimiento por el cambio de tema, ella fingió ira—. ¡Y apostararía a que además le diste la mitad a esa maldita serpiente tuya!

Ante eso, Pip levantó su adormecida cabeza y dejó oír un suave silbido. A Madre Mastín no le gustaba el minidrag; nunca le había gustado. A poca gente le gustaba. Algunos podrían hacer profesión de amistad, y bajo coacción, unos cuantos podían incluso ser persuadidos a acariciarlo. Pero ninguno podía olvidar que el veneno de las de su especie podía matar a un hombre en sesenta segundos y que el antídoto era raro. Flinx nunca era engañado, ni en serio ni en broma, cuando la serpiente yacía enroscada sobre su hombro.

—Suave, madre. Entiende lo que dices. En realidad, no tanto el qué como el por qué.

—¡Oh, claro, claro! Ahora di que el monstruo tiene inteligencia. Quizá esté embrujado. Yo por lo menos creo esto último, porque no puedo negar que lo he visto reaccionar extrañamente. Pero no trabaja. Duerme constantemente y come prodigiosamente. Serías mucho más rico sin ella, muchacho.

Flinx rascó ausentemente al minidrag detrás de la chata y escamosa cabeza.

—Tu sugerencia no tiene gracia, madre. Además, trabaja en el acto...

—Cuentos —resopló ella, pero no muy alto.

—En cuanto a sus hábitos de comida y de sueño, es una cosa extraña, y tiene requerimientos metabólicos a los que nosotros no podemos oponernos. Más aún: me gusta y le gusto.

Madre Mastín hubiese proseguido argumentando, pero a través de los años había recorrido incontables variantes de esta misma discusión. Sin duda un perro o uno de los domesticados pájaros corredores locales habrían constituido un animal doméstico más apropiado para un chico pequeño, pero cuando había recogido al maltratado joven, Madre Mastín no tenía créditos para perros o pájaros. Flinx se había tropezado con el minidrag en la callejuela detrás de su primera cabaña, escarbando en un montón de basura en busca de carne y azúcar. Ignorante de su identidad, se le había aproximado abiertamente y sin temor. A la mañana siguiente ella se los había encontrado a los dos enroscados sobre la cama del chico. Había sopesado una escoba e intentado espantarla, pero en lugar de sentirse asustada, la serpiente había abierto su boca y le había silbado amenazadoramente. Aquel intento inicial constituyó su primer y último esfuerzo físico para separarlos.

La relación era inusitada y muy comentada, sobre todo porque Alaspin estaba a muchos pársecs de distancia y nadie podía recordar haber oído hablar de un minidrag viviendo fuera de los límites de su mundo nativo. Generalmente se suponía que había sido la mascota de algún comerciante del espacio y que en el puerto se había perdido y escapado. Puesto que la importación de animales venenosos era una felonía en la mayoría de los planetas, incluido Moth, pocos se sintieron sorprendidos de que el propietario original no hubiese hecho ruidosos esfuerzos para reclamar su propiedad. En todo caso, no había dañado a nadie (Flinx sabía algo al respecto, pero era lo suficiente listo como para no pregonarlo), y por tanto, nadie en la plaza del mercado había protestado de su presencia ante las autoridades, aunque todos deseaban con pasión que se fuera a cualquier otro lugar.

Se apresuró a cambiar de tema.

—¿Cómo estás equipada de crédito, madre?

—¡Bah! Pobrementemente, como siempre; pero (dijo esto con una pequeña mueca astuta) supongo que seré capaz de arreglármelas por un rato gracias a esa última transacción.

—Apostaría a que sí —rió él.

Se volvió para vigilar a la polícroma multitud que fluía incesantemente por delante y alrededor de la pequeña tienda, e intentó calcular la proporción de turistas adinerados entre el populacho de todos los días. El esfuerzo, como siempre, le produjo dolor de cabeza.

—El tránsito es normal hoy, ¿no, madre?

—¡Oh, ahora mismo hay dinero ahí fuera! Puedo olerlo. Pero no se digna entrar en mi tienda. Quizá tú tengas mejor suerte, muchacho.

—Quizá.

Salió del amparo del toldo y subió a la elevada tarima, a la izquierda de la tienda. Cuidadosamente se puso a colocar las cacerolas y sartenes que constituían el grueso de las más baratas mercancías de Madre Mastín para procurarse un espacio suficiente donde trabajar.

Su método de ganarse una audiencia era simple y repetido. Cogió cuatro pequeñas pelotas de brana de uno de sus bolsillos y comenzó a lanzarlas al aire. Estaban formadas por la savia de un árbol que crecía solamente en el cinturón ecuatorial de Moth. Bajo los difusos UV del sol, latían con una débil luz amarilla. Eran perfectas para sus necesidades, por ser sólidas y de una consistencia uniforme. Una pequeña multitud comenzó a reunirse. Añadió ahora una quinta pelota y varió el ejercicio tirándolas por detrás de su espalda, sin perder el ritmo. La voz se corrió hacia afuera como un tentáculo invisible, atrapando ocasionalmente a una persona allí, otra allá, desde los límites de la pesada muchedumbre. Pronto había adquirido su propia y sustancial islita de seres vigilantes. Susurrando suavemente llamó al minidrag, casi enterrado entre las blandas pieles.

—Arriba, chico.

Pip se desenroscó del hombro de Flinx, desplegando sus coriáceas alas en toda su extensión. A pesar de su rareza, la multitud reconoció la mortal forma y retrocedió. La serpiente se lanzó al aire y ejecutó un delicado descenso en espiral, asentándose como una corona sobre la cabeza del muchacho. Procedió entonces a coger las pelotas y lanzarlas altas al aire cambiando la forma, pero no el ritmo del ejercicio. El ininterrumpido trazo fluorescente formó un tejido más complicado. Un suave palmoteo de aplauso saludó esta innovación. En Drallar los juglares eran más que corrientes, pero no así un joven que trabajaba tan diestramente con un reptil venenoso. Unas pocas monedas cayeron sobre la plataforma, ocasionalmente rebotando en las grandes sartenes con un ruido metálico. Más aplausos y monedas cuando la serpiente lanzó las cinco pelotas, una tras otra, al interior de una pequeña cesta en la parte de atrás del estrado.

—¡Gracias, gracias, gentiles seres! —dijo Flinx inclinándose teatralmente, mientras pensaba en la parte importante del acto—. Y ahora para vuestra información, ofuscación e ilustración... por una módica cantidad (*risas apagadas*) me comprometo a contestar cuantas preguntas con que cualquier persona entre el público quiera probarme, sin tener en cuenta su raza o planeta de origen.

De la asamblea se elevaron los usuales murmullos escépticos y no pocos signos de aburrimento.

—¡Todo el cambio de mi bolsillo —profirió bruscamente un comerciante de la primera fila—, si puedes decirme cuánto hay! Hizo una mueca en respuesta a varias risitas nerviosas procedentes del interior de la multitud.

Flinx ignoró el sarcasmo de la voz del hombre y permaneció silencioso con los ojos fuertemente cerrados. No es que tuviese que estar así. Podía «trabajar» lo mismo con ellos completamente abiertos. Era una pieza de puro exhibicionismo que las gentes siempre parecían esperar. El por qué se esperaba de él que mirase en su interior, cuando tenía que mirar hacia fuera, continuaba haciéndolo sentirse perplejo. No tenía una idea real de cómo le venían sus respuestas. En un minuto su mente estaba vacía, borrosa, y en el siguiente... a veces... aparecía una respuesta. Aunque «aparecer» no era tampoco completamente exacto. Muchas veces ni siquiera entendía las preguntas, especialmente en el caso de interrogadores alienígenas. O no entendía las respuestas. Afortunadamente, eso no significaba ninguna diferencia para su público. Él no podía prometer una interpretación.

—Estimado señor, tenéis en vuestro bolsillo cuatro piezas de a diez, dos piezas de cien... y una llave de acceso a cierto club, en el cual...

—¡Basta, basta!

El hombre agitaba sus engarriadas manos frenéticamente y miraba de reojo a aquellos de la multitud que estaban más próximos a él.

—¡Con eso es suficiente! Estoy convencido.

Rebuscando en su bolsillo, sacó un puñado de cambio y guardó de nuevo la comprometedor llave, alejándola de los curiosos que se inclinaban a echar un vistazo. Iba a tenderle las monedas. Después se detuvo casi ausentemente, con una mirada de perplejidad en su rostro. Cambió lentamente para convertirse en una de sorpresa.

—¡Por la ola de la marea de Pali, el cachorro tiene razón! Cuarenta y dos cientos. ¡Ha acertado!

Le tendió las monedas y se alejó, murmurando para sí mismo.

Un vuelo de monedas puntuó el aplauso algo nervioso de la multitud. Expertamente, Flinx evaluó su humor. Credulidad y burla a partes iguales. Naturalmente, algunos sospechaban que el mercader formaba equipo con él. Aseguraban que era muy convincente.

—¡Vamos, vamos, gentiles seres! Esto es un juego para larvas. ¿Seguro que entre vosotros no hay ninguno con preguntas dignas de probar mi sencilla habilidad?

Desde el fondo de la multitud, un ser, un quillp, recubierto completamente con el plumaje post-emparejamiento, lanzó hacia adelante su delgado cuello, semejante al del avestruz, y preguntó con voz alta y chirriante.

—¿En qué mes del verano saldrá mi pollada?

—Lo siento verdaderamente, señor, pero esa pregunta se refiere al futuro, y yo no

soy un vidente.

La criatura suspiró desilusionada, y se preparó para abandonar la reunión. Ante este signo de mortalidad por parte de Flinx, cierto número de personas parecían inclinadas a marcharse con el alto quillp. Flinx dijo rápidamente:

—¡Espero fervientemente que vuestros cinco huevos tengan éxito!

El quillp se detuvo sorprendido y volvió unos ojos saltones hacia el pequeño estrado.

—¿Cómo supiste que ése era el número de mi círculo?

En su excitación, habló en lengua nativa. Un vecino tuvo que recordarle que pasase a simbio-lenguaje.

—Mi norma es no revelar secretos profesionales.

Flinx bostezó con calculada lentitud.

—Vamos, una verdadera pregunta, gentiles seres. Me aburro rápidamente. Sin embargo, no puedo producir milagros, y éstos generalmente también aburren.

Dos humanos, individuos altos y musculosos, se abrían urgentemente camino hacia la tarima. El que estaba a la izquierda de Flinx llevaba gafas, no a causa de su antiguo valor terapéutico, sino porque en algunos círculos de la moda del momento eran consideradas como una novedad. Extendió una tarjeta de crédito.

—¿Puedes aceptar esto, chico?

Flinx levantó la cabeza y extrajo su contador.

—Por supuesto que puedo, señor. Haced vuestra pregunta.

El hombre abrió la boca y se detuvo.

—¿Cómo sé cuánto tengo que pagarte?

—No puedo fijar un valor a mis respuestas; solamente a vuestras preguntas. Lo que vos juzguéis que vale, señor. Si no contesto, os devolveré vuestros créditos.

Con un gesto señaló al minidrag, descansando alerta sobre su hombro.

—Mi mascota tiene una percepción extraordinariamente sensitiva del estado emocional de otros, incluso mejor que la mía. Un estafador, por ejemplo, exuda algo a lo que ella es especialmente sensitiva. Muy pocas veces me estafan.

El hombre sonrió sin alegría.

—¿Por qué será?

Marcó un código sobre la tarjeta; después la extendió de nuevo.

—¿Cien créditos serán suficientes?

Flinx sofocó rápidamente su reacción. ¡Cien créditos! Era más de lo que conseguía a veces en un mes. Por un momento estuvo tentado de rebajar la cifra, considerando las risas de Madre Mastín si lo averiguaba, sobre todo después de sus comentarios sobre sus precios aquella misma mañana. Después se recordó a sí mismo que era el hombre el que había puesto precio, y seguramente no se iba a estafar a sí mismo. Intentó detectar en el hombre rasgos de humor, pero no pudo. Tampoco en su compañero. Al contrario. Y todavía no había oído la pregunta. ¿Qué pasaba si no podía contestarla?

—Cien créditos será un precio muy satisfactorio, señor.

El hombre asintió e introdujo su tarjeta en el pequeño contador negro. La compacta máquina zumbó suavemente y la cantidad uno-cero-cero repiqueteó sobre el diminuto disco. Una breve pausa y zumbó de nuevo, brillando con fuerza la luz roja de su parte superior. Anotaba que la cantidad... tarjeta número... era la apropiada para la cantidad marcada y que los créditos, en número de cien (100), habían sido transferidos a la cuenta de un tal Philip Linx (su nombre en los registros de la ciudad) en el Real Depósito de la soberana República de Moth. Flinx volvió a colocar la caja en su bolsa y miró a los dos hombres que esperaban.

—Haced vuestras preguntas, señores.

—Mi compañero y yo buscamos un hombre... un amigo... de quien sabemos que está en algún lugar de esta parte de la ciudad, pero a quien hasta ahora hemos sido incapaces de encontrar.

—¿Qué es lo que hay en él de distintivo? —preguntó Flinx con los ojos cerrados.

El otro hombre habló por primera vez. Su voz revelaba una impaciencia confirmada por su mente. Era brusca y de tono bajo.

—No es alto..., delgado, tiene cabello rojo como tú, sólo que más oscuro y fuertemente rizado. Su piel no es tan oscura como la tuya. Es moteada y tiene ojos húmedos.

Eso ayudaba. No había abundancia de pelirrojos en Drallar y la referencia a «ojos húmedos» indicaba un hombre con una alta potencia sexual. La combinación podría ser fácil de localizar. Flinx empezó a sentirse más seguro. Sin embargo, Drallar era grande. Y había que pensar también en el puerto.

—No es bastante. ¿Qué más?

Los dos se miraron. Después el de mayor tamaño habló de nuevo.

—Este hombre está vestido con traje de navegante. Tiene... probablemente sobre su persona... un pequeño mapa. Un mapa estelar. Está dibujado a mano y posee un aspecto muy poco profesional. Generalmente lo guarda dentro de su camisa, que, en consecuencia, se comba ligeramente.

Flinx se concentró todavía más. Por tanto, un cambio en la abstracción interna, un ángulo resuelto... Abrió sus ojos y miró sorprendido hacia arriba. Su mirada recorrió la retaguardia de la silenciosa multitud y se posó sobre un individuo en el fondo. Un pelirrojo no alto, con piel moteada, ojos húmedos y una ligera prominencia sobre su corazón. Sin sentir sorpresa, Flinx percibió papel allá dentro. En cuanto sus ojos se encontraron, los del hombre se dilataron. Se separó y se sumergió en la muchedumbre del mercado. En la conmoción que siguió, el hombre grande volvió la cabeza y se esforzó para ver a través de la masa. Colocó una mano sobre el hombro de su compañero y señaló apresuradamente. Se alejaron en dirección al remolino, separando de su camino a los otros miembros de la asamblea con más fuerza que tacto.

Flinx estuvo a punto de llamarlos, pero su acción se convirtió en un encogimiento

de hombros. Si esta forma de respuesta satisfacía a aquellos dos, él ciertamente no iba a discutir el asunto. ¡Cien créditos! Sin comprometerse siquiera. Y las monedas sueltas sobre la tarima para Madre Mastín. Agitó una impulsiva mano en dirección a la muchedumbre.

—Muchísimas gracias por vuestra atención, gentiles seres. El espectáculo ha terminado, por lo menos por hoy.

La reunión comenzó a disolverse en el flujo del tráfico, no sin unos cuantos gruñidos de desilusión, procedentes de los que querían seguir preguntando. Con el inesperado y dramático refuerzo que los dos extranjeros le habían dado, probablemente podría haber sacado un buen montón de dinero de los restantes asistentes, pero su don era caprichoso y poseedor de una tendencia a cansarle rápidamente. Mejor detenerse con un éxito no desafiado. Este golpe de suerte le autorizaba a una celebración seria, y ya estaba impaciente por comenzarla.

—Pip, si pudiésemos lograr tanto como hoy de una manera regular, el rey me nombraría su tesorero real y a ti su guardián oficial.

La serpiente silbó sin comprometerse, los ojos negros como el azabache mirándole fijamente. La tinta hervía en aquellos diminutos estanques. Aparentemente, el trabajo en el gobierno no tenía mucho atractivo.

—Y sin duda tienes hambre otra vez.

Esto produjo un silbido más positivo y Flinx cloqueó, rascando al minidrag bajo su hocico, suave como el cuero.

—Eso es lo que pensé. Sin embargo, a mí me apetece algo de una naturaleza más bien líquida. Así nos acercaremos hasta el Pequeño Symm. Yo tomaré cerveza con especias y tú podrás tomar todos los pretzels que pueda contener tu venenoso y pequeño cuerpo.

Al oír esto la serpiente agitó la cola, lo que quiere decir que tembló de abajo arriba, puesto que en su mayor parte era cola.

Mientras caminaban sobre la retirada calle de piedra comenzó a reprocharse mentalmente no haber jugado por más tiempo con la multitud. Todavía le parecía que sobreutilizar su talento sería quemarlo. Pero había momentos en que uno tenía que ser negociante, además de prudente, un punto que Madre Mastín le había repetido muchas veces. Sin embargo, hoy se había dormido tarde y se había levantado más tarde de lo usual. De todas formas, hubiese sido difícil retener a la multitud por más tiempo. En Drallar la gente tendía a dispersarse rápidamente con la oscuridad, y ahora ya estaba completamente negro. Además, tenía cien créditos en su bolsillo, de derecho, no de hecho, puesto que estaban en su cuenta en el depósito. Así que, ¿por qué preocuparse?

Casi había alcanzado el escasamente iluminado bar, cuando escuchó ruidos. Se filtraban desde la callejuela a su izquierda, un agujero negro como la garganta de un pseudoesturión gigante de los Grandes Lagos Nórdicos. Sonaba mucho a pelea. Una sonda interrogadora trajo tonos de miedo, ira, terror, avaricia, sed de sangre. Las

peleas en broma eran acompañadas de muchas maldiciones y gritos. En una batalla a muerte nada era proferido, puesto que los participantes estaban demasiado ocupados y demasiado dedicados a su propósito para malgastar el aliento. Sólo los humanos peleaban en un silencio tan completo. Comprendió que no formaban parte de la población alienígena de la ciudad. Aquel peculiar mutismo del pensamiento...

Flinx no se mezclaba en conflictos de aquel tipo. En una ciudad como Drallar, donde las barrigas repletas coexistían en abundancia con bolsas repletas, el negocio particular de cada uno permanecía saludable sólo mientras se cuidase. Había dado un paso hacia la paz del bar, cuando Pip se desenroscó de su hombro y penetró rápidamente en la calleja.

Incluso a su edad relativamente joven, Flinx podía maldecir fluentemente en catorce lenguajes. Tuvo tiempo únicamente de utilizar cinco de ellos antes de lanzarse a la oscuridad detrás de su mascota. Sólo como precaución, retiró el delgado estilete de su vaina dentro de la bota, sin interrumpir el paso.

Ahora pudo distinguir tres formas en la débil claridad que proporcionaban las estrellas, enmascaradas por las nubes, y el resplandor de la ciudad. Dos eran grandes y permanecían en posición vertical. La otra era de estructura ligera y yacía sobre el suelo con una identificable rigidez. Uno de los otros se arrodilló sobre el cuerpo postrado. Antes de que pudiese llevar a cabo su desconocido propósito, se retorció y bramó fuertemente en el silencio.

—¡Maldición!

El hombre comenzó a manotear salvajemente una cosa delgada y coriácea que bajaba y se cernía sobre su cabeza. El otro extrajo de una cartuchera de hombro la maligna forma de una pistola neurónica e intentó enfocar el objeto que se movía rápidamente. Flinx no tuvo tiempo para pensar. Con vagos pensamientos de derribar al hombre al suelo y dejarle fuera de combate, saltó a su espalda. Los gruesos haces de anchos músculos que percibió por debajo de la camisa de éste le hicieron cambiar rápidamente de idea. El hombre se revolvió. En otro segundo sería aplastado contra la pared del edificio más cercano. Instintivamente la hoja se hundió una vez. El hombretón se incorporó horriblemente y se aplastó contra el suelo como un árbol gigante. Flinx ya había saltado del bulto muerto antes de que alcanzase el pavimento.

El otro se revolvió para hacer frente a esta nueva amenaza, mientras su compañero caía sobre el rostro. Maldiciendo, disparó en dirección a Flinx. Rodando como un loco, el joven había llegado hasta el refugio que le ofrecía una cesta metálica rota. Afortunadamente, la visión nocturna del hombre no parecía tan buena como la suya. Incluso así, la proximidad del disparo provocó un doloroso temblor en su pierna. Un blanco de aquella fea arma haría que un hombre muriese sacudiéndose en una serie de incontrolables espasmos musculares. Un blanco directo en la cabeza o en el corazón mataría instantáneamente. Se suponía que tales armas estaban prohibidas en Moth, pero obviamente la ley podía ser esquivada. El hombre iluminó la zona a su izquierda. Fue un error. Libre de trabas, Pip tuvo el tiempo que

necesitaba. El minidrag escupió una vez. No era un gesto de desafío, sino de muerte. Las serpientes voladoras o «dragones en miniatura» de Alaspin son sólo semejantes a pocas de las criaturas carnívoras. Entre éstas está el hemachacus o cobra escupidora de la tierra. Esta última tiene colmillos proyectados hacia delante, y en lugar de inyectar el veneno por medio de un mordisco, puede escupirlo a una distancia sorprendente con una precisión admirable. Los minidrags alaspianos no tienen, sin embargo, colmillos. Únicamente pequeños dientes cortantes para morder. En realidad, poco trabajo ha sido realizado sobre ellos en su no muy frecuentado planeta, pero aparentemente lanzan su veneno a través de un estrecho tubo de material cartilaginoso que corre a lo largo del cielo de la boca. Músculos que recorren la longitud del cuello y la mandíbula impulsan el veneno incluso más lejos que las especies terráneas y con más precisión. Afortunadamente, el minidrag tiene una disposición relativamente dulce, y ataca solamente cuando es amenazada. Las acciones de Pip eran por tanto inusitadas, pero no incomprensibles.

El hombre lanzó un grito sorprendentemente agudo y desgarrador y cayó de rodillas, restregándose los ojos. El veneno, además de mortal, era corrosivo. No resultaba fatal, a menos que penetrase en el torrente sanguíneo; por tanto, al frotarse los ojos, el hombre se mató efectivamente a sí mismo. En treinta segundos fue incapaz de hacer incluso eso.

En otros treinta era incapaz de hacer nada en absoluto.

Pip recobró su familiar lugar de descanso. Mientras colocaba sus anillas en torno al hombro de Flinx, el chico podía percibir la no muy natural tensión en los músculos del reptil. Sintió un breve impulso de recriminarle a voces como se merecía, pero al haberse librado por tan poco y el hecho de que la serpiente le había salvado la vida una vez más le hicieron desechar la idea. El tiempo apremiaba. Sacudiéndose ligeramente todavía a causa de sus propias reacciones musculares, se deslizó desde su escondite hasta los resultados de una acción indeseada.

Los únicos sonidos en la callejuela eran los temblorosos susurros que el aire, siempre húmedo, producía al fluir sobre las piedras frías y pulimentadas y el constante plop, plop, plop de la sangre que fluía de la herida en la espalda del hombre que el estilete había derribado. Quedaba todavía el tercer cuerpo. A pesar de todo, había llegado demasiado tarde para ayudar al hombrecito. Su cuello había sido limpiamente roto. Inmóviles, sus ojos sin vista reflejaban las silenciosas estrellas.

Había justo la luz suficiente para que pudiera percibir el brillante cabello rojo del hombre.

Una mano espasmódicamente rígida se aferraba a un arrugado trozo de plástico. Flinx lo liberó de su puño, torciendo los dedos sin vida, para abrirlos, pero todavía testarudos. Sobre él, las luces comenzaron a volver, mientras los prudentes habitantes de la calleja decidían que era seguro confiar sus preciosas personas a la silenciosa incertidumbre de la noche. La prudencia había sido mantenida, y ahora era reemplazada por la curiosidad. Debía marcharse. Ahora que los nativos se habían

agitado y que la acción se había resuelto, aparecería el cuerpo de policía local. Aunque les llevaría su tiempo, de todas formas llegarían. No le convenía ser encontrado de pie sobre tres cuerpos sin vida, todos ellos claramente habitantes de otros mundos, especialmente teniendo en cuenta que uno de ellos había registrado cien créditos en su cuenta aquella misma tarde.

No le gustaba robar a los muertos, pero una cosa tan pequeña que podía provocar la muerte de tres hombres en una sola noche era demasiado importante para dejarla a la discreción de la policía. Sin echarle más que una ojeada casual, enterró la arrugada hoja en su bolsa.

La policía llegó un poco después de que él hubiese dejado la boca de la callejuela. Un repentino incremento en la cháchara de voces y pensamientos le dijo que los cadáveres habían sido descubiertos. Para los locales la acción era definida por el tiempo y pedante. Cuando la policía descubriese que los tres cadáveres eran de habitantes de otros mundos, sería efectuada una orden de búsqueda sin apenas dilación. El asesinato no contribuía a incrementar el turismo. Se apresuró un poco más rápido hacia el bar.

El establecimiento del Pequeño Symm era notable no tanto por su comida y bebida como por la reputación de ser uno de los pocos sitios en Drallar donde un ser podía ir por la noche, emborracharse cómodamente y sin embargo ser capaz de retener la misma cantidad de fluidos corporales con los que había comenzado la velada. El Pequeño Symm era plenamente consciente del negocio que esa favorable posición atraía a su establecimiento y por tanto, trabajaba poderosamente para mantenerla. No lo sabía, pero si su negocio hubiese sido un país en la Tierra, hacía unos buenos siglos se hubiese llamado Suiza.

Como el Pequeño Symm medía bien más de dos metros de alto y su peso rondaba los ciento cincuenta kilos, pocos se sentían inclinados a discutir su neutralidad. Aquellos que deseaban hacerlo, se contentaban bebiendo en cualquier otro sitio y comentando entre ellos el extraordinario tamaño de las orejas del dueño del bar.

No había leyes sobre la bebida de Moth. Sólo leyes para los sobrios, según se decía. Con respecto a los jueces, uno podía pasar directamente del pecho materno a una botella de la mejor mezcla de licores de Antigua Burbuja de Levadura. El resultado final de esta política degenerada, como se la llamaba frecuentemente, era una floreciente industria local y un número de alcoholizados sorprendentemente bajo.

Sin embargo, algunos habían hecho comentarios sobre la relativa juventud de Flinx y dudado, en consecuencia, de su derecho a beber licores fermentados. Una persona en particular, un viajero descubridor de pecados, procedente de Puritania, había sido especialmente modesto a este respecto. El Pequeño Symm, inclinándose sobre él, había advertido al individuo cortésmente que debía limitarse a sus propios asuntos. Agarrándose firmemente a los principios de su fe (y estando él mismo un poco mareado), el hombre le dijo en términos nada ambiguos lo que podía hacer con sus sugerencias. Lo próximo que percibió fue el brazo derecho limpiamente roto por

dos sitios, con tanta suavidad como fue posible. El extranjero había acudido directamente a la policía, y ésta había puesto algunas objeciones... Después de todo, era un habitante de otros mundos, respetado, pero no con demasiado vigor, sobre todo una vez que Symm hubo recogido sus instrumentos guateados y los arrojó irremediabilmente dentro de la boca de una alcantarilla. Tras eso, tanto Flinx como Symm fueron poco molestados por esbirros de Dios o de la policía.

El gigante se sintió contento al verle. No era la menor de las cosas que tenían en común el hecho de que ambos fuesen técnicamente huérfanos.

—¡Un hogar seco, joven maestro! ¿Cómo te encuentra el mundo esta noche?

Flinx se sentó al final de la barra.

—Bastante bien, enorme. Lo bastante como para que me tome una botella de tu mejor Burrberry y una escudilla de pretzels para mi amigo.

Frotó a la serpiente bajo la mandíbula y los ojos de Pip se hicieron pequeñas hendiduras en señal de apreciación. Había ocasiones en que hubiese jurado que oía runrunear al animal, pero puesto que nadie más podía oírlo, nunca lo había convertido en un punto de discusión.

Las cejas de Symm se elevaron ligeramente. El Burrberry era caro y potente. Le preocupaba mucho más la capacidad del joven para solucionar lo primero, sin embargo. El rojo ale era importado de Crnkk, un planeta thranx, y resultaba un buen golpe incluso para un humano completamente adulto. Pero se lo alcanzó, y también los pretzels para el minidrag.

Cuando volvió, la serpiente no esperó una invitación, sino que se zambulló inmediatamente en el cuenco y comenzó a revolcarse entre los salados rollos, lanzando su lengua y golpeando con una rapidez de máquina los grandes cristales de balita. Como muchas cosas en Drallar, hasta los pretzels desdeñaban la sutileza. Flinx pensó, no por primera vez, que para ser un animal indeneablemente carnívoro, su mascota era notoriamente aficionada a los productos de grano. La adaptabilidad culinaria del minidrag había sido una razón por la cual había podido prosperar tan bien en la ciudad. En ocasiones en que la carne había escaseado, y también las sabandijas, él y Madre Mastín habían observado maravillados cómo el reptil engullía tranquilamente grandes porciones de pan salado o pime, los baratos brotes semejantes al maíz que infestaban muchas de las maderas blandas de Moth.

Flinx descorchó la botella delicadamente formada y se sirvió la mezcla de un rojo cereza, observando cómo espumeaba con un color rosado sobre el borde del jarro. La fabricación de cerveza constituía una de las más perfeccionadas habilidades de los thranx. Era demasiado tarde para los pocos borrachos perpetuos y demasiado temprano para la mayoría de los noctámbulos. El Pequeño Symm se aseguró de que sus otros clientes estaban atendidos y se acodó sobre el mostrador, apoyándose sobre sus brazos cruzados, semejantes a hirsutos árboles. Observó silenciosamente cómo el muchacho trasegaba en largos tragos el efervescente líquido; después comenzó a beber el resto a pequeños y cuidadosos sorbos. De vez en cuando un silbido

satisfecho llegaría desde la zona a su izquierda, entre los pretzels.

Las cejas del propietario del bar se elevaron de nuevo, cuando Flinx escogió pagar las consumiciones en monedas.

—¿El negocio ha sido tan bueno entonces?

—Lo ha sido, lo ha sido. Lo creas o no, viejo amigo, hoy he ganado cien créditos. ¡Y honradamente además!

El reciente recuerdo de los tres cuerpos en la callejuela volvió a él.

—Aunque quizá no esté tan contento ahora de haberlos ganado.

—Extraña cosa eso que dices.

El gigante se sirvió una gota de coñac de itrio.

—Soy feliz por ti, pero me siento también desilusionado, pues eso querrá decir que no necesitarás el trabajo que he reservado para ti.

—¿Sí? No te des tanta prisa. No intentes psicoanalizarme tampoco. Por el momento, puedo pasar, es verdad; pero el dinero tiene una tendencia a deslizarse inadvertidamente entre mis dedos. Me desprendo demasiado fácilmente de él. Tengo que pensar en la anciana, aunque en este momento podría ser la dueña de las fuentes de la ciudad, a pesar de sus protestas de pobreza.

—Ah, Madre Mastín, por supuesto. Bien, entonces es posible que te interese. Por lo menos, puedo prometerte que la compañía es algo intrigante.

Hizo un gesto indicando a la espalda de Flinx.

—El tercer reservado. Dos personajes de lo más extraordinario.

Flinx se volvió para mirar hacia los pequeños reservados cubiertos de tela que se alineaban al fondo del establecimiento. Negocio y placer, a veces mezclados, eran conducidos a menudo en aquellos enfundados enclaves. Escudriñó con más fuerza a través de la turbia luz. La mayoría de la gente no hubiese sido capaz de discernir cosa alguna, incluso a una distancia tan corta, pero Flinx no miraba únicamente con sus ojos. Sí, en el reservado indicado había verdaderamente dos figuras. Por lo que podía ver de ellos, formaban una extraña pareja.

Uno era un humano muy alto. Su cara no era estrecha, sino compuesta en su mayor parte de ángulos agudos, como hojas de cuchillo sobresaliendo por debajo de la piel. Su cabello parecía estar encaneciendo en las sienes y por detrás, giro natural del color; un mechón de puro blanco le recorría desde la frente a la espalda. Los ojos eran extrañamente oblicuos, casi mongoloides, y tan negros como la mayor parte de su cabello. Las enmarañadas cejas que se reunían sobre el puente de la nariz los hacía parecer un poco incongruentes. La boca era pequeña y de labios finos, y el cuerpo, aunque no delgado, tenía la esbeltez que produce una dieta cuidadosa, más que un vigoroso ejercicio. Las partes visibles de su cuerpo estaban fuertemente bronceadas, con el bronceado que Flinx había llegado a reconocer como perteneciente a hombres que habían permanecido largo tiempo en el espacio, expuestos a cantidades de ultravioleta puro superiores a la mayoría.

Si el hombre resultaba vulgar, su compañero lo era doblemente. Aunque Flinx no

había visto muchos thranx, porque no se reunían en Drallar, había visto bastantes como para saber que el que se inclinaba hacia el hombre era, con mucho, el más viejo que se había encontrado. Su quitina había pasado de un normal y saludable azul pálido a un oscuro púrpura, casi negro. Las antenas colgaban a los lados y eran escamosas en la base. Incluso a esta distancia podía percibir cómo el corazón debajo de los estuches de las alas (ambos conjuntos estaban presentes) se estaba exfoliando. Únicamente los relucientes ojos compuestos, semejantes a joyas, brillaban con un dorado que significaba juventud y fuerza. Una pena que no pudiese percibir todavía mejor.

El tejido efectivamente impedía oír la conversación a aquella distancia, pero de vez en cuando el insecto hacía un gesto con una verdadera mano y el humano asentía solamente en respuesta. Flinx sintió que el licor le molestaba. Casi enfadado, se volvió hacia su amigo.

—Tenías razón, Symm. Una pareja rara de encontrar por aquí.

—No han faltado una noche desde hace cuatro, y beben constantemente, aunque parece que la bebida carece de efecto sobre ellos. Pero vayamos al grano. Como está claro hasta para un pájaro Moth, son extranjeros aquí. Ayer por primera vez me preguntaron por un guía, diciendo que deseaban ver más de la ciudad. No se me ocurría qué hacer para ayudarles, hasta que pensé en ti. Pero ahora que eres más rico que el rey...

—No, no. Espera.

Flinx se sentía expansivo. Quizá era la cerveza.

—Deberían servir para unas cuantas historias, aunque no sea para nada más. Sí, yo asumiré el cargo.

Symm hizo una mueca y enmarañó rudamente el cabello del muchacho.

—¡Bien! Pensé que el echarles una ojeada te persuadiría, puesto que tu interés por las cosas de otros mundos es notorio. ¡El porqué de ello, sin embargo, es algo que sólo el Árbol sabe! Espera aquí, yo les hablaré.

Salió de detrás del mostrador y fue hasta el reservado. A traves de la ligera niebla de color de pulga producida por la cerveza, pudo ver cómo el gigante levantaba la cortina y murmuraba algo a los dos seres dentro.

—Bien —musitó para sí mismo—. Además hay una cosa buena. Por lo menos, no son turistas corrientes. Se me evitará la agonía de verlos cloquear sobre la compra de cargamentos de basura a tres veces su precio justo.

Emitió un sonido, que era como un largo silbido, terminando en una burbuja estallando. Una cabeza escamosa, relamida, emergió del cuenco de destrozados pretzels, que se habían reducido considerablemente de volumen. El minidrag se deslizó sobre la mesa y subió por el brazo que se le brindaba, enroscándose en su posición familiar sobre el hombro de Flinx. Eructó una vez tímidamente.

Symm volvía, remolcando a los dos habitantes de otros mundos.

—Este joven se llama Flinx, señores, y se ofrece a ser vuestro guía. Es imposible

encontrar en la ciudad uno mejor o con más conocimientos. No os dejéis engañar por su comparativa juventud, porque ya ha adquirido mucha información.

Aquí, a una distancia cercana, Flinx fue capaz de estudiar mejor a sus dos pupilos. Lo hizo así, atentamente. El alto humano era un buen sexto de metro más bajo que el gigantesco Symm, pero el thranx era verdaderamente un gigante de su clase. Con su cuerpo superior levantado, sus ojos estaban casi a un mismo nivel con los de Flinx. El insecto completo tenía una longitud de dos metros. Uno y medio era normal para un macho de su especie. A Flinx no le importaba que, a su vez, los ojos de ellos estuviesen ocupados en escudriñarle. Como actor, estaba más que acostumbrado a eso. Pero se encontró apartando la vista de aquellos dos enormes globos dorados. El encontrarlos se parecía demasiado a mirar un océano de prismas destrozados. Se preguntó cómo sería ver la vida así, a través de un millar de diminutos ojos.

Cuando el hombre habló, lo hizo con una voz sorprendentemente melodiosa.

—¿Cómo estás, joven? Aquí nuestro buen expendedor de licores nos informa de que eres prácticamente indispensable para alguien que desee ver algo de vuestra ciudad.

Extendió una mano y Flinx la estrechó, sorprendiéndose de encontrar allí callos. Mientras los efectos de la suavemente alucinógena cerveza se disipaban, comenzó a ser crecientemente consciente de la originalidad de los dos seres con los que se estaba asociando. Cada uno exudaba un aura de algo que no había encontrado antes, incluso en sus vagabundeos entre los residentes del puerto.

—Me llamo Tse-Mallory... Bran. Y éste, mi compañero, es Eint Truzenzuzex.

Al tiempo de la presentación, el insecto se inclinó desde la «cintura» con un movimiento fluido y planeante, no muy distinto al de un peinador de los lagos calándose sobre un pez nadando en la superficie. Otra sorpresa: hablaba terranglo, en lugar de simbio-lenguaje. Verdaderamente, aquí estaba un insecto culto y muy bien educado. Pocos thranx tenían la habilidad de dominar más de unas pocas frases en terranglo. Sus inconsistencias lógicas inherentes tendían a producirles dolores de cabeza. Sin embargo, la pronunciación del insecto era tan buena como la suya propia. Su tono rasposo era inevitable, por la diferente colocación de las cuerdas vocales.

—Alta metamorfosis para ti, joven. Necesitamos un guía en esta confusa ciudad vuestra, para varios días en realidad. Estamos encantados de que hayas accedido a solucionar nuestro problema.

—Haré lo que pueda, gentiles señores.

Tanta adulación le era embarazosa.

—Preferiríamos empezar mañana al amanecer —dijo Tse-Mallory—. Tenemos negocios aquí, ya sabes, y un conocimiento más íntimo de la ciudad en un prerrequisito que ya hemos aplazado demasiado tiempo. En realidad, estábamos esperando un guía que debía reunirse con nosotros, pero puesto que parece haber cambiado de idea, tú serás el encargado.

—Estamos en un pequeño albergue, a corta distancia en esta misma calle —

añadió Truzenzuzex—. Su emblema son tres peces y...

—Una nave espacial. Conozco el sitio, señor. Me reuniré con vosotros mañana en la primera niebla —a las siete— en el vestíbulo.

Los dos le estrecharon la mano de nuevo y se levantaron como si fuesen a partir. Flinx tosió delicada, pero insistentemente.

—Eh, un pequeño detalle, señores.

Tse-Mallory se detuvo.

—¿Sí?

—Falta el asunto del pago. El thranx hizo con sus mandíbulas el tipo de rápidos ruidos secos que entre su clase equivalían a la risa. Los insectos tenían un sentido del humor altamente desarrollado, aunque a veces malicioso.

—¡Vaya! Nuestro guía es además un plutócrata. Sin duda, de larva fuiste un incurable acaparador de azúcar. ¿Qué pasa con eso, entonces? Mañana, al terminar nuestra gira, yo diría que un día será suficiente para nuestros propósitos. Te invitaremos a una comida en el mejor lugar del creciente alimenticio.

—¡Bien! Ahora veamos. Doce platos en Portio equivaldrían a... ¡Bien...!

La boca ya se le hacía agua.

—Eso será estupendo..., suficiente, quiero decir, señores.

¡Indudablemente lo sería!

CAPÍTULO II

F LINX, por supuesto, no era un guía profesional, pero conocía diez veces más sobre el verdadero Drallar que los aburridos empleados gubernamentales que conducían las giras oficiales a los puntos interesantes de la ciudad ante los asombrados habitantes de otros mundos. Más de una vez, en el pasado, había desempeñado esta función para otros clientes del Pequeño Symm.

Éstos, sin embargo, habían resultado ser unos turistas bastante inusitados. Les enseñó la gran plaza del mercado central, donde podían encontrarse mercancías procedentes de medio Brazo. No compraron nada. Les condujo ante la gran puerta del Drallar antiguo, un monumental arco excavado en dióxido silíceo de agua pura por los artesanos nativos y tan antiguo que no estaba registrado en las crónicas de palacio. No hicieron ningún comentario. Les llevó también a las rojas torres donde la fantástica flora de Moth crecía lozana en invernaderos bajo los tiernos cuidados de los consagrados botánicos reales; después, a los pequeños y escondidos enclaves donde podía comprarse lo curioso, lo escaso y lo prohibido. Vajillas adornadas con joyas, obras de arte, armas, utensilios, gemas, extrañas tierras y vestimentas, billetes para cualquier parte. Instrumentos científicos, hembras o cualquier sexo de cualquier especie. Drogas medicinales, alucinógenas, mortales, preservativas, lecturas del pensamiento y de la mano. Sólo muy raras veces hicieron este o aquel pequeño comentario sobre lo que veían. Uno casi podría pensar que se estaban aburriendo.

Una de estas veces fue en la tienda de un antiguo cartógrafo, y entonces en un lenguaje incomprensible para el políglota Flinx.

Sí, para ser dos que habían parecido estar tan necesitados de un guía, hasta ahora habían mostrado una notoria falta de interés en los alrededores. Parecían mucho más interesados en Flinx y en Pip que en la ciudad que se les estaba mostrando. A medida que transcurría la tarde, Flinx se sintió sobresaltado al comprender cuánto habían aprendido sobre él a través de las preguntas más inocentes e indirectas. Una vez, cuando Truzenzuzex se había inclinado hacia adelante para observar más de cerca al minidrag, éste se había retirado cautamente y escondido la cabeza fuera de su vista detrás del cuello de Flinx, hecho en sí mismo raro. Generalmente, la reacción normal de la serpiente era de pasividad o de beligerancia. Que Flinx recordase, era la primera vez que mostraba incertidumbre. Truzenzuzex, aparentemente, no dio importancia al incidente, pero no volvió a intentar aproximarse de una manera tan cercana al reptil.

—Eres un guía sobresaliente y un alegre compañero —dijo el thranx—; yo, por lo menos, me siento afortunado de tenerte con nosotros.

Habían continuado andando, y ahora estaban a bastante distancia del centro de la ciudad. Truzenzuzex hizo un gesto hacia adelante, allá donde los hogares-torres de

los ricos se extendían a lo lejos en el esplendor del paisaje.

—Ahora nos gustaría ver los cuidados campos y jardines colgantes de los barrios centrales de Drallar, de los cuales los dos hemos oído hablar mucho.

—Me temo que no puedo ayudaros en eso, señor. Los terrenos del barrio de Braav están cerrados para aquellos de mi clase, y hay guardianes armados, apostados en las murallas para impedir que la gente vulgar infeste los jardines.

—Pero, ¿conoces la forma de entrar? —aguijoneó Tse-Mallory.

—Bien —comenzó Flinx lentamente. Después de todo, ¿qué sabía él verdaderamente de aquellos dos?—. De noche, algunas veces me he visto en la necesidad de hacerlo..., pero no es de noche ahora y seguramente seríamos vistos saltando las murallas.

—Entonces entraremos por la puerta. Llévanos allí —dijo firmemente, acallando las incipientes protestas de Flinx—, y nosotros nos encargaremos de pasar a través de los vigilantes.

Flinx se encogió de hombros, irritado por la testarudez del hombre. Que lo vieses por sí mismos entonces. Pero añadió un postre caro a la comida de aquella noche. Los condujo hasta la primera entrada y permaneció en un segundo plano, mientras el grueso e imperioso hombre que holgazaneaba en el pequeño edificio se acercaba a ellos, gruñendo de forma audible.

Entonces fue cuando tuvo lugar el acontecimiento más extraño de todo el día. Antes de que el obviamente antagónico individuo pudiese siquiera proferir una sola palabra, Truzenzuzex metió una de sus verdaderas manos en una bolsa y extrajo de algún lugar en su interior una tarjeta que colocó bajo los ojos del hombre. Éstos se dilataron, y el hombre se deshizo en saludos, mientras toda la belicosidad de su actitud se derretía como cera. Flinx nunca había visto a uno de aquellos guardianes, hombres ampliamente caracterizados por su elaborada rudeza y sospechosos amaneramientos, reaccionar tan desamparadamente ante nadie, ni siquiera ante los mismos residentes en aquellos barrios. Su curiosidad acerca de la naturaleza de sus amigos creció todavía más. Pero permanecía básicamente ininteligible para él. ¡Aquella maldita cerveza! Le parecía que alguna vez anteriormente había oído el nombre de Tse-Mallory, pero no podía estar seguro. Y habría dado mucho por una ojeada a la tarjeta que Truzenzuzex había mostrado tan negligentemente por un momento al guardia.

El camino estaba ahora completamente libre. Por lo menos, tendría la oportunidad de ver algunas cosas familiares por primera vez a la luz del día, a placer además, sin tener que mirar continuamente por encima del hombro.

Pasaron silenciosamente entre los campos de esmeraldas, semejantes a parques, y las tintineantes cascadas, cruzándose ocasionalmente con algunos residentes ricamente vestidos o con algún criado sudoroso, asustando a veces un ciervo o phylope ante los arbustos.

—Tengo entendido —dijo Tse-Mallory rompiendo el silencio— que cada torre

pertenece a una familia y es conocida por el nombre de ésta.

—Es la justa verdad —replicó Flinx.

—¿Y esos nombres te son familiares?

—La mayoría, no todos. Puesto que sentís curiosidad, nombraré aquellas torres que conozco, según las pasemos.

—Hazlo.

Parecía, algo tonto, pero ellos pagaban; así que, ¿quién era él para discutir su inutilidad? Añadió un maravilloso vino al menú de su cena.

—Ésta —dijo cuando llegaron ante una alta torre vidriada en negro—, es la casa de Malaika. Un nombre equivocado, señor. Tengo entendido que significa «ángel» en un lenguaje terráqueo muerto.

—Ningún lenguaje terráqueo está muerto —dijo Tse-Mallory críticamente, y después—: ¿Aquél llamado Maxim?

—Oh, sí. Lo sé porque he actuado aquí varias veces en el pasado, en fiestas. La siguiente, la amarilla...

Pero observó que no le escuchaban. Ambos se habían detenido junto a la negra torre y estaban mirando hacia arriba, donde las protoarcadas de cristal, con tintes rosas, rodeaban los pisos superiores y colgaban por encima de la lozana vegetación de las enredaderas y arbustos en el aire.

—Es fortuito —oyó decir a Truzenzuzex— que os conozcáis el uno al otro. Podría o no facilitar algunas cosas. Vamos, haremos una visita a tu señor Malaika.

Flinx se sintió completamente cogido por sorpresa. ¿Era ésta la única razón por la que le habían alquilado? ¿Llegar hasta aquí para no poder hacer nada? Después del rey y sus ministros, las familias de comerciantes de Drallar, nómadas que habían llevado sus talentos fuera del planeta, eran allí los individuos más ricos y poderosos. Y posiblemente algunos quizá más ricos, ya que la extensión de sus grandes fortunas era un tema en el cual incluso el monarca no podía inquirir con impunidad.

—¡Solamente es un conocido superficial, señores! ¿Qué os hace creer que tan siquiera nos recibirá?

—¿Qué te hace pensar que no podremos entrar en un barrio tan poco accesible como éste? —replicó confiadamente Truzenzuzex—. Nos recibirá.

Los dos se dirigieron por el pavimentado camino hacia el gran arco de entrada de la torre, y Flinx, exasperado y perplejo, no pudo hacer otra cosa que seguirles.

La doble puerta de sencillo cristal grabado conducía hasta una sala cupulada, adornada con estatuas, pinturas y diagramas mentales que incluso el poco entrenado ojo de Flinx podía reconocer como de gran valor. Allá, al fondo, había un simple ascensor.

Se detuvieron delante de la madera, con incrustaciones de platino. Una voz femenina les saludó mecánicamente desde una rejilla colocada a uno de los lados.

—Buenas tardes, gentiles seres; sed bienvenidos a la casa de Malaika. Por favor, el motivo de vuestra visita.

Ahora se terminaría aquella locura. El mensaje había sido transmitido muy finamente. El ambiente era agradable. Por el rabillo del ojo pudo ver una pantalla, delicadamente pintada, agitándose en la ligera brisa provocada por los ventiladores de la cámara, detrás de la cual, sin duda, la boca de un cañón láser o cualquier otro artilugio inhospitalario estaría enfocándoles. En el vestíbulo hacía un comfortable frescor, pero a pesar de ello, sintió que comenzaba a sudar.

—El ex canciller segundo, sociólogo Bran Tse-Mallory, y Eint Truzenzuzex, primer filósofo, presentan sus respetos a Maxim, de la casa de Malaika, y querían hablar con él, si está en su hogar y dispuesto a ello.

La mente de Flinx abandonó abruptamente la idea de echar a correr hacia la entrada. ¡No era extraño que el guardia de la entrada les hubiera dejado pasar tan fácilmente! Un hombre de la iglesia y un científico puro. De alto rango además, aunque Tse-Mallory había dicho ex. Canciller segundo, eso era por lo menos a nivel planetario. Estaba menos seguro de la importancia de Truzenzuzex, pero sabía que los thranx concedían a sus filósofos o teóricos una estima igualada solamente por la que otorgaban a las Madres de la Colmena honorarias y a los Primeros Cancilleres de la Iglesia. Su mente se inundó de preguntas, todas teñidas tanto por la curiosidad como por la incertidumbre. ¿Qué estaban haciendo dos eminencias como ésas visitando los barrios pobres, en un sitio como el establecimiento del Pequeño Symm? ¿Por qué le habían escogido como guía —un jovenzuelo, un don nadie— cuando podrían haber tenido una escolta real con un ministro del rey? Esa respuesta podía leerla claramente. Incógnito; esta sola palabra decía mucho e implicaba más. Por el momento, ¿qué tratos tenían dos mentes tan sofisticadas con un sólido y terreno mercader como Maxim Malaika?

Mientras estaba ofuscadamente formulándose preguntas sin respuesta, en algún lugar una mente había llegado a una decisión. La rejilla habló de nuevo.

—Maxim, de la casa de Malaika, ofrece sus saludos, aunque asombrado, y conversará inmediatamente con los honorables señores. Desea que los dos... —hubo una pausa, mientras un ojo escondido en algún lugar escudriñaba—, los tres suban. En este momento él se encuentra en la sala porticada del sudoeste y quisiera saludaros allí lo antes posible.

La voz de la rejilla se cortó, e inmediatamente las puertas ricamente veteadas se deslizaron hacia atrás. Hombre y thranx penetraron espontáneamente en el oscuro interior. Por un segundo, Flinx se preguntó si seguirles o echar a correr, pero Tse-Mallory decidió por él.

—No estés ahí cazando moscas, joven. ¿No le oíste decir que deseaba vernos a los tres?

En ninguna parte pudo Flinx detectar malignidad. Entró. El ascensor los contenía a los tres más que cómodamente. Él había estado antes en esta casa, pero si había alguna cosa que supiera con certeza, era que no estaba siendo llamado ahora para procurar un espectáculo. Y ésta no era la entrada para sirvientes que había utilizado

anteriormente. El blando sonido del aire al cerrarse las puertas resonó como una explosión en sus oídos.

Al final de su ascensión fueron recogidos por un alto esqueleto de hombre, vestido con la librea negra y escarlata, los colores de la familia Malaika. No dijo nada, mientras los conducía hasta una habitación que Flinx no había visto anteriormente.

El fondo de la habitación parecía abierto en el cielo. En realidad, era una de las protoarcadas de cristal que hacían de esta sección de Drallar una especie de bosque engalanado de joyas. Por un momento, tembló al pisar lo que parecía un resbaladizo vacío. Los dos científicos no parecieron afectados. Él había estado actuando anteriormente en una de aquellas salas, opaca. Ésta era perfectamente transparente hasta el suelo, con sólo una ligera traza de color rosa. Miró hacia arriba, y el vértigo desapareció.

Toda la decoración era en negro y rojo, con el ocasional colorido brillante de un artículo u obra de arte importado. El incienso colgaba empalagosamente en el aire. A lo lejos, el sol de Moth había comenzado a ponerse, difuminado por la perpetua neblina. En Moth oscurecía pronto.

Sobre uno de los numerosos y blandos sofás se sentaban dos figuras. Reconoció inmediatamente a una de ellas: Malaika. La otra era más pequeña, rubia y de una complexión totalmente diferente. Su cabello, largo hasta la cintura, constituía la mayor parte de su atuendo.

La voz que retumbó desde el grueso y musculoso cuello semejaba un volcán en reposo que volviese a la vida.

—¡Je! Nuestros visitantes están aquí. Corre Sissiph, querida, y ponte más bonita.

Le dio un aplastante pellizco en la mejilla y la envió fuera de la habitación con un resonante azote sobre la parte más prominente de su anatomía. «Es una nueva», pensó Flinx. Ésta era rubia y un poco más madura en curvas que la anterior. Aparentemente, los gustos del comerciante crecían según lo hacía su barriga. Aunque, en verdad, sólo ligeramente se mostraba todavía.

—¡Bien! ¡Bien! —explotó Malaika.

Sus dientes resplandecieron blancos sobre el rostro de ébano brillando entre mechones de rizada barba. En dos zancadas se acercó a ellos, estrechando sus manos.

—Bran Tse-Mallory y Eint Truzenzuzex. *Usita-wi*. ¿El Truzenzuzex?

El insecto ejecutó otra de sus lentas y graciosas inclinaciones.

—Necesariamente me declaro culpable de esta acusación.

Flinx tuvo tiempo para admirar las habilidades del insecto. Debido a la naturaleza de su fisiología, los thranx eran generalmente en extremo rígidos en sus movimientos. Ver a uno de ellos inclinarse como lo hacía Truzenzuzex era excepcional.

Cuando la Liga Humanx estaba en proceso de formación, los humanos se habían maravillado del resplandeciente azul y de la azul-verdosa iridiscencia del colorido del cuerpo thranx y habían desfallecido ante el aroma natural que exhalaban.

Miserablemente se habían preguntado qué es lo que los thranx podían ver en sus blandas y apestosas personas de color parduzco. Lo que los thranx habían visto era una flexibilidad acompañada de una fortaleza que ningún thranx podría nunca aspirar a igualar. Pronto compañías de danza trashumantes, procedentes de planetas humanoides, se habían convertido en uno de los espectáculos en directo más populares en las colonias y planetas nativos thranx.

Truzenzuzex, por lo menos desde el tórax para arriba, daba la impresión de estar hecho de goma.

Malaika estrechó las manos de los dos y después le proporcionó a Flinx otra pequeña sorpresa. El mercader extendió su cabeza y colocó su nariz contra la antena del insecto. Era lo más cerca que un humano podía llegar al tradicional saludo thranx de entrelazar antenas. Pero claro, se recordó a sí mismo, un hombre que tenía negocios con tantas razas como Malaika debía conocer todos los gestos como cosa corriente y comercial.

—¡Sentaos, sentaos! —rugió en lo que sin duda él consideraba como un suave tono de voz—. ¿Qué os parece mi pequeña newenzangu? Compañera —añadió al ver la perplejidad en sus rostros.

Torció su cabeza en la dirección en que había partido la muchacha.

Tse-Mallory no dijo nada, pero el guiño de sus ojos fue suficiente. Truzenzuzex fue más lejos.

—Si interpreto correctamente los actuales valores humanos, me aventuraría a decir que una tal proporción entre la marmórea carne y la anchura de la región pélvica sería considerada como más estética de lo que es corriente.

Malaika bramó.

—¡Por las estrellas, sois un científico, señor! ¡Sin duda alguna, tenéis poderes de observación! ¿Qué puedo ofrecer de beber?

—Cerveza de jengibre, si tenéis un buen año, para mí.

—¡Bah! Lo tengo, pero os doy mi palabra, señor, de que os habréis ablandado si sois el mismo Tse-Mallory del que he oído hablar. ¿Y vos, señor?

—¿Por casualidad tendríais un poco de *brandy* de albaricoque?

—¡Oh, oh! ¡Un *gourmet*, además de un hombre de ciencia! Creo que puedo complaceros, buen filósofo. Pero será necesario un viaje a las bodegas. No recibo a menudo un invitado tan selectivo.

La sombra que les había conducido desde el ascensor todavía estaba como un fantasma en el fondo de la habitación. Malaika le hizo una seña.

—Cuídate de ello, Wolf.

El centinela se inclinó imperceptiblemente y abandonó la habitación, llevándose consigo algo que estaba en la atmósfera. Más sensitivo a ello que los otros, Flinx se sintió aliviado cuando la presencia del hombre hubo desaparecido.

Entonces por primera vez aquella voz campechana perdió algo de su tono zumbón.

—¿Qué os trae a los dos aquí en Drallar? Y de una forma tan silenciosa, además.

Miró penetrantemente de uno a otro rostro imperturbable, acariciando lentamente aquella rica barba asiría.

—Por más que mi ego se sentiría halagado, no puedo creer que una entrada tan clandestina en nuestra bella ciudad haya sido efectuada puramente por el placer de disfrutar de mi compañía.

Se inclinó hacia adelante expectantemente, en una forma que sugería que podía olfatear el dinero tan bien por lo menos como Madre Mastín.

Malaika, no tan alto como Tse-Mallory, era por lo menos dos veces más ancho y tenía la construcción de un luchador de edad madura. Unos dientes asombrosamente blancos brillaban sobre la oscura cara que llevaba el sello de los reyes de los antiguos Monomotapa y Zimbabwe. Masivos y peludos brazos emergían de las mangas de la túnica de una sola pieza de semiseda que llevaba descuidadamente anudada a la cintura. Unas piernas que hacían juego con un aspecto tan sólido como los árboles mothianos de madera de hierro, sobresalían desde las rodillas entre los plegados frunces. Los cortos y nudosos dedos de los descubiertos pies tenían una gran semejanza con los parásitos leñosos que a menudo infestaban tales brotes. Por lo menos, en uno de los pies. La otra pierna, como Flinx no ignoraba, terminaba en la rodilla. Engrasados por los créditos, los cirujanos protéticos habían hecho todo lo que pudieron para conseguir que la pierna izquierda igualase a su natural pareja de la derecha. El resultado no era completamente perfecto.

La verdadera (Flinx lo había sabido a través de una charlatana joven en una de las fiestas de Malaika) la había perdido durante la juventud. Se encontraba en una expedición para reunir pieles en el planeta de un sol menor en Draco, cuando habían sido atacados por un lagarto de los hielos. Siendo sorprendidos, de una manera más bien estúpida, lejos de sus armas, habían presenciado, sin poder intervenir, cómo el carnívoro instintivamente buscaba el miembro más débil de la expedición, la joven contable. Sólo Malaika había intervenido. A falta de un arma adecuada, había asfixiado a la bestia por el sencillo procedimiento de embutir su pierna izquierda en su garganta. Era la clase de extrema proeza que uno no se esperaría del pragmático mercader. Desgraciadamente, por el tiempo en que se le pudieron prestar los cuidados médicos necesarios, el miembro había sido desgarrado y helado sin posible reparación.

—Ni intentamos ni esperamos decepcionarte, amigo Malaika. Estamos, en realidad, sobre la pista de algo que tenemos buena razón para pensar que encontrarías valioso. Para nosotros, sin embargo, significa mucho más que unos miserables cientos de millones de créditos.

Flinx tragó saliva.

—Pero —continuó Tse-Mallory— nuestros recursos personales son limitados, y nos vemos forzados, por tanto, a buscar una fuente de apoyo exterior. Alguien con una cédula de créditos abierta y una boca cerrada.

—Y habéis dirigido vuestros pasos hacia mí. ¡Bien, bien, bien! Parece que después de todo me voy a sentir halagado. No sería sincero si no dijese que lo estoy. Sin embargo, debéis, por supuesto, probar que aquello para lo cual necesitáis que os provea de crédito va a ser provechoso para mí... en buenos créditos, no en intangibles filosóficos... Perdonadme, amigos. Contadme más sobre este asunto que vale más que unos pocos millones de créditos.

—Habíamos pensado que ésa sería tu reacción. A decir verdad, cualquier otra nos hubiera parecido sospechosa. Es una de las razones por las que creemos que podemos tratar abiertamente con vuestro tipo de persona.

—Qué reconfortante saber que me consideráis tan fácilmente predecible —dijo Malaika secamente—. Seguid.

—Podríamos habernos dirigido a alguna organización gubernamental. Las mejores están corrompidas con demasiada frecuencia, a pesar de lo que diga la Iglesia. Podríamos haber acudido a una gran organización filantrópica. Tienen demasiada tendencia a escandalizarse. Al final decidimos que lo mejor sería acudir donde la promesa de mucho crédito aseguraría la exclusividad de nuestra empresa.

—Y suponiendo que yo estuviese de acuerdo en poner la fecha para esta aventura, ¿qué garantía tenéis de que no os mataré inmediatamente que se demuestre el éxito y regrese con el objeto de la búsqueda y dos cheques cancelados?

—Muy sencillo. Primero, y aunque pueda parecer extraño, sabemos que sois fiable y razonablemente honrado en vuestros asuntos comerciales. Esto ha resultado ser una de vuestras mercancías en el pasado y lo será de nuevo, a pesar de la imagen sedienta de sangre que vuestros publicistas disfrutaban presentando al crédulo público. En segundo lugar, no sabemos qué es lo que buscamos, pero lo sabremos cuando lo hayamos encontrado. Y hay una excelente posibilidad de que no encontremos nada en absoluto. O peor, podemos encontrar algo que permanezca sin valor para nosotros, a causa de su incomprensibilidad.

—¡Bien! ¡Cualquier otra idea, y yo habría sentido sospechas! Mi curiosidad crece por momentos. Aclaradme en beneficio de mi pobre e ignorante mente de comerciante por qué yo, por favor.

Truzenzuzex ignoró la pulla y ejecutó el equivalente thranx a un encogimiento de hombros.

—Necesitábamos a alguien. Como ya hemos mencionado, vuestra reputación de honestidad en un negocio notorio por sus traiciones hizo que mi hermano espacial os seleccionara.

«Otra revelación», pensó Flinx.

—El propio Moth está cerca de nuestro objetivo... en un sentido relativo únicamente; así que no os reportaría ningún bien y sí muchos gastos tratar de encontrarlo por vuestra cuenta. Además, otra nave partiendo de Moth no significaría nada con su constante flujo de navegación interestelar. Nuestro curso no sería sospechado desde aquí, mientras que en otro lugar podría engendrar unas

cavilaciones que no deseamos. Los comerciantes, sin embargo, a menudo vuelan en unas tangentes peculiares para alejar a los competidores.

En este punto llegaron las bebidas. La conversación se suspendió por mutuo consentimiento, mientras los dialogantes sorbían sus refrescos. Flinx probó el jarro de cerveza de Tse-Mallory y lo encontró delicioso, aunque flojo. Malaika terminó de un solo trago por lo menos con la mitad del contenido de un gigantesco tanque. Se secó la espuma de sus labios con la manga de su inmaculada túnica, manchándola de manera irreparable. Conociendo el valor del tejido en el mercado, Flinx no pudo evitar parpadear.

—Pido perdón de nuevo por mi torpeza, señores, pero entiendo que sea cual sea la competencia, va a ser disuadida de la idea de reemplazarme —se volvió directamente hacia Tse-Mallory—. Aunque aparentemente ya no estáis concertado por la Iglesia de forma oficial, sociólogo, confieso que siento curiosidad por conocer el motivo de que no os acercaseis a ellos en busca de ayuda.

—Mis relaciones con la Iglesia Unida, Malaika, hace muchos años que no han sido estrechas. Mi partida fue bastante amistosa, pero hubo una cierta cantidad de amargura inevitable en algunos lugares acerca de mi marcha... Digamos que los asuntos se complicarían si les revelásemos nuestros conocimientos en este momento. Y eso sería necesario para asegurar su ayuda.

—Bien, ya es bastante descortesía. No hurgaré en la llaga. Quizá debiéramos adentrarnos en...

Hizo una pausa y miró a su derecha. Tse-Mallory y Truzenzuzex siguieron la dirección de su mirada.

Incómodo, Flinx cambió de postura en el suelo. Se las había arreglado para oír todo aquello permaneciendo completamente disimulado, aunque bien a la vista. Un arte que había aprendido de cierto anciano, paciente y muy artero. Ayudado por sus propias y extrañas habilidades, aquello le había servido muy bien más de una vez. Pero aquellos tres eran mucho más observadores que la gente que uno se encontraba en la plaza del mercado. Podía ver claramente que tendría que marcharse. ¿Por qué no voluntariamente?

—Oh, señores. Podría... Si vos, honorable anfitrión, me indicáis la dirección de una despensa, me comprometeré a salir instantáneamente y sin pena de vuestra presencia.

Malaika se rió ensordecedoramente.

—La astucia es digna de alabanza, joven. Así que en lugar de enviarte a casa..., accedo a tu petición. Vuelve al vestíbulo, segunda puerta a la derecha. Allí encontrarás alimento suficiente para conservarte ocupado durante unos cuantos minutos.

Flinx se desenroscó de la posición de loto en el suelo y partió en la dirección indicada. Hasta que estuvo fuera del alcance de la vista, sintió sus ojos y mentes sobre él; después la presión se relajó. La jovialidad de Malaika no le engañaba. Quizá

hubiese oído ya más de lo conveniente. Estaba profundamente interesado en las respuestas a un buen número de preguntas que sin duda Malaika estaba haciendo a sus invitados y abrigaba la idea de localizar un buen emplazamiento para escuchar, en una sección de pared fina. Pero la cabeza de la muerte había vuelto a aparecer y se había estacionado junto a la entrada de la sala. Los azules ojos se habían posado en él una vez, como si no fuese merecedor de una segunda mirada. Flinx se irguió, después suspiró. Tendría que contentarse con lo que pudiese recoger sin contacto visual. Podía además aprovechar la otra oportunidad mientras la tuviese. Echó a andar.

La despensa era fantástica. Casi olvidó la insólita sucesión de incidentes que le habían traído, mientras él y el minidrag se atiborraban en aquel almacén de golosinas. Había llegado al punto de la elección entre champaña terráqueo y menta de pino de Barrabás cuando una corta serie de pensamientos extraordinariamente raros atravesaron su abierta mente. Se volvió y advirtió que la puerta de la habitación a su derecha estaba ligeramente entornada. Las inquietantes subvocalizaciones venían de allí detrás. Ni por un momento dudó de que aquella puerta, con toda seguridad, debía encontrarse cerrada. Cautelosamente, con una rápida ojeada a la entrada de la cocina, se acercó hasta la puerta y la entreabrió otra pulgada.

La habitación próxima a la cocina era estrecha, pero larga. Probablemente recorría toda la longitud de este radio de la torre. Su función, por lo menos, resultaba inconfundible. Era un bar. Con la idea de localizar una bebida todavía más apetitosa y su curiosidad estimulada, se dispuso a entrar sólo para detenerse rápidamente.

La habitación ya estaba ocupada.

Una figura estaba acurrucada junto a la pared opuesta, con su cabeza fuertemente colocada sobre ésta. Al otro lado de la cabeza pudo apreciar la silueta de una rejilla de ventilación o algo similar. El rostro de la figura estaba vuelto, y por tanto oculto. El metal y la madera que podía ver eran delgados y ligeros. Las voces en la otra habitación llegaban claramente hasta él, incluso desde donde estaba en la cocina.

Empujó suavemente la puerta hacia atrás, tan lentamente como le fue posible. Totalmente absorta en la conversación que se desarrollaba al otro lado de la pared, la figura no pareció advertir su silenciosa aproximación. Ahora podía verse que la rejilla era mucho más grande de lo que sería requerido para fines de ventilación. Parecía suelta y probablemente giraba sobre goznes. Los desperdicios podían pasarse por allí desde la otra habitación y ser depositados en unidades apropiadas próximas. En una mano tenía una gruesa rebanada de queso Bice especiado y entre sus dientes una pierna de faisán. Su mano libre buscó el estilete oculto en su bota; después se detuvo. Los pensamientos de la figura no tenían la frialdad ni la clara lógica del espía o asesino profesional. Todo lo contrario. Además, los asesinos sordos eran raros, y éste todavía no se había dignado reconocer su presencia.

Tomó una rápida decisión y extendió un pie, propinando un sólido golpe a la porción más prominente de la figura en equilibrio. Ésta profirió un único chillido y cayó disparada a la habitación de abajo a través de la rejilla. En menos de un

segundo, abandonó desconsoladamente el queso y el faisán y se echó a rodar detrás, aterrizando al otro lado sobre sus pies. Las sobresaltadas caras de Malaika, Tse-Mallory y Truzenzuzex contemplaban la escena con asombro. La figura estaba de pie a su lado frotándose la parte herida, maldiciéndole constante y fluentemente. Mientras esquivaba los dedos dirigidos hacia su garganta, advirtió con aire ausente que la figura era la de una mujer. A disgusto asumió una pose defensiva, piernas aparte, rodillas ligeramente dobladas, brazos separados y hacia adelante. En un hombro Pip se agitaba nerviosamente, extendiendo las plegadas alas en un gesto preparatorio a la toma de vuelo del minidrag.

La mujer hizo un movimiento como si fuese a atacar de nuevo, pero se congeló ante el aullido que llegó en la dirección de Malaika.

—¡Atha!

Ella giró para enfrentarse a él.

El enorme mercader se interpuso entre los dos a grandes zancadas. Sus ojos fueron del uno al otro, fijándose finalmente con expresión dura sobre Flinx.

—¿Y bien, kijana? ¡Te sugiero algo profundo y rápidamente!

Flinx intentó mantener su voz tan tranquila como le fue posible, a pesar del bombeo de adrenalina a través de su organismo.

—Estaba en la despensa, y casualmente advertí que la puerta de la habitación de al lado estaba abierta. (No importaba por qué lo había advertido). Miré en el interior y vi una figura..., esta figura... agazapada cerca de una rejilla. Con certeza la habitación debía haber estado cerrada. Supuse que esto no formaba parte de vuestra forma habitual de celebrar charlas privadas de negocios y, por tanto, decidí exponer el asunto —y la persona— allí donde el aire es más claro. Si he roto algún fetiche o tabú vuestro, lo siento.

—¡Qué!

Después captó el humor de aquello e hizo una mueca.

—¿Crees que me gusta la brujería, eh, kijana?

—Era una idea, señor.

—¡*Adabu!* No, hiciste bien, Flinx.

Volvió una mirada furiosa hacia la muchacha. Ella se encogió, retrocediendo ligeramente ante aquel rostro borrascoso, pero sin que la expresión obstinada dejase por un momento su cara. De alguna forma, ella encontraba modo de aparecer en su derecho.

—¡Maldita seas, muchacha, doblemente malditos y ruinosos impulsos! ¡Te he hablado de esto antes! —sacudió la cabeza exasperado—. De nuevo, *kwa akili ya adabu*, por no crear un escándalo te perdono. Vete al puerto y comprueba la nave.

—Hace sólo una semana ya fue comprobada y no había nada extraño...

—¡Agggh! —Levantó una mano del tamaño de un jamón—. Sugiero con insistencia... que tú...

Ella evitó la mano que descendía y salió corriendo. La mirada que lanzó hacia

Flinx cuando se marchaba fue breve, pero lo bastante caliente como para derretir una aleación de duraluminio.

Malaika retuvo el aliento y pareció algo más calmado.

—¿Cuánto has oído de lo que ella oyó?

Flinx mintió. En la actual situación lo consideró más que ético.

—Lo suficiente.

—¡Vaya, vaya! —el mercader reflexionó—. Bien, quizá resulte bien, después de todo. Probablemente tú serás el más agudo de los dos, chico, pero yo en tu lugar me alejaría de Atha por un tiempo. ¡Me temo que tu método de presentar tus primeros saludos nunca reemplazará a un apretón de manos! —tembló de risa ante su propia agudeza. Extendió un brazo como para abrazar a Flinx por los hombros, pero lo retiró apresuradamente ante un gesto de aviso de Pip.

—¿Ella trabaja para vos?

Era una pregunta retórica. Pero Flinx sentía curiosidad por conocer la posición de una muchacha que podía inspirar tal confianza en Malaika para tratarla tal como había hecho, sin miedo a represalias.

—¿Atha? Oh, sí —miró en la dirección por la que la muchacha había desaparecido—. Es difícil que una mwanamke tan feroz tenga la paciencia para ser copiloto en una nave espacial, ¿verdad? Ha estado conmigo en calidad de tal hace ahora seis años.

Flinx volvió a asumir su antigua posición en el suelo. En respuesta a la inquisitiva mirada de Tse-Mallory, Malaika dijo:

—He decidido que nuestro joven amigo nos acompañará en el viaje. Sé lo que me hago, gentiles señores. Si el viaje resulta largo y tedioso, nos proveerá de distracción. Además es listo como una ardilla. También posee algunas peculiares habilidades que podrían sernos útiles, a pesar de su espíritu caprichoso. Es un tema al cual pensé dedicar en el pasado más atención, pero nunca tuve el tiempo necesario.

Flinx levantó la vista con interés, pero no pudo detectar nada, aparte de la vena de genialidad superficial del mercader.

—En cualquier caso, es demasiado pobre y lo bastante rico para ser una amenaza para nosotros. Y le creo honrado de una forma ofensiva. Aunque ha tenido amplia oportunidad para robar en mi casa, nunca lo ha hecho..., por lo menos que yo sepa.

—Su honradez no ha sido nunca puesta en duda —dijo Truzenzuzex—. No tengo objeciones a la presencia del muchacho.

—Ni yo —añadió Tse-Mallory.

—Entonces, sociólogo, ¿queréis continuar con vuestra narración?

—En realidad, no hay mucho nuevo que contar. Me gustaría que lo hubiese. Como quizá conozcáis, mi compañero y yo abandonamos nuestras respectivas carreras y regulares operaciones hace unos doce años para investigar conjuntamente la historia y civilización de los Tar-Aiym.

—Algunas noticias sobre vuestro trabajo se han filtrado hasta mi nivel.

Continuad. Naturalmente estoy interesado en cualquier cosa que tenga que ver con los Tar-Aiym... o sus obras.

—Eso habíamos supuesto nosotros.

—Perdón, señor —interrumpió Flinx—. Por supuesto, conozco a los Tar-Aiym, pero únicamente por rumores y libros. ¿Quizá podríais decirme más, por favor?

Apropiadamente, hizo un gesto de excusa.

Puesto que Malaika no puso objeciones, quizá no considerando la información innecesaria él mismo, Tse-Mallory accedió a ello.

—De acuerdo entonces, chico —tomó otro largo sorbo de su bebida—. Tan aproximadamente como hemos podido determinar, hace ya unos 500 000 años terráqueos estándar, esta zona de la galaxia estaba, lo mismo que ahora, ocupada por un gran número de diversas razas altamente inteligentes. La más fuerte entre ellas era con mucho la de los Tar-Aiym. La mayor parte de su tiempo y esfuerzos eran aparentemente absorbidos por las guerras con sus vecinos menos poderosos, tanto, según parece, por el placer de la guerra en sí misma como por la riqueza que les reportaba. En algún momento, el imperio Tar-Aiym cubrió esta sección del espacio en una profundidad de cuatro cuadrantes y en una anchura de, por lo menos, dos. Quizá más.

»Cualquier razón que pudiésemos adelantar para explicar la total desaparición de los Tar-Aiym y de la mayor parte de las razas súbditas sería casi únicamente una conjetura. Pero trabajando concienzudamente con fragmentos, piezas de mitos y rumores y con unos pocos hechos sólidamente documentados, hemos ensamblado una explicación que parece ofrecer más que las otras.

»En el cenit de su poder, los Tar-Aiym se encontraron con una raza más primitiva hacia el centro de la galaxia. Esta raza no era igual a los Tar-Aiym intelectualmente, y habían viajado por el espacio desde hacía poco tiempo. Pero eran tremendamente tenaces y se multiplicaban a una velocidad extraordinaria. Resistieron con éxito todos los esfuerzos de ser forzados a aceptar la hegemonía Tar-Aiym. De hecho, bajo los impulsos provocados por la presión de los Tar-Aiym, comenzaron a hacer grandes progresos y a extenderse rápidamente hacia otros sistemas.

»Aparentemente, los gobernantes Tar-Aiym hicieron una cosa de lo más extraña. Se dejaron llevar por el pánico. Orientaron su ciencia bélica hacia el desarrollo de nuevos y más radicales tipos de armas para combatir esta supuesta nueva amenaza que venía del centro. Constantemente, sus grandes laboratorios pronto ofrecieron nuevas posibilidades. Finalmente lo que desarrollaron fue una especie de mutación bacteriana. Se multiplicaba a una velocidad extraordinaria, viviendo de su propio ser si no había ningún otro disponible. Era total e irremediabilmente mortal para cualquier criatura que poseyese un sistema nervioso más complicado que el de los invertebrados superiores.

—A partir de aquí —continuó Truzenzuzex—, la historia es directa y sencilla. La plaga funcionó como los dirigentes de los Tar-Aiym habían esperado, hasta el

extremo de hacer desaparecer por completo a sus enemigos. También eliminó completamente a los mismos Tar-Aiym y a la mayor parte de la vida inteligente y semi inteligente en ese gigantesco sector del espacio conocido por el nombre de Blight. ¿Lo conoces, Flinx?

—Seguro. Es una gran sección que se extiende entre esta parte y el centro. Cientos de mundos donde nada inteligente vive. Algún día serán de nuevo habitados.

—Sin duda. Por ahora, sin embargo, están únicamente ocupados por los animales inferiores y las ruinas de antiguas civilizaciones. Afortunadamente, el resto de las razas que viajaban por el espacio fueron informadas de la naturaleza de la plaga por los últimos restos de los moribundos Tar-Aiym. Una estricta cuarentena debe haber sido decretada, porque durante siglos parece que no se permitió que nada entrase o saliese del Blight. De otra forma, es probable que ninguno de nosotros estuviese sentado aquí ahora. Sólo en tiempos recientes los sistemas del Blight han sido redescubiertos y explorados, aunque algo valientemente.

—El tabú permanece, aunque la razón que había detrás ha desaparecido —dijo Malaika tranquilamente.

—Sí. Bien, algunas de las razas aisladas en el borde de la zona epidémica se extinguieron con bastante lentitud. Por medio de la retransmisión interespacial o de algún ingenio similar se las arreglaron para pasar algunos fragmentos de hecho, describiendo el Armagedón. Inocentes y culpables murieron por igual, mientras la plaga se extinguía por sí sola. ¡Gracias sean dadas a la Colmena de que todo rastro del germen hace ya largo tiempo que ha desaparecido del cielo de las cosas!

—Amén —murmuró Malaika sorprendentemente. Después más alto—: Pero por favor, gentiles señores, al grano. Y el grano es... crédito.

Tse-Mallory reemprendió de nuevo la narración.

—Malaika, ¿has oído alguna vez hablar del Krang?

—No. Yo... no. ¡Un minuto! —Las espesas cejas del comerciante se fruncieron pensando—. Sí, sí, creo que sí. Forma parte de la mitología de la raza Branner, ¿no?

Tse-Mallory hizo una señal de asentimiento.

—Así es. Los Branner, como quizá recordéis, ocupan tres sistemas estelares en la periferia del Blight, frente a Moth. Según una antigua leyenda de su pueblo, transmitida desde los tiempos del cataclismo, aunque los Tar-Aiym estaban fuertemente presionados por la necesidad de hallar una solución a la amenaza del centro, no habían abandonado, sin embargo, todas las formas de desarrollo y experimentación no bélicas. Como ya sabemos con seguridad, los Tar-Aiym fueron extraordinariamente aficionados a la música.

—Marchas, sin duda —murmuró Truzenzuzex.

—Quizá. De todas formas, una de las grandes obras que su cultura supuestamente produjo, fue un enorme instrumento musical llamado el Krang. En teoría, fue terminado en los últimos días del Imperio, cuando la plaga comenzaba a hacerse sentir en planetas de éste, además de en los del enemigo.

—¿Ili? —dijo Malaika.

—En la parte del Blight que se encuentra a casi ciento cincuenta pársecs del Branner, se asienta el planeta nativo de una primitiva raza de homínidos, poco visitado por el resto de la galaxia. Están muy alejados de las principales rutas comerciales y tienen poco valor que ofrecer, tanto en productos como culturalmente. Son agradables y pacíficos. Parece que antiguamente conocieron la navegación espacial, pero volvieron a una civilización preatómica, y sólo recientemente han comenzado a dar señales de renacimiento científico. También tienen una leyenda en relación al Krang, lo que es muy interesante. Sólo que en su versión no es un ingenio artístico, sino un arma para la guerra, que los científicos Tar-Aiym estaban perfeccionando al tiempo que la plaga, antes de que ésta fuese utilizada en forma amplia. Según la leyenda, estaba principalmente destinada a ser un arma defensiva y no ofensiva. Si esto es así, sería la primera vez que sepamos por la literatura que los Tar-Aiym se hubiesen visto forzados a construir un artificio para fines defensivos. Esto contradice todo lo que conocemos de la psicología Tar-Aiym y demuestra lo severamente que ellos creyeron estar presionados por su nuevo enemigo.

—Una dicotomía fascinante —dijo Malaika—. ¿Y tenéis alguna indicación de dónde puede estar esta arma, o laúd, o cualquier cosa que sea? Lo que fuese tendría un gran valor en los mercados de la Liga.

—Cierto, aunque nosotros solamente estamos interesados en sus propiedades científicas y culturales.

—¡Por supuesto, por supuesto! Mientras mis contables estiman su valor neto, vosotros podréis edificar teóricas racionalizaciones de su interior en la forma que más os plazca... siempre que seáis capaces de poner las piezas juntas de nuevo. Ahora solamente una pregunta: ¿dónde está esa enigmática cueva del tesoro?

Se inclinó hacia adelante ansiosamente.

—Bien, casi lo sabemos con exactitud —dijo Tse-Mallory.

—¿Casi exactamente? Os recuerdo que mi mente es débil, gentiles señores. Perdonadme, pero confieso falta de comprensión.

Truzenzuzex suspiró de una manera que sonó muy humana. El aire explotó sordamente al ser expulsado de las espículas respiratorias de su antetórax.

—El planeta donde supuestamente se encuentra el Krang fue descubierto accidentalmente hace casi un año-t por un prospector trabajando independientemente en el Blight. Buscaba metales pesados y los encontró. Pero no estaban dispuestos en el terreno de la forma que él hubiera esperado.

—Este individuo debe haber tenido patrocinadores —dijo Malaika—. ¿Por qué no fue a ellos con esta información?

—El hombre tenía una gran deuda con mi hermano espacial. Conocía su interés en las antigüedades Tar-Aiym. Proporcionar a Bran esta información era su forma de pagar la deuda. Era de una naturaleza personal, y no tendría propósito hablar aquí de ello. Habría sido una devolución más que equitativa.

—¿Habría sido? —El humor de Malaika degeneraba visiblemente hacia la irritabilidad—. Vamos, vamos, gentiles señores. Toda esta sutil evasión adormece mi mente y acorta mi paciencia.

—No se pretende ninguna evasión, mercader. El hombre tenía que reunirse con nosotros en nuestro alojamiento en la sección del mercado de la ciudad trayendo un mapa estelar donde estaban anotadas las principales coordenadas del planeta. Como previamente nos habíamos puesto de acuerdo en proponeros ser nuestro fiador, los tres vendríamos después a esta casa. Cuando él no se presentó como estaba previsto, después de algunas deliberaciones decidimos buscaros de todas formas, con la esperanza de que con vuestros recursos podríais descubrir alguna pista del lugar donde se encontraba. En cualquier caso, hubiera sido difícil mantener nuestra independencia por mucho más tiempo. A pesar de todos nuestros esfuerzos, no tenemos aspecto de turistas. Personas entrometidas ya habían comenzado a hacer preguntas incómodas.

—Haré que... —comenzó Malaika, pero Flinx le interrumpió.

—¿Vuestro amigo tenía por casualidad el cabello rojo?

Tse-Mallory se dio la vuelta con violencia. Durante un segundo, Flinx tuvo una rápida visión de algo aterrador y sangriento que hasta entonces el sociólogo había conservado bien enterrado bajo un exterior plácido. Desapareció tan rápidamente como había venido, pero una huella persistía en los vigorosos y militares tonos de su voz.

—¿Cómo averiguaste eso?

Flinx extrajo de su bolsillo la arrugada pieza de plástico y se la tendió a un atónito Truzenzuzex.

Tse-Mallory se recobró y miró la desplegada hoja. Flinx continuó tranquilamente:

—Tengo el presentimiento de que es vuestro mapa estelar. Estaba en camino hacia el establecimiento del Pequeño Symm cuando una conmoción en una callejuela atrajo mi atención. Normalmente la hubiera ignorado. Así hay que hacer en Drallar, si uno desea vivir largo tiempo. Pero por razones desconocidas y tres veces malditas, mi mascota —hizo un gesto hacia Pip— sintió curiosidad y se le metió en la cabeza investigar. Los ocupantes de la calleja se enfadaron ante su presencia. Una pelea no muy divertida estaba en curso, y en la situación que siguió el único argumento que tuve fue mi cuchillo.

»Vuestro amigo había sido atacado por dos hombres profesionales, por su aspecto y sus acciones. No eran muy buenos. Yo maté a uno de ellos y Pip terminó con el otro. Vuestro amigo ya estaba muerto. Lo siento.

No mencionó su anterior encuentro con los tres.

Tse-Mallory estaba mirando a Flinx.

—Bien. Antes se dijo que fue una circunstancia casual la que hizo que nos fijásemos en ti. Ahora parece haber sido así por partida doble.

Fue interrumpido por un decidido Malaika que agarró el mapa y se dirigió al lado

de una lámpara flexible. Colocando el poderoso rayo de luz en la posición adecuada, comenzó a estudiar con gran deliberación las líneas y símbolos en el mapa. Las motas de polvo danzaban en espiral en la amortiguada luz.

—Una mascota extraordinariamente extraña y versátil —comenzó Truzenzuzex ociosamente—. He oído hablar de ellas. El nivel de la mortalidad producida por su veneno es notoriamente alto, dándoles una reputación completamente desproporcionada a su número y disposición. Afortunadamente, tengo entendido que no atacan sin una fuerte provocación.

—Eso es cierto, señor —dijo Flinx, rascando al objeto de la discusión a un lado de la estrecha cabeza—. El médico de una nave en el puerto me dijo que había conocido a un científico que había estado realmente en Alaspin. El minidrag procede de allí, como sabéis. En su tiempo libre, el hombre había hecho una limitada investigación sobre ellas.

»Me dijo que parecían orgullosas —lo que era una extraña forma de describir a un reptil venenoso—, pero inofensivas, a menos que, como dijisteis, sean provocadas. Pip ya estaba bastante domesticada cuando yo la encontré. Por lo menos, nunca he tenido ningún problema con ella. La gente de mi área ha aprendido a tolerarla, principalmente porque no pueden escoger.

—Una actitud comprensible —murmuró el filósofo.

—El amigo de este doctor estaba con una expedición que fue a Alaspin para estudiar las ruinas de su antigua civilización. Exponía la teoría de que los antepasados del minidrag quizá habían sido criados como animales domésticos por los que produjeron esa cultura. Una crianza selectiva explicaría alguna de sus peculiares características; por ejemplo, no tienen enemigos naturales en el planeta. Afortunadamente, su tasa de natalidad es muy baja. Son omnívoros, además de carnívoros. Averigüé muy pronto lo que eso significaba cuando Pip comenzó a comer pan al no poder encontrar carne. Oh, sí, también dijo que se sospechaba que eran telépatas por empatía. Ésa es la razón por la que nunca soy engañado en el mercado, en negocios o en apuestas. Pip es sensitiva a ese tipo de cosas.

—Una criatura fascinante, vuelvo a repetir —continuó Truzenzuzex—. Un tema que me gustaría profundizar. Sin embargo, no soy un herpetologista. No creo que valiese la pena justamente ahora. Hay demasiadas cosas en mi cabeza.

La confesión no resultó completamente sincera, como Flinx podía leerla. No completamente.

Malaika extendió su cuello sobre el mapa, siguiendo con sus dedos las líneas sobre el plástico y asintiendo de cuando en cuando para sí mismo. Finalmente levantó la vista.

—El planeta en cuestión rodea una estrella de tipo sol, GO, en los cuatro quintos del camino hacia Centro Gal, directamente a través del Blight. Todo un viaje, gentiles señores. No provee mucha información sobre el propio planeta, pero quizá sea suficiente. Tipo terráqueo. Algo más pequeño, atmósfera marginalmente más fina,

proporción más elevada de ciertos gases... helio, por ejemplo. Además, ochenta y uno con dos por ciento de agua. Deberíamos tener pocas dificultades para nuestro hallazgo.

—A menos que por casualidad esté sumergido —dijo Truzenzuzex.

—Quizá. Prefiero no considerar posibilidades molestas para el hígado. Además, si tal fuera el caso, no creo que vuestro amigo el prospector hubiese podido encontrarla. Llevaremos el mismo tipo de instrumentos de detección de metales pesados de todas formas, pero apostaría a que se encuentra sobre el nivel del agua. Si no recuerdo mal, la información que tenemos sobre los Tar-Aiyim sugiere que eran cualquier cosa, excepto acuáticos, en su complejidad.

—Eso es verdad —admitió el filósofo.

—Viajaremos la mayor parte del camino a través de áreas no exploradas, pero, después de todo, una sección del vacío se parece muchísimo a otra. No preveo problemas. Esto probablemente quiere decir que habrá un mavuno de ellos. Por lo menos, estaremos cómodos. El Glory no estará abarrotado con nosotros.

Flinx sonrió, pero tuvo cuidado de ocultar su sonrisa al mercader. El origen del nombre de la nave de carrera privada de Malaika era un chiste bien conocido entre aquellos que estaban en el secreto. La mayoría pensaban que era una antigua palabra terráquea que significaba yacimiento mineral...

—A menos, por supuesto, que ese arma, o lo que sea, vaya a ocupar todo el espacio. ¿Qué tamaño dijisteis que tenía?

—No lo dije —replicó Tse-Mallory—. Tenemos tanta idea como vos. Sólo sabemos... que es grande.

—¡Hum! Si resultase demasiado grande para subirla en el carguero, tendremos que volver a buscar un transporte regular. Preferiría sentarme encima, una vez que la hayamos encontrado, pero en esa zona no hay estaciones de transmisión. Si ha permanecido allí sin que nadie la tocara durante unos cuantos milenios, esperará unos pocos días más —enrolló el mapa—. Entonces, señores, si no hay objeciones, no veo ninguna razón por la cual no podamos partir mañana.

No había ninguna.

—Un brindis entonces. ¡Por el éxito y el provecho, no necesariamente en ese orden! ¡Nazdrovia! —levantó su tanque.

—Por la Iglesia y la Liga —murmuraron a una el hombre y el thranx suavemente. Sorbieron lo que quedaba de sus bebidas.

Malaika eructó una vez mirando a través de la pared de cristal al punto donde el sol de Moth se hundía rápidamente detrás de las rociaduras de la niebla.

—Es tarde. Mañana entonces, en el puerto. Los guías de los muelles os dirigirán a mi pista. El carguero nos llevará a todos en un único viaje. Yo necesito poco tiempo para poner mis asuntos en orden.

Tse-Mallory se levantó y se desperezó.

—¿Puedo preguntar quiénes somos todos?

—Los cuatro que estamos aquí, Wolf y Atha para atender la nave y, por supuesto, Sissiph.

—¿Quién? —preguntó Tse-Mallory.

—El Lince, el Lince —susurró Truzenzuzex, haciendo muecas y dando golpecitos en las costillas de su hermano espacial—. ¿Han envejecido tus ojos tanto como tu cerebro? ¡La muchacha!

Caminaban por el vestíbulo.

—Ah, sí.

Se detuvieron junto al etéreo Wolf, quien les sostenía la puerta abierta. El hombre hizo un gesto, supuestamente con la intención de que resultase algo amistoso. No logró su propósito.

—Sí, un personaje muy interesante y divertido.

—*Ndiyo* —dijo Malaika amigablemente—. Tiene un gran aspecto, ¿no es verdad?

Mientras los otros le deseaban buenas noches al espectral portero, una mano cayó sobre el hombro de Flinx. El mercader susurró.

—Tú no, kijana. Todavía tengo que hacerte una pregunta. Espera un momento.

Estrechó la mano de Tse-Mallory y él y Truzenzuzex cruzaron sus órganos olfatorios, señalándoles el ascensor.

—¡Descansad, señores, y mañana a la primera niebla!

Wolf cerró la puerta cortando a Flinx la vista de los científicos, e inmediatamente Malaika se inclinó hacia él, mirándole de hito en hito.

—Muchacho, ahora que nuestros éticos amigos se han marchado, un punto de negocios. Los dos cadáveres alquilados, que tan merecidamente dejaste pudrir en aquella calleja, ¿tenían sobre ellos o en su ropa alguna insignia especial, algunas marcas? ¡Piensa, joven!

Flinx intentó recordar.

—Estaba completamente oscuro... No estoy seguro.

—¿Y desde cuándo ha sido eso un impedimento para ti? No andes con rodeos conmigo, kijana. Esto es demasiado importante. Piensa... o haz lo que sea necesario hacer.

—Está bien. Sí. Cuando estaba intentando arrancar ese mapa del hombre muerto, me fijé en los pies del hombre que Pip había matado. Había caído muy cerca. El metal de sus botas tenía un determinado dibujo grabado. Parecía una especie de pájaro... una representación abstracta, creo.

—¿Con dientes? —apremió Malaika.

—Sí... no... no lo sé con seguridad. ¡Qué preguntas haces, mercader! Podría serlo. Por alguna razón, durante la pelea tuve la imagen de una mujer, una mujer joven y vieja al mismo tiempo.

Malaika se enderezó y palmeó la espalda del muchacho. Su expresión era jovial, pero sus pensamientos lúgubres. Ordinariamente Flinx se hubiese resentido ante el gesto paternalista, pero esta vez, viniendo del mercader, parecía únicamente lisonjero.

—Gracias sean dadas al Mti de Miti por tus poderes de observación, muchacho. Y por tu buena memoria. —Flinx vio otra palabra: *uchawi* (brujería), pero no descubrió más. El hombretón cambió bruscamente de tema—. Entonces, ¿te veré en la nave?

—No me gustaría faltar. Señor, ¿puedo preguntaros la razón de vuestra pregunta?

—No puedes. Te espero en la nave mañana. ¡Que descanses!

Acompañó a un perplejo Flinx hasta el ascensor.

Durante un rato el mercader estuvo meditando tranquilamente, borboteando juramentos como espuma de caldero de su boca. Constituían los únicos sonidos en la ahora desierta habitación. Dio la vuelta y se dirigió hacia una sección de la pared aparentemente vacía. Golpeando un escondido conmutador, envió hacia arriba el panel profundamente vetado, que desapareció en el techo, para revelar un complicado escritorio. La esbelta masa de un transmisor interestelar dominaba el resto de los aparatos. Pulsó botones, giró discos, ajustó contadores. La pantalla se iluminó repentinamente, con un glorioso balón de fuego de policromía estática. Satisfecho, gruñó y cogió un pequeño micrófono.

—Canal seis, por favor. Prioridad. Deseo línea directa de persona a persona con *Madame Rashalleila Nuaman*, en Nínive, en el sistema de Sirio.

Una pequeña voz flotó desde el diminuto altavoz, colocado a un lado del flujo de arco iris que ondulaba sobre la pantalla.

—La llamada está siendo enviada, señor. Un momento, por favor.

A pesar de las increíbles distancias en juego, la ligera dilación era originada por la necesidad de pasar la llamada por medio centenar de estaciones retransmisoras. El tiempo de tránsito, debido a los conceptos utilizados —menores que el espacio—, era casi instantáneo.

La pantalla comenzó a aclararse, y en un corto espacio de tiempo se encontraba cara a cara con una de las diez hembras humanoides más ricas del universo.

Estaba tendida sobre una especie de sofá. En uno de los lados pudo fácilmente discernir la musculosa y desnuda pierna de alguien que le sostenía la conexión del transmisor portátil. En el fondo observó una vegetación lujuriosa creciendo en fantásticas formas y tamaños, al no tener las trabas de una pesada gravedad. Detrás estaba la cúpula aislante del vacío sin aire que constituía la atmósfera normal en Nínive.

La naturaleza luchó con la cirugía cuando la mujer compuso su cara en una sonrisa abortada y llena de dientes. Esta vez, la cirugía ganó. Intentaba ser *sexy*, pero para alguien que entendiese, solamente resultaba viciosa.

—¡Oh, Maxy, querido! ¡Qué sorpresa tan deliciosa! Siempre es muy agradable tener noticias tuyas. Confío en que ese encantador cuerpo tuyo esté bien, y lo mismo tus negocios.

—Yo sólo estoy bien cuando mis negocios van bien. Y por el momento van pasablemente, Rasha, sólo pasablemente. No obstante, abrigo la esperanza de que en un corto espacio de tiempo cambiarán de rumbo para mejorar. ¿Sabes? Acabo de

tener una charla interesantísima con dos caballeros..., tres si contamos el pelirrojo.

Nuaman intentó proyectar una aureola de desinterés, pero la cirugía no pudo ocultar la forma llamativa en que los tendones se hincharon en su cuello.

—Muy interesante, estoy segura. Espero que resulte provechosa para ti. Pero tu tono parece implicar la creencia de que de alguna forma tengo algo que ver en el asunto.

—¿Sí? No recuerdo haber dicho nada que pudiese llevarte a esa conclusión, querida. Ah, no es el pelirrojo en quien tú estás pensando. Tus matones dieron con ése... siguiendo instrucciones, sin duda.

—Oh, Maxim, ¿qué es lo que estás pensando? ¿Por qué debería estar en Moth alguno de mis ayudantes? Mis negocios en ese planeta son pequeños, como muy bien sabes. Tú eres quien continuamente bloquea todos mis intentos de ampliar mis intereses ahí. De todas formas, no conozco muchos pelirrojos en total... Ciertamente no puedo recordar a ninguno a quien quisiese ver muerto. Un poco embarullado quizá, pero no muerto. No, querido, estás equivocado. ¡Qué conversación tan extraña! No hay nada en esa bola de basura tuya lastimosamente húmeda, pelirrojo o no, por lo que arriesgaría un asesinato.

—¡Hum! ¿Ni siquiera esto?

Levantó el mapa, doblado de forma que no pudiese ver el interior.

No tuvo importancia. ¡Lo reconoció inmediatamente! Se enderezó como un resorte y se inclinó hacia adelante de manera que su cara, como la de una bruja, pareció llenar toda la pantalla.

—¿Dónde conseguiste esto? ¡Me pertenece!

—¡Oh, vamos, Rasha, lo dudo! Échate un poco hacia atrás. Los primeros planos no son tu fuerte, ¿sabes? —Fingió examinar el mapa—: Me temo que no tiene nombre. Y además lo conseguí gracias a un pelirrojo vivo. Un muchacho, en realidad. Tuvo la ocurrencia de pasar por allí justo cuando tus «ayudantes» estaban casualmente perpetrando actos de dudosa legalidad contra el propietario original. O bien el joven es un individuo extraordinario..., cosa que me siento inclinado a creer..., o los ayudantes destinados para este trabajo eran dos subnormales de un coeficiente muy bajo... Ahora que lo pienso, también me siento inclinado a creerlo. Veo que eran tus hombres. El asunto tenía tu típico toque descarado. Únicamente quería asegurarme. Lo he hecho. Gracias, Rasha querida. Ahora, sikuzuri.

La cortó en medio de una maldición y fue en busca de Sissiph.

Después de todo, había sido un día bastante bueno.

CAPÍTULO III

EN Nínive, Rashalleila Nuaman, matriarca y cabeza de una de las empresas comerciales mayores de la Liga, una de las diez hembras humanoides más ricas del universo conocido, estaba aullando como una loca. Dio una patada al semidesnudo sirviente masculino que sujetaba el transmisor portátil en un sitio no muy delicado. La desgraciada máquina cayó en un estanque de mutaciones de carpas doradas. Asustadas, se pusieron confusamente a cubierto entre las grandes hojas de lirio de tono pastel. Cierta número de cristales de opalina muy raros fueron destrozados sobre el camino de piedra.

Habiendo calmado momentáneamente su ira, se volvió a sentar sobre el canapé y pasó cinco minutos recolocando su cabello. Esta semana era verde oliva. En este momento se sintió lo suficientemente controlada para levantarse y dirigirse hacia la casa principal.

¿Cómo había podido aquel bastardo de Malaika averiguar lo del mapa? ¿Y cómo había ido éste a parar a sus manos? O quizá..., ¿quizá había sido justo al contrario? Los dos caballeros a los que tan subrepticamente se había referido eran sin duda ese individuo, Tse-Mallory, y su chinche mascota. Pero, ¿quién era este nuevo pelirrojo? ¿Quién se las había arreglado tan rápida y asombrosamente para arruinar lo que hasta hacía unos pocos minutos era una operación de rutina relativamente fácil? ¡Y todo esto ahora, con Nikosos a sólo dos días de Moth! ¡Era insufrible! Al pasar dio un zarpazo a un pedestal de inapreciables flores tubulares de Yirbittium, desgarrando las hojas carmín. Los delicados pétalos tubuliformes cayeron rotos al suelo. ¡Decididamente, sí, decididamente alguien iba a ser azotado!

Irrumpió en la sala que le servía como oficina y se dejó caer desmayadamente en el sillón moldurado de piel blanca. Su cabeza se apoyó sobre la mano derecha, mientras con la izquierda daba nerviosos golpecitos secos sobre la mesa de corundum puro. El brillante resplandor del mercurio era el único movimiento en la habitación a prueba de sonidos.

¡Era insufrible! No conseguiría quedárselo. Caería sobre su cabeza, sí, sobre su cabeza, si una operación con un sencillo asesinato se convertía en uno múltiple. Podría incluso extenderse hasta su propio y exquisito armazón, y no sería de lamentar. El suyo sería un cadáver encantador.

«No estés ahí sentada, tú, bruja babosa. ¡Empieza a destruir!».

Se inclinó sobre el escritorio y oprimió un botón.

Un rostro delgado y fatigado se formó en la pantalla.

—Dryden, comunica con Nikosos y dile que no aterrice en Drallar. En su lugar va a monitorizar todas las naves que estén en órbita de aparcamiento alrededor del

planeta y permanecer alejado. Tiene que seguir la que parta en la dirección del Blight, tan cerca como le sea posible, aunque permaneciendo constantemente fuera del radio de detección. Si se queja, dile que comprendo que es una tarea difícil y que simplemente haga lo más que pueda. («Siempre podré despedirle más tarde», pensó lúgubrementemente). Si presiona pidiendo explicaciones, dile que los planes han sido cambiados debido a circunstancias imprevistas e inevitables. Tiene que seguir a esa nave. Garantizo que habrá una y probablemente pronto. Se dirigirá hacia el planeta al cual iba a dirigirse originariamente mediante un mapa. Pero ahora tendrá que arreglárselas sin su propio conjunto de coordenadas. ¿Está claro?

—Sí, *madame*.

Ella había cortado antes de que él alcanzase la segunda «m». Bien, había hecho lo que podía, ¡pero parecía tan condenadamente poco! Su sentimiento de relativa impotencia amplificó su rabia y el correspondiente deseo de desahogar su frustración sobre otra persona. Veamos, ¿quién estaba a mano? ¿Y lo merecía? ¿El idiota que había chapuceado con aquellos dos asesinos? ¡Vaya un blanco! ¿Su sobrina? Aquella cabeza de chorlito. Y pensar que quizá un día tendría que hacerse cargo de la firma cuando ni siquiera podía presenciar una simple extracción. Presionó otro botón.

—Que Teleen auz Rudenuaman se presente en mi oficina a las cinco de la mañana.

—Sí, *madame* —replicó la rejilla.

Ahora, ¡si todavía quedase alguien más! Una carrera en flor que sofocar quizá. Pero, en buena fe, no había nadie más a quien pudiese echar una bronca. No es que eso constituyese un impedimento cuando se sentía especialmente odiosa, pero un personal leal sólo podía conseguirse por medio de una mezcla de miedo y recompensas a partes iguales. No tenía objeto sobrepasarse en lo primero. Lo que realmente necesitaba era relajarse. Felizmente, aquel petimetre de van Cleef estaría en buena forma aquella noche. Repentinamente, una sonrisa cortó su rostro como una hoz. El desgraciado botón fue pulsado de nuevo.

—Cancela esto último. Que mi sobrina se presente mañana a las cinco..., pero en mis habitaciones, no en la oficina.

—Anotado —dijo la rejilla compactamente.

Rashalleila se tendió hacia atrás y se desperezó lujuriosamente. Definitivamente, se sentía mejor. Ella sabía que su sobrina estaba desesperadamente enamorada de su actual pimpollo. El porqué no podría comprenderlo en su vida, pero era un hecho. Sería interesante ver si la chica podría sostener mañana una cara impasible al ser recriminada delante de él, mientras se estiraba soñoliento en la cama de su tía. Sí, fortificaría su carácter. Se echó a reír ante la idea, e incluso en la desierta habitación no fue un sonido agradable.

CAPÍTULO IV

BRAN Tse-Mallory y Truzenzuzex volvían despreocupadamente a sus alojamientos a través de las rutas del mercado. Durante la noche era dos veces más ruidoso y confuso que durante el día. Las relampagueantes luces de las carretillas motorizadas y de los vendedores fluorescentes añadían mucho a la atmósfera de controlada anarquía. No obstante, no necesitaron de Flinx. Un thranx podía rastrear un camino siempre que lo hubiese recorrido una vez, no importa lo complicado y tortuoso que fuese.

—Bien, hermano —dijo Truzenzuzex apartando un vendedor móvil de novedades—, ¿qué te parece nuestro amigo el mercader?

—Me sentiría mucho mejor si nuestro amigo, el extraño joven, tuviera veinte años más y estuviese en su lugar. Con seguridad es un parcial telépatas. Pude sentirlo. Pero deseos como ése son inútiles. Caos. ¡Por el Universo! —musitó.

—¡Por el Universo! —replicó Truzenzuzex. Los dos sonrieron a su chiste particular, que tenía un sentido más profundo de lo que implicaba el humor superficial—. El hombre parece lo más digno de confianza que podamos encontrar en su tipo y tiene la nave que necesitamos. Por supuesto, no puedo estar seguro todavía, pero creo que, teniendo en cuenta las circunstancias, lo hemos hecho bastante bien. Y la presencia del muchacho en la nave servirá como un factor moderador. El también parece confiar en el mercader.

—De acuerdo. La presencia del chico inyectará un factor de incertidumbre, aunque no sea nada más.

—Un cierto factor de incertidumbre. ¡Muy oportuno hasta ahora en esta aventura! —El insecto movió la cabeza en una deliberada imitación del gesto humano—. Ya ha provocado tres muertes. Espero que no haya más.

—Yo también, yo también, hermano. Nosotros dos hemos visto demasiadas muertes ya.

Truzenzuzex no replicó, concentrado en una difícil bifurcación de su camino.

Tse-Mallory le seguía mecánicamente. El ruido y las luces tenían una tendencia a hipnotizarle. Dejó que su mente divagase...

CAPÍTULO V

La imagen que contemplaban sobre la pantalla de la nave-aguijón era idéntica a la que estaba siendo enviada a cada miembro de la unidad especial. Mostraba un alto y delgado ornitópero de plumaje primordialmente negro y amarillo. El ser estaba poseído de una enorme cantidad de dignidad natural, que en aquel momento le estaba siendo muy difícil mantener. No es fácil mostrarse digno cuando uno está mendigando.

El subteniente Bran Tse-Mallory, de veintiséis años de edad, Cuarto Grupo de Batalla, Sexto Cuerpo del Brazo Ejecutivo de la Iglesia Unida, observaba cómo el gobernador militar del planeta azul debajo de ellos se derrumbaba mentalmente, mientras imploraba ayuda a su propio comandante. La ira y la vergüenza se mezclaban en su garganta, que estaba completamente seca, mientras seguía la conversación.

—Mayor González —entonó el ornitópero—, se lo pediré por última vez y después iré y haré lo que pueda para ayudar a mi pueblo, aunque solamente sea morir con ellos. ¿Usaréis las fuerzas bajo vuestro mando para interceder e impedir una masacre?

La voz del mayor Julio González, comandante de la Unidad Especial, se filtró a través de la pequeña rejilla utilizada para las frecuencias inter-flota. Era fría y controlada. Bran sintió deseos de aplastar la rejilla y la enfermiza y relamida cara que se sentaba detrás.

—Me veo forzado a recordaros, gobernador Bolo, que, por mucho que simpatice con vuestro aprieto, no hay nada que yo pueda hacer. Después de todo, mi unidad está aquí absolutamente por pura coincidencia. Estamos en una patrulla pacífica, y nos hemos detenido en vuestro planeta solamente para hacer la acostumbrada visita de cortesía. Si hubiésemos llegado una semana antes o después, ni siquiera habríamos sido testigos de esta infortunada situación.

—Pero estáis aquí y sois testigos, Jaor —comentó el gobernador por decimoséptima vez.

—Por favor, señor. Ya os he escuchado demasiado tiempo. Hace años que la Iglesia y la Liga están en paz con el Imperio AAnn...

—¡Vaya una paz! —murmuró una voz indiscreta en alguna parte de la red. Si González lo oyó, no dio señales de ello.

—Me niego a poner esta paz en peligro mezclándome en un asunto que no me concierne. Intervenir junto a uno de los bandos equivaldría a un acto de guerra. Además, actuaría directamente en contra de mis órdenes y del propósito de esta patrulla. Debo negarme, señor. Espero que comprendáis mi posición.

—¡Vuestra posición!

El gobernador se ahogaba. Su voz se rompía de forma notoria bajo la presión de los últimos días, y tenía que hacer esfuerzos para conservar sus pensamientos ensamblados en simbio-lenguaje.

—¿Qué me decís de esos ghijipps AAnn ahí fuera? Un claro ataque sobre una indefensa colonia. ¡Acto de guerra, decís! ¿No es eso una violación directa de vuestra preciosa Convención? ¿Aquella que «vuestra» patrulla está supuestamente sosteniendo?

—Si vuestra reclamación es justa, estoy seguro que los árbitros de la Convención decidirán en vuestro favor.

—¿En favor de quién? —rugió el gobernador—. Seguramente sabéis lo que hacen los AAnn para domeñar planetas, especialmente con aquellos que tienen la impertinencia de resistirles. Si no queda ni uno de nosotros con vida para aceptar la decisión favorable de la comisión arbitral, ¿para qué sirve vuestra maldita Convención? ¿Recibirán pensiones nuestros recuerdos?

—Lo siento, gobernador. Me gustaría ayudaros, pero...

—Enviad una sola de vuestras naves, en señal de muestra —lloró—. Quizá les haga dudar...

—Dije que lo sentía, gobernador. Estoy aturdido. Adiós, señor.

González había cortado la conexión.

A su espalda y por encima, Bran oyó la voz de su joven hermano espacial. La quitina fuertemente azul-verdosa del insecto resplandecía aún más, gracias al arnés de batalla de plata que rodeaba su cuerpo cilíndrico.

—Eso —dijo Truzenzuzex en fríos y tranquilos tonos— ha sido posiblemente el fragmento más nauseabundo de aleluyas retóricas que he tenido la desgracia de escuchar en mi vida.

Bran asintió. Encontraba cada vez más difícil contenerse. Incluso sin las drogas que elevaban los umbrales de los instintos y la percepción, el deseo de matar estaba empezando a penetrar furtiva y ardorosamente en él. Tenía detrás el poderoso impulso de una justa indignación.

—¿No sería posible que quizá los locales...?

—No tienen ni una oportunidad —terminó Truzenzuzex—. En primer lugar, están en inferioridad numérica y de armamento, sin una fuerza armada regular entre ellos, como sin duda los AAnn se habían asegurado bien por anticipado. Hasta dudo de que sus naves tengan mandos doble-ka. Esto es solamente una colonia y no tendrían necesidad de muchos.

—Una típica maniobra AAnn. ¡Malditos sean esos bastardos antropomórficos! Siempre robando y recortando por los bordes. Me gustaría que se mostrasen abiertamente y dijese que iban a desafiarnos por esta parte de la galaxia. ¡Que esperen y peleen como hombres!

—No pueden, hermano, porque obviamente no lo son. Y no me refiero solamente

a sus fisiologías. Según las normas AAnn, marcadas por su filosofía, de que «un perpetuo estado de guerra es el estado natural de las cosas», cualquier ventaja que se pueda obtener sobre el enemigo viene definida como ética por el éxito. No son inmorales; simplemente amorales. Los ataques a traición son como el azúcar, perdón, como el pan, para ellos.

—Si el mayor se decidiese a intervenir, estoy seguro de que el mando aprobaría la acción retroactivamente —dijo Bran—. En público ofrecerían obediencia, seguro, pero en privado apuesto a que el mariscal N’Gara lo aprobaría.

—Quizá sí. Quizá no. Cuando los soldados envejecen y adquieren más poder, sus personalidades tienden más y más a lo mercurial. No puedo imaginarme al querido y dulce González corriendo un azar sólo para ayudar a un puñado de alienígenas, especialmente si no son de la Liga. Demasiado aficionado a su *whisky* escocés y a sus puros terráqueos importados. Además, emprender una acción como ésa requeriría por lo menos un mínimo de imaginación, algo en lo que nuestro comandante es tristemente deficiente. Mira. Ya empieza.

Bran miró por encima del equipo de comunicaciones a la gigantesca pantalla de combate. En el vacío un número de naves, representadas solamente por unas motas fantasmales, maniobraban a través de miles de kilómetros, tomando posiciones para una batalla que sería notable únicamente por su brevedad. No se sabía cómo los locales habían reunido seis naves capaces de salir al espacio. Bran apostaría todo el crédito de un año a que ninguna de ellas era una nave regular de combate. Lanchas de la policía, lo más probable. En el lado opuesto, la soberbiamente disciplinada y bien entrenada fuerza AAnn estaba formando uno de sus característicos tetraedros, Alrededor de una quincena de naves de ataque, un par de destructores y dos hinchadas pepitas que en una situación normal de combate se hubiera interpretado como dos grandes acorazados. Los instrumentos del gran tablero, más sensibles, dijeron la verdad: la misma masa, pequeños pozos de gravedad. Transportes de tropas conteniendo docenas de pequeños cargueros, pesadamente protegidos con pantallas.

Había tenido ocasión de observar a las fuerzas de ocupación AAnn en acción anteriormente. Sin duda en este momento los miembros de la primera oleada de asaltantes descansaban cómodamente en sus camastros respectivos, canturreando suavemente para sí mismos y esperando que la «batalla» comenzase, asegurándose de que sus armaduras estaban bien pulidas y los nervios de sus agujones completamente cargados...

Golpeó con un puño sobre el tablero de duraluminio, levantando la piel en la blanda parte posterior de su muñeca. En la fuerza humana había diez agujones y un crucero..., un buen oponente para los AAnn, incluso sin la dudosa «ayuda» de los locales. Pero sabía, aun antes del patético debate de hacía unos minutos, que el mayor González nunca se movería de su cabina forrada de madera en el *Altair* para intervenir en un conflicto donde los intereses humanx no estaban directamente amenazados. Se detuvo ante una repentina idea. Por supuesto, si se pudiese forzar una

confrontación de forma que tal amenaza existiera...; sin embargo, no había una garantía cierta: un consejo de guerra seguro, despido del Cuerpo, 300 000 seres sensibles, campos de trabajo... De repente, ya no estaba tan seguro de querer llegar a capitán, después de todo. Sin embargo, necesitaría la ayuda de...

—Bran, parece que nuestro mando no funciona.

—¿Qué? No...

—Sí, no hay duda. Parece que estamos derivando de forma inevitable hacia la zona del incipiente combate. A toda velocidad nada menos. Una torpeza muy poco corriente, ¿no crees?

—Oh, sí —una pseudosonrisa aguda como una cimitarra cortó su cara—. Veo que no podemos hacer nada para impedirlo. Una maldita y desafortunada situación. Naturalmente, tendremos que hacer preparativos de emergencia para defendernos. No creo que los computadores AAnn sean muy selectivos sobre las naves que floten dentro de su zona de disparo.

—Correcto. Yo estaba a punto de comenzar con mis propias inyecciones.

—Yo también. —Se volvió a acomodar en el asiento de reacción, sintiendo cómo aparecía suavemente el campo que les capacitaba para maniobrar a gran velocidad—. Será mejor que nos demos prisa.

Siguió el procedimiento corriente e ignoró lo mejor que pudo las escasamente perceptibles presiones de las agujas mientras se deslizaban eficientemente en las venas de sus piernas. Las drogas especiales que elevaban sus percepciones y suprimían las inhibiciones artificiales que su mente había erigido para reprimir el instinto de matar, inmediatamente comenzaron a hacer su efecto. Un hermoso resplandor de libertad, teñido de rosa, se deslizó por sus pensamientos. Esto era lo apropiado. ¡Esto era correcto! Él había sido creado para esto. Por encima y detrás de él sabía que Truzenzuzex estaba sometándose a un tratamiento similar con diferentes drogas. Estimularían su habilidad natural para tomar decisiones en una décima de segundo y realizar evaluaciones lógicas sin tener en cuenta distracciones como las reglas de la Colmena y complicadas consideraciones morales.

Muy poco tiempo después del amalgamamiento, cuando los científicos humanos y thranx estaban descubriendo una cosa sorprendente detrás de otra, los psicólogos thranx descubrieron lo que algunos humanos venían sospechando desde hacía mucho tiempo. La mente del *Homo sapiens* estaba en un perpetuo estado de inestable equilibrio entre un total emocionalismo y un control de computadora. Cuando los vestigios de este control, tanto naturales como artificiales, se hacían desaparecer, el hombre volvía a una especie de controlado animalismo. Se convertía en la más astuta y eficiente máquina de motor del universo. Si se inducía lo contrario, se convertía en una especie de vegetal. Para este estado no se había descubierto ninguna utilidad, pero para el primero...

Se rodeó el asunto de un silencio bastante eficaz. Después de una cantidad de horrendas, pero honradas, demostraciones desarrolladas por los thranx y sus colegas

humanos, la humanidad reconoció la verdad del descubrimiento, con más de un pequeño suspiro de alivio. Pero no le gustaba que se lo recordasen. Por supuesto, un cierto sector de la humanidad lo había sabido durante todo el tiempo, y no fue afectado por las noticias. Otros comenzaron a leer las obras de antiguos, como Donatien François de Sade, con un enfoque diferente. Por su parte, los psicólogos humanos sacaron a una luz más clara la maravillosa habilidad de los thranx para tomar decisiones rápidas y correctas con una completa ausencia de distracción emocional y un elevado nivel de pragmatismo. Sólo que los thranx no lo veían igual de maravilloso. Las reglas de su Colmena y unos complejos sistemas éticos habían conservado durante largo tiempo aquella misma habilidad bloqueada, de la misma forma que los humanos tenían bloqueados sus instintos asesinos.

El resultado final de toda la búsqueda y experimentación fue éste: en combinación con un computador de balística para seleccionar y evaluar los blancos, un triunvirato thranx-humano-máquina era una combinación imbatible en la guerra espacial. El thranx actuaba como un supervisor para el humano y éste como un aguijón para el thranx, eficiente y despiadado. Las nociones humanas de una guerra «entre caballeros» desaparecieron para siempre. Únicamente los AAnn se habían atrevido más de una vez a desafiar el sistema y eran lo suficientemente tenaces e inteligentes para hacerlo esporádicamente y sólo cuando sentían que las probabilidades estaban fuertemente a su favor.

Afortunadamente humanos y thranx demostraron ser todavía más compatibles de lo que los creadores del sistema se habían atrevido a esperar, ya que la naturaleza de la fusión máquina-droga producía una mezcla de las dos mentes a un nivel de consciencia. Era como si los dos lóbulos de un cerebro fuesen a tomar una decisión entre ellos, pasando el compromiso después a la médula espinal y el resto del cuerpo para su real ejecución. Algunos pilotos de las naves-aguijón llegaban a asemejarlo a dos gemelos en el vientre materno. Era una relación así de íntima. Sólo de esa forma podía la máquina bélica resultante operar con una efectividad del cien por cien. El compañero de un hombre era un hermano espacial. Pocos operadores de las aguijoneadoras permanecían casados durante mucho tiempo, excepto aquellos que tenían la suerte de encontrar esposas altamente comprensivas.

La hormigueante bruma fluía sobre sus ojos, nublando y sin embargo aumentando su visión. Las cosas más diminutas se volvieron evidentes para su percepción. Las motas de polvo en la atmósfera de la cabina eran tan claras como rocas. Sus ojos se fijaron sobre los blancos diamantes de la pantalla de combate con toda la concentración de una cobra hambrienta. Todos los pilotos de las aguijoneadoras admitían sentir un ligero, pero reconfortante, sentimiento de euforia cuando estaban bajo la influencia de las drogas de combate. Bran la estaba experimentando ahora. Para fines de relaciones públicas los bandos insistían en que eran un beneficioso subproducto de las drogas HIP. Los pilotos sabían lo que era realmente: la excitación natural que se adueña de la mayoría de los humanos completamente desinhibidos

cuando anticipan el estremecimiento de matar. Sus sentimientos se arremolinaron en su interior, pero sus pensamientos permanecían enfocados.

—¡Por el Universo, oh chinche pegajoso! —gritó medio borracho.

Desde la tierra de nunca, la voz de Truzenzuzex llegó flotante hasta él.

—¡Por el Universo, oh oloroso primate!

La nave se hundió en una esquina del tetraedro de los AAnn.

La fuerza enemiga lo soportó todo el tiempo que pudo. Después, tres naves se separaron para interceptar su atrevida carga. El resto de la formación continuó en su puesto, impertérrita. Sin duda, nadie que ostentase mando había advertido todavía que la carga suicida no provenía de la zona de la lastimosa fuerza de defensa planetaria en círculo debajo. Y habiendo oído todos la transmisión interflota, sabían que no era posible que fuese una nave de la Liga. Bran centró su único SCCAM medio sobre el más cercano de los tres atacantes, el puntero. Borrosamente, a través de la niebla, ahora sólidamente perfumada, pudo discernir la furiosa voz del mayor González en la frecuencia internave. Golpeaba irritadamente sobre su totalmente ocupado consciente. Obviamente, el mando no se había tragado el mensaje en clave que habían enviado hablando de problemas en los motores.

—¡Vosotros, qué pensáis que estáis haciendo! ¡Volved a la formación! Nave número... nave número veinticinco, regrese a la formación... Reconoced... ¡Por los cielos! Braunschweiger, ¿de quién es esa nave? ¡Que alguien me informe!

Decididamente, dentro de la vaina había demasiado ruido. Cerró la rejilla y navegaron en un relativo silencio. Conjuró una imagen del almirante AAnn, cómodamente sentado en su cabina en uno de los transportes de tropas, masticando ligeramente una barrita narcótica..., un ojo amartillado sobre la fuerza de la Liga flotando tan cerca. Sin duda también él había estado monitorizando la conversación entre el gobernador planetario y el mayor González. Se habría reído bastante, seguro, esperando una agradable masacre de rutina. Sus pensamientos debían de estar ahora un poco emborronados, especialmente si había advertido cómo una sola agujoneadora golpeaba locamente en el centro de la formación. Bran deseó que se le reventase un saco auditivo escuchando sus sirga-dores.

Su mano se deslizó hacia los mandos de fuego. La tranquila voz de Truzenzuzex se insinuó enloquecedoramente en su mente. No, ya estaba dentro de su mente.

—Espera. Todavía no. (*Pausa*). Probabilidad.

Enfadado, intentó expulsar el pensamiento. No se quería marchar. Era demasiado semejante a separar parte de su propio ego. Su mano permaneció alejada de la palanca de fuego, mientras la mota color crema se hacía atterradoramente grande sobre la pantalla.

Otra vez la calmosa, irritante voz.

—Cambiano el curso diez grados menos y, más x dos grados, se adquiere la tangente óptima de intersección.

Bran sabía que iba a morir, pero a la despejada luz de su conciencia, parecía un

asunto de una importancia sólo secundaria. El problema a mano y la única razón de la existencia era matar tantos de ellos como fuera posible. Que sus propios seres serían también destruidos era una certeza, teniendo en cuenta los números alineados contra ellos, pero podrían por lo menos embotar el efecto de la invasión AAnn. Una diminuta porción de su ser ofreció gracias por la silenciosa presencia de Truzenzuzex. Él había visto una vez películas de una fuerza de naves-aguijón en acción, con operadores humanos únicamente. Le había recordado mucho una historia tridimensional que había visto en la Tierra mostrando tiburones en un frenesí devorador.

El momento se advirtió por sí mismo.

—¡Fuego el uno!

No hubo sugerencias conflictivas en la parte insectoide de su mente. Sintió el suave bandazo de su campo corporal, mientras inmediatamente la nave ejecutaba una complicada maniobra, capaz de desgarrar la aleación, para confundir cualquier fuego de retorno y al mismo tiempo permitirles poner las dos naves restantes del enemigo entre ellos. Sin el campo, sí hubiese sido reducido a jalea.

La desaparición de un pozo de gravedad de la pantalla le dijo que el proyectil SCCAM había alcanzado la nave AAnn, taladrando sus defensas. Una violenta explosión iluminó silenciosamente el espacio. Un SCCAM no era capaz de fallar.

El propio sistema SCCAM era una modificación del mando doble-ka que dirigía las naves de la mayor parte de las razas que navegaban en el espacio. Cuando humanos y thranx se unieron, se demostró que la versión humana era más poderosa y eficiente que el mando thranx de gravedad positiva. También poseía una proporción más elevada de fuerza-conservación, lo que la hacía más razonable de operar. Trabajando con sus colegas humanos, los científicos thranx, después del amalgamamiento, pronto desarrollaron un cierto número de mejoras en el ya admirable sistema. Este mando de propulsión modificado fue inmediatamente instalado en todas las naves humanx y otras razas comenzaron a pedir los componentes que les harían capaces de conseguir sus propias modificaciones.

Una innovación completamente thranx, sin embargo, había sido la adaptación del mando de gravedad en un arma de poder irresistible. Los proyectiles SCCAM eran, en realidad, ingenios termonucleares montados sobre pequeños mandos de nave, con la excepción de que todas sus partes, menos aquellas necesitadas de puntos de fusión por encima de los 2400 grados, estaban hechas de una aleación de osmio. Usando el propio pozo de gravedad de la nave lanzadora como la fuerza propulsora inicial, el proyectil era disparado hacia un blanco. A una distancia segura de la nave, determinada de antemano, entraría en acción el mando del propio proyectil. Instantáneamente caería en una deliberada sobrecarga. Imposible de detener, el sobrecargado campo sería atraído por el pozo de gravedad mayor y más cercano; en este caso, el sistema de mandos de una nave enemiga.

Acompañado por la incontrolada energía de una reacción de fusión, los dos

campos entrecruzados de los mandos eliminarían todo rastro del blanco irrevocablemente. Y sería inútil que una nave enemiga intentase escapar apagando su propio campo, porque, aunque quizá sobreviviese el impacto con el pequeño campo del proyectil, todavía no había sido construida la nave que pudiese soportar la fuerza de una explosión de fusión sin estar protegida por pantallas. Y como las pantallas defensivas eran accionadas por los mandos de gravedad positiva...

Sintió cómo la nave se bamboleaba de nuevo, no tan violentamente esta vez. Otro blanco se movió dentro de un radio efectivo. Disparó de nuevo. Truzenzuzex había ofrecido una objeción de nivel cuatro y Bran lo había contrarrestado con un veto objetivo de nivel dos. El computador se unió a Bran y liberó el proyectil. Las dos partes de la mente de la nave habían sido parcialmente correctas. El resultado fue otro blanco..., pero por un pequeño margen.

La formación AAnn pareció soltarse. Después la mitad izquierda del tetraedro se derrumbó, mientras las naves de aquel lado buscaban contrarrestar este alarmante ataque sobre su flanco. Más probablemente, el comandante AAnn había ordenado la disolución. Encerrado en un lento y pesado transporte de tropas, posiblemente estaba ya comenzando a alarmarse por su propia y preciosa piel. Alentado por este movimiento poco estratégico en el bando de sus oponentes, la fuerza defensiva nativa cargó sobre el frente de la rota formación, magnificando la confusión, si no la destrucción, e intentando distraer la atención de las naves AAnn de sus inesperados aliados.

Bran acababa de disparar por tercera vez —un fallo— cuando un violento impacto meció la agujoneadora. Incluso en el interior de su campo protector fue lanzado violentamente hacia adelante. Las luces parpadearon, se oscurecieron y se apagaron, siendo reemplazadas un momento más tarde por el fantasmal azul del sistema de emergencia. Comprobó sus instrumentos e informó en tono casual.

—Tru, esta vez el mando está averiado de verdad. Vamos a flotar sin rumbo, sólo que...

Se detuvo. La respuesta típicamente irónica no llegaba.

—¡Tru! ¿Cómo están las cosas en tu lado?

El altavoz le devolvió solamente un desconocido silbido. Tiró ligeramente del pulsador varias veces. Parecía funcionar.

—¡Tru! ¡Dime algo, baboso! ¡Caracol viejo, termita, borrachín...! ¡Maldita sea, di algo!

Al desaparecer la capacidad de la nave para participar en la batalla, los antídotos HIP habían sido inyectados automáticamente en su sistema.

—¡Gracias al limbo que los automédicos todavía están intactos!

Sintió que el deseo de matar desaparecía de su interior pesadamente, para ser reemplazado por el embotado resabio y letargia temporal que inevitablemente seguían la acción de la batalla.

Maldiciendo y llorando al mismo tiempo, comenzó a pelear con su arnés. Apagó

su campo corporal, sin importarle que la nave decidiese repentinamente saltar al combate y esparcirle todo por encima de la mampara. Con la roja, comenzó a gatear sobre tubos rotos y chisporroteantes cortocircuitos, hasta donde Truzenzuzex yacía sobre su propio camastro de batalla. Sus músculos se negaban a responder y maldijo sus brazos que se empeñaban en deslizarse de las agarraderas como cáñamo húmedo. En el confort producido por la hipnosis no había comprendido lo mucho que la pequeña nave había sido dañada. Desgarradas láminas y filamentos ondulantes flotaban por todas partes, indicando una pérdida de gravedad en el interior de la nave. Pero la vaina permanecía intacta, y él podía respirar sin tubos.

La posición del thranx era más larga y baja que la suya, puesto que la posición de trabajo del insecto era yacer prono y mirando al frente. Por tanto, la primera parte del cuerpo de su colega subteniente que Bran encontró fue la cabeza, con sus brillantes y polifacéticos ojos compuestos. Su familiar brillo estaba nublado, pero no había desaparecido. Furiosamente comenzó a dar masaje al antetórax por encima de la juntura del cuello en una operación destinada a estimular el abierto sistema circulatorio del thranx. Continuó haciéndolo, a pesar de la empalagosa humedad que insistía en inundar sus ojos. Echando su cabeza hacia atrás por lo menos conseguía que la sangre de la herida de su frente se deslizase momentáneamente fuera de su rostro.

—¡Tru! ¡Vamos, compañero! ¡Muévete, maldito seas! ¡Levántate; haz algo, maldición!

La ironía de intentar la reanimación de su compañero, de forma que pudiese estar consciente cuando los rayos quebrantadores AAnn esparciesen sus partes componentes por todo el cosmos, no interrumpió sus movimientos.

Truzenzuzex comenzó a moverse lentamente, restableciéndose el silbido de las espículas respiratorias áspera y desigualmente bajo las atentas manos de Bran.

—¡Hum! ¡Oh, amigo mío!, aquí mismo informo a todos y cada uno que un golpe en el cráneo no conduce decididamente a una meditación inteligente. Un poco más bajo y a la derecha, por favor, es donde pica. ¡Ay! Me temo que estoy listo para un ligero dolor de cabeza.

Llevó lentamente una de sus verdaderas manos a su cabeza, y Bran pudo ver dónde una suelta barra de algo le había golpeado duramente, después de haberse desconectado el campo corporal. Una fea línea oscura podía verse sobre el azul exoesqueleto del insecto. El organismo thranx era excepcionalmente resistente, pero muy vulnerable a cortes profundos y punciones, a causa de su sistema circulatorio abierto. Cuando sus armaduras permanecían intactas, eran completamente invulnerables, mucho más que las de sus compañeros humanos. El mismo golpe habría aplastado probablemente el cráneo de Bran como si fuese una cáscara de huevo. Los grandes ojos giraron para mirarle cara a cara.

—Hermano espacial, observo una suave precipitación en las esquinas de tus oculares, diferentes en composición del fluido que todavía ahora mana de tu cabeza.

Conozco el significado de una tal producción y te aseguro que no es necesaria. Aparte del daño hecho a mi inmaculada e irresistible belleza, me encuentro perfectamente bien.

—Incidentalmente, se me ocurre que los dos hemos estado vivos durante largo tiempo. Como yo parezco estar, por lo menos de momento, incapacitado, te agradecería que pudieses contener tu riego facial, regresar a tu puesto y averiguar qué demonios está pasando.

Bran se enjugó las lágrimas de los bordes de sus ojos. Lo que Tru había dicho era perfectamente correcto. Había estado tan absorto en reavivar el insecto, que no había advertido que según todos los estándares razonables de guerra, los dos deberían llevar varios minutos muertos. Los AAnn eran quizá guerreros sin imaginación, pero eficientes. Se arrastró hasta su asiento y lanzó energía de emergencia a la pantalla de combate. Lo que vio allí aturdió su mente y también su voz.

—¡Ooooooooooh! ¡Fibbixx! ¡A por ellos, Sexto, chiquito!

—¿Dejará tu boca de hacer ruidos incomprensibles y me dirá lo que está pasando? Mis ojos no están completamente enfocados todavía, pero puedo ver que estás saltando en tu asiento de una forma que no tiene nada que ver con las acciones de la nave.

Bran estaba demasiado atento para escucharle. La escena de la pantalla era correspondientemente débil, pero sin embargo completamente visible. Recordaba un juego de *ping-pong* jugado en una gravedad cero con dos conmutadores a gran velocidad. La fuerza AAnn, o mejor lo que quedaba de ella, estaba en franca retirada. Los brillantes dardos de las naves de la Liga entraban y salían en la formación en retirada con característica impredecibilidad. Ocasionalmente, una breve y tersa llamarada marcaría el lugar donde otra nave había abandonado el plano de la existencia material y una voz vagaba, no se sabía cómo, sobre el rugiente y chillón barullo del comunicador, una voz que no podía pertenecer a otro que al mayor González. Una y otra vez repetía el mismo hecho esencial en diferentes palabras.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? ¿Qué...?

En este momento fue cuando Bran sufrió su segunda herida en la acción. Riendo, se dislocó un latissimus.

Todo quedó muy claro más tarde en el consejo de guerra. Los otros miembros de la Unidad Especial habían visto a uno de sus compañeros romper la formación y penetrar en la formación AAnn. Sus colegas pilotos habían resistido el combate subsiguiente por tanto tiempo como les fue posible. Después, comenzaron a desgajarse y seguirles. Únicamente el crucero *Altair* no había tomado parte en la batalla. Su tripulación lo había pasado bastante mal presenciándola, aunque no había sido culpa suya.

En el planeta, ni un solo árbol había sido chamuscado.

El oficial que presidía el juicio era un anciano general thranx, procedente del propio Hiveworld. Su rigidez de roquete se combinaba con su exoesqueleto y una voz

ácida, para hacer de él una figura en verdad formidable. En cuanto a la mayoría de la Unidad Especial, sus miembros fueron exonerados de toda culpa. Se dictaminó que habían actuado dentro de las normas de la Liga, «bajo una circunstancia justificada donde un acto de violencia contra personas o propiedades de la Iglesia o la Liga deberá ser respondido con toda la fuerza necesaria para eliminar los efectos de dicha violencia». Este dictamen fue aprobado para el momento en que las naves AAnn habían trabado combate con la nave número veinticinco. Que la nave número veinticinco hubiese provocado el encuentro era un punto que la corte «estudiaría cuidadosamente..., tomándose el tiempo necesario».

Los subtenientes Bran Tse-Mallory y Truzenzuzex de los Zex fueron despojados de sus rangos y despedidos del servicio. No obstante, como preliminar, fueron recompensados con la Orden del Mérito de la Iglesia, un racimo de estrellas. Así se hizo. De manera no oficial, se les regaló a cada uno un pergamino donde aquellos ciudadanos de la colonia-planeta conocida como Goodhunting habían inscrito sus nombres y acción de gracias..., sin faltar uno solo de los doscientos noventa y cinco mil que eran.

El mayor Julio González fue ascendido a comandante e inmediatamente destinado a un tranquilo puesto burocrático en un oscuro sistema poblado por anfibios semi inteligentes.

Después de haber sido formalmente iniciado en el clan de su hermano espacial, los Zex, Bran había entrado en la Iglesia y había llegado a estar profundamente centrado en la Cancillería de Sociología Alienígena, ganando títulos y honores. Truzenzuzex permaneció en su planeta nativo de Willow-Wane y reemprendió sus anteriores estudios sobre psicología e historia de las ideas. Poco tiempo después se le otorgó el título de «Eint». Sus intereses fueron convergiendo independientemente, hasta que los dos se encontraron inmersos en el estudio de la antigua civilización-Imperio de los Tar-Aiym. Habían pasado diez años antes de que se hubiesen reunido de nuevo, y desde entonces habían permanecido juntos, un arreglo que ninguno de los dos había lamentado nunca.

—¿Compra un traje de invierno, señor? La estación se acerca rápidamente y los astrólogos predicen frío y ventisca. ¡Las mejores pieles de Pyrrm, buen señor!

—No. No, gracias, vendedor.

La bifurcación hacia su pequeña posada se vislumbraba delante de ellos, junto al vendedor de campanillas de oración.

Bran sintió una necesidad de dormir extraordinariamente fuerte.

CAPÍTULO VI

FLINX regresó a su apartamento para hacer los preparativos del viaje. En el camino de vuelta del barrio central se detuvo junto a una tienda que conocía bien y compró un pequeño saco de viaje. Era del tipo que había visto que llevaban a menudo los tripulantes en el puerto, y le serviría a él igualmente bien. Era ligero, tenía una cerradura sensora como parte de su estructura en el cierre y resultaba completamente indestructible. Regatearon formalmente sobre el precio; finalmente se quedó en la suma de nueve seis punto veinte créditos. Probablemente podría haber rebajado el precio en otro crédito, pero estaba demasiado ocupado con sus pensamientos acerca del viaje, tanto que el vendedor le preguntó por su salud.

En el apartamento no se sorprendió demasiado al hallar que todas sus posesiones valiosas y útiles cabían fácilmente en su único bolso. Únicamente sintió una ligera sombra de pesar. Miró a su alrededor en busca de algo que coger, pero la cama no cabría, ni tampoco la cocinilla portátil. De todas formas, dudaba que en la nave hubiese escasez de una cosa u otra. Los recuerdos estaban cómodamente almacenados en otro lugar. Se echó la bolsa al hombro y abandonó la vacía habitación.

La portera le miró fatigadamente, mientras él se disponía a dejarle las llaves. Generalmente era una buena mujer, pero extraordinariamente recelosa. En respuesta a su persistente interrogatorio, únicamente le dijo que partía en un viaje de alguna duración y que no tenía idea de cuándo regresaría. No, no estaba «escapando de la ley». Podía ver que la mujer sufría de una enfermedad conocida como adición a los tridimensionales y su imaginación había sido proporcionalmente drogada. ¿Le guardaría la habitación hasta su vuelta? Sí..., pero cuatro meses de alquiler por anticipado. Prefirió pagar, antes que resistirse y discutir. Se llevaba una buena porción de los cien créditos que había reunido tan recientemente, pero halló que tenía prisa en gastar el dinero tan rápidamente como fuera posible.

Se adentró en la noche. Su mente consideró la idea de dormir, pero su cuerpo, tenso por la velocidad a la que los acontecimientos se habían estado sucediendo a su alrededor, estaba en vehemente desacuerdo. Dormir era imposible. Y fuera, la noche era agradable. Se movió hacia las luces y el ruido, sumergiéndose en el familiar frenesí del mercado. Saboreó los olores nocturnos del creciente alimenticio, el ronco griterío de los pregoneros y vendedores, saludando a aquellos que conocía y sonriendo ansiosamente ante un ocasional rostro delicado atisbando desde alguna de las ventanas suavemente iluminadas de los salones de menos reputación.

Algunas veces localizaría algún rostro especialmente familiar. Entonces se le uniría en su vagabundeo y los dos charlarían amigablemente por un rato,

intercambiando las historias y cotillees que Flinx siempre tenía a mano en abundante suministro. Después, el rico mercader o el pobre mendigo revolvería su rojo cabello deseándole buena suerte y se separarían, por lo menos esta vez por más tiempo que por una sola noche.

Si una jungla pudiese ser organizada y tasada, se llamaría Drallar.

Había recorrido cerca de una milla, cuando advirtió el ligero esclarecimiento del cielo occidental, que significaba la llegada de la primera niebla (no había en Moth una verdadera aurora). El tiempo había transcurrido más deprisa de lo que él había esperado. Pronto debería estar en el puerto, pero todavía le quedaba una cosa que hacer.

Giró rápidamente a la derecha y se apresuró a través de varias callejas y calles transversales que conocía bien. Cerca del centro del mercado, que por la noche permanecía más silencioso que los límites, llegó ante un resistente, aunque pequeño, edificio de madera. En sus paredes se anunciaban toda clase de productos de metal para su venta. Había un cerrojo de combinación, una antigualla, en la parte de dentro de la puerta, pero él sabía cómo abrirlo. Tuvo cuidado de cerrar silenciosamente detrás de sí.

El pequeño edificio estaba oscuro, pero la luz se filtraba alrededor de los abiertos bordes del tejado, admitiendo el aire, pero no a los ladrones. Se deslizó suavemente hasta una trastienda, sin siquiera necesitar la débil luz. Una mujer anciana yacía allí, roncando suavemente en una cama sencilla, pero lujosamente guarnecida. Su respiración era superficial, mas constante, y el vetusto rostro mostraba lo que podría denominarse una sonrisa concedora. Por supuesto, eso era una tontería. Permaneció silenciosamente mirando el arrugado y apergaminado rostro durante varios y largos minutos. Después se inclinó suavemente, y echando a un lado el bien peinado cabello blanco, depositó un sencillo beso sobre la huesuda mejilla. La mujer se movió, pero no se despertó. Abandonó la habitación tan rápidamente como había entrado en ella, acordándose de cerrar con llave la puerta principal a sus espaldas.

Después dio media vuelta y emprendió un brioso trote en la dirección del puerto, con Pip durmiendo como una piedra sobre su hombro.

CAPÍTULO VII

EL gigantesco puerto se encontraba a considerable distancia de la ciudad para que ni los ruidos ni los gases ni el bullicio del comercio interfiriesen con los negocios del pueblo o con el sueño del rey. Estaba demasiado lejos para ir andando. Flinx detuvo un cochecillo de los conducidos por Meepahs, y el conductor lanzó la ligera criatura a la carrera en dirección al puerto. Los Meepahs eran rápidos y podían evitar los embotellamientos del tráfico más moderno. Era una forma deportiva de viajar, y el viento húmedo silbando junto a su rostro barrió los ligeros vestigios de la somnolencia que había comenzado a apoderarse de él. Como los animales eran corredores de pura cepa y sólo podían hacer una carrera larga en una hora, resultaban también caros. Volaban, cruzándose con vehículos más lentos y con enormes hovermercancías que transportaban toneladas de artículos desde y al puerto. Los pobres de Moth caminaban a ambos lados de la carretera, como habían hecho durante siglos y sin duda harían en siglos futuros. En Moth no había aceras mecánicas públicas semejantes a las que con profusión podían encontrarse en las capitales de planetas más civilizados. Además de ser caras, la población nómada tendía a cortarlas en busca del metal.

Cuando llegaron a una zona alejada de las ruidosas pistas comerciales, que pensó que estaría más cerca de los muelles privados, pagó al conductor, abandonó el vehículo y se dirigió apresuradamente hacia los grandes edificios tubulares. Conocía no poco sobre el trazado del gran puerto, pues había viajado allí muchas veces cuando era niño. No podía saber de dónde provenía su interés hacia el lugar. Ciertamente, no de Madre Mastín. Pero ya desde una edad muy temprana se había sentido fascinado por el puerto, a causa del lazo que proveía con otros mundos y otras razas. En cuanto había sido capaz de escapar al vigilante ojo materno, había venido aquí muchas veces recorriendo todo el camino sobre sus cortas e inestables piernas. Durante horas se había sentado a los pies de los viejos tripulantes canosos que se reían entre dientes de su interés e hilvanaban cuentos todavía más viejos sobre el vacío y los pinchazos de vida y conciencia desparramados a su través, solamente a cambio de la halagadora atención y de la ansiosa mente que prodigaba libremente. Algunas veces se había quedado hasta después del atardecer, introduciéndose cuidadosamente en casa, siempre para encontrarse entre los impacientes y refunfuñantes brazos de Madre Mastín. Pero en el puerto se sentía completamente magnetizado.

Sus favoritas habían sido las historias de los cargueros interestelares, aquellas gigantescas naves semejantes a globos, que recorrían las distancias entre los mundos habitados transportando extraños cargamentos y pasajeros más extraños aún.

Caramba, hijo, le dirían, ¡si no fuese por los cargueros, todo el condenado universo se vendría abajo y el propio caos volvería a reinar!

Ahora quizá tendría la oportunidad de ver una de aquellas fabulosas naves personalmente.

Un gruñido ensordecedor se hizo audible a sus espaldas, y se dio la vuelta para contemplar la voluminosa forma de un transbordador saltando hacia el espacio, dejando tras sí su conocido rastro color crema y carmín. El efecto que producía el material de la pista, absorbente del sonido, era aumentado todavía más por el estratificado cristal del propio edificio, ahogando los cohetes y arietes de propulsión. Era un espectáculo que había contemplado muchas veces ya, pero una pequeña parte de él todavía parecía ir al espacio con cada vuelo. Se apresuró a buscar un guía de los muelles.

Aproximadamente cada quince minutos, un transbordador aterrizaba o despegaba del puerto de Drallar. Y no era el único del planeta, ni mucho menos. Algunos de los puertos privados, propiedad de las compañías madereras, eran casi tan grandes. Los transbordadores se llevaban madera, productos alimenticios; traían maquinaria, artículos de lujo, comerciantes y turistas. Comprobando balas plásticas, divisó el uniforme a cuadros blancos y negros de un guía. Se apresuró a ir hacia él.

El hombre advirtió el traje, edad y bolsa de viaje de Flinx y balanceó otros factores contra el reptil obviamente peligroso que se enroscaba con aire alerta sobre el hombro del joven. Dudaba en contestar o no a la pregunta que Flinx le había hecho. Otro guía, de rango superior, pasó sobre un vehículo motorizado, aminoró la marcha y se detuvo.

—¿Dificultades, Prin?

El guía miró agradecidamente a su superior.

—Esta... persona... desea conocer la dirección de las pistas privadas de la casa de Malaika.

El mayor de los dos hombres examinó a Flinx, quien esperó pacientemente. Había confiado en este tipo, pero sólo leía buenas intenciones de parte del anciano.

—¡Hum! Díselo entonces. Dejarle que eche un vistazo a las naves no hará ningún daño y quizá tenga verdadero motivo para estar allí. He visto a gente más extraña todavía subir a las naves de Malaika.

El hombre aumentó la velocidad de su vehículo y siguió su camino por el abovedado pasillo.

—Pista cinco, segundo conducto transversal a tu izquierda —dijo el hombre—. ¡Y cuidado con ir a ningún otro sitio!

Pero Flinx ya había partido en la dirección indicada.

No fue difícil encontrarlo, pero la rampa telescópica parecía no tener fin. Fue un alivio ver la alta figura del mercader esperándole.

—¡Encantado de verte, kijana! —aulló, palmeando a Flinx en la espalda. Afortunadamente, éste se las arregló para esquivar la mayor parte del golpe.

Sobresaltado, Pip se estiró ligeramente—. Eres el último en llegar. Todo el mundo está ya a bordo y colocado de forma segura. Dale tu equipaje al ayudante y colócate las correas. Estamos a punto de partir.

Malaika desapareció en la parte delantera, y Flinx le dio su bolsa a un joven de aspecto oficioso, que llevaba las armas de la casa de Malaika (una nave espacial y una papeleta de crédito entrecruzadas) sobre su gorra y chaleco. El hombre desapareció por una pequeña puerta trasera, dejando a Flinx solo en la pequeña compuerta. Antes que permanecer allí para que aquel hombre volviese a acompañarlo, avanzó por la cabina de pasajeros y se buscó un asiento vacío.

Por ser éste un transbordador privado, y no comercial, era más pequeño que la mayoría. El bajo y estrecho compartimiento solamente tenía diez asientos. Obviamente, la nave no estaba diseñada para viajes largos. La decoración rozaba el barroquismo. Examinó la estrecha sala.

Los primeros dos asientos estaban ocupados por Malaika y su lince, Sissiph. Ésta, para variar, estaba cubierta con un voluminoso traje espacial, con el único objeto de que resaltase la belleza de su rostro. En la segunda fila, Tse-Mallory y Truzenzuzex se inclinaban sobre el pasillo, discutiendo animada, pero amigablemente, sobre algún tema que permaneció incomprendible para Flinx en todos los niveles de percepción. Después venían los dos pilotos espaciales, Atha Moon y el hombre sombra Wolf. Los dos miraban atentamente, pero a cosas diferentes. Atha contemplaba el puerto, observando tanto como podía los preparativos normales para el lanzamiento. Los ojos del hombre estaban voluntariamente fijos sobre un punto invisible, seis pulgadas en frente de su nariz. Su cara permanecía, como de costumbre, totalmente desprovista de expresión.

La atención de Atha parecía dividirse entre el exterior de su diminuta nave y la parte delantera de la cabina. Continuamente asomaba su cabeza por el pasillo o por encima del respaldo del asiento delante de ella. Especialmente cada vez que una risita o gorgoteo más alta de lo normal venía de aquella dirección. Probablemente se creía inadvertida. Quizá no se hubiese dado cuenta de que él se encontraba a bordo detrás. En cualquier caso, no parecía preocuparle la presencia de Wolf. Incluso desde donde se encontraba podía ver la forma en que se tensaban los músculos de su cuello y sus mejillas, el modo en que cambiaba su presión sanguínea y se aceleraba su respiración, en respuesta a los juegos mudos de allá delante. No era mucho, pero no obstante... Movi6 la cabeza. Todavía no habían alcanzado su nave, y ya una situación explosiva se estaba fraguando. No sabría decir cuánto tiempo se habría estado formando, pero sí sabía una cosa. Personalmente, no tenía ningún deseo de estar cerca cuando llegase finalmente a una culminación.

Se preguntó si Malaika tendría la más ligera idea de que su piloto personal durante seis años estaba desesperadamente enamorada de él.

Había varios asientos vacíos, así que escogió el que estaba detrás de Atha. No es que lo prefiriese mucho a cualquier otro, pero sí deseaba estar tan lejos como le fuera

posible del enigmático Wolf. No pudiendo leer al hombre, todavía no estaba seguro de él. Igual que en numerosas ocasiones, deseó que sus peculiares talentos no fuesen tan caprichosos en sus operaciones. Pero cuando dirigía su atención hacia Wolf, sólo encontraba un vacío extrañamente difuso. El rocío no soportaba bien los símbolos.

Una breve advertencia llegó desde el altavoz de la cabina, y Flinx sintió que la nave basculaba. Estaba siendo elevada hidráulicamente. Pronto fue colocada en un ángulo de lanzamiento de setenta grados, inmóvil.

Mientras se colocaba las correas, otro problema atrajo su atención. Pip todavía estaba enroscada cómodamente sobre su hombro izquierdo. Ciertamente esto no funcionaría. ¿Cómo iban a arreglárselas con el minidrag? Hizo una seña al ayudante. El hombre ascendió por medio de agarraderas colocadas en los costados de los asientos. Observó cautelosamente a la serpiente y se volvió un poco más cortés.

—Bien, señor. Parece capaz de sujetarse de forma bastante segura con esa cola. Sin embargo, no puede quedarse como está, porque en el lanzamiento sería aplastada entre vuestro hombro y el asiento.

El tono en que lo dijo dejaba claro que no le importaría observar esta eventualidad. Retrocedió por el pasillo.

Flinx miró a su alrededor, y por fin se las arregló para colocar la serpiente sobre el grueso brazo del sillón opuesto. Dado que Pip era una criatura arbórea, a Flinx le preocupaba mucho más cómo reaccionaría a la presión del despegue que a la condición de ingravidez, sin mencionar cómo se las arreglaría él mismo.

No necesitaba haberse preocupado. La lujosa y pequeña nave se elevó tan suavemente que la presión fue prácticamente inexistente, incluso cuando los cohetes siguieron a los arietes. No resultó peor que una manta pesada sobre su pecho empujándolo suavemente hacia atrás en el guateado asiento. El zumbido ensordecedor de los cohetes apenas penetraba en la bien resguardada cabina. En resumen, sólo sentía una débil sensación de desorientación. En contraste, Pip parecía positivamente extasiado. Entonces recordó que el minidrag había sido llevado hasta Moth en una nave espacial, sobrellevando esta misma experiencia por lo menos dos veces anteriormente. Sus aprensiones no habían tenido fundamento. Pero habían servido para distraer su mente del vuelo. Otra ojeada al minidrag mostró que la estrecha cabeza se movía de un lado a otro, mientras la lengua de una sola punta aparecía y desaparecía rápidamente, tocando todo lo que estaba a su alcance. Las plegadas alas estaban extendidas y aleteaban de puro placer.

Cuando los cohetes se apagaron y la pequeña nave flotó sin peso, Flinx se sintió lo suficientemente aclimatado para inclinarse y recoger la serpiente. La volvió a colocar sobre su lugar habitual en el hombro. La confiada presión sobre su brazo y espalda resultaba, como de costumbre, reconfortante. Además, la maldita estaba divirtiéndose demasiado. Y lo único que no necesitaban al comienzo de la expedición era un reptil venenoso revoloteando locamente por el limitado espacio de la cabina, dejándolo caer en cualquier sitio.

Se cruzaron con varias naves en órbita de aparcamiento alrededor del planeta, incluyendo una de las enormes estaciones de combustible para los transbordadores. Algunas de las gigantescas naves estaban en proceso de carga y descarga, y hombres en trajes espaciales flotaban alrededor de ellos brillando como polvo de diamante. Los ojos del muchacho se embebían de todo aquello y pedían más. Una vez, cuando el transbordador giró noventa grados y se colocó en alineación para la conjunción con la nave, el propio planeta entró en su campo de visión rotando majestuosamente.

Desde este ángulo eran claramente visibles las famosas alas-anillos. Los estratos radiantes, dorados como la mantequilla, de roca y gas, se combinaban con lagos que brillaban como zafiros a través de desgarramientos en la cubierta de nubes y hacían que el planeta se pareciera más que nunca al insecto terráqueo que le había dado nombre.

Únicamente consiguió echar un ligero vistazo a su nave Glory. Fue suficiente. Emparedada entre hinchados cargueros y regordetes transportes, parecía un pura sangre en un establo. Todavía tenía la forma inevitable de una nave de mando doble-ka, un globo colocado en el extremo de un gancho de plomero, pero las líneas diferían de la mayoría. El globo en un extremo era el espacio para los pasajeros y la carga, y el émbolo del otro, la paleta generadora del campo de gravedad positiva. En lugar de ser ancho como un plato y superficial, el abanico generador del Glory era estrecho y profundo como un cáliz. La zona destinada a pasajeros y carga tenía todavía la forma de un globo, pero un globo ahuesado, afilado. Simplemente a juzgar por su aspecto, podía decirse que el Glory resultaba más rápido que cualquier carguero o crucero espacial. Era una de las cosas más hermosas que había visto en su vida.

Sintió una ligera sacudida a través de su arnés cuando el transbordador entró en la compuerta de transbordo de la gran nave. Siguiendo las instrucciones del guía, se liberó de las correas de sujeción y siguió a los demás al interior del conducto umbilical, apoyándose con las manos a lo largo del pasamanos móvil. El lujo del Glory, en comparación con las naves de mercancías que le habían descrito, se le hizo rápidamente destacable. La compuerta neumática estaba toda forrada de pieles.

El guía y Malaika intercambiaron breves órdenes, y el uniformado joven abandonó el conducto, tirando del cabo detrás de él. Después de un rato, la puerta giró cerrándose, y quedaron efectivamente separados del transbordador.

—Si queréis seguirme, usad las agarraderas. Nos dirigiremos al salón. —Malaika se deslizó el primero a través de la compuerta de salida—. Atha, tú y Wolf subid a Control y activad el mando. Consigamos una gravedad cómoda aquí dentro. ¡No soy un buibui para tejer mi propia red! Vosotros dos ya sabéis dónde están vuestros camarotes.

Atha y el rostro semejante a un cráneo salieron por un corredor lateral. Malaika se volvió hacia ellos.

—A los demás, yo mismo os enseñaré vuestros alojamientos.

El salón era un cuento de hadas de cristal, madera y plástico. Burbujas de vidrio conteniendo formas de vida acuáticas de brillantes colores estaban suspendidas por toda la enorme habitación, colgando de un fino, pero irrompible, entramado de red plástica. Árboles de verdad crecían a través del suelo cubierto de pieles, cada uno representando una especie diferente nativa de Moth. Esculturas de metal, recubiertas con polvo de gema, colgaban como nubes del techo, un soloide tridimensional con la imagen de un cielo abierto con nubes y sol. Empezaba a oscurecerse, imitando efectivamente al atardecer que tenía lugar en la cara del planeta debajo de ellos. Era un extraño símil para que viniese ahora a la mente, pero por alguna razón Flinx lo comparó con la sensación de caminar a través de una cerveza especialmente deliciosa.

La nave tembló una vez, dos veces, aunque muy imperceptiblemente, y pudo sentir cómo el peso volvía a su cuerpo. Comenzó a flotar hacia una puerta lateral y después a manotear frenéticamente para aterrizar sobre sus pies, y no sobre su cabeza. Una ojeada le mostró que ninguno de los otros pasajeros experimentaba dificultades parecidas. Sissiph estaba siendo estabilizada por Malaika, y Tse-Mallory y Truzenzuzex no se habían molestado siquiera en interrumpir su discusión. Enfadado, consiguió asentar sus errantes piernas. No hubo comentarios sobre sus obvias dificultades, por lo cual se sintió agradecido. La gravedad total volvió después de un intervalo muy corto.

Malaika se acercó a lo que parecía ser un cactus, pero era un bar.

—Durante la duración del viaje permaneceremos en una gravedad punto nueve cinco. Posiblemente la mayor parte de vosotros no estéis acostumbrados a conservar el tono muscular en el espacio —Flinx sondeó rápidamente las composiciones de los dos científicos y dudó de la seguridad de la observación de Malaika—, y por tanto he dudado en fijarlo más bajo. La ligera diferencia debería ser suficiente para ser advertida, y se aproxima a la que encontraremos en el planeta objeto de nuestro aterrizaje. Esto nos servirá como lugar de reunión habitual. Las comidas serán servidas aquí por el autochef, a menos que preferáis comer en vuestro camarote. Njoo, os enseñaré los vuestros...

Flinx pasó tres días simplemente examinando el «suyo». Estaba equipado con artilugios fantásticos que se disparaban desde el suelo, las paredes y el techo. Había que vigilar dónde se pisaba. Una presión sobre el botón que no era, y uno podía recibir una ducha de agua tibia... sin tener en cuenta el atavío del momento. Había sido una experiencia descorazonadora, especialmente porque él lo que intentaba era conseguir un corte de pelo. Afortunadamente, nadie, con la excepción de Pip, había estado en los alrededores para presenciarlo.

Se había sentido preocupado pensando en cómo se adaptaría su mascota al confinamiento de la vida a bordo. Todos los demás, excepto posiblemente Sissiph, se habían acostumbrado a la presencia del reptil. Así que aquello no causaba preocupación. Como se demostró, no había ningún otro problema. El minidrag

revoloteaba de un lado para otro entre las columnas y tapicerías de plástico del salón, como si le pertenecieran, asustando mortalmente a los habitantes de las burbujas de cristal. Ocasionalmente, se colgaba como un murciélago de una rama, artificial o real, particularmente incitante. Cuando se descubrió que el selector de comida de su camarote podía ofrecer trocitos frescos de carne cruda de Wiodor, la serpiente tuvo su felicidad asegurada.

Desde hacía varios días habían estado alejándose del sistema de Moth a una velocidad lenta, pero en continuo aumento. Malaika estaba de un humor expansivo, y así cuando Flinx solicitó su permiso para permanecer en Control durante el «cambio de sistema», el mercader accedió graciosamente. Una vez que diesen el primer salto más allá de la velocidad de la luz, mediante el «cambio», su velocidad de aceleración aumentaría tremendamente.

En apariencia, nadie más compartía su curiosidad. Malaika permanecía recluido en su camarote con su lince. Tse-Mallory y Truzenzuzex pasaban la mayor parte del tiempo en el salón, jugando al ajedrez de las personalidades y conversando en lenguajes y de temas de los que Flinx solamente podía entender un pequeño fragmento de cuando en cuando. Una vez más reflexionó sobre su completa familiaridad y naturalidad con la navegación espacial.

Malaika había casi prometido subir a Control durante el «cambio de sistema» para explicarle a Flinx su funcionamiento. Pero cuando llegó el momento, Sissiph estaba enfurruñada a causa de alguna pequeñez incomprensible, y el mercader se vio constreñido a permanecer junto a ella en el camarote. En su lugar, dio instrucciones a Atha de contestar cualquier pregunta que Flinx pudiese hacer con respecto al funcionamiento de la nave o del mando. Ella había escuchado la orden con claro disgusto.

Flinx había llegado a la conclusión de que tendría que ser él quien rompiera el silencio que su primer y poco ceremonioso encuentro había producido. De otra forma, quizá no intercambiasen una sola palabra en todo el viaje, e incluso una enorme nave espacial es una extensión demasiado pequeña donde mantener animosidades.

Entró en Control y se colocó detrás de su asiento. Wolf estaba lejos en el extremo opuesto de la habitación. Ella no dijo nada, pero él sabía que había advertido su entrada.

Leyó franqueza y decidió contraatacar de la misma forma.

—Escucha, no quise darte un puntapié aquella vez allá en la torre.

Ella se dio la vuelta para observarle interrogativamente.

—Esto es, no quise darte una patada a ti. Yo a quien quise golpear... ¡oh demonios! —la explicación no había parecido tan difícil cuando la había ensayado mentalmente. Por supuesto, entonces no había tenido que luchar con el rico castaño-rojizo de aquellos ojos—. Pensé que serías un espía... o un asesino o algo así. Ciertamente parecías estar donde no te correspondía. Así que tomé el camino menos

sangriento que se me ocurrió en el momento: forzarte a salir. Tú resultaste no ser lo que yo había temido, y te pido disculpas. Ya está. ¿Tregua?

Ella vaciló, y después su rostro se ablandó y formó una mueca avergonzada. Extendió una mano.

—¡Tregua!

Él le besó la mano, en lugar de estrecharla, y complacida, ella se volvió rápidamente hacia sus instrumentos.

—En realidad, tenías razón. Carecía de motivo para estar donde estaba y para hacer lo que hacía. ¿Tengo tanto aspecto de asesina, vista por la espalda?

—Por el contrario, claro que no —después añadió rudamente—: Te sientes muy atraída por tu jefe, ¿verdad?

Levantó el rostro sorprendida. Se habría pensado que acababa de revelar uno de los mayores secretos de la galaxia. Tuvo que esforzarse para no reír. Dios, ¿cómo era tan ingenua?

—¡Oh, qué cosas dices! ¡Qué idea tan perfectamente absurda! Maxim Malaika es mi jefe y un buen jefe. Nada más. ¿Qué te hace...? Oh, ¿tienes alguna pregunta sobre la nave? Si no, yo estoy ocupada...

Él se apresuró a decir:

—¿Por qué, si esta nave es infinitamente más complicada que el transbordador, ambas requieren la misma tripulación de dos personas?

Conocía la respuesta, pero quería que ella hablase.

—Ahí mismo tienes la razón —ella indicaba la panoplia de luces graduadas e instrumentos a su alrededor—. Porque es tan complicada que requiere una automatización mucho mayor simplemente para operar. En realidad, el Glory se gobierna por su cuenta la mayor parte del tiempo. Excepto para proveer instrucciones y tomar decisiones, estamos aquí sólo para el caso de una situación imprevista. La navegación interestelar, por ejemplo, es demasiado compleja para que las mentes humanas o thranx puedan arreglárselas en un nivel verdaderamente práctico. Las naves espaciales tienen que ser manejadas por máquinas, o sería completamente imposible hacerlo.

—Entiendo. Cuando hablas de situaciones de poca importancia y de cosas imprevistas, ¿te refieres, por ejemplo, al cambio de sistema?

—Oh, no hay verdadero peligro en el «cambio de sistema». A las compañías les gusta armar un alboroto sobre eso para proporcionar a los pasajeros un poco de emoción. Por supuesto, de vez en cuando se sabe que algo ha sucedido realmente. Un meteoro habrá violado el campo de gravedad de una nave en el momento del cambio (probabilidad de uno a un millón), y ésta quedará con la parte de dentro hacia fuera, o cualquier otra cosa igualmente rara. Ésas son verdaderas excepciones. Los tridimensionales inflan esos incidentes fuera de toda proporción teniendo en cuenta las estadísticas. Generalmente, no hay más problema que en pasar de tierra firme a un bote flotando.

—Me alegro de oír eso. No creo que disfrutase con mi interior hacia fuera. Eso le ocurrió al viejo Curryon, ¿verdad?

—Oh, sí. Eso fue en el año dos mil cuatrocientos treinta y tres del antiguo calendario. En realidad, lo único que nos debe preocupar es conservar el centro del campo en una posición constante con respecto al abanico generador. Los computadores cuidan de casi todo eso. Una vez que se aleje demasiado o venga demasiado cerca, hay que detener la nave y comenzar todo otra vez. Se necesitaría para la deceleración y aceleración, y eso es caro, además de peligroso. Si el campo comenzase a oscilar, la nave podría romperse en mil pedazos. Pero, como te dije, los computadores nos solucionan todos esos problemas. Excepto, por supuesto, aquellas circunstancias imprevistas.

—Nunca he estado antes en una nave doble-ka. No soy físico, pero, ¿podrías darme una explicación rápida de cómo funciona? ¿Una que incluso mi mente sencilla pudiese comprender? Ella suspiró.

—De acuerdo. Lo que el generador Caplis hace..., eso es lo que llevamos en el «abanico» ahí delante... En efecto, es producir un campo gravitacional poderoso, pero concentrado en el morro de la nave. Tan pronto como dicho campo sobrepasa el campo natural de la nave, ésta se mueve hacia él, atraída naturalmente por un «cuerpo» de mayor «masa». Como forma parte de la nave, lógicamente la unidad de mando doble-ka permanece con ella. Pero la unidad, habiéndose movido hacia adelante, tiene que conservar el campo a una distancia constante de la estructura de la nave. Por tanto, el campo se mueve también hacia adelante. La nave intentará alcanzarlo de nuevo, y así hasta el infinito. En realidad, el campo está tirando de la nave, en lugar de empujarla, como hacen los cohetes del transbordador. Las naves doble-ka se trasladan en una serie de continuos saltos, tan rápidos y cercanos que producen la sensación de un suave e ininterrumpido tirón. El aumento o disminución del tamaño del campo determina la velocidad de la nave.

»Siendo una onda, y no una particular forma de energía, la gravedad no es afectada en la misma forma que la masa cuando se aproxima a la velocidad de la luz. El campo doble-ka crea por detrás una zona de fuerza en forma de cono, en cuya masa actúa diferentemente de lo que hace bajo circunstancias normales. Ésa es la razón por la que al sobrepasar la velocidad de la luz no veo a tu través o algo así. Una vez que hemos hecho ese avance inicial o “cambio de sistema”, la velocidad de nuestro viaje aumenta enormemente. Es algo así como cabalgar sobre un proyectil SCCAM muy domesticado.

»Nuestra energía inicial proviene de una pequeña “bujía” de hidrógeno (a veces me pregunto de dónde viene esa palabra), que se encuentra cerca del generador alojado en la sección tubular de la nave. Una vez activado el campo, puede ser canalizado hasta cierto grado. De ahí sacamos la gravedad para la nave y energía para el suministro de la iluminación, el autoabar y todas las otras cosas.

»Si se produjera un fallo del mando, se puede convertir el abanico en un antiguo

mando de tipo iónico, alimentado por la bujía de hidrógeno. Nos llevaría doce años a toda velocidad ir desde Moth a Powerline, el planeta habitado más cercano. Más al exterior, donde las estrellas están todavía más separadas unas de otras, es aún peor. Pero doce años, o algo así, es mejor que nada. Naves averiadas se han salvado de esta manera. Consiguieron resolver problemas como la falta de alimentación o la locura. Pero las probabilidades de fallos en el mando doble-ka son minúsculas. Muy raramente puede un simple humano arreglárselas para estropear uno.

—Gracias —dijo Flinx.

Miró a su alrededor y vio que Wolf estaba completamente inmerso en su trabajo. Bajó la voz.

—Incidentalmente, creo que quizá tengas una idea equivocada de lo que es un lince.

—Una prostituta —replicó ella automáticamente.

—Oh. Las linceas son un grupo de mujeres muy hermosas y ambiciosas que no consideran que emparejarse para toda la vida sea el fin último de la civilización. Prefieren pasar de un hombre fascinante a otro.

—Eso me habían dicho. Eso he visto. Pero cada uno tiene su opinión personal.

Dio un bufido estudiadamente.

—Por tanto, creo que no debes preocuparte porque Sissiph o cualquiera de las otras se queden con tu mercader de forma permanente.

—¡Escucha! —gritó ella—, por última vez, yo... Bajó la voz cuando vio que Wolf miraba con curiosidad.

—¡No estoy enamorada de Maxim Malaika!

—Claro, por supuesto —dijo Flinx desde el umbral—. Ya lo veo.

Sólo un breve momento después, mientras miraba una cinta visual en su camarote, se dio cuenta de que se había perdido el «cambio de sistema».

CAPÍTULO VIII

TELEEN auz Rudenuaman descansaba cómodamente en sus habitaciones en el gran complejo de propiedades de su tía. Estaba escasamente vestida. Es decir, llevaba puesto por lo menos tan poco como la forma masculina gigantesca, la cual admiraba de pie el juego de sus músculos en el espejo que cubría la pared enfrente de la cama-escritorio.

—Rory —dijo ella mirando al techo—, ¿tú me amas, verdad?

—Hum —dijo la figura, doblando una rodilla y flexionando un antebrazo.

—¿Y harías cualquier cosa por mí?

—Hum.

—Entonces, ¿por qué demonios —dijo ella sentándose bruscamente y gritando— no hiciste nada cuando la vieja bruja comenzó a echárseme encima esta mañana?

La figura suspiró, separándose muy a su pesar del espejo para mirarla. El cuerpo era duro, pero la cara, curiosamente blanda, casi infantil. Bella y blanda. La expresión resultaba amigable y, descrita mejor, como intensamente vacía.

—Podía haber dicho algo, Teleen querida, pero, ¿qué habría conseguido con ello, excepto que sospeche de nosotros todavía más? Ella te lo tenía reservado de todas formas, y nada que yo pudiese haber comentado la hubiese acallado probablemente. Además, ella tenía razón, sabes. Tú estropeaste ese...

—No me interesa. Ya he tenido bastante esta mañana. ¿Puede razonablemente esperar que yo sea la responsable de la ineptitud de los hombres que su gente alquiló?

Rory Mallap van Cleef suspiró otra vez y comenzó a vestirse con un traje dorado de fiesta.

—Supongo que no, querida, pero ¿cuándo ha sido ella razonable con algo? Realmente no entiendo las complejidades de estos negocios. Estuvo completamente odiosa, ¿verdad?

Teleen se deslizó de la cama y se sentó cerca de él. Colocó sus brazos posesivamente alrededor de los masivos hombros y apoyó la cabeza sobre la prominencia de un dorsal.

—Mira, Rory. Ya te lo he dicho antes. La única forma de que alguna vez tengamos algo de felicidad es eliminar a ese viejo saco de una vez por todas.

Rory rió. No le faltaba sentido del humor, aunque tendía bastante a lo primitivo.

—Vaya, ¿es ésa la forma de hablar de tu bienamada tía?

—No ¡Es la única forma de hablar de ella! Y para eso la estoy halagando. Cada vez que discutimos su eliminación, mis instintos caritativos se apoderan de mí. Pero para ser clara...

—Por favor, querida, no estoy de humor para eso ahora.

—Rory —dijo volviéndose a sentar—, ¿estás enamorado de ella o de mí?

—¡Querida, no seas obscena! No tienes ni idea del trabajo que significa tener que fingir interés por ese paquete de milagros quirúrgicos. Especialmente —la atrajo hacia su regazo y la besó— después de haber estado contigo.

—Bien. Así me gusta oírte hablar —de nuevo estaba ronroneando—. ¿Me ayudarías entonces?

—Como ya te dije, siempre que tengas un plan razonablemente sensato. Enamorado o no, no voy a arriesgarme a pasar el resto de mi vida prisionero en alguna luna-prisión sólo porque un plan esté medio terminado. No soy un genio, pero soy lo bastante inteligente como para saberlo. Así que tú aporta cerebro por los dos. Yo aportaré el músculo que se necesite. De eso —añadió flexionando amorosamente un tríceps— tengo más que suficiente.

Ella se liberó de su abrazo y enfadada pateó sobre el suelo recubierto de gruesa piel. Esto tuvo interesantes consecuencias en el resto de su cuerpo.

—Deja de admirarte a ti mismo por un minuto e intenta ser serio. ¡Un asesinato no es un asunto divertido!

—Lo es cuando tiene que ver con tu tía.

—¡Oh, eres imposible! De acuerdo, escucha: tú sabes lo aficionada que es a bañarse en esa piscina pequeña, con sus encantadores peces y caracoles —sus ojos estaban entornados—. ¿Sabes que nunca pierde su baño diario?

—Sí, conozco el lugar. ¿Por qué?

—Sería sencillo electrificarlo, ¿no crees?

Él movió la cabeza dubitativamente.

—Su gente advertiría ese tipo de trampa. Ya sabes lo cuidadosa que es.

—No si lo camuflamos como una de esas ranas. Sí, una rana. Estoy segura de que una cosa así podría hacerse. Sumergible, pequeña, pero no obstante capaz de administrar una carga mortal. Y tú podrías hacer que el guardián se «durmiera» durante el momento necesario para deslizar la cosa en el agua.

—Eso suena bien, querida. ¡Sí, Teleen, lo creo también! —la levantó del suelo y la besó suavemente—. Sin embargo, ¿por qué no has pensado antes en algo así?

Su boca se torció en una sonrisa de fiera, que, aunque ella no lo sabía, era casi una copia al carbón de la de su tía.

—Oh, lo he hecho más o menos, lo he hecho. Pero hasta esta mañana no había estado lo bastante inspirada. Hoy me convencí por fin de que está completamente loca. Será sólo una gentileza regalarle un largo sueño.

Rashalleila Nuaman desconectó la pantalla espía y sonrió felinamente para sí misma. La generosidad y preocupación de su sobrina eran... bastante aterradoras. ¡Así que por fin había reunido el coraje suficiente para planear el asunto de verdad! Sí, ya era hora. ¡Pero confiar una cosa así a aquel pedazo de vaca de van Cleef! Escasa capacidad de juicio, escasa. ¡Cómo podría nadie enamorarse realmente de un autómatas, de una nulidad completa como aquélla! ¡Oh!, entre las sábanas era muy

bueno. Pero después era un nadie, un vacío, un factor cero. Bienintencionado y cariñoso, eso sí, como un enorme cachorro. Ah, bien, que disfrutasen de sus juegos privados. Sería una buena práctica para Teleen. Apoyaría su seguridad en sí misma. Tarde o temprano, sin embargo, la pobrecita tendría que ser devuelta a su propio juicio. Se rió ante la pequeña ironía. Ficciones como ésta estaban muy bien, pero no en tiempo de la compañía. Esto le recordó que debía hacer que el vigilante se librase de todas esas encantadoras ranitas. Por lo menos, temporalmente. No tenía sentido derrochar.

Había apagado la pantalla unos cuantos minutos demasiado pronto. En el piso de abajo, la estimulada mente de su sobrina había encontrado otra idea.

—También deberíamos mantener a la vieja bruja lejos de la pista, Rory, mientras estemos fraguando esto. Ya sabes que no es una completa idiota.

—Supongo que es una buena idea —dijo van Cleef flexionando sus bíceps—. Piensa tú en algo.

El rostro de la muchacha se iluminó.

—¡Lo tengo! ¡Oh, lo tengo!

Dio media vuelta y se dirigió hasta el escritorio de porcelana. Un conmutador escondido reveló una pantalla de comunicación que como sabía no estaba registrada por ninguno de los monitores-espía automáticos de su querida tía. Era la única máquina en la casa cuyo sistema de circuitos ella misma había revisado. Golpeó ligeramente una rápida serie de números de alta velocidad, que despacharon su llamada a través de un sistema de transmisión muy especial y muy secreto hasta una sección del espacio poco contactada.

Después de un rato la pantalla se aclaró y comenzó a formarse un rostro.

—Bien, buena luz para ti, Amuven DE, y que tu casa siempre esté llena de polvo.

El rostro del negociante AAnn se arrugó en una dentada sonrisa.

—Como siempre, como siempre. ¡Encantado de tener noticias vuestras otra vez, señora Rude!

CAPÍTULO IX

DURANTE algún tiempo, Flinx había estado mirando por la compuerta principal del salón, bien consciente de que había alguien más detrás de él. Pero volverse inmediatamente hubiese engendrado un malestar innecesario. Se volvió ahora para ver a los dos científicos y darse cuenta de que no tenía por qué haberse preocupado. Ninguno de los dos le prestaba la más ligera atención. Habían acercado unos sofás y contemplaban el magnificente caos de los cielos distorsionados por su marcha. Sin darse por enterada de su escrutinio, la panoplia prismática fluía sin variaciones.

—No te preocupes por nosotros, Flinx. Estamos aquí para lo mismo. Disfrutar de la vista.

El filósofo volvió su atención a la enorme compuerta y a los soles distorsionados por el barniz que brillaban mucho más fuertemente de lo que nunca habrían hecho en su estado natural.

Pero la concentración y el humor de Flinx habían cambiado. Continuó mirando a los dos científicos.

—Señores, ¿no os parece extraño que en un tiempo cuando tanta gente encuentra muchas dificultades en llevarse bien unos con los otros, vosotros dos, de razas completamente diferentes, consigáis llevaros tan bien?

—Me temo que tus preguntas nunca soportarán el peso de la sutileza, muchacho —Tse-Mallory se volvió hacia el thranx—. A veces en el pasado mi amigo y yo vivimos en una asociación bastante cercana, podría decirse que íntima. Nuestro trabajo así lo requería. Y no somos tan distintos como puedas pensar.

—Recuerdo que os llamasteis el uno al otro hermano espacial varias veces.

—¿Sí? Supongo que lo hicimos. Nunca nos hemos acostumbrado a la idea de que otra gente pueda encontrarlo extraño. Es natural para nosotros.

—¿Formabais un equipo artillero?

—No —dijo Truzenzuzex—, tripulábamos una nave-aguijón. Pequeña, rápida, una sencilla lanzadora de SCCAM medios.

—En cuanto a nuestra relación, sin hablar de la vida en la nave, Flinx, no estoy seguro de que Tru o yo pudiésemos darte una respuesta objetiva. Sencillamente nuestras personalidades parecen complementarse una a otra. Siempre ha sido así. La atracción entre humanos y thranx es algo que ha hecho sudar a los psicólogos de ambas razas durante años, sin que hayan encontrado nunca una explicación satisfactoria. Hay incluso algunas parejas y grupos que se ponen enfermos físicamente si uno es separado durante largo tiempo de su colega alienígena. Y parece funcionar así para los dos lados. Una especie de simbiosis mental. Subjetivamente, nos sentimos muy cómodos el uno con el otro.

—¿Conoces los acontecimientos que condujeron al amalgamamiento, la guerra pitar-humanx y todo eso?

—Me temo que únicamente conozco fragmentos y trozos. Una escolaridad regular es algo que me eludió muy pronto.

—Hum. Sospecho que al contrario.

—Cuéntaselo tú al chico. Estoy seguro de que encontrará más de su gusto la versión humana de la historia.

—De acuerdo. Los humanos y los thranx —comenzó Tse-Mallory— se han conocido los unos a los otros durante un período de tiempo relativamente corto. Es difícil de creer hoy, pero es verdad. Hace poco más de dos siglos-t, naves exploradoras de ambas razas encontraron por primera vez las civilizaciones respectivas. Por aquel tiempo, la humanidad ya llevaba varios siglos-t en el espacio. En ese tiempo, mientras se dedicaba a la exploración y a la colonización, se había encontrado con muchas otras formas de vida alienígena. Esto era también verdad para los thranx, que habían permanecido en el espacio incluso por más tiempo que la raza humana. Desde el mismo principio surgió una atracción indefinible entre las dos razas. Las reacciones favorables en las dos partes sobrepasaron con mucho los esperados prejuicios y aversiones.

—Que también existían en los planetas thranx —intervino Truzenzuzex.

—Creí que yo iba a contar esto.

—Mis disculpas, ¡oh omnipotente!

Tse-Mallory hizo una mueca y continuó.

—Los thranx eran la raza más extraña que los hombres se habían encontrado nunca. Un insectoide cien por cien, de cubierta dura, sistema circulatorio abierto, ojos compuestos, articulaciones rígidas, inflexibles, y ocho miembros. Además, ponían huevos. Según los describió un comentarista de noticias del momento, «eran completa y deliciosamente raros».

—Si mis recuerdos no me fallan, en aquel tiempo vuestro pueblo puso también unos cuantos huevos —añadió con voz aguda el filósofo.

Tse-Mallory le hizo callar con una mirada exasperada.

—Teniendo en cuenta las experiencias del pasado, podría esperarse que la reacción humana ante el descubrimiento de una raza de insectos sensibles y gigantes fuese de hostilidad, o por lo menos suavemente paranoica. Ése había sido el esquema en demasiados contactos previos. Además, el hombre había estado luchando contra unos parientes de los thranx, más pequeños y mucho más primitivos, durante miles de años en su planeta nativo. De hecho, aunque no podáis creerlo, el término «chinche» tenía originalmente un sentido despectivo.

»Pero ahora la humanidad ya había aprendido que tendría que vivir en paz y armonía con seres cuya apariencia podría ser personalmente repulsiva. El saber que muchos de aquellos mismos seres consideraban al hombre como un ser de aspecto tan repulsivo como él los consideraba a ellos, no mejoraba las cosas —miró

expectativamente hacia Truzenzuzex, pero aquel valiente estaba, por lo menos temporalmente, doblegado—. Por tanto, la reacción que se produjo entre humanos y thranx fue doblemente inesperada. Las dos razas se adhirieron la una a la otra como un par de gemelos que hubiesen permanecido separados durante largo tiempo. Las características thranx de tranquilidad, habilidad para tomar decisiones en frío, cortesía y humor irónico eran tremendamente admiradas por los humanos, que buscaban en sí mismos esas cualidades. De la misma forma había una audacia combinada con inteligencia, una enorme confianza en sí mismos y una sensibilidad a los ambientes, que los thranx encontraban atrayente en el hombre.

»Una vez que se votó por las dos razas y que fue aprobado por márgenes considerables, a pesar de la esperada oposición de los chauvinistas adinerados, el amalgamamiento demostró resultar menos problema de lo que los optimistas habían esperado. El lenguaje de chasquidos thranx, con sus correspondientes silbidos, tenía en realidad una razonable correspondencia fonética entre los miles de idiomas y dialectos terráqueos.

—Subdivisiones africadas —musitó Truzenzuzex—, Xhosa.

—Exacto. Por su parte, los thranx podían, aunque con dificultades, pronunciar el principal sistema de lenguaje humano, el terranglo. El resultado eventual del inmenso trabajo de fonéticos, lingüistas y semánticos de ambas partes fue un lenguaje que se esperaba que combinase los mejores aspectos de los dos. Los chasquidos, silbidos y algunos de los sonidos estridentes del principal lenguaje de la Colmena fueron conservados intactos, así como la mayor parte de los sonidos y vocales más suaves del terranglo. Resultó probablemente lo más próximo a un lenguaje universal, si exceptuamos la telepatía, que nunca conseguiremos: simbio-lenguaje. Afortunadamente para fines comerciales, la mayoría de las otras razas poseedoras de un aparato vocal pueden emitirlo también, al menos lo suficiente como para salir del paso. Incluso los AAnn, que resultaron mejores que muchos otros.

»La sociedad de mutua admiración se había disparado y florecía. Se había extendido bastante pronto a otros aspectos del nuevo sistema de vida humanx. Nuestros políticos, jueces y hombres de leyes no podían por menos de admirar la belleza y simplicidad con que habían sido conjuntados la ley y el gobierno thranx. Era prácticamente una forma de arte, proveniente de la propia estructura de la vieja Colmena. No es que fuese muy diferente de las municipalidades y naciones-estados más antiguos entre los humanos. Sólo que era mucho más sensato. Los abogados y magistrados thranx pronto despejaron un montón del trabajo acumulado que había estado obstaculizando los tribunales humanos. Además de su superlativo y natural sentido de la jurisprudencia, no podían ser acusados por nadie de parcialidad.

»Por otra parte, los deportes derivados de los terráqueos revolucionaron completamente el mayor de los problemas thranx: el ocio. Simplemente no habían comprendido que hubiese tantas formas organizadas de divertirse. Cuando descubrieron el ajedrez y el judo, el tira-la-piedra y todas esas tonterías se terminaron

para siempre.

—Cinturón negro de tercera categoría —anotó Truzenzuzex orgullosamente—. Aunque me estoy volviendo demasiado crujiente para una actividad de ese tipo.

—Eso había advertido. Muchacho, podría seguir y seguir. Los planetas humanos se vieron inundados por exquisitos ejemplos de la maestría thranx. Maquinaria, obras de artesanía, artículos de uso personal, delicados productos eléctricos y así sucesivamente. Incluso el colorido corporal de los unos era agradable para los otros, aunque el olor thranx tenía una decidida ventaja sobre el humano.

—Nada que oponer a eso —explotó el filósofo. Esto le valió otra aguda mirada.

—Cuando los thranx conocieron la literatura, pintura y escultura terráqueas y otras cosas aparentemente sin relación, como los helados o los juguetes para niños... Resumiendo, las dos razas parecían fundirse asombrosamente bien. El mayor de los avances humanx fue el mando doble-ka modificado. Ya habrás oído hablar de él.

»Pero con mucho el impulso hacia el amalgamamiento —junto con la guerra pitar-humanx— fue la formación de la Iglesia Unida. En ambas razas existen grupos poderosos y relativamente nuevos, de creencias similares. Cuando conocieron la existencia de los otros, una organización alienígena prácticamente con los mismos sistemas teológicos y los mismos fines, pronto formaron un combinado que se extendió rápidamente y atrajo a todos los miembros de las iglesias establecidas con anterioridad, excepto a los más duros de roer. Uno de sus atractivos fue insistir en no ser considerada una organización religiosa. Por primera vez la gente podía conseguir un guía espiritual de alto nivel sin tener que profesar una creencia en Dios. Allá entonces fue toda una revolución. Es casi seguro, juzgando por lo que conocemos —añadió Truzenzuzex—, que continúe siendo la única institución espiritual multirracial en toda la galaxia. Y hay también miembros de otras razas.

—Me temo que no pertenezco —dijo Flinx.

—Eso no importa. A la Iglesia en realidad no podría importarle menos. No hacen proselitismo, ¿sabes? Están demasiado ocupados con las cosas importantes. Por supuesto que estarían encantados de tenerte a ti o a cualquier otro como un nuevo miembro, pero tú tienes que buscarles. La montaña tendrá que ir a Mahoma, porque Mahoma está bastante ocupado en su vecindad.

—¿Cómo? —dijo Flinx.

—Olvídalo. Una referencia arcaica. Incluso nuestro materialista capitán es un miembro.

—Lo había adivinado. ¿También él cree en Dios?

—Es difícil decirlo —dijo Tse-Mallory pensativamente—. De todas formas, eso es sólo incidental. Me preocupo más si Dios cree en él o no, porque tengo el presentimiento de que antes de que termine el viaje vamos a necesitar toda la ayuda exterior que podamos conseguir.

—¿Qué pasó en la guerra Pitar-humanx?

—Mañana te lo contaremos. Ahora mismo yo necesito beber algo. No había

conferenciado así desde hace mucho tiempo.

Fiel a su palabra, reemprendió la narración a la mañana siguiente, tomando té y pastelillos. Además uno se aburre rápidamente viajando por el espacio. Su audiencia había aumentado, puesto que todo el mundo estaba ahora en el salón, excepto Wolf. Era su turno de guardia.

—Yo también conozco los detalles —dijo Malaika, con un brazo colocado posesivamente alrededor de la cintura de Sissiph—. Pero creo que disfrutaré en oírlos contarla. ¡Sé que mis versiones no son las más correctas!

Se echó a reír ruidosamente.

—Seguro —dijo Tse-Mallory, imitando inconscientemente a su anfitrión—. Unas cinco décadas-t después del contacto inicial entre los terráqueos y los thranx, las relaciones entre las dos civilizaciones crecían a una velocidad geométrica. Las dos partes, no obstante, todavía recelaban la una de la otra. El contacto entre los dos grupos religiosos se encontraba aún en una fase formativa y el amalgamamiento era un sueño en las mentes de unos cuantos visionarios sobresalientes de una y otra raza. Todavía eran enormemente sobrepasados por los «patriotas» de los dos bandos.

»Entonces tuvo lugar el primer contacto terráqueo con los pitarianos. Esta raza ocupaba dos planetas densamente poblados en el sector de Orión. Constituían un factor totalmente inesperado, una raza alienígena, humana en una proporción de punto nueve seis tres. En verdad, una admirable y todavía no igualada coincidencia de forma. Externamente y para todos los propósitos prácticos eran idénticos a la raza humana. Su aspecto como raza se aproximaba bastante al ideal terráqueo. Los machos eran altos, musculosos, atractivos y de una estructura excepcional. Las mujeres, cien por cien femeninas y tan atractivas, por lo menos, como los varones. La humanidad pasó por una breve fase histérica en la que cualquier cosa remotamente pitariana era objeto de servil imitación. Los pitarianos aparecían como bastante cordiales, aunque un poco nerviosos y reservados. Profesiones ilimitadas de ayuda mutua y de amistad eterna fueron intercambiadas entre las dos razas.

Los pitarianos eran altamente científicos, y en unas cuantas fases de investigación llegaron sorprendentemente casi a igualar a la Tierra. En armamento, por ejemplo. Las razones para esta aparente dicotomía en una civilización supuestamente amante de la paz se hicieron claras después. Mucho después. Esto también parecía tener una desproporcionada influencia en su estructura social. La amistad entre pitarianos y humanos progresaba a una velocidad comparable a la existente entre humanos y thranx. Varios años después del primer contacto, un carguero vagabundo llegó por casualidad a una colonia humanoide grande, pero aislada: Treetrunk o Argus V, como se la conoce ahora. Aparentemente, toda la colonia (unas seiscientas mil almas) había sido completa y despiadadamente exterminada por una forma de vida desconocida. En todo el planeta no había quedado con vida ni un hombre ni una mujer ni un niño. Los cadáveres de mujeres se echaban especialmente de menos. La razón de esto también fue descubierta más tarde. Bien, expresiones de simpatía surgieron de las

otras razas inteligentes, los pitarianos incluidos. Estaban por lo menos tan furiosos como cualquiera de los demás. La mayoría de las razas enviaron exploradores para tratar de localizar a esta nueva y virulenta raza alienígena antes de convertirse ellos mismos en víctimas de una atrocidad similar.

«Dos meses más tarde, un hombre fue encontrado en órbita alrededor de uno de los dos satélites del planeta devastado, en un antiguo bote salvavidas aparejado con un timón. Un crucero de los Unop-Phatha —¿conocéis esa raza?— estaba en aquel momento en patrulla de cortesía, y por casualidad entró en el radio del débil transmisor del bote. Anteriormente, nunca se habían encontrado con un humano loco, y no tenían idea en absoluto de qué hacer con él, hasta que pudieron entregarlo a las autoridades humanas más cercanas. Casualmente, lo hicieron al gran grupo de investigación que estaba cribando Treetrunk en busca de pistas. Un mes de tratamiento intensivo consiguió devolver al individuo una coherencia parcial.

»Les llevó algún tiempo sacar algo en limpio de su historia. Su mente había sido malamente desquiciada por los meses pasados vagando en el espacio, por los temores de encontrar una nave enemiga y, después de un cierto tiempo de no encontrar ninguna, por lo que había visto en el propio planeta. Era una suerte que no hubiese tenido el valor de suicidarse. La horrorosa historia que contó ha sido documentada muchas veces y personalmente la encuentro desagradable, de manera que omitiré las partes sangrientas.

»Él enemigo había atacado sin avisar, sembrando la muerte sobre la desprevenida población. Carente de una fuerza militar regular, o sin necesidad de una, el planeta estaba completamente desamparado. Los esquifes de la policía lo intentaron, y como era de esperar, demostraron ser inútiles. Todas las llamadas pidiendo merced, negociaciones o rendición eran contestadas en la misma forma que una resistencia feroz. Cuando toda oposición había sido aplastada y todas las comunicaciones interestelares completamente destruidas o interferidas, los invasores bajaron en naves de un diseño vagamente familiar e inspeccionaron lo que quedaba de la maltratada colina.

»Nuestro único superviviente se había sentido tan sorprendido como todos cuando las escondidas pantallas tridimensionales se habían fijado sobre los muelles de los cargueros que aterrizaban y las tropas armadas pitarianas comenzaron a salir. Su destrucción de la población humana que había sobrevivido fue implacable, tratándola como si fuesen los más bajos y sucios organismos en el universo. Se apropiaron de algunos objetos valiosos, pero en su mayor parte parecían disfrutar simplemente de la matanza, como las comadreas en la Tierra. En este punto, la mente del hombre comenzó de nuevo a huir. Los psiquiatras que le atendían sintieron que si hubiese permanecido cuerdo, nunca hubiese sido capaz de hacer frente a las otras pruebas a que la fuga sometió su mente, como no comer en cuatro días, y cosas así. Los pitarianos fueron concienzudos. Llevaban detectores de vida para rastrear a los supervivientes, por muy bien escondidos que estuvieran.

»Nuestro informador había vivido en una pequeña ciudad cerca del ecuador del planeta. Anteriormente ingeniero en una nave espacial, se había comprado un pequeño y anticuado bote salvavidas con el que en sus ratos libres le gustaba hacer chapuzas. De hecho se necesitó un loco para suponer que aquella ruina pudiese llegar alguna vez hasta la luna más próxima. Antes de que las tropas del enemigo hubiesen alcanzado su área, se las arregló para aprovisionar el diminuto bote y realizar con éxito el despegue. Obviamente, las naves de guerra en órbita ya no esperaban ninguna nave proveniente de la superficie del planeta. Todos los puertos espaciales habían sido destruidos y las naves comerciales de mando doble-ka en órbita de aparcamiento habían sido vaporizadas cuando intentaban escapar o conquistadas por tripulaciones pitarianas en busca de botín. Sencillamente, nadie pensó en un intento de escapar al espacio. Los satélites eran inhabitables y no había ningún otro planeta en el sistema capaz de soportar la vida humana. O quizás no contaban con el equipamiento necesario para detectar un sistema de propulsión tan diminuto y pasado de moda como aquél. Sea como sea, atravesó a salvo sus pantallas exteriores y se colocó en órbita cerrada alrededor de la primera luna. En realidad, nunca esperó ser recogido. Todo lo que su enturbiada mente podía pensar era en escapar de la abominación de allá abajo. Fue rescatado por pura casualidad.

»Ése era el meollo de su historia. Entre los detalles nauseabundos que las sondas extrajeron de él, estaba lo que los pitarianos hicieron con los cuerpos de todas aquellas mujeres desaparecidas. Resultaba tan desagradable, que las autoridades intentaron conservarlo en secreto para el público en general; pero como pasa a menudo en estos casos, la noticia se extendió. El clamor que produjo fue violento y amplio. La guerra nunca se declaró formalmente, porque la mayoría de los miembros del Congreso terráqueo estaban en la reserva y corrieron a embarcar en sus naves.

»La gigantesca armada que se reunió se lanzó sobre el sistema pitariano. Con gran sorpresa de todos, los pitarianos se mantuvieron en sus bases planetarias y en los satélites. En el espacio, sus naves no eran oponentes para la flota humana, además de estar en gran inferioridad numérica; pero la posibilidad de una situación como aquella había sido considerada por los científicos pitarianos que habían desarrollado una red ofensiva-defensiva contra la cual el armamento de las naves espaciales no podía hacer mucho. Se desencadenó una guerra de atrición, en la que los pitarianos esperaban obtener la victoria convirtiéndola en una guerra demasiado cara de sostener. Como resultado fueron efectivamente bloqueados del resto del universo, o, como los más educados eran aficionados a decir, fueron colocados en un asunto de “cuarentena forzada”.

»Parecía que la situación podría prolongarse así indefinidamente. Es decir, hasta que aparecieron los thranx. Como la mayor parte del resto de las razas inteligentes, los thranx habían oído los detalles de la masacre del Argus V. Diferenciándose de la mayoría, sin embargo, estaban dispuestos a hacer algo más efectivo que simplemente un bloqueo. Por lo que concernía a los thranx, la nota final fue el fin reservado por los

pitarianos a las hembras humanas. En los mundos thranx la hembra es considerada como un objeto de veneración al que hay que ayudar todavía más que en los más galantes mundos de los humanoides. Esto es un legado de sus primeros antepasados, cuando había una reina ponedora de huevos que había que proteger y alimentar. En el momento en que esta actitud hereditaria se tradujo en modales, fue uno de los motivos por los que las hembras tanto terráqueas como humanoides en general, que habían tenido contactos con los thranx, se contaron entre las primeras entusiastas vociferantes de la idea del amalgamamiento.

»Por tanto, los thranx añadieron sus flotas a la humana. Al principio, esto no tuvo otro efecto que el de intensificar un bloqueo que ya era casi perfecto. Después, los equipos humano-thranx realizaron los primeros grandes avances en los sistemas de mando doble-ka, el complejo de las armas SCCAM, etcétera. Finalmente se halló un artilugio capaz de penetrar la red bélica pitariana. Fue utilizado. En este tiempo hubo algún deseo entre los científicos humanx de hacer un intento para preservar intacta al menos una porción de la civilización pitariana con el fin de poder estudiarla. Esperaban encontrar una explicación a su extrema paranoia racial. Con la sensibilidad reinante en los planetas humanos, no obstante, esto resultó imposible. Hay también alguna razón para pensar que los mismos pitarianos no lo habrían permitido. Su miseria era así de grande. De cualquier forma, pelearon hasta la última ciudad.

»Los tres planetas permanecen devastados y vacíos. Uno humano y dos pitarianos. No son visitados a menudo, excepto por los curiosos y los morbosos.

»Los equipos de científicos que trabajaron en las ruinas de la civilización pitariana llegaron a la conclusión de que la raza era totalmente incapaz de aceptar o comprender términos como misericordia, compasión, apertura, igualdad y otros conceptos abstractos similares. Se creía la única raza capaz de existir en el universo. Una vez que consiguieron robar todo el conocimiento solicitado a los bárbaros humanos, se dispusieron a destruirlos. Las otras razas inteligentes de la galaxia hubieran sido las siguientes en su programa de exterminación, incluyendo a los thranx. Comparados con ellos, nuestros modernos competidores de otro tiempo, los AAnn, son positivamente pacíficos.

»Afortunadamente, en casi todos los aspectos los pitarianos no fueron nunca tan inteligentes como los AAnn. Su desarrollo bélico excedía con mucho su madurez racial. Su presunción sobrepasaba a su inteligencia. Me he preguntado a menudo si la guerra humanx-pitar fue un único empujón hacia el amalgamamiento o una ayuda múltiple. Existía odio mutuo contra los pitarianos, gratitud de la humanidad por la ayuda thranx y el miedo a que en algún lugar entre las estrellas pudiese existir otro puñado de asesinos psicópatas como los pitarianos.

En la elegante habitación se hizo un gran silencio cuando Tse-Mallory terminó.

—Bien —dijo Atha por fin, rompiendo el silencio cargado de pensamientos—, es mi turno allá adelante. Me iré a relevar a Wolf.

Se desenroscó del sofá y partió hacia la parte delantera de la nave.

—¡*Ndiye, ndiye!* —el mercader se inclinó y miró a Sissiph de reojo—. Ven, mi pakadogo, gatita. Estamos sólo a la mitad de ese delicioso libro tuyo, y no puedo esperar ver el final. Aunque son fotos en su mayoría, ¿no nos excusaréis, gentiles señores?

Riéndose, condujo a la muchacha fuera del salón.

Tse-Mallory comenzó a colocar los niveles para el tablero del ajedrez de personalidades, mientras Truzenzuzex manejaba las cartas y alineaba las piezas azules, rojas y negras.

Flinx miró al sociólogo.

—Señor, ¿no participasteis en las guerras humanx-pitar?

—¡Por el puro Flujo, joven, no! Admitiré que tengo una edad avanzada, y de vez en cuando incluso que soy viejo, pero ¡nunca arcaico! Sin embargo, tuve un abuelo que sí participó, como supongo que hicieron todos nuestros antepasados en aquel tiempo de una forma u otra. ¿No lo hicieron los tuyos?

Flinx se levantó y sacudió ociosamente sus pantalones. La piel de la alfombra tenía tendencia a quedarse adherida.

—Discúlpenme, señores, por favor. Recuerdo que no he dado a Pip su comida de la tarde, y no me gustaría que se irritase y comenzase a mordisquearme el brazo.

Dio la vuelta y se dirigió hacia el corredor. Tse-Mallory se quedó mirándole con curiosidad; después se encogió de hombros y volvió a su partida. Le tocaba mover.

CAPÍTULO X

HASTA entonces no habían tenido ningún problema. La primera señal de que existía uno apareció tres días de navegación más tarde.

Malaika estaba en Control comprobando con Wolf las coordenadas. En su camarote, Truzenzuzex estaba rígido en un trance de meditación. Utilizaba esta técnica siempre que deseaba considerar un problema que requiriese una concentración extrema, y a veces simplemente para relajarse. En este estado necesitaba una menor cantidad de energía corporal. En el salón, Tse-Mallory intentaba explicar el funcionamiento de un rompecabezas semántico a Flinx. Atha se encontraba cerca, probando algo aburridamente ganarse a sí misma en el antiguo y utilizado juego de Mono-Polio. Movía los oscuros idolillos y los símbolos en una forma que Flinx encontraba siempre monótonamente repetitiva. Todo continuó con normalidad hasta que Sissiph, aburrída y olvidada en Control por el ocupado Malaika, entró alocadamente en la habitación, con un rastro de pseudoencaje translúcido flotando detrás de ella.

—¡Éste es un sitio aburrido! ¡Aburrido, aburrido, aburrido! Como vivir dentro de un ataúd...

Permaneció silenciosa durante unos cuantos minutos, encolerizándose. Como nadie se dignó tenerla en cuenta, se colocó más hacia el centro.

—¡Vaya una colección! Dos pilotos, dos cerebros y un chico con un gusano venenoso por mascota.

La cabeza de Pip se alzó bruscamente y el minidrag hizo un movimiento poco amistoso en dirección a la muchacha. Flinx le acarició la parte trasera de su cabeza hasta que se hubo relajado lo suficiente para que parte de la tensión desapareciese de los largos músculos. Su propia respuesta fue suave cuando consideró la mezcla de inseguridad, rabia y confusión en la mente de la muchacha.

—Es un reptil, y no tiene ninguna relación con...

—¡Reptil! ¡Gusano! ¿Qué diferencia hay? —refunfuñó ella—. Y Maxy no me ha dejado ni siquiera que mire mientras él juega con todas esas preciosas coordenadas y estándares. Dice que le «distraigo». ¿Podéis imaginarlo? ¿Distraerlo?

—Yo tampoco puedo imaginar cómo podrías, querida —murmuró Atha sin levantar la vista del juego.

Ordinariamente, lo más probable hubiese sido que Sissiph no le hubiese dado importancia. Allá en Drallar había tenido amplia oportunidad de endurecerse ante los sarcasmos de Atha. Pero la combinación del largo vuelo y su frustración del momento se unieron para hacerle dar media vuelta. Su voz era tensa.

—¿Se supone que eso es una salida ingeniosa?

Atha continuó sin levantar la vista del juego. Sin duda había esperado que Sissiph ignorase la observación, como hacía generalmente, y saliese de la habitación brincando de impaciencia en un digno enfado. Replicó:

—Es la pura verdad.

—Y tu boca —contestó Sissiph parodiando terriblemente las palabras— es un poco demasiado «floja».

Dio a la mesa del juego un rápido empujón con la rodilla. Al ser portátil y no estar atornillada al material de la nave, se volcó con facilidad. Pequeños objetos de metal y cartas de plástico navegaron en todas direcciones.

Atha cerró los ojos con fuerza sin moverse, y después, despacio, los volvió a abrir. Se dio la vuelta rápidamente para contemplar al lince, con los ojos a la altura de la rodilla de la otra muchacha.

—Cariño, creo que si vamos a proseguir con esta conversación, lo haremos mejor si estamos al mismo nivel.

Su antebrazo se disparó y atrapó a la sorprendida Sissiph por detrás de las rodillas. Ésta profirió un sobresaltado alarido y cayó sentada.

De allí en adelante sus cuerpos parecieron fundirse tan íntimamente, que a Flinx le resultaba difícil decir cuál era cada una. Sus pensamientos eran indescifrables. Todo combate científico, por decirlo así, se fue por la borda. Tse-Mallory dejó su rompecabezas e hizo un meritorio, aunque temerario, esfuerzo por detenerlas. Todo lo que recibió fue un largo arañazo en una mejilla. En aquel momento Malaika, llamado apresuradamente por Flinx con un suave sondeo, apareció en la puerta delantera.

—En el nombre de los siete infiernos obscenos, ¿qué está pasando aquí?

Ni siquiera su familiar aullido consiguió algún efecto sobre las dos combatientes, demasiado absortas en su trabajo para advertir los ruegos de un simple mortal. El mercader se adelantó e hizo un intento de separarlas. Varios, de hecho. Era como meter las manos dentro de un torbellino. Frustrado, retrocedió.

Cuanto más tiempo se viviese en los niveles más bajos de Drallar, más conocimiento se adquiriría sobre psicología humana elemental. Flinx dijo en alto, pero tranquilamente, poniendo tanto disgusto en su voz como fue capaz de reunir:

—Cielos, ¡si sólo supieseis la pinta tan ridícula que tenéis vosotras dos!

Se arriesgó también a una breve proyección mental de las dos combatientes, apropiadamente embellecidas.

Hubo inmediata paz en la habitación. La nube de cabello, dientes, uñas y trajes desgarrados tocó tierra en un abrupto alto, produciendo dos cuerpos distintos. Ambas miraron vacíamente hacia Flinx; después la una a la otra con incertidumbre.

—Gracias, kijana. Pensé que podrías ayudarnos de vez en cuando, pero parece que tus talentos no tienen fin.

Malaika se acercó y sujetó a cada una por el material que quedaba en la parte trasera del cuello, levantándolas como uno levantaría un par de gatitos obstinados. Las dos se miraron en silencio y parecieron más que dispuestas a empezarlo todo otra

vez. Percibiendo esto, él las sacudió tan duramente que sus dientes castañetearon y sus zapatillas cayeron al suelo.

—Estamos cazando un billón de créditos en un territorio recorrido pocas veces, en busca de algo por lo cual cualquier otra compañía en la galaxia me cortaría el cuello alegremente, sólo por conseguir alguna pista, y vosotras dos mwanamkewivu, cretinas, idiotas, no podéis vivir en paz durante un mes.

Las sacudió otra vez, aunque no tan furiosamente. Ninguna de ellas parecía ahora de humor para pelear.

—Si esto vuelve a suceder —y os aviso sólo una vez—, ¡os arrojaré alegremente a las dos por la compuerta más cercana, mordiéndooos y arañándooos si así lo queréis! ¿Entendido?

Las dos mujeres miraron silenciosamente hacia el suelo.

—¡*Au ndiyo au la!* ¡Contestadme ahora!

La voz resonaba por todo el salón.

Finalmente, Sissiph murmuró casi inaudiblemente:

—Sí, Maxy.

Él se volvió y miró a Atha con aire asesino.

—Sí, señor —dijo ella mansamente.

Malaika había continuado, pero Wolf escogió aquel momento para asomar la cabeza dentro de la habitación.

—Capitán, creo que haríais bien en venir a echar una ojeada a esto. Hay un objeto, u objetos, en las pantallas que yo diría que es una nave o varias. Me gustaría vuestra opinión.

—¿*Nini?* —rugió Malaika, girando—. ¿Qué?

Soltó a las dos mujeres. Ambas permanecieron silenciosas, intentando poner orden en el caos de sus vestidos. Ocasionalmente, una miraría hacia la otra, pero de momento por lo menos las dos parecían totalmente avergonzadas.

—Parece acercarse a nosotros, señor. Me gustaría que vinieseis a echar un vistazo... ahora.

Malaika se volvió para enfrentarse a las luchadoras de hacía un momento.

—Atha, arréglate y vete adelante... ¡*Upesi!* Sissiph, tú vuelve a nuestro camarote y quédate allí.

Las dos asintieron sobriamente y partieron en diferentes direcciones.

—Sociólogo, id y sacad a vuestro amigo de ese semisueño o como lo llame. Os necesito con plena conciencia en caso de que algo desfavorable suceda. Tengo el presentimiento de que ambos habéis tenido al menos un mínimo de experiencia con las maniobras de una nave en el espacio profundo.

Tse-Mallory había comenzado a salir en dirección del camarote de Truzenzuzex. Se detuvo para devolverle la sonrisa al enorme mercader.

—Algo así —dijo tranquilamente.

—Estupendo. ¿Kijana?

Flinx le miró.

—Conserva un ojo atento sobre tu mascota. Las cosas por aquí podrían ponerse un poco saltarinas. No conozco lo excitable que pueda ser ese pequeño demonio, pero no me gustaría tenerlo entre mis pies nervioso alrededor de gente ocupada en sus asuntos.

—Sí, señor. ¿Tenéis alguna idea de lo que pueda ser?

—Sí y no. Me temo que lo probable sea lo primero. Y eso es malo —hizo una pausa, pensativo—. Puedes venir delante si quieres, mientras vigiles esa serpiente. Dile a nuestros sabios pasajeros que también pueden venir si así lo desean. Hay bastante sitio. A la única que no quiero por allí es a Sissiph. La deliciosa pakadogo tiene tendencia a ponerse histérica cuando las cosas no están donde ella pueda poner un dedo... u otras cosas deliciosas... sobre ellas. Pero creo que quizá a los otros les gustaría estar por allí cuando averigüemos qué es esto. Y quizá puedan contribuir con intuiciones. Yo valoro altamente las intuiciones. A propósito, ¿crees que podrías contestarme satisfactoriamente a esa pregunta?

Flinx se concentró intensamente. Estaba muy lejos, pero no había ninguna otra cosa en años luz; así que apareció fuerte, fuerte. «Aquello» era maligno, extraño, imagen de aire seco, sal, sangre, gusto a sal, relieve, todo envuelto en pensamientos fríos, claros como nieve derretida, que encajaban solamente en un tipo.

Miró hacia arriba y parpadeó. El mercader le observaba intensamente, con muestra de preocupación. Entonces se dio cuenta de las gotas de sudor en su frente. Dijo una sola palabra, porque era suficiente.

—AAnn.

El mercader asintió pensativamente y se dirigió hacia la puerta.

CAPÍTULO XI

La mota que indicaba la existencia de un campo de mando de gravedad positivo en funcionamiento era ahora más clara y estaba más a su derecha, unos noventa grados en el actual plano-x. Se trasladaba siguiendo un rumbo definido de convergencia. Todavía no podían conocer con seguridad lo que era, aparte de saber que, por lo menos, una mente ocupaba una zona similar del espacio.

A la memoria de Flinx acudió un antiguo aforismo que le habían recitado una vez. Según lo recordaba, había dos hombres implicados, uno joven y otro viejo. El más joven había dicho: «Ninguna novedad es una buena novedad», y el otro, un santo hombre terráqueo, le había replicado sabiamente: «Eso no es necesariamente verdad, mi joven amigo. Un pescador no piensa que ha tenido suerte hasta que no siente un tirón». No estaba seguro de que la historia fuera una analogía apropiada para la ocasión, puesto que sintió que en aquel momento no estaba de acuerdo con el santo.

—Son dos, capitán —dijo Wolf—. Mire... Era verdad. Incluso Flinx podía ver que al acercarse la enorme mota se iba dividiendo en dos puntos distintos. Al mismo tiempo sintió una multiplicidad de mentes similares a aquella que había advertido al principio, aunque mucho más débiles.

—Dos naves —dijo Malaika—. Entonces mi suposición estaba equivocada, después de todo. Antes, las sombras. Ahora, todo en la oscuridad. *Usiku*. No obstante, podrían ser...

—¿Cuál era vuestra suposición, Maxim? —preguntó Truzenzuzex.

—Pensé que quizá un competidor especial había conseguido ventear nuestro descubrimiento de manera más extensa de lo que en un principio creí, o que alguna información se habría filtrado. En este último caso, yo sospecharía que alguien en esta nave es un espía —en la cabina hubo algunas rápidas e incómodas miradas—. Esa posibilidad continúa existiendo, pero ahora me siento menos inclinado a sospechar. No conozco ninguna compañía en el AAnn, ni siquiera la que tenía en la cabeza: Industrias Generales, que pueda permitirse o se sienta inclinada a arriesgar dos naves en algo que tiene una posibilidad muy grande de ser una aventura sin provecho, basándose únicamente en información espúrea y de segunda mano. Ni siquiera una Corporación-Nido de los AAnn.

—En ese caso —dijo Tse-Mallory—, ¿quiénes son nuestros dos visitantes?

—No lo sé, sociólogo, hata kidogo. No lo sé en absoluto. Pero no dudo de que lo averiguaremos pronto. En un momento estarán dentro del área de recepción, si es que no lo están ya. Si hubiese en esta zona una estación de transmisión, podríamos haberlo averiguado antes... suponiendo, por supuesto, que ellos desearan que conociésemos su presencia y supiesen con bastante aproximación dónde estábamos.

Creo que tengo dudas sobre eso...

Atha manipulaba eficientemente discos y conmutadores.

—He abierto todo completamente, señor, y si nos están enfocando, los sintonizaremos sin problema. Lo hicieron.

El rostro que apareció en la pantalla no era chocante, gracias al anticipado aviso de Flinx, pero sí su aspecto, porque era totalmente inesperado.

—Buenos días, Glory —dijo el noble oficial AAnn de rostro lívido que les contemplaba—. O cualquier período del día que estéis atravesando en este momento. El ilustre y renombrado Maxim Malaika es vuestro capitán, supongo.

—El perplejo y curioso Maxim Malaika está aquí, si eso es lo que queréis decir —se colocó en el centro del sintonizador del transmisor—. Me lleváis un punto de ventaja.

—Mis disculpas —dijo la figura—. Me llamo Riidi WW, segundo barón de Tyrton Seis, oficial de las Fuerzas de Defensa Circunespaciales del emperador Maahn IV. Mi nave es el *Arr* y nos acompaña en este viaje su nave gemela, el *Unn*.

Malaika habló en la dirección del micrófono omni-sintonizador.

—Muy bien. Vuestra gira debe haber sido larga. Estáis un poco alejados de vuestras rutas usuales, ¿no?

La cara del barón reflejó una suave sorpresa, fingida, como Flinx sospechó.

—¡Vamos, capitán! El Blight es espacio libre y abierto a todos. Aquí hay muchos y maravillosos planetas, no reclamados, colonizables y libres para cualquier raza que navegue por el espacio. Aunque es cierto que en el pasado el gobierno de Su Majestad ha estado más interesado en la expansión hacia afuera, una búsqueda ocasional de planetas de excepcionales perspectivas nos lleva hasta aquí.

—Una explicación muy concisa y aparentemente plausible —susurró Truzenzuzex a Malaika desde una zona fuera del radio de los sintonizadores audiovisuales.

—Sí —susurró el mercader—, yo tampoco creo una sola palabra. Wolf, cambia el rumbo cuarenta y cinco grados x-plus.

—Hecho, capitán.

—Bien, barón, siempre es agradable saber que hay alguien ahí fuera en medio de la nada, y estoy seguro de que dos destructores de Su Majestad serán más que suficientes para cualquier planeta de «excepcionales perspectivas» que casualmente encontréis. Os deseo suerte en vuestra búsqueda.

—Vuestros ofrecimientos de buena fortuna son aceptados en el mismo espíritu en el que son dados, capitán Malaika. Yo a mi vez os ofrezco la hospitalidad de mi nave y tripulación, muy especialmente de nuestra cocina. Soy lo suficientemente afortunado como para tener a bordo un chef que hace maravillas con la cocina de treinta y dos sistemas diferentes. El individuo es un mago y se sentiría orgulloso de tener la oportunidad de desplegar sus talentos ante unos *gourmets* tan exigentes como vosotros.

El bajo susurro de Wolf cortó el aire de la cabina:

—Han cambiado el rumbo para igualar el nuestro, señor, y además han acelerado.

—Conserva el rumbo y acelera, lo suficiente para igualar su aumento. Pero hazlo sutilmente, Mwanamume, ¡sutilmente!

Se volvió hacia la pantalla.

—Una graciosa oferta en verdad, barón, y ordinariamente consideraría un honor y una delicia aceptar. Sin embargo, me temo que las circunstancias nos ordenan declinar esta particular invitación. Escuchad, ayer de noche cenamos pescado, y estoy seguro de que no estaba preparado ni la mitad de bien que vuestro chef lo hubiera hecho, porque todos hemos estado sufriendo hoy fuertes dolores en la parte más baja del conducto intestinal. Con vuestro permiso, dejaré vuestro amable ofrecimiento para alguna futura ocasión.

Alejándose del micrófono susurró:

—Los demás podéis volver a vuestros camarotes y poner os las correas. Intentaré mantener os informados de lo que pase a través de los visores interiores de la nave. Pero si ahora tenemos que dar unos cuantos saltos, ¡no quiero que todos comiencen a rebotar contra el maderamen y a embarullar mis carpetas!

Flinx, Tse-Mallory y Truzenzuzex gatearon hacia la salida, teniendo cuidado de permanecer fuera del radio del vídeo tridimensional; pero aparentemente Truzenzuzex no pudo resistir una puntada contra un viejo y persistente enemigo. Los thranx habían tenido tratos con los AAnn mucho antes que la humanidad.

Metió su cabeza dentro del radio de los sintonizadores y gritó:

—Conoce, oh comedor de arena, que he probado antes la cocina AAnn y que mi estómago la ha encontrado arenosa para el paladar. ¡Aquellos que se alimentan de rocas asumen rápidamente su misma disposición y capacidad mental!

El AAnn se erizó, elevándose sus escamas a lo largo del espinazo del cuello.

—Escucha, habitante de la basura, te comunico que... —se cortó en medio de un juramento y con un esfuerzo se recompuso. Simulando un suspiro, cuando sin duda hubiese preferido una amenaza, dijo—: Mantengo la cortesía, aunque es evidente que ha abandonado vuestra nave, capitán. Sea como deseáis. Sabéis que no podéis escapar. Ahora que estamos a un radio cercano, mis operadores, de detección tendrán el mayor cuidado en no perder os. Será sólo cuestión de tiempo que llegemos a estar a una distancia filial de vosotros. En ese momento espero que habréis reconsiderado mi generosa y educada invitación, realmente excepcional, y bajaréis vuestro campo. De otra forma —dijo lúgubrementemente—, me veré obligado, me temo, a abriros como una lata de pasta de zith.

Bruscamente la pantalla quedó en blanco.

En su camarote, Flinx yacía sobre su cama y comenzó a sujetarse al arnés de emergencia que estaba permanentemente fijo sobre los costados del lecho. Colocó a Pip cerca de su mano izquierda, enroscada sobre una barra en aquella parte de la cama. Le advirtió que estuviese quieta. La serpiente, sintiendo que iban a suceder

cosas importantes, hizo como se le decía con un mínimo de molestias y alboroto.

Cuando terminó y encontró lo más parecido a una postura aceptable que pudo conseguir dentro del incómodo arnés, conectó la pequeña pantalla que colgaba suspendida del techo del camarote. Se iluminó repentinamente, comenzando a recordar olores y visiones más familiares. Le avergonzaba, pero en aquel momento deseó fervientemente estar de vuelta en casa en Drallar, ejecutando trucos delante de una muchedumbre apreciativa y haciendo reír a los muchachos diciéndoles los nombres de sus secretos amores. Lo que podía interpretar de la mente-pensamientos del comandante AAnn no era agradable. La sensación pasó abruptamente como si un trapo frío hubiese sido llevado a lo largo de su mente y se preparó lúgubrementemente para esperar.

En el enorme y exóticamente amueblado camarote que constituía su alojamiento, Sissiph yacía sola sobre la gigantesca cama, enroscada dentro de su arnés. Sus rodillas casi tocaban su pecho. Se sentía muy sola. La orden de meterse en el arnés había sido dada en un tono áspero y serio que Maxim nunca había usado con ella antes, y estaba asustada. Los lujosos adornos, los muebles intrincadamente grabados y la sensual iluminación escalonada, los vestidos esparcidos por la habitación que valían el rescate de un rey, todo parecía repentinamente tan frívolo y volátil como los juguetes de un niño. Ella había sabido —simplemente lo había sabido— cuando había decidido que intentaría reemplazar a aquella otra pequeña bruja —¿cómo se llamaba? — como el lince estable de Malaika, que algo terrible sucedería. ¡Lo había sabido! ¡Los mercaderes eran tan condenadamente impredecibles!

No pulsó el botón que bajaría la pantalla y la pondría en comunicación con Control y el resto de la nave. ¡Qué sobreviviesen sin ella por un rato! En su lugar se enterró tan profundamente como pudo en las almohadas de seda amarilla y se prometió a sí misma que si sobrevivía este horrible, horroroso viaje hacia ninguna parte, buscaría algún anciano y agradable hombre de ciento cincuenta años... que estuviese próximo a la muerte. Alguien senil y acaudalado del que pudiese esperarse una vida matrimonial agradable, tranquila, cómoda, corta... y una larga y rica viudez.

Bran Tse-Mallory yacía sobre su lecho revisando tranquilamente las ciento cinco máximas del estado del Contenido Indiferente. Habían sido inventadas originariamente por un brillante estudiante licenciado para ayudar a relajarse a los estudiantes nerviosos antes de las pruebas. Servía también en otras ocasiones. La actual, por ejemplo. Pero por mucho que lo intentase, no conseguía pasar de la veintiuna. Continuó repitiéndose a sí mismo una y otra vez, cuando intentaba concentrarse en la veintidós:

«La humanidad debe ser sin duda la raza más presuntuosa del universo, porque, ¿quién otro piensa que Dios no tiene nada mejor que hacer que estar sentado todo el día ayudándole a salir de las situaciones apuradas?».

Era un pensamiento indigno de uno que supuestamente se había ablandado con los años; pero cómo deseaba sentir el reconfortante mango de un arma —cualquier

tipo de arma— bajo sus dedos. Se tensó y relajó reflexivamente, haciendo profundos pliegues sobre la blandura de las sábanas.

El Eint Truzenzuzex yacía tranquilamente sobre su modificado sofá, con las piernas completamente extendidas y con sus falsas y verdaderas manos cruzadas sobre el pecho en la apropiada postura Oo. Intentó conservar la mitad de su mente fija sobre el visor de la nave, mientras la otra mitad holgazaneaba a través del ritual.

—Yo, Tru, de la familia Zen, clan zu, los Zex de la Colmena, aquí y en este instante suplico que no traiga vergüenza para mí-nuestros antepasados. Yo, Tru, de la familia Zen, del clan zu, de los Zex de la Colmena, aquí y en este instante suplico que en el próximo Tiempo de Dificultad pueda añadir crédito a mi primera madre, madre del clan y de la Colmena. Yo Tru, de la familia Zen, clan...

Atha Moon y el hombre llamado Wolf pensaban de otra manera. Estaban demasiado ocupados. Y lo mismo hacía Maxim Malaika, el hombre responsable de todos ellos. Además, estaba muy asustado para tener tiempo de ocuparse en trivialidades. Wolf interrumpió el vacío de sus pensamientos.

—Se acercan a casi cinco mus, señor. A esta velocidad estarán dentro del radio de rayos-partícula dentro de cinco o diez minutos.

—¡Choovy! ¡Yotrosinmencionables! ¡Maldición!

Atha miró hacia él preocupada.

—¿No podíamos intentar esquivarles, Maxim? Capitán, quiero decir.

—*La, hasha, Atha.* No hay forma. Esos de ahí fuera son destructores AAnn. Están diseñados para cazar y rebanar naves mucho más rápidas que la nuestra. El Glory es el antojo de un hombre rico, no una nave militar. Pero es algo así como una nave de carreras, sharti. Necesariamente. Con algo de distancia entre nosotros en el primer contacto podríamos haber escapado del radio de detección y haberlos perdido, pero estaban encima de nosotros, antes de que ni siquiera supiésemos quiénes eran. De todas formas, son dos. A uno quizá podríamos esquivarlo, pero nunca a dos. No a esta distancia. Atha replicó:

—¿No podríamos sencillamente rendirnos y correr el riesgo? Quiero decir que, bien pensado, ese barón no parecía tan horroroso. Simplemente impaciente. Y no estamos en guerra con su pueblo, ni nada así.

—*Ndoto.* Un sueño. Los AAnn no actúan de esa manera, Atha —sus labios estaban cerrados, prietos—. En el mejor de los casos, son intolerantes con la gente que coopera con ellos. Con aquellos que no lo hacen... Si sientes curiosidad por conocer detalles, pregúntale a Wolf. Estuvo en campo-prisión AAnn durante cinco años, durante el último verdadero conflicto entre los humanx y los AAnn. Quizá haya algún otro sobreviviente durante largo tiempo en uno de esos pozos del infierno con vida para contarlo. Si es así, yo no lo he encontrado.

—El capitán tiene razón, señorita Moon. Preferiría arrojarme al espacio e hincharme como un pez en las profundidades a caer de nuevo en su poder —asintió de nuevo, mirando la pantalla donde las dos motas blancas continuaban su inexorable

aproximación—. Entre otros artificios, son muy aficionados a las formas más refinadas de tortura. Mucho. Es una especie de forma artística entre ellos. La mayor parte de mis cicatrices no se ven. Están aquí, ¿ve? —se dio unos golpecitos a un lado de la cabeza—. Si desea algunas descripciones detalladas...

Atha se estremeció.

—No, gracias.

—Este individuo Riidi parece bastante decente... para ser un AAnn, pero correr el riesgo... Si pudiese pasarme sin Wolf delineando o dejar yo mismo el computador... ¡Tandunomo! ¡No, espera! —se inclinó hacia el micrófono—: ¡Ninyi nyote! Tse-Mallory, sociólogo. ¡Y tú, chinche! ¿Alguno de los dos ha manejado alguna vez un arma espacial, aunque fuese en simulación?

En su camarote, Tse-Mallory casi se rompió un dedo forcejeando con su arnés. Y Truzenzuzex abandonó su ritual en una forma y momento que le habría valido la condena de todos los miembros de su clan, si lo hubiesen sabido.

—¿Quieres decir que tienes un arma en este cacharro? ¿De qué clase? ¿Dónde? ¡Habla, mercader! Armas de implosión, pistolas de partículas, tubos misiles, proyectiles explosivos, piedras... ¡Tru y yo las usaremos!

—Espero que así sea. Escuchad. Detrás de vuestros camarotes, dotados de compartimientos de almacenamiento, hay un pasadizo. Se abre en la bodega de carga. Después encontraréis un corredor... Id hasta el final del corredor principal. No podéis perderos. Allí encontraréis ramificaciones. Tened cuidado. No existe gravedad en esa parte de la nave. Seguid la que va noventa grados a la derecha de vuestra horizontal. Al final encontraréis una hendidura láser de carga media montada sobre un cinturón universal que rodea la nave. La estoy cargando.

Hizo una pausa momentánea, mientras sus manos realizaban algo por debajo del campo del sintonizador de la cámara.

—Es para ser manejado por una sola persona. Lo siento, filósofo, pero podríais ayudarle con el computador. Sino tiene que mirar al mismo tiempo las imágenes y la pantalla de combate...

Los dos hombres de paz ya estaban en camino.

Malaika musitó una silenciosa plegaria con la esperanza de que los dos científicos no recorriesen la nave de punta a punta y volviesen a sus tableros.

—¿Cómo vamos, Wolf?

—Todavía se están acercando, señor. No tan rápidamente ahora que hemos recuperado nuestra propia velocidad, pero todavía se acercan. ¿Queréis que vayamos al máximo?

—No, no todavía. Ése es estrictamente nuestro último recurso, si lo necesitamos. Déjales que continúen pensando por un rato que el Glory es sólo otro mercancías. Primero quiero ver lo que nuestros eficientes cerebros pueden hacer con el tirabalas.

Los cerebros en cuestión estaban en camino a lo largo del pasaje mecánico a una velocidad como para romperse el cuello. Afortunadamente, no había cargamento a la

deriva que impidiese su progreso. El gran recinto fabricado en metal estaba casi completamente vacío. Unas pocas cajas se balanceaban perezosamente dentro de sus envolturas de forma de red de arañas, dando a la pálida caverna verde y a su fantasmal atmósfera un poco de perspectiva. El sentimiento era aumentado por la iluminación o su ausencia. Puesto que esta parte de la nave, aunque con mucho la mayor, era escasamente visitada, excepto cuando llegaban o partían de una estación de cargamento, la iluminación era mantenida en un mínimo. Incluso así se habría perdido en los compartimientos de carga de uno de los grandes mercancías del tipo «Sol Ascendente».

No tuvieron dificultad en localizar la ramificación correcta en el extremo final del corredor principal. Era la única rama que se dirigía vagamente en la dirección requerida. Tse-Mallory se lanzó hacia arriba y comenzó a flotar agarrado a la cuerda. Se estiró y empezó a subir rápidamente, una mano después de otra. Sabía que Truzenzuzex iría justo detrás de él. Con sus cuatro manos el insecto podía ir más rápido, pero no había ningún motivo para que adelantase a Bran, puesto que no podía operar tan bien como él el arma diseñada para humanos.

Alcanzaron el emplazamiento del arma, una esfera de grueso metal como una verruga sobre la piel de la nave. Contaba con su propia energía de emergencia y suministro de aire. Más lejos y a ambos lados pudo ver la montura del cinturón de energía que rodeaba la superficie de la nave. Moviéndola a lo largo de aquel cinturón, el arma podía cubrir una amenaza que se aproximase desde cualquier ángulo. Tuvo solo un segundo para preguntarse qué hacía algo así en una embarcación de recreo privada, antes de entrar en la cápsula y sujetarse en el asiento de disparo. Truzenzuzex aseguró la escotilla detrás de ellos, colocándose junto al computador de señales a la izquierda de Bran. Un arma más moderna hubiese tenido los dos combinados en un sencillo casco que se colocaría sobre la cabeza del artillero. El insecto comenzó a acaparar abrazaderas, broches y cinturones de los compartimientos de emergencia hasta que se hubo construido un arnés razonablemente sólido enfrente del computador.

Bran envolvió con su mano derecha el gatillo de presión con todo el cariño de un padre orgulloso acariciando a su primogénito. Su mano izquierda se dirigió hacia el sintonizador sensor de la pantalla de combate. Soltó con dificultad el gatillo por un momento para tensar los nervios sensores alrededor de su extendida mano izquierda. La flexionó una vez para cerciorarse de que las terminaciones no le pinchaban y después volvió a colocar la mano derecha sobre el mango del gatillo. Entonces emprendió un cuidadoso examen de la pantalla y lentes de disco. Definitivamente era uno de los primeros modelos, pero las armas láser no habían cambiado mucho su diseño básico en varios siglos y probablemente tampoco lo harían en varios más. El diseño de base era demasiado barato y eficiente. No dudaba de que podía operar éste de manera efectiva al primer intento. Hablando de eso, ¡tendría que hacerlo, maldita sea! No era probable que sus perseguidores les dejaran hacer un disparo de prueba.

Bajo los impulsos de su mano izquierda, la pantalla de combate se iluminó. Se sintió aliviado al ver que, por lo menos, sus reflejos de combate eran todavía operativos. Sobre las pantallas se veían dos puntos del tamaño de un pulgar. Por un momento, pensando que estaba otra vez en el viejo Veinticinco, casi se sintió sobrecogido por el pánico. Si una nave enemiga hubiese conseguido acercarse tanto en una situación de guerra, ahora ya estarían vaporizados. Pero claro, esto no era una situación de guerra. Al menos por ahora. Expulsó esa desagradable línea de pensamiento de su mente. Era algo sobre lo que los diplomáticos afilarían sus lenguas. Obviamente ninguna de las naves que se aproximaban esperaban encontrar ni siquiera un simulacro de resistencia. Era simplemente un juego de caza. Se acercaban abiertamente y sin precauciones. Posiblemente —sería de desear— tampoco tenían puestas sus pantallas o por lo menos las tendrían a media carga.

A su izquierda, Truzenzuzex comenzó a repiquetear un chorro de cifras y coordenadas. Uno de los destructores estaba un poco más cerca que el otro. La desmañada formación era el resultado mas inevitable de un exceso de confianza por parte del enemigo. Bran comenzó a ajustar un disparo al centro. Su dedo vaciló sobre el gatillo y habló por el micrófono interior de la nave:

—Escuchad, Malaika. Esa gente está aquí detrás de algo, y puesto que sólo tenemos un algo que valga tanto como para arriesgarse a un incidente interestelar, van a necesitarnos en una sola pieza. No creo que ellos comiencen a disparar de improviso. Se acercan como si todo lo que esperasen tener que hacer es atraparnos cual un pájaro Geech trasquilado. Yo he jugado antes con los AAnn. No son demasiado imaginativos, pero piensan condenadamente rápido. Eso significa un buen disparo y nada más que uno, y después haríamos mejor en correr como el diablo. ¿A qué distancia podéis dejarles que se acerquen, conservando una superficial oportunidad de escapar a su detección, suponiendo que se aturdirán lo suficiente como para permitirnoslo?

Malaika realizó rápidamente el cálculo en su cabeza:

—Ummm..., *marakwa mará*... Ese individuo Riidi tendrá que decidir si convertimos en átomos o intentarlo de nuevo... Lo último implica sin duda que debe cogernos vivos, o no conseguirá nada en absoluto... Puedo daros otros dos mus de distancia, uno y medio ahora.

—Suficiente —dijo Tse-Mallory, concentrándose en la pantalla. Tendrá que serlo, pensó—. Lo sabremos aquí atrás cuando el computador dé en el blanco.

Malaika no replicó.

—Eso nos pondrá casi en... en tres —dijo Truzenzuzex.

—Eso había supuesto. Avísame cuando alcancemos tres punto uno.

—¿Será suficiente tiempo?

—Viejo chinche, amigo mío, mis reflejos han perdido con los años, pero ¡no están muertos! Será suficiente. ¡Por el Universo!

Tse-Mallory hizo una mueca.

—¡Por el universo! —añadió el otro con tranquila respuesta.

En el Control, Malaika se volvió hacia Wolf con rostro pensativo.

—¿Has oído?

El hombre-sombra asintió.

—De acuerdo entonces. Comienza a decelerar. ¡Sí, a decelerar! Si él dice que va a tener sólo un disparo, probablemente va a tener sólo un disparo, y quiero que cuente con un perfil tan bueno como sea posible. Por tanto, demos la impresión, en tanto podamos, de que estamos abandonando el juego.

Obedientemente, Wolf comenzó a reducir velocidad. Aunque con lentitud, los computadores AAnn lo advertirían.

—Tres punto siete... Tres punto seis...

La voz de Truzenzuzex recitaba las cifras con precisión y claridad mecánicas.

El cuerpo de Bran estaba firme, pero por dentro temblaba ligeramente. Era más viejo.

—Tru, ¿encontraste alguna droga HIP en ese armario de emergencia?

—¿HIP incrementadas? Tres punto cinco... Sabes que eso se guarda casi tan cuidadosamente como los circuitos de los SCCAM. Oh, ahí atrás hay algo de esa materia sucedánea, del tipo que puedes conseguir en cualquier mercado negro. Todo lo que producirá, amigo mío, plagiando un proverbio, es «destrozar tu cuerpo»... Tres punto cuatro... Hará desaparecer más verosímilmente tus reflejos. Relájate.

—¡Lo sé, lo sé! —sus ojos no abandonaban la pantalla—. ¡Pero me gustaría tener algo de eso ahora!

—La obscenidad es mejor... Tres punto tres... Imagínate que estás otra vez en la Universidad, trabajando sobre las tesis del viejo Novy. Eso debería producirte rabia suficiente para que fueses capaz de destrozar esas naves con tus manos desnudas...

Bran sonrió y la tensión le abandonó. Allá en la Universidad el viejo profesor Novy había sido una de las animosidades preferidas de los dos.

—Tres punto dos...

Ahora podía recordar la fea cara del bastardo. Se preguntó qué habría sido finalmente del anciano después de... Su dedo se tensó sobre el gatillo.

—Tres pun...

El botón de presión ya estaba siendo oprimido.

En el vacío de la nada una lanceta de verde esmeralda más brillante que un sol saltó del Glory a través de un segundo de infinito. Un mili-instante más tarde golpeaba sobre el abanico generador de la nave de guerra AAnn más próxima, que casualmente era el *Unn*. Hubo un mudo resplandor de imposible llama dorada, brillando como las olas de torturado hidrógeno que desfilan sobre la piel de las estrellas. Fue seguido de una explosión de sólidos vaporizados y una nube de gas ionizado, que se expandía en rápida difusión.

La pantalla de combate mostraba una mota blanda y una diminuta nubécula.

En el emplazamiento del arma, Bran intentaba frenéticamente armar el láser para

disparar contra la segunda nave, pero no tuvo ni una oportunidad de hacerlo.

En el momento de la silenciosa destrucción, Malaika se había permitido un violento grito de «¡Oseeee-yese!».

—¡Wolf, Atha, a moveros, *watu!*

Atha hizo una conexión y el Glory saltó hacia adelante a su máxima velocidad de aceleración.

En la otra nave AAnn, el Arr, el pánico reinó solamente en aquellas zonas donde el control del barón Riidi WW era superficial. A su alrededor la tripulación solamente reflejaba una fatalista resignación. El único pensamiento agradable en todas sus mentes era lo que harían a la gente a bordo de su presa una vez que el comandante y los técnicos les hubiesen extraído lo que deseaban de ellos. Ninguno miró el rostro del barón por miedo a encontrar sus ojos.

Las bruñidas garras del barón rascaron ociosamente las escamas de su brazo izquierdo. Junto al derecho había una terminación auditiva.

—Jefe de los motores —dijo calmadamente, hablando por la rejilla—, a toda velocidad, por favor. Todo lo que se necesite para las pantallas.

No se molestó en preguntar si ahora estaban levantadas.

—Nadie va a ser culpado por la pérdida del *Unn*. No esperando armamento interespacial en una nave privada de este tipo, únicamente unas pantallas muy bajas estaban levantadas. Este error ya ha sido rectificado. El enemigo es más rápido de lo estimado originalmente. Parece que esperaban abandonar el área de detección en la confusión producida por la pérdida de nuestra nave gemela. No ha ocurrido así. No ocurrirá. Se ha terminado el juego cortés. Aplicaos a ello, caballeros. ¡Tenemos una nave que capturar! Y cuando lo hayamos hecho, puedo prometeros por lo menos un espectáculo interesante.

Inspirados, los tripulantes se entregaron con ardor a sus ocupaciones.

Bran maldijo una vez brevemente, cuando la nave AAnn superviviente escapó con rapidez del área de tiro.

Truzenzuzex estaba desembarazándose rápidamente de su improvisado arnés.

—Relájate, hermano. Lo hiciste tan bien como habíamos esperado. Mejor. Tenían sus pantallas bajas, perfectamente, o no hubieran estallado de esa manera. Debemos haber hecho blanco en su generador. Metamorfosis. ¡Qué espectáculo!

Tse-Mallory siguió el consejo y se relajó lo mejor que pudo.

—Sí, sí, tienes toda la razón, Tru. Una segunda vez no hubiéramos sido tan afortunados. Si hubiésemos tenido una segunda vez.

—Por supuesto. Ahora sugiero que regresemos a nuestros camarotes. Este juguete ya no nos servirá para nada más. Si tuviésemos un arma de verdad...

Truzenzuzex abrió la escotilla y se hundieron en el pasadizo. Mientras regresaban a través de los sombríos corredores verdosos, se perdieron las felicitaciones de Malaika, que se desparramaban por el ahora desatendido micrófono en la cápsula del arma.

—¡Naves y novas, naves y novas! ¡Por la cola de la nebulosa del Caballo Negro! ¡Lo consiguieron! ¡Esos sencillos, cascados, nduguzuri amantes de la paz lo consiguieron! ¡Destruir una nave de guerra con un solo disparo de esa antigualla! — sacudió la cabeza—. ¡Quizá no salgamos de ésta, pero por mitume, por los profetas, que esos lagartos sabrán que han estado en un combate!

Wolf devolvió el mercader a la realidad. No es que su mente la hubiese abandonado nunca realmente, pero su espíritu sí... momentáneamente. De todas formas, había sido refrescante.

—Están comenzando a acercarse de nuevo, señor. Más lentos que antes. Mucho más lentos. Pero nosotros corremos con todo lo que tenemos y ellos continúan acortando distancias.

Atha hizo un gesto de asentimiento.

—La pantalla quizá no lo muestre todavía, pero está aquí en los lectores. A esta velocidad, quizá dispongamos de tres... no, cuatro horas, antes de que estemos dentro del alcance de los rayos paralizadores.

—¡Je! Eso es el final entonces. ¿Pepongapi? ¿Cuántos demonios malignos?

Se sentó. Una vez que llegasen tan cerca, convertirían en momias a todo el personal a bordo y después divertirían sus mentes a placer. Los métodos variarían, pero serían sin duda únicos en su horror. No podía permitirse que eso sucediera. Tan pronto como los AAnn llegasen tan cerca, él se encargaría de que todos tomasen una dosis mortal de cualquier cosa del botiquín para asegurar que un interrogatorio sería imposible. O quizá el láser sería mejor. Reducidos a cenizas, los técnicos AAnn, por buenos que fuesen, no podrían reconstruirlas. Sí, ésa era la mejor elección. Después de terminar con los demás, se aseguraría de no errar con su cerebro. Tendría solamente un disparo. «¡Ve buscando un espejo, Maxim!».

¡Si hubiese alguna forma de reunir la suficiente velocidad para escapar de la zona de detección! Incluso aunque sólo fuese por unos cuantos micro-segundos, sería suficiente. El espacio era amplio. Si se le daba aquel precioso intervalo, el Glory podría fácilmente desprenderse de sus perseguidores. Inconscientemente, puso su mano sobre la de Atha.

—¡Tiene que haber alguna forma de recoger otro medio múltiple!

No advirtió la forma en que su mano temblaba cuando la cubrió con la suya, ni cómo ella miró hacia abajo. La retiró bruscamente, sin darse cuenta del efecto que tenía sobre su copiloto. La mano se unió a la otra revolviendo el cabello de su propietario.

Flinx estaba también considerando el problema a su manera. Conocía poco sobre la navegación interestelar, y menos aún sobre unidades doble-ka, pero Malaika había olvidado más de lo que él quizá llegase a saber... No podía igualar el conocimiento del mercader, pero intentaba recordar por él. Las ligazones en la mente del mercader se ramificaban en un millón de formas. Pacientemente siguió el rastro primero de una, después de otra, trayendo a la superficie estudios y aplicaciones largo tiempo

olvidados, donde el sistema de Malaika pudiese recogerlos, examinarlos y rechazarlos. En cierta forma, era como usar el sistema de reintegración de la Biblioteca Real. Continuó con una constancia que ni él mismo sabía que poseía, hasta que...

—¡Pero *akili*! ¡Sentido común...!

Se detuvo y sus ojos se dilataron tanto, que por un momento Atha se sintió verdaderamente alarmada.

—¡Atha!

Ella no pudo evitar dar un pequeño salto ante el grito.

Lo tenía. De alguna forma la idea había ascendido desde un lugar oculto en lo profundo de su mente, donde había estado durante años intocada.

—Mirad, cuando se llegó hasta el Blight por primera vez, algunas naves investigadoras lo recorrieron, aunque parcialmente, con la idea de cartografiarlo, ¿entendido? La idea fue abandonada más adelante por poco práctica, esto quiere decir por cara, pero se conservó la información que originalmente había sido reunida. Eso es sólo lo apropiado. Comprueba en la memoria y averigua si hay alguna estrella de neutrones en nuestra proximidad.

—¿Cómo?

—Una idea excelente, capitán —dijo Wolf—. Creo... Sí hay una posibilidad, aunque superficial y difícil, de que seamos capaces de atraerlos detrás de nosotros. Mucho más divertido que un simple suicidio.

—Eso sería así, Wolf, excepto por una cosa. No estoy pensando ni siquiera en un suicidio complicado. Mwalizuri, habla con esa máquina y averigua lo que dice.

Ella taladró la información requerida, incierta pero competentemente. La omni-inclusiva máquina sólo necesitó un momento para señalar una larga lista de respuestas.

—¡Oh, sí! Hay una, capitán. A nuestra actual velocidad de viaje, a unos setenta y dos minutos de navegación desde nuestra posición actual. Las coordenadas están anotadas y, en este caso, están registradas como seguras, nueve punto... nueve punto siete.

—Comienza a taladrarlas. —Dio la vuelta y se inclinó sobre el micrófono—. Atención todo el mundo. Ahora que nuestros dos entusiastas de la paz y la tranquilidad han pacificado efectivamente a la mitad de nuestros perseguidores, he sido estimulado lo suficiente como para tener una idea igualmente loca. Lo que voy a..., lo que vamos a intentar es posible en teoría. No sé si se ha hecho antes o no. Ningún intento fracasado podía haber sido dado a conocer. Siento que debemos correr el riesgo. Cualquier alternativa es preferible a una muerte cierta. Por otra parte, nuestra captura es una certeza.

Truzenzuzex se inclinó dentro de su arnés y habló por el micrófono:

—¿Puedo preguntar lo que vais... vamos a intentar hacer?

—Sí —dijo Wolf—. Debo admitir que yo también siento curiosidad, capitán.

—Nos dirigimos hacia una estrella de neutrones en este sector, para la que tenemos coordenadas precisas. A nuestra velocidad actual, deberíamos rozar su pozo de gravedad en la tangente necesaria dentro de unos setenta... sesenta y seis minutos desde ahora. Atha, Wolf, el computador y yo mismo vamos a trabajar como demonios en los próximos minutos para fijar ese rumbo. Si podemos golpear ese campo en un punto determinado a nuestra velocidad, espero que el tremendo tirón de la estrella nos arroje a una velocidad suficiente para escapar del radio de los campos detectores AAnn. Difícilmente pueden estar esperando algo así, e incluso si se lo imaginasen, no creo que nuestro amigo el barón considerase que valía la pena hacer un esfuerzo similar. Casi me gustaría que lo hiciese. Tendría mucho que perder. En este momento nosotros tenemos muy poco. De todas formas, sólo los humanos somos lo bastante locos como para intentar una hazaña como ésta.

—Sí, apoyo la moción. De acuerdo —dijo Truzenzuzex—. Si me encontrase en posición de vetar esta idiotez, os aseguro que lo haría. Sin embargo, como no lo estoy... probemos, capitán.

—Condenado con una débil alabanza, ¿eh, filósofo? Hay otras posibilidades; si no actuamos, perderemos nuestro punto de impacto y quedaremos a la vista, en cuyo caso seremos capturados y escudriñados, o bien entraremos demasiado profundamente y seremos atrapados en el pozo de la estrella, absorbidos hacia dentro y destrozados en fragmentos muy diminutos. Como capitán, tengo poder para tomar esta decisión por decreto; pero esto no es un crucero completamente normal, así que lo someto a votación. ¿Objeciones?

La única cosa que salió del comunicador fue un ligero bufido, sin duda atribuible a Sissiph, que había cedido a la curiosidad y conectado su unidad. No podía ser considerado como una objeción.

—Entonces, lo intentaremos. Sugiero firmemente que paséis algún tiempo comprobando vuestros arneses y extendiéndooos tan cómodamente como os sea posible. Suponiendo que golpeemos el campo de la estrella en la tangente precisa, estoy casi seguro de que el Glory puede soportar las fuerzas provocadas. Si no puede, no importará, porque nuestros cuerpos habrán desaparecido mucho antes de que lo haga la nave. No importa. No tengo idea de lo que podemos esperar fisiológicamente. Así que preparar vuestros cuerpos y espíritus lo mejor posible, porque dentro de sesenta... —se detuvo para mirar el cronómetro— y seis minutos, todo habrá terminado de una u otra forma.

Cortó el micrófono y comenzó furiosamente a alimentar un computador auxiliar con instrucciones y preguntas.

Si algo serviría de consuelo, pensaba Flinx, era que no habría un horroroso crecimiento de la gravedad dentro de la nave. O fallarían o triunfarían a una tal velocidad que todo terminaría en un instante..., como Malaika había dicho, de una u otra forma. No se preocupó de imaginar lo que sucedería si fallaba su punto de contacto y se hundían demasiado cerca de la estrella. Hundirse en el pozo. No era

divertido. Se vio a sí mismo y a Pip en un aplastado puré, como papel, y eso tampoco parecía divertido.

El cronómetro, sin hacer caso de las simples preocupaciones humanas, continuó girando. Quedaban sesenta minutos... cuarenta... veinte... diez... cinco... tres... dos...

Y de repente, de forma increíble, quedaban sólo sesenta segundos para el juicio. Antes de que hubiese tiempo de cavilar sobre este hecho asombroso, hubo una ligera vibración. Un silencioso alarido, procedente de los más lejanos abismos del tiempo, fluyó sobre la nave como gelatina. Colgaba del borde de un desfiladero de nada que intentaba desesperadamente engullirla. Se negaba a ser ingerida. ¡Se negaba! Un alfiler entre otros alfileres dentro de un cuenco de leche, mientras en alguna parte un millón de uñas escarbaba, rascando exquisitamente sobre mil encerados que aullaban histéricamente: rrrreeeeeeee...

CAPÍTULO XII

A BORDO del destructor *Arr*, el oficial jefe de navegación parpadeó ante la pantalla de detección; después se volvió hacia donde el barón se sentaba en su sillón de mando.

—Señor, la nave humanx ha desaparecido de mi pantalla. Además, nos aproximamos rápidamente a una estrella de neutrones de considerable potencial gravitónico. ¿Ordenes?

El barón Riidi WW era famoso por su persistencia. La idea de una presa atrapada que se le escapaba le resultaba muy poco atrayente. Sin embargo, tampoco era un loco. Cerró los ojos fatigosamente.

—Cambia el rumbo treinta grados, perpendicularmente a nuestro plano actual. Velocidad normal de crucero.

Miró entonces con los ojos abiertos a la pantalla de combate. Allí, en algún lugar, estaba un punto blanco. Allí también un invisible pozo sin fondo, de inimaginable energía, enmascaraba una retirada imposible o un suicidio rápido. Una intuición de las intenciones del humano se filtró a través de sus células. No se sintió en absoluto inclinado a intentar duplicar el suceso. En muchos meses no conocería si el idiota estaba vivo o muerto..., y eso era lo más irritante de todo.

Flexionó sus largos dedos, contemplando las brillantes garras pulidas, cuya longitud estaba recortada apropiadamente para un alto miembro de la aristocracia. Gemas-coloide brillaban como la lava sobre dos de ellas. Las cerró sobre su pecho y empujó hacia afuera. Aquellos de los tripulantes más familiares con las acciones de la nobleza reconocieron el gesto. Indicaba Concepto de Poder Impráctico. Bajo las circunstancias, constituía un saludo a su desaparecido enemigo.

—Fija el rumbo de regreso a Base Pregglin y envía a nuestro amigo industrial el siguiente mensaje. No, no deseo un enlace interestelar. Simplemente: «Interceptación de la nave anunciada e identificación positiva audiovisual. Repito, positiva. Perseguida hasta el punto... (contramaestre, dame nuestras coordenadas actuales) donde el contacto fue irrecuperablemente perdido, debido a... —sonrió débilmente— un inesperado giro de velocidad por parte de la nave perseguida. En acción hostil contra la misma, se perdió el destructor *Unn* con toda su tripulación». Comunicador, añade esta nota y envíala a mi código personal: «Señor, vuestra petición ha resultado extremadamente cara. Contrariamente a vuestras indicaciones, no encontramos, según nos habíais inducido a pensar, un aterrorizado cargamento de prestamistas asustados. Como resultado de vuestra chapucería, me encuentro ahora en la incómoda posición de tener que rendir cuentas del tiempo pasado fuera de la base a mi buen amigo, Lord Kaath, C. La fuerza de su amistad será ahora puesta a prueba de forma considerable.

Igual que vuestra habilidad para repartir sobornos juiciosamente. Espero, en beneficio de los dos, que esto último será suficiente. Explicar la pérdida del *Unn* será todavía más difícil. Si las verdaderas circunstancias concernientes a esta idiotez fuesen conocidas, sería más que suficiente para condenarnos a muerte a los dos en el grado nueve de tortura a manos de los maestros. Haced el favor de recordar esto». Firma: «Vuestro afectísimo, Riidi WW, barón, etc., etc.». Y dame algo de beber.

CAPÍTULO XIII

CORRÍA el otoño. Madre Mastín había cerrado la tienda, tras preparar y empaquetar el almuerzo, y se dirigía con él a los Jardines Reales. Era un día sin nubes; ésa era la razón. Literalmente sin nubes. En Moth esto no constituía una excepción agradable, sino un acontecimiento. Podía acordarse de estar continuamente contemplando el cielo extrañamente coloreado. Era azul, muy diferente del gris claro normal. Hería sus ojos. Los pensamientos de los animales, los pájaros, resultaban extraños y aturdidos, y los pregoneros se sentaban indiferentemente en sus casetas respectivas, maldiciendo al sol en voz baja. Les estaba robando toda su clientela. Había un cielo más suave, y cualquier clase de suavidad era rara en Drallar. Por tanto, todo el mundo se concedió un día libre, incluido el rey.

Los Jardines Reales ocupaban un lugar grande y amplio. Habían sido creados originalmente por los constructores de los primeros jardines botánicos para utilizar el espacio sobrante de aquellas grandes construcciones. Por algún monstruoso error burocrático, había sido abierto al público en general, y desde entonces permanecía así. Los grandes troncos resplandecientes de los famosos árboles de la madera de hierro se disparaban derechos y orgullosos hasta alturas increíbles sobre las cabezas infantiles. Parecían mucho más estables que la propia ciudad.

Los árboles de hierro estaban mudando de follaje. Cada dos semanas, los jardineros reales venían y reunían todas las hojas y ramas caídas. La madera de hierro era rara, incluso en Moth, y hasta los fragmentos resultaban demasiado valiosos para barrerlos. Los guardias, con sus uniformes verde-limón, vagabundeaban perezosamente por el parque, más para proteger a los árboles que a las personas.

Los niños jugaban en las maravillosas barras y laberintos que un rey anterior erigió. Pensó que si el pueblo se había apoderado del parque, bien podía disfrutarlo lo más posible. Los reyes de Drallar fueron avariciosos, sí, pero no de forma excepcional.

Flinx se había sentido demasiado tímido para reunirse con las sombras rientes y saltarinas de los aparatos de diversión. Y ellos, todos, habían tenido miedo de Pip, ¡los tontos! Pero había una niña... todo rizados y ojos azules. Ella había revoloteado a su alrededor vacilantemente, intentando con fuerza parecer desinteresada, aunque sin éxito. Sus pensamientos eran agradables. Para variar, se sentía fascinada por Pip, en lugar de sentir repulsión.

Habían estado a punto de presentarse el uno al otro en la forma sencilla, pero muy correcta, que los adultos olvidan tan pronto, cuando una enorme hoja cayendo inadvertidamente le había golpeado fuertemente entre los ojos. Las hojas del árbol de hierro son pesadas, pero no tanto como para producir heridas, ni siquiera a un niño

pequeño. Solamente vergüenza. Ella comenzó a reírse incontrolablemente. Furioso, se marchó a grandes zancadas, con las orejas encendidas por el calor de su risa y la mente helada con la imagen que ella tenía de él. Por un momento había tenido la tentación de lanzar a Pip sobre ella. Ése era uno de los impulsos que desde muy pronto aprendió a controlar cuando las habilidades de la serpiente habían sido demostradas cristalina y sangrientamente sobre un persistente torturador, un perro mestizo callejero.

Todavía cuando se alejaba más y más, los sonidos de la risa de la niña le siguieron como un fantasma. Mientras paseaba, lanzó unos golpes crueles y poco afectivos contra las hojas color de orín que flotaban despreocupadamente a su alrededor. Y a veces ni siquiera las tocó cuando caían rotas al suelo.

CAPÍTULO XIV

El cielo ya no era azul, ni gris claro, sino verde pastel.

Dejó de manotear y miró a su alrededor moviendo únicamente los ojos. Pip detuvo el batir de sus alas plegadas contra la cara de su dueño y voló a enroscarse cómodamente sobre el barrote más próximo, satisfecha con la reacción que había conseguido. La robusta constitución del minidrag parecía haber sufrido pocos efectos nocivos. Flinx todavía no sabía si maldecirla o darle un beso.

Intentó sentarse, pero cayó hacia atrás, exhausto por el breve esfuerzo. Aunque era extraño, los huesos no le molestaban en absoluto. ¡Pero los músculos! También los tendones y los ligamentos, toda la red conectiva que mantenía junto al armazón. Se sentía como si hubiesen sido atados extremo con extremo, extendidos, enrollados para formar una bola y revueltos dentro de uno de los guisos menos apetitosos de Madre Mastín.

Fue una prueba, pero por fin consiguió sentarse.

Los acontecimientos de (¿cuánto tiempo había estado fuera...?) volvieron a él, mientras se frotaba para devolver la circulación a sus entumecidas piernas. Tan pronto como se sintió de nuevo razonablemente humanoide, se inclinó y habló por el micrófono. Pronunció lenta y claramente para asegurarse de ser entendido, en caso de que los demás estuviesen en peor forma que él.

—¿Capitán? ¿Capitán? ¿Control? ¿Hay alguien ahí arriba?

Podía sentir las mentes de todos los demás, pero no su estado, puesto que la suya estaba demasiado atontada todavía para concentrarse.

—¡Rahisi, kijana! Tómalo con calma. Me alegra saber que tú también estás de vuelta.

La voz del mercader era una familiar y sana explosión, pero Flinx podía leer en su mente la fatiga. En un minuto su imagen relampagueó en la pequeña pantalla. Una línea o dos más se habían añadido al duro rostro; la barba tenía unas cuantas hebras blancas; pero por lo demás la arrugada cara no había cambiado. Y aunque su cuerpo y su mente parecían cambiados por las tensiones que habían tenido que soportar, la cara reflejaba los viejos entusiasmos.

—Wolf y yo hemos estado aquí arriba, aunque no presentes por *moyo uzito*, ¡vaya experiencia! Parece que nuestro amigo el filósofo de cabeza dura, que lleva los huesos al revés, lo soportó mejor que nosotros. Ha estado aquí arriba frotándonos a nosotros pobres blanduchos hasta que hemos vuelto a la conciencia.

La voz del insecto llegó por encima del altavoz desde algún sitio fuera de la cámara, pero Flinx podía localizar al thranx por la fuerza de sus pensamientos, que en verdad estaban mejor organizados que los de sus compañeros.

—Si el resto de vuestro cuerpo fuese tan duro como vuestra cabeza, capitán, vos por lo menos no necesitaríais mi ayuda.

—Bien, kijana. Tse-Mallory ha sido el primero de nosotros pobres humanos en levantarse, y creo que el querido chinche está ahora mismo reanimando a Atha... ¡Bendito sea su resistente moyo! Íbamos a enviarle a verte a ti el siguiente, Flinx, pero veo que no es necesario.

—¿Hemos...?

Pero Malaika pareció no oír y Flinx estaba demasiado cansado para sondear.

—Mwanamume y mtoto, ¡vaya un piojoso viaje! Lo siento, *bwana* Truzenzuzex. No pretendía ofenderos. Es un viejo dicho terráqueo que quiere decir más o menos «pasar un infierno». Solamente sé que es apropiado en nuestra situación actual. Quizá esté diseñado para invocar a un Mungo amistoso. ¡Metamorfosis! Flinx, muchacho mío, kijana mío, mtoto mío, hemos rebasado esa estrella tan rápidamente, después de golpear el campo, que nuestro computador de transversión no pudo resistirlo. El mecanismo no estaba construido para programar una velocidad de ese tipo, y no me gustaría decirte dónde está el límite máximo ¡Si hubiese alguna forma de que este tipo de instrumento pudiese hacerse en una base comercial!

Parpadeó y cautelosamente se llevó una mano a la parte de atrás del cuello.

—Sin embargo, debo admitir que en el momento presente parece haber algunos inconvenientes en el sistema. Hubiese dado algo por ver la cara de nuestro amigo el barón cuando desaparecimos de sus pantallas. Sin avisar, además. Me pregunto si... Pero desembarázate de esa red, kijana, y ven aquí. Tengo una pequeña sorpresa para ti, y es todavía mejor visible desde aquí adelante.

Flinx pudo percibir que el tono comenzaba a volver a sus músculos. Deshizo el resto del arnés y se deslizó lentamente de la cama. Hubo un torpe momento en que tuvo que agarrarse a la pared para sostenerse, balanceándose sobre piernas temblorosas. Pero ahora las cosas comenzaron a normalizarse por sí mismas rápidamente. Paseó unas cuantas veces por la habitación experimentalmente, y después se dirigió hacia Control, con Pip cómodamente enroscado sobre su hombro izquierdo.

Malaika se volvió un poco en su asiento cuando Flinx apareció sobre el puente.

—¿Bien? ¿Cuál es la sorpresa?

Flinx observó que Truzenzuzex había desaparecido, pero pudo percibir la presencia del insecto en alguna otra parte de la nave.

Aparentemente, Malaika se fijó en su mirada investigadora. O posiblemente se estaba volviendo sensitiva. Tendría que tener cuidado cuando estuviese cerca del enorme mercader.

—Ha ido a intentar ayudar a Sissiph. Decidió ser la última en volver.

Eso era sin duda verdad. Podía ver claramente a Atha y Wolf ocupados en sus instrumentos.

—Kijana, ese gran patadón en... ese empujón que conseguimos nos lanzó muy

por delante de cualquier programa anunciado... sobre nuestro rumbo previsto. Lo planeé así cuando fijábamos las coordenadas de intersección. No vale la pena malgastar un roce con la muerte, si puede ser utilizado también en nuestro provecho..., aunque honradamente no pensé que el campo del Glory pudiese mantenerse constante de tal forma. Sin embargo lo hizo, y aquí estamos.

—¿Qué es aquí? —preguntó Flinx.

Malaika dijo orgullosamente:

—¡A no más de noventa minutos de nuestro destino! —se volvió hacia su escritorio murmurando—: Si hubiese alguna forma de hacerlo comercialmente fac...

Flinx reunió lo que sabía acerca de lo lejos que habían llegado cuando habían sido interceptados por las naves AAnn y lo que les quedaba por recorrer en aquel momento. El resultado que encontró fue una aceleración tal, que no sintió el menor deseo de insistir sobre ello.

—Por supuesto, es magnífico, señor. Sin embargo, también sería de desear que...

—¡Hum! ¿Qué?

—Que cuando llegemos adonde vamos, encontremos algo por lo que haya valido la pena ir allí.

—Tus semánticas están algo embarulladas, kijana, pero apruebo el sentimiento. *Mbali kodogo*, un poco tarde quizá, pero indudablemente lo apruebo.

CAPÍTULO XV

EL planeta era una belleza. Hubiese sido ideal para una colonización si no fuese por la infortunada esterilidad del área continental. Pero incluso el hecho de que el 99 por 100 de la tierra se concentrase en un gran continente, no tenía por qué hacer prohibitiva su explotación. Los océanos también podían ser cultivados y prospeccionados. Se hacía en colonias como Dis y Repler. Y los de Booster —así habían bautizado al planeta— eran lo suficientemente verdes como para sugerir que bullían abundantemente con la base-matriz necesaria para sostener una cultura marina del tipo humanx. Afortunadamente, la reacción clorofílica había probado ser la norma en la mayoría de los planetas del tipo humanx encontrados hasta allí.

Por contraste, el único continente parecía extrañamente seco. Especialmente descorazonador para Truzenzuzex, puesto que los thranx preferían climas húmedos y tropicales. Confirmaba esta opinión repitiéndola todas las veces que pudo.

Por lo que eran capaces de determinar desde su órbita, todo resultaba exacto a como había sido descrito en el mapa estelar. La composición atmosférica, con su poco usual proporción de helio libre y otros gases raros, la proporción de UV (ext. superf./millas cuadradas/ki.), temperaturas bajas y extremas, etc. Sólo había un hecho que su observador no notó.

Tan aproximadamente como sus sondas podían estimar, no había ningún lugar sobre la superficie de Booster donde el viento no soprase a menos de 70 kilómetros por hora. En algunos puntos sobre los océanos, especialmente cerca del ecuador, era asombrosamente consistente, pero no parecía descender por debajo de aquel mínimo aproximado. En aquel momento, un gigantesco sistema tormentoso se hacía visible en la porción sudoriental del planeta. El computador meteorológico calculó que los vientos cerca de su centro se trasladaban a más de 780 kilómetros por hora.

—¡Imposible! —dijo Malaika cuando vio la señal inicial—. ¡*Mchawi Mchanganyiko!*

—Sí —dijo Truzenzuzex—. Vayamos a volar una cometa.

El científico se regodeaba con la sibilante risa de los thranx.

Malaika se sintió tan confundido por la risa como por la referencia.

—¿Traducción, por favor?

—Quiere decir —intervino Tse-Mallory, por encima de la risa del insecto— que es más que posible.

Miraba completamente absorto a la esfera girando por debajo de ellos. El extraño tinte plateado-dorado de la atmósfera había despertado interés en su mente.

—Y quizá haya lugares sobre el continente, por ejemplo, donde cañones y similares canalizarán velocidades incluso más altas.

El mercader inhaló profundamente, expulsó el aire de un golpe y acarició la pequeña imagen de madera que colgaba omnipresente de su cuello.

—¿*Namna ganí mahaili*? ¿Qué clase de lugar es éste? No me extraña que no haya nada más que un pequeño continente y unas cuantas visiwabovu. Unos vientos así destruirán los lugares elevados como si fueran de paja —sacudió la cabeza—. No puedo adivinar por qué los Tar-Aiym escogieron un sitio como éste para desarrollar el instrumento que buscaban.

—Hay mucho que no sabemos sobre los Tar-Aiym y sus razones —dijo Tse-Mallory—. Mucho más que lo que sabemos. Desde su punto de vista, quizá era el lugar perfecto. Quizá sentían que su misma falta de atractivo no alentaría las inspecciones de sus enemigos. Y no tenemos evidencia definitiva de lo que ellos consideraban un clima hospitalario. Recordad que ni siquiera conocemos con seguridad su aspecto. Oh, tenemos una vaga idea de los aspectos básicos. La cabeza aquí, los principales miembros manipulativos allá, y así todo. Pero por todo lo que sabemos realmente, podrían incluso haber sido semiporosos. Un delicioso huracán de 300 kilómetros por hora podría haber sido un baño refrescante para ellos, en cuyo caso sería de esperar que el Krang fuese una especie de accesorio de balneario.

—¡Por favor! —dijo Malaika—, nada de obscenidades. Si eso fuera verdad, ¿por qué no hemos encontrado vientos como éste en ninguno de los otros planetas donde sabemos que vivieron los Tar-Aiym?

Tse-Mallory se encogió de hombros, aburrido con el giro que tomaba la conversación.

—Quizá el tiempo desde entonces haya cambiado. Quizá ellos lo cambiaron. Quizá no tenga razón. Quizá estoy loco. De hecho, hay momentos en que mis sospechas sobre esto último se aproximan bastante a la certeza.

—Ya lo he advertido —dijo Truzenzuzex, incapaz de resistirse.

—¡Ah! Si conociese todas las respuestas —dijo el sociólogo—, sería Dios. En cuyo caso, muy ciertamente saldría de esta nave ahora mismo y no estaría enjaulado con el resto de vosotros, ¡cajas mentales!

Volvió a mirar la pantalla, pero Flinx podía leer el humor en su mente.

—Capitán —interrumpió el tranquilo tono de Wolf—, las lecturas preliminares de los sondeos de investigación geológica indican que el continente tiene una base basáltica, pero que la superficie está compuesta primordialmente de rocas sedimentarias, fuertemente calcinadas y con una elevada proporción de caliza.

—¡Hum! Cifras. Eso también explicaría por qué el viento pudo derribar las montañas tan rápidamente. En otro millón de años, a menos que se produzca un levantamiento del lecho oceánico, no habrá probablemente ni una parcela de tierra sobresaliendo sobre las aguas en este planeta. Afortunadamente, no tengo que preocuparme por eso. —Se alejó de la pantalla—. Atha, ve a preparar el transbordador. Y disponte a llevarnos abajo. No parece que tengamos necesidad de trajes espaciales gracias a Mungo, pero asegúrate bien de que el vehículo reptador

está en buenas condiciones de funcionamiento. Y mira a ver si puedes inventar algo para usarlo como protección ocular contra este viento infernal, de forma que no tengamos que usar los cascos del traje.

Se encaminó hacia la salida, pero él la detuvo en la puerta con un rostro pensativo.

—Asegúrate de que tengamos cuerda en abundancia. He estado en planetas donde la lluvia llegaba a la piel a través del traje, si la flora no lo hacía antes que la fauna. Pero éste es el primero en mi vida en que mi principal preocupación será la de no ser arrastrado por el viento.

—Sí, capitán.

Ella los dejó, cruzándose al salir con la recién llegada Sissiph. Las dos se habían recobrado lo suficiente como para mirarse la una a la otra significativamente por un momento, pero no dijeron nada, conscientes de que los ojos de Malaika estaban fijos en ellas.

—No creo que tengamos mucho problema en localizar ese artefacto, gentiles señores, suponiendo que en verdad exista. No parece haber ningún cañón ni otras zonas escabrosas donde pudiese estar oculto, y puesto que vuestro amigo lo halló sin aparente dificultad, no veo ninguna razón para que nosotros, con instrumentos más sofisticados, no podamos hacer lo mismo. Sí, deberíamos encontrarlo en seguida, pronto. Afaenu, gentiles señores. ¡A vuestra salud!

Dio una palmada con aquellas gigantescas manos juntas, y el sonido que se produjo en el cerrado recinto fue ensordecedor.

—Parece un niño pequeño esperando recibir un juguete nuevo —susurró Tse-Mallory a Truzenzuzex.

—Sí. Esperemos verdaderamente que sea de una naturaleza estética, y no mortífera.

El transbordador tenía su propio hangar esférico en la gran sección de la bodega de carga. Sissiph, declarando su ignorancia respecto a cómo maniobrar con los movedizos pasamanos, tuvo que ser ayudada a descender. Pero la forma en que se apretaba contra un solícito Malaika sugería otros motivos, distintos a la incompetencia. La poderosa y pequeña nave estaba completamente equipada para salir al espacio, aunque era más estrecha y menos espaciosa que el Glory, siendo empujada por cohetes de avanzado diseño y en vuelos atmosféricos suborbitales por arietes de propulsión. Por estar destinada a simples vuelos espacio-tierra, tierra-espacio, tenía un radio de navegación limitado. Afortunadamente, disponían sólo de un área limitada donde buscar. Conducida desde el Glory, podía haber sido más placentera; pero Malaika no iba a reprimirse durante más tiempo del necesario, a pesar de los inconvenientes inevitables. Quería bajar.

El hecho de que no necesitasen los trajes espaciales, flexibles pero todavía incómodos, sería de gran ayuda. Atha los había equipado a todos con anteojeras, cuyo propósito original era proteger al que las llevaba contra las fuertes radiaciones UV.

Aunque oscuras, servirían igualmente para conservar el polvo y las partículas en suspensión en el aire fuera de los ojos. Para Truzenzuzex había improvisado un par con unas cajas vacías de polímero.

En una esquina, Sissiph, de mal humor, discutía con Malaika ahora que la diversión de su viaje escoltado por el pasamanos móvil había terminado.

—No quiero ir, Maxy. De verdad, no quiero.

—Pero lo harás, mi mwanakondoowivu, lo harás. Njoo, vamos, todos estaremos juntos. No creo que nuestros juguetones amigos AAnn nos encuentren. No veo cómo iban a poder hacerlo; pero sin embargo temo la posibilidad. En la eventualidad de ese divertido acontecimiento, quiero que todo el mundo esté en el mismo sitio. Y tampoco sé lo que vamos a encontrar ahí abajo. Nos dirigimos hacia las ruinas de una civilización muerta hace casi medio millón de años, más avanzada que la nuestra y totalmente despiadada. Quizá hayan dejado unos groseros saludos para visitantes retrasados. Así que todas las manos estarán cerca en caso de que sean necesarias. Incluso las tuyas, tan pequeñas y deliciosas.

Hizo chasquear un jugoso beso sobre la colección de digitales en cuestión. Ella retiró la mano y pateó con un pie (su forma favorita de protesta no vocal, aunque inefectiva en una gravedad cero).

—¡Pero Maxy...!

—¡Starhe! Nada de Maxy. Un último no, gatita mía.

Colocó una mano sobre su hombro y la hizo girar grave, pero firmemente, dándole un empujón en la dirección de la compuerta de personal del transbordador.

—Además, si te dejase a bordo, completamente sola, probablemente borrarías las cintas de navegación intentando pedir la cena al autochef. No, tú vienes con nosotros, ndegedogo, pajarillo. Además tu cabello parecerá precioso desplegándose en las tranquilas brisas.

Su cáustica voz llegó débilmente mientras entraban por la compuerta.

—¡Brisas! ¡Te oí hablar sobre hura...!

»¡Oh! —pensaba Flinx mientras forcejeaba con la pistola y el cinturón que Atha le había dado—, es posible que nuestro capitán no haya olvidado lo limpiamente que parecen habernos encontrado los AAnn. Quizá piensa que la querida, dulce, desamparada Sissiph no es por completo digna de confianza. Se concentró buscando dentro de la mente en cuestión una pista, una relación que pudiese confirmar la posible sospecha del mercader. Si algo había allí, estaba demasiado profundamente enterrado o bien escondido para que él no lo pudiese encontrar. Otras cosas se filtraban por los bordes de su sondeo que le hicieron enrojecer, aunque fuese un muchacho de Drallar de dieciséis años. Se retiró incómodo. Que Malaika conservase el peso en su mente.

Le interesaba más admirar su pistola. La culata estaba cubierta de incrustaciones y filigrana, mucho más elegante que las prácticas destructoras que había visto en las prohibidas y escondidas tiendas de armamento de Drallar. Sin duda era tan mortal

como aquéllas. Sabía lo que el modelo podía hacer y cómo manejarlo. Había disparado armas como ésta y otras similares en aquellas mismas tiendas con la cámara de carga vacía, mientras los dueños miraban con tolerancia e intercambiaban comentarios paternalistas con los clientes habituales.

Era hermosa. Compacta y eficiente, la pistola láser podía cocinar a un hombre a quinientos metros y un bistec a uno. Podía soldar sin necesidad de aleación la mayoría de los metales o quemar cualquier forma de barrera de plástico convencional. Después de todo, era una herramienta útil y versátil, además de un arma. Aunque no esperaba necesitarla allá abajo, y menos teniendo a Pip consigo, el peso alargado que le acariciaba la cadera le hacía sentirse cómodo.

Ante la insistencia de Malaika, todos habían sido dotados también de un equipo completo de salvamento. Incluso Sissiph, que se había quejado de que el desdeñable peso estropeaba su figura. Esto provocó un comentario de Atha muy poco halagador, que afortunadamente el lince no oyó. Podrían haber protagonizado otro cataclismo menor en la pequeña embarcación.

El cinturón estaba equipado y diseñado para su utilización en planetas que no variasen de la norma humanx más del diez por ciento. Además de llevar la pistola obligatoria, el cinturón contenía raciones concentradas y píldoras de energía, solución de sal y azúcar, unidades comunicadoras portátiles, una tienda para dos personas, impermeable (conservaba el calor del cuerpo y se plegaba en un paquete más pequeño que un puño), cargas para el comunicador y para la pistola, herramientas para orientarse, construir clavos o plantar maíz entre otras cosas. Había también un lector de minimicrofilmes, maravillosamente compacto, con unos cincuenta libros en un carrete. En la selección sobresalían los libros más importantes: Diccionario universal de comunicaciones verbales (abreviado en siete volúmenes) y la Biblia de la Iglesia Unida, el Libro sagrado de verdades universales y otras Anécdotas risueñas.

Si hubiese tenido todo su apartamento y todas sus pertenencias de Drallar, habría sido menos rico de lo que era con aquel único y maravilloso invento que rodeaba su cintura.

Los tremendos vientos y corrientes que fluían incesantemente alrededor del planeta deberían haber dificultado el descenso. Sin embargo, bajo las habilidosas maniobras de Atha fue casi tan suave como hubiese sido en el Glory. Los únicos momentos rudos llegaron cuando pasaron a través de secciones de la atmósfera impregnadas de oro y plata. Los estratos naturales de partículas metálicas en suspensión (había dos) parecieron a los dos científicos extraordinariamente densos, pero no peligrosamente, en tanto fuesen empujados por cohetes.

A diferencia de la lujosa embarcación que los había elevado de la superficie de Moth, este transbordador estaba equipado para llevar mercancías, más que personas, y por tanto no estaba provisto con tantas compuertas. A pesar de la pequeñez de las desparramadas secciones de aleación plástica, Flinx consiguió echar alguna ojeada a la tierra allá abajo. El único continente discurría desde el polo norte hasta un punto

justo por debajo del ecuador. Era en su mayor parte rojo-amarillento, con grandes manchas de verde oscuro aquí y allá. Pequeños ríos, débiles e insignificantes, en comparación con los azules de cobre del océano planetario, vagaban perezosamente entre las suaves colinas. Naturalmente, no había gargantas. Todas habrían desaparecido hacía milenios, bajo el castigador asalto de los infatigables vientos.

Se había sentido momentáneamente preocupado por Pip, que se negaba con firmeza a ser equipada con un diminuto par de improvisadas anteojeras. Una inspección cercana le reveló que el reptil estaba equipado con membranas nictitantes transparentes; que se deslizaban para proteger el ojo. Nunca las había advertido antes, probablemente porque nunca las había buscado. Se reprendió mentalmente a sí mismo por no haber comprendido que un animal arbóreo estaría lógicamente dotado con algún tipo de protección natural contra objetos llevados por el viento. Pero ninguno de los dos científicos había pensado tampoco en ello. En realidad, Pip era más un animal que se deslizaba que un animal volador. Si podía dominar los vientos allá abajo, estaría sin duda más a sus anchas en Booster que ninguno de ellos.

Un pequeño comunicador entre las cabinas les trajo la voz de Malaika desde Control. La diminuta cabina de los pilotos tenía espacio suficiente sólo para dos personas, y el gran mercader la abarrotaba inmisericordiosamente. Pero insistió en permanecer «encima de las cosas». Lo había descrito literalmente.

Hacía corto rato que navegaban con los arietes, cuando su excitado grito rompió el silencio de la cabina.

—¡Maisha, ahí está! Mirad por las compuertas a vuestra derecha.

Hubo una concertada carrera hacia aquel lado de la nave. Hasta Sissiph, picada su curiosidad natural, se unió al movimiento.

Todavía estaban altos, pero mientras planeaban, las ruinas de una ciudad bastante grande, incluso para estándares Tar-Aiym, aparecieron a la vista. Como acostumbraban, habían construido bien, pero en este planeta muy poco podía permanecer en su estado original durante mucho tiempo. Sin embargo, desde allí parecía tan bien preservada como cualquiera de las ciudades Tar-Aiym que Flinx había visto en las cintas. Mientras bajaban más, el extraño plano de la ciudad en crecientes concéntricos, que irradiaban de un punto determinado, se hizo tan claro como pequeñas olitas desde la orilla de un estanque.

Aun desde esta altura, lo que inmediatamente atrajo la atención de todo el mundo e hizo a Truzenzuzex murmurar una suave maldición de origen indefinible no fue la ciudad misma, sino el edificio que se erguía sobre el farallón por encima del punto central de la ciudad. Un edificio sin fachada, en forma de pirámide rectangular, truncada perpendicularmente en su cima. Ambos, el edificio y la base circular sobre la que se levantaba, eran de un uniforme blanco-amarillento monótono. La misma cima de la estructura parecía estar cubierta con una especie de material cristalino. A diferencia del resto de la ciudad, ofrecía un estado de perfecta conservación. Era también con mucho la estructura sencilla más alta que había visto nunca.

—Baba Giza —llegó la baja voz de Malaika por el altavoz. Pareció darse cuenta de que el micrófono estaba abierto—, ¡que todo el mundo se siente y se sujete con las correas! Vamos a aterrizar junto a la base de ese farallón. Rafiki Tse-Mallory, rafiki Truzenzuzex, exploraremos la ciudad entera viga a viga si lo deseáis, pero apostaríamí majicho a que vuestro Krang está en un edificio en la cima de una cierta colina.

«Nada como la reserva para aumentar la expectación», pensó Flinx.

Finalmente aterrizaron sobre la amplia extensión de terreno arenoso a la izquierda de la ciudad y del acantilado. Sabiamente, Atha había elegido los patines portátiles para aterrizar, en lugar de los equipos de ruedas, al no conocer la composición del terreno donde iban a posarse. No había por allí ninguna extensión de terreno liso y suave. Tuvieron una rápida visión de las ruinas de un monstruoso puerto espacial en la parte posterior del último creciente de la ciudad. Malaika había vetado el aterrizaje allí, deseando hacerlo tan cerca como fuese posible del propio zigurat. Sentía que cuanto menos tuviesen que recorrer sobre el terreno y cuanto más cerca permaneciesen de la propia nave, con más seguridad podrían vagabundear por la ciudad abandonada. Además, el gran puerto espacial había servido sin duda como base militar, y si algunos ingenios automáticos desagradables para saludar a los visitantes no autorizados todavía funcionaban, estarían seguramente concentrados allí. Por tanto, su aterrizaje fue un poco más rudo de lo que podría haber sido. Pero ya estaban abajo en una pieza y habían recibido otro beneficio en el que ninguno de ellos pensó. Hubiese sido evidente de haber reflexionado sobre ello.

El viento llegaba en una constante muralla por detrás del edificio y del farallón bajo el cual habían aterrizado. Aunque no en absoluto perpendicular, la escarpadura era lo suficientemente enhiesta como para suprimir una buena porción del perpetuo vendaval. Aquello significaría unas condiciones de trabajo más fáciles cerca del transbordador, además de eliminar el posible problema de tener que amarrar la nave. La rama de meteorología del computador registraba el viento en el exterior en sus momentos de descanso a unos cómodos cuarenta y cinco por hora. Decididamente era selvático.

—Atha, Wolf, ayudadme a sacar el reptador. Los demás comprobad vuestro equipo y aseguraos de que lleváis un par de anteojeras de repuesto cada uno —se volvió hacia Tse-Mallory—. Construyeron su ciudad detrás del mayor rompevientos que encontraron. Eso desmiente vuestra teoría del «acariciador baño de viento», ¿no?

—No os burléis de mis adivinanzas, capitán, o no haré ninguna más.

Claramente su mente y sus ojos estaban concentrados en otro lugar.

—¡Wolf!

—Aquí, capitán.

El esqueleto salió de la cabina delantera, con un aspecto todavía más raro que de costumbre, con el cinturón plateado y las anteojeras. La expresión de su rostro era extraña, aunque siempre resultaba extraordinaria.

—Capitán, hay una fuente de energía térmica activa en algún punto bajo la

ciudad.

—¿No nuclear? —preguntó Malaika.

Una planta de energía gravitónica era, por supuesto, imposible sobre cualquier cuerpo con un razonable campo de energía propio. Sin embargo, había algunos aspectos conocidos de la ciencia Tar-Aiyem que los investigadores humanx todavía no podían comenzar a explicarse.

—No, señor. Es definitivamente térmica. Y grande además, según los sensores, aunque fue una comprobación muy rápida.

Las cejas de Malaika subieron y bajaron.

—Interesante. ¿Os sugiere eso alguna «adivinanza», gentiles señores?

Tse-Mallory y Truzenzuzex se arrancaron a sí mismos de la extasiada contemplación del monolito que se alzaba sobre ellos y consideraron la pregunta.

—Sí, varias —comenzó el filósofo—. Entre ellas está la confirmación de un hecho del que de todas formas estábamos bastante seguros. Que éste es un planeta joven y se encuentra en un sistema GO bastante joven. Registrar el centro energético de un planeta es bastante difícil en los más jóvenes, lo que no es el caso. Pero cualquiera puede registrar. El problema consiste en conservarlo bajo el suficiente control para ser capaces de canalizarlo sin causar terremotos de extensión planetaria o volcanes bajo centros importantes de la Colmena. Nosotros mismos no somos todavía muy adeptos a eso. Y sólo en el sentido más limitado en que se puede afirmar.

—Sugiere —continuó Tse-Mallory— que necesitaban una endemoniada cantidad de energía para algo, ¿verdad? Ahora bien, ésta parece ser una ciudad Tar-Aiyem de buen tamaño, pero también la única en todo el planeta —miró a Malaika en busca de su confirmación, y el mercader asintió lentamente—. Así que, por mi mente, no puedo comprender para qué tenían que tomarse tantas molestias, cuando sus plantas cuasinucleares les habrían suministrado más de la energía suficiente para esta única ciudad, especialmente con toda el agua de que disponían.

—Capitán —dijo Truzenzuzex con impaciencia—, estaremos encantados de teorizar para vos a placer... más tarde. Pero ahora me gustaría que os encargaseis de sacar nuestro transporte de superficie de sus soportes. —Su cabeza giró hacia una compuerta, y los grandes ojos dorados miraron hacia fuera—. Tengo muy pocas dudas de que vuestras preguntas no contestadas, y esperemos que la mayoría de las nuestras, lo serán cuando lleguemos al interior de ese Twanveb encima de esa colina.

—Si podemos entrar —añadió Tse-Mallory—. Es sencillamente posible que los propietarios cerrasen cuando se marcharon y no hayan dejado ninguna llave detrás.

CAPÍTULO XVI

EL reptador era un vehículo bajo y cuadrado, que corría sobre unos rodamientos gemelos de duraluminio. Tenía también un «timón» esférico universal en su centro de gravedad para facilitar los giros. Atha había hecho unos cuantos cálculos de seguridad preliminares, obteniendo el resultado de que el vehículo permanecería relativamente estable en vientos de hasta ciento cincuenta kilómetros por hora, momento en que las cosas comenzarían a complicarse. En lo que a él se refería, Flinx no tenía deseos de comprobar prácticamente sus cálculos. Tampoco Malaika, aparentemente. Insistió en llenar todos los objetos vacíos en la máquina con objetos de peso. Si los vientos empeoraban de esa forma, todo los objetos que metiesen no servirían de nada. Pero por lo menos les serviría como apoyo psicológico.

No el menos importante de aquellos «objetos pesados» era un pesado rifle láser montado sobre un trípode.

—Solamente lo usaremos en caso —dijo el mercader— de que abrir la puerta presente mayores dificultades de lo previsto.

—Para ser un pacífico comerciante que viaja en su nave privada de carreras, parecéis haber almacenado todo un arsenal —murmuró Truzenzuzex.

—Filósofo, podría daros un largo y sensato alegato repleto de atractivas circunvoluciones semánticas, pero diré esto y nada más: estoy en un negocio altamente competitivo.

Lanzó una mirada desafiante al thranx.

—Como digáis.

Truzenzuzex se inclinó ligeramente.

Subieron a bordo del reptador colocado cerca de la escotilla de carga para minimizar la fuerza inicial del viento. En el gran crucero terrestre cabían todos cómodamente. Diseñado para transportar cargamentos pesados, hasta con los «objetos de peso» de Malaika, esparcidos por todas partes, había espacio en abundancia para moverse. En caso de aburrimiento, podía subirse por la escalera al compartimiento del conductor, con su cúpula de poliplexalloy y sus dos camas. Allí arriba había sitio suficiente para cuatro personas, pero Malaika, Wolf y los dos científicos lo ocuparon inmediatamente, y no se sentían inclinados a abandonarlo. Así que Flinx tuvo que contentarse con las diminutas escotillas del compartimiento principal si quería contemplar el exterior. Se encontraba sólo con dos mujeres en los silenciosos espacios. Éstas se sentaron en extremos opuestos de la cabina, lanzando de un lado a otro pensamientos asesinos. Hubiese sido difícil imaginar una atmósfera menos simpática. Por mucho que lo intentase, estaban empezando a darle dolor de cabeza. Prefería encontrarse arriba.

Estaban subiendo por la falda del farallón, zigzagueando cuando la pendiente era demasiado fuerte incluso para que los poderosos rodamientos de espigas las remontasen. Su progreso era lento, pero constante; la máquina, después de todo, había sido diseñada para ir del punto A al punto B; no para correr contra reloj. Hacía su cometido eficazmente.

Como se suponía, el terreno era blando y desmenuzado. Sin embargo, había más roca que arena. Los rodamientos se hundían profundamente y el motor gruñía. El terreno entorpecía algo su avance, pero les procuraba una excelente tracción contra los embates del viento, aunque a Flinx no le hubiese gustado tener que hacer frente a un verdadero huracán dentro de aquel lento artilugio.

Por fin coronaron la última elevación. Mirando hacia atrás en la distancia, Tse-Mallory podía adivinar las desmoronadas torres y agujas de la ciudad, oscurecidas por el eterno viento y por el polvo. Era más difícil ver aquí arriba. Gravilla, polvo y trocitos de madera procedentes de las robustas plantas aplastadas contra el suelo comenzaron a golpear la parte delantera de la cúpula. Por primera vez el aullido del viento se hizo otra vez audible a través del grueso parabrisas, sonando como un tejido desgarrándose en una habitación vacía.

Wolf miró el anemómetro.

—Ciento quince con cincuenta y dos kilómetros por hora, señor.

—Hubiese deseado algo mejor, pero podría ser peor. Mucho peor. Nadie va a dar paseos largos. ¡*Upepokuu!* En un vendaval nos las podemos arreglar. Un huracán sería desastroso.

Según avanzaban hacia delante desde el borde del farallón, el aire comenzó a aclararse lo suficiente para poder captar una imagen de su objetivo. No es que pudiesen perderlo. No había nada más a la vista, excepto una mata ocasional de algo que tenía el aspecto de algas secas. Siguieron rodando, amainando el viento según avanzaban al socaire del edificio. Tres pares de ojos miraban hacia atrás, atrás, atrás..., hasta que se hizo evidente que sería mucho más sencillo tumbarse y mirar hacia arriba. Únicamente Wolf, con los ojos fijos sobre el tablero de instrumentos del macizo vehículo, no sucumbió al atractivo del monolito.

Descollaba sobre ellos, desapareciendo en el cielo entre remolinos de polvo y nubes bajas, sin salientes ni ventanas.

—¿Qué *huyukubwa*? —consiguió susurrar Malaika finalmente.

—¿Lo grande que pueda ser? No podría decirlo —contestó Tse-Mallory—. ¡Tru! Entre todos nosotros, eres el que tienes una visión más aguda.

El filósofo estuvo callado durante un largo momento.

—¿En términos humanos?

Bajó sus ojos para mirarlos. Si hubiese podido guiñar un ojo, lo hubiera hecho; pero los párpados de los *thranx* sólo reaccionaban en presencia de agua o de una fuerte luz solar; por tanto, no podía. Sus improvisadas anteojeras prestaban a su rostro un aspecto desequilibrado.

—Bien, alrededor de un kilómetro de base a cada lado. Recordaréis que desde el aire parecía un cuadrado perfecto. Quizá... —Lanzó otra breve mirada hacia arriba— tres kilómetros de altura.

Los saltos y ligeras sacudidas que habían estado experimentando desaparecieron abruptamente. Se movían dentro del liso círculo blanco-amarillento sobre el que se centraba la estructura.

Malaika miró la sustancia que estaban atravesando; después volvió la vista hacia el edificio. El pesado reptador no dejaba huellas sobre la sólida superficie.

—¿De qué creéis que está hecho esto, de todas formas?

Tse-Mallory se le unió en la investigación ocular del llano terreno.

—No lo sé. Cuando lo vi desde el aire, mi inclinación natural fue pensar en «piedra». Justo antes de aterrizar juzgué que más bien parecía «mojado» como ciertos plásticos pesados. Ahora que estamos sobre él, no estoy seguro de nada. ¿Cerámica quizá?

—Reforzada con metal, seguramente —añadió Truzenzuzex—. Pero por lo menos para la superficie, una cerámica de polímero sería ciertamente una buena adivinanza. Es completamente diferente de todo lo que había visto hasta ahora, incluso en otros planetas Tar-Aiym. O si vamos a eso, de todo lo que pude ver en la ciudad cuando llegamos.

—¡Hum! Bien. Puesto que construyeron esta ciudad al socaire del farallón para que sirviera de rompevientos, no dudo de que hemos de esperar alguna mlango en esta cara de la estructura.

Como pudieron ver bastante pronto, había una y estaba allí.

A diferencia del resto del misterioso edificio, el material empleado en la construcción de la puerta era fácilmente identificable. Era metal. Sobrepasaba en unos buenos treinta metros la cabina del reptador y se extendía por lo menos la mitad de esa distancia en cada dirección. El propio metal era desconocido, de un color gris apagado y poseedor de un extraño lustre cristalino, muy Semejante a las familiares nieblas de la patria para Flinx. El conjunto estaba varios metros rehundido en el cuerpo del edificio.

—Bien, ahí está vuestra puerta, capitán —dijo Tse-Mallory—. ¿Cómo entramos? Confieso una singular falta de inspiración.

Malaika sacudía la cabeza con asombro y frustración, mientras examinaba la entrada. No podía ver por ninguna parte señales de una sola juntura, soldadura o grieta.

—Condúcenos hasta allí, Wolf. Aquí no hay prácticamente viento. Tendremos que salir y buscar un botón o algo así. Si no encontramos nada reconocible como un Hamad9r o una cerradura, tendremos que usar el rifle e intentar una entrada menos cortés —miró dubitativamente la maciza puerta—. Aunque espero que esa alternativa no sea necesaria. Conozco la resistencia de los metales Tar-Aiym.

El problema fue resuelto sin ellos, según pudieron comprobar.

En algún lugar de las entrañas de la gigantesca estructura, una maquinaria largo tiempo dormida, pero no muerta, sintió la aproximación de un mecanismo artificial conteniendo entidades biológicas. Se desperezó soñolientamente, despertando de su descanso a los circuitos de memoria. El diseño y composición del vehículo que se aproximaba no era familiar, pero tampoco podía ser identificado como hostil. Igualmente las entidades en su interior no eran conocidas, aunque resultaba más claro que eran primitivas. Y entre ellos había una mente de clase A, así mismo desconocida, pero no hostil. ¡Y había pasado tanto tiempo! El edificio se debatió consigo mismo durante la eternidad de un segundo.

—¡Cuidado, Wolf!

El mercader había advertido un movimiento enfrente del reptador.

Con suavidad y silencio, consecuencia de la eterna lubricación, la gran puerta se separó. Lentamente, con el poder del tremendo peso, las dos mitades se separaron justo lo suficiente para que el reptador entrase con comodidad. Después se detuvieron.

—*Utamu*. ¿Se nos espera, quizá?

—Maquinaria automática —musitó Truzenzuzex transportado.

—Eso creo yo también, filósofo Llévanos dentro, Wolf.

Obedientemente, el silencioso hombre puso en marcha el motor, y el poderoso vehículo comenzó a avanzar estruendosamente. Malaika ojeó con cautela los lados de la estrecha abertura. El metal no era una hoja razonablemente fina. Ni siquiera moderadamente.

—Unos diecinueve o veinte metros de grueso —dijo Tse-Mallory tranquilamente—. Me pregunto qué es lo que querían mantener alejado.

—A nosotros no, aparentemente —añadió Truzenzuzex—. Podíais haber empleado vuestro juguete durante días, capitán, y quemarlo antes de arañar siquiera la puerta. Me gustaría probar con un SCCAM, simplemente para ver quién resultaría vencedor. Nunca he sabido de ninguna estructura artificial que se resistiese a un proyectil SCCAM, pero tampoco había visto nunca antes un bloque de metal Aiyim sólido de veinte metros de grueso. La cuestión sin duda permanecerá siempre académica.

Quizá habían rodado unos cuantos metros detrás de la puerta, cuando ésta comenzó a deslizarse pesadamente, cerrándose detrás de ellos. El silencio con que esto se produjo fue fantasmal. Wolf miró interrogativamente a Malaika, con la mano sobre la válvula de estrangulación. El mercader, sin embargo, no parecía preocupado, por lo menos exteriormente.

—Se abrió para dejarnos entrar, Wolf. Creo que también lo hará para dejarnos salir. —Las puertas se cerraron—. En cualquier caso, ¿*kwa nini* preocuparse? Ya no importa.

Les esperaba otra sorpresa. A menos que estuviesen huecas —lo que difícilmente parecía verosímil con aquella puerta—, las paredes del material pseudocerámico

tenían un grosor de unos ciento cincuenta metros. Mucho más de lo que se necesitaba simplemente para soportar el peso del edificio, a pesar de su enormidad. Más bien daba la impresión de ser un intento de impregnabilidad. Cosas semejantes habían sido encontradas antes en las ruinas de fortalezas Tar-Aiyem, pero nunca en una escala semejante a ésta.

Flinx no sabía qué esperar del interior. Desde el momento en que las grandes puertas se habían abierto, estuvo constantemente sondeando, pero no había sido capaz de detectar en el interior algo dotado de pensamiento. Y lamentaba que su visión fuese puramente lateral desde el reptador. No podía imaginar cómo el interior podría sorprenderle más que el inigualado exterior.

Estaba equivocado.

Fuese lo que fuese lo que esperase en sus pensamientos más desbocados, no tenía nada que ver con la realidad. La voz de Malaika llegó hasta él desde la parte de arriba. Estaba ensordecida de una forma extraña.

—Katika, aquí todo el mundo. Atha, abre la compuerta. Aquí hay aire respirable y luz y ausencia de viento. No sé si creérmelo o no, aunque mi majicho me dice... pero cuanto antes lo veáis...

No necesitaron discutir más. Hasta Sissiph estaba excitada. Atha gateó hasta la pequeña escotilla de personal, y todos miraron mientras rompía el triple sello, cortando el flujo de líquido en los tres puntos prescritos. La pesada puerta fue lanzada hacia fuera. La rampa automática se extendió hasta tocar el suelo y cuando hubo hecho un contacto seguro, zumbó una vez y se apagó por sí sola.

Flinx fue el primero en salir, seguido de cerca por Atha y los dos científicos, Malaika y Sissiph, y por último Wolf. Todos permanecieron en completo silencio ante el panorama desplegado ante sus ojos.

Por lo menos el interior del edificio resultaba hueco. Era la única forma de describirlo. En alguna parte allá arriba, Flinx sabía que aquellas masivas paredes se reunían formando un techo; pero por mucho que esforzase sus ojos, no podía percibirlo. El edificio era tan gigantesco que, a pesar de la excelente circulación, se habían formado nubes en el interior. Las cuatro enormes losas presionaban fuertemente su mente, aunque no su cuerpo. Pero sentir claustrofobia era imposible en un espacio abierto tan grande. Comparado con el perpetuo remolino de aire y polvo en el exterior, la completa calma de allí dentro recordaba una catedral. Quizá era eso, aunque sabía que la idea constituía más un producto del sentimiento provocado por esta primera visión que una probable verdad.

La luz, al ser destinada a ojos no humanx, era completamente artificial y teñida levemente de azul-verdoso, resultando más débil de lo que hubiesen preferido. La quitina naturalmente azul del filósofo lucía bien allí, pero hacía que los demás tuviesen un vago aspecto de peces. No se debía tanto a que la penumbra obstruyese su visión cuanto a que hacía parecer las cosas vistas a través de un cristal no completamente limpio. Reinaba una temperatura suave, más caliente que fría.

El reptador se había detenido porque no podía ir más lejos. Fila tras fila de lo que indiscutiblemente eran asientos y reclinatorios de algún tipo se extendían desde donde se encontraban. El lugar era un colosal anfiteatro. Las filas seguían, ininterrumpidas, hasta el otro extremo de la estructura. Allí terminaban junto a la base de... algo.

Echó una ojeada y arriesgó un breve sondeo de los otros. Malaika miraba apreciativamente los límites del auditorio. Wolf, a cuyo rostro había vuelto su permanente falta de expresión, estaba analizando el aire con un instrumento que llevaba en el cinturón. Sissiph se colgaba fuertemente de Malaika, mirando con aprensión entre el inquietante silencio. Atha mostraba casi la misma expresión de cautelosa observación que el mercader.

Los dos científicos estaban tan próximos al nirvana como era posible estarlo para unos científicos. Sus pensamientos se movían tan rápidos, que Flinx encontró grandes dificultades simplemente para sondearlos. Sólo tenían ojos para el extremo alejado de la gran habitación. Para ellos, la búsqueda había tenido sentido, aunque todavía no supiesen lo que encontrarían. Tse-Mallory escogió este momento para dar un paso adelante, con Truzenzuzex siguiéndole muy de cerca. El resto siguió en fila detrás de los científicos por la nave central hacia algo situado en el extremo opuesto.

No fue un paseo agotador, pero Flinx agradeció la oportunidad de descansar al final. Se sentó sobre el borde de la elevada plataforma. Podría haberlo hecho sobre uno de los asientos-lecho detrás, pero no estaban en absoluto diseñados para la fisiología humana, y sin duda eran tan incómodos como parecían.

Unas largas escaleras conducían hasta el estrado donde se sentó. En el extremo opuesto, una intachable cúpula de vidrio o plástico rodeaba un sencillo lecho sin adornos. Una gran puerta oval se abría en la cúpula de cara al auditorio. Era un metro más alta que el más elevado de los miembros del grupo y mucho más ancha de lo que incluso el copioso armazón de Malaika pudiese requerir. El mismo banco se inclinaba ligeramente de frente al anfiteatro. Una cúpula más pequeña, en forma de un vaso de *brandy*, se levantaba en parte sobre el extremo elevado. Gruesos cables y conductos llevaban desde allí y desde el fondo del reclinatorio hasta la máquina.

Esta sobresalía unos cien metros sobre ellos y recorría la longitud del auditorio, desapareciendo en las curvadas esquinas. Mientras que el exterior de la estructura era fuertemente agudo, el interior resultaba considerablemente redondeado. Gran parte de la máquina estaba cerrada, pero Flinx podía ver discos y conmutadores captando la luz por detrás de las placas medio abiertas. Las que podía percibir, obviamente no habían sido diseñadas pensando en miembros manipulativos humanos.

Desde encima de las incoloras placas del metal de la máquina, una incontable profusión de tuberías coloreadas cromáticamente corría hacia el lejano techo. Azul, melocotón, rosa fuerte, marfil, púrpura, verde pálido, naranja, ébano, humo, blanco de oro, verde fresco..., todas las sombras y tonos imaginables y más de uno inimaginable. Algunas eran del tamaño del juguete de un niño, lo suficientemente

pequeñas como para meter dentro un dedo. Otras parecían lo bastante grandes como para tragarse fácilmente al transbordador. En las esquinas se hundían en el material de la estructura. Giró lentamente y vio unas prominencias sobre las paredes extendiéndose hasta alcanzar la entrada e indicando la presencia de más tuberías colosales. Se recordó a sí mismo que podía estar seguro siquiera de que estuviesen huecas, pero de todas formas la impresión de que eran tuberías persistía. A veces sus talentos operaban de forma independiente respecto a sus propios pensamientos.

—Bien —dijo Malaika—. ¡Bien, bien!

Parecía inseguro de sí mismo, en un estado raro. Flinx sonrió ante dos pensamientos del mercader. El hombretón no estaba seguro de si debía alegrarse o no. Había algo. Pero no sabía lo que era y menos cómo lo comercializaría. Permaneció de pie mientras los demás estaban sentados.

—Sugiero que consigamos lo que necesitamos para nuestras inversiones —Truzenzuzex y Tse-Mallory examinaban todo muy detalladamente, y apenas le oyeron—. Esto excede de mi cabeza, y por tanto no está en mis manos. ¿Puedo esperar, gentiles señores, que logréis averiguar qué hace esto?

Agitó una ancha mano para abarcar lo que podían ver de la máquina.

—No lo sé —dijo Truzenzuzex—. Yo diría que nuestros amigos los Branner estaban acertados cuando hablaban de ello como un instrumento musical. Ciertamente tiene aspecto de serlo, y la disposición aquí —indicó el anfiteatro— tiende a soportar esa suposición. Pero por mis alas que todavía no puedo ni siquiera imaginarme cómo funciona.

Parece como el último producto de las peores pesadillas de un constructor de órganos que hubiera enloquecido —añadió Tse-Mallory—. No podría decirlo con seguridad, a menos que nos imaginemos cómo funciona.

—¿Lo haréis? —preguntó Malaika, esperando una respuesta afirmativa.

—Bueno, parece que todavía está por lo menos parcialmente en funcionamiento. Wolf registró la fuente de energía, y algo mueve las puertas, enciende las luces y conserva el aire fresco. No fue diseñado según concepciones que encontraríamos familiares, pero eso —señaló la cúpula con el reclinatorio que encerraba— se parece mucho a la estación de un operador. Es cierto que también podría ser un lugar de descanso para los muertos que quisiesen honrar. No lo sabremos hasta que investiguemos mucho más. Sugiero que traigamos aquí todo lo que necesitamos del transbordador. Será mucho más sencillo que salir corriendo en esta galerna cada vez que necesitamos una llave inglesa o un sandwich.

—¡Mapatano! De acuerdo. Wolf, tú y yo comenzaremos a traer las cosas desde el transbordador. Irá bastante rápido, una vez que descarguemos parte de esa basura que apilé dentro del reptador. Parece que vamos a quedarnos aquí un ratito, ¡hata kidogobaya!

CAPÍTULO XVII

ERA un extraño sentimiento estar continuamente dentro del edificio. No se volvía aprisionador, puesto que la puerta funcionaba perfectamente hasta para una persona, siempre que llevase con él por lo menos un artículo reconocible como de construcción metálica artificial. Constituía una sensación particularmente satisfactoria aproximarse a las enormes masas con una unidad comunicadora o una pistola extendida por delante de uno y hacer que un millón de toneladas de metal impregnable se deslizasen suavemente a un lado para revelar un pasaje de un metro de ancho y treinta de alto.

De noche se estaba algo mejor fuera, pero no mucho. A pesar de las anteojeras, tarde o temprano el polvo se acercaba insistentemente a los ojos. Y hacía mucho frío.

Tse-Mallory y Truzenzuzex habían estado volcándose sobre el gigantesco aparato, escudriñando detrás de los paneles que se podían abrir en la pared gris pizarra, ignorando aquellos que no lo hacían. No tenía sentido forzar la entrada y arriesgarse a romper el complicado artefacto, cuando podían pasar años en las porciones que no se resistían. Y no disponían de años. Por tanto, continuaron desapareciendo en el interior de las entrañas expuestas del Krang sin mover un solo cable de su sitio, pisando con el mayor cuidado, por miedo a desplazar algún circuito vital de su posición correcta; mientras los científicos y Malaika trabajaban sobre el enigma de la máquina, Atha y Flinx algunas veces llevaban el reptador a la gran ciudad. Wolf se quedaba para ayudar a Malaika y Sissiph para estar cerca de él. Así que Flinx tenía la cúpula de observación del reptador prácticamente para él solo.

Le era difícil creer que estas estructuras en ruinas y bajo una capa de polvo de siglos, que conservaban su belleza, hubiesen sido levantadas para alojar a la raza más amante de la guerra conocida en la galaxia. El pensamiento lanzaba un inevitable manto funerario sobre las silenciosas ruinas. Poco que pudiese considerarse como decoración era visible en los exteriores de las estructuras destrozadas por la arena, pero eso no quería decir mucho necesariamente. Cualquier cosa que no formase parte del soporte real del edificio habría sido erosionada hacía mucho. Y viajaban muy por encima de lo que había sido antes un gran bulevar. La propia calle estaba en algún punto muy por debajo, enterrada bajo milenios de arena y suelo en movimiento. Si lo reconocían como tal bulevar, era sólo a causa de la ausencia de edificios. Probablemente esta ciudad había sido cubierta y descubierta varias veces, por lo menos un centenar, demoliendo cada ciclo una porción de su aspecto original. Habían observado pronto que un suave campo electrostático aparecía regularmente todos los atardeceres y limpiaba la acumulación diaria de polvo y desechos de la base del Krang en la anchura del círculo blanco-amarillo. Pero en la ciudad no se observaba

un cuidado semejante. Por las tardes, cuando el sol se ponía, las arenas adquirían un rojo de sangre y las masas de los edificios huecos brillaban como topacios y rubíes en un fondo de cornalina. El constante e incesante viento estropeaba la ilusión de belleza y los altos y bajos de su gemido parecían el eco de la maldición de todas las razas subyugadas alguna vez por los Tar-Aiym.

Y ni siquiera sabían qué aspecto habían tenido.

CAPÍTULO XVIII

UNA semana más tarde estaban todos reunidos en la plataforma en una conferencia informal. Una cocina-horno portátil, alimentada por una célula perpetua, había sido dispuesta cerca, dando al lugar un aspecto incongruentemente doméstico. «Lo siguiente, pensó Flinx, será colgar la ropa a secar». Los científicos habían encontrado más conveniente dormir y comer junto a su trabajo, en lugar de hacer la caminata diaria hasta el reptador. Podrían haberlo traído justo hasta la base de la plataforma, pero no sabían si los propios asientos podrían jugar algún papel importante en la operación del Krang. Además, reducir parte del lugar a escombros no parecía la forma más apropiada de resucitar sus secretos. Fue una enorme suerte que no lo hubieran hecho, porque la soñolienta maquinaria habría interpretado el gesto como de hostilidad y hubiese tomado la acción correspondiente inmediatamente.

Los olores de bacon y huevos friéndose y el juquil para Truzenzuzex aumentaban la hogareña atmósfera. En aquel momento, Atha y Sissiph cocinaban para los dos científicos. Esto había demostrado ser una necesidad, después que todos los hombres demostraron una ineptitud monumental con el artilugio que realizaba el 90 por 100 del trabajo por sí solo. Aunque sabía muy bien que podía manejarlo mucho mejor que cualquiera de ellas, Flinx alegó ignorancia cuando se le ofreció la oportunidad de hacerlo. No tenía ningún deseo de sentirse atado con el trabajo de la cocina, cuando podía pasar su tiempo viendo cómo los dos científicos diseccionaban las asombrosas entrañas de la máquina.

—Este instrumento cada día es más increíble. —Ahora hablaba Tse-Mallory—. Sabéis, hemos encontrado pasadizos hasta todas las esquinas del edificio donde la máquina desaparece en el interior de las paredes.

—Me preguntaba por dónde habríais desaparecido vosotros dos —dijo Malaika.

—Se extienden por debajo de nosotros, no sé hasta dónde. Hasta el centro del planeta, por todo lo que yo sé, aunque creo que el calor haría que eso fuese algo prohibitivo hasta para los Tar-Aiym. Tampoco tenemos idea de su extensión en el nivel horizontal. ¿Hasta el océano? ¿Bajo éste? No ha sido fácil la exploración allá abajo. Hay escalones, escaleras y rampas, ninguna de ellas diseñadas para miembros humanos o thranx. Pero entre los dos nos las hemos arreglado. Debe haber elevadores mecánicos en alguna parte, pero no los pudimos encontrar. Bajamos hace tres días... Nuestras disculpas por haberos preocupado. Supongo que deberíamos haber mencionado dónde nos dirigíamos, pero en realidad ni siquiera lo sabíamos nosotros mismos. Ciertamente no esperábamos estar allá abajo tanto tiempo. La excitación del momento se sobrepuso a nuestro sentido del tiempo.

»Fuimos hacia abajo más o menos directamente, deteniéndonos sólo dos veces

durante tres horas para dormir. Estas tuberías, o lo que sean —señaló los gigantes arcoíris alineados sobre ellos—, continúan por debajo del suelo y descienden hasta niveles que no hemos alcanzado ni siquiera en el punto más lejano de nuestro viaje. La mayor parte de la maquinaria era completamente desconocida para nosotros, y yo diría que somos tan familiares con el diseño de los Tar-Aiym como el que más en todo el Arm. Pero la mayoría de lo que vimos estaba por encima de nosotros.

»Cerca de la superficie, la maquinaria es prácticamente sólida. Más abajo se adelgazaba lo suficiente como para que sus componentes individuales se hiciesen reconocibles. Todo parece completamente nuevo. En muchos lugares el metal estaba tibio, confirmando lo que habíamos sospechado todo el tiempo. Le está siendo suministrada energía de forma continua. Y debe haber un millón de kilómetros de cable ahí abajo.

—Sin embargo, no tengo ni idea de su función, capitán —intervino el fatigado Truzenzuzex—. Lo siento todavía más que vos mismo, pero podéis consolaros con la idea de que sea lo que sea es con mucho el más grande y mejor de su clase.

El filósofo había estado trabajando la última semana a una increíble velocidad, y su edad comenzaba a dejarse notar. En la nave, esto había sido muy bien disimulado por su energía y sus impulsos juveniles.

—¿No podríais descubrir algo sobre su funcionamiento? —imploró Malaika.

Tse-Mallory suspiró. Últimamente había estado haciendo eso muy a menudo.

—No aún. Los dos nos inclinamos hacia la teoría del instrumento musical. Sin embargo, contra esto hay muchos argumentos molestos.

Miró hacia Truzenzuzex, que asintió su confirmación.

—¿Cuáles? —apremió Malaika.

—En primer lugar, no podemos creer por completo que en un tiempo de una tal presión, una raza tan devota de la guerra como los Tar-Aiym dedicasen tanto esfuerzo y material a algo de una naturaleza no letal. El metal para aquella puerta, por ejemplo, debe haber sido necesario para la construcción de naves espaciales. Sin embargo, fue traído y utilizado aquí. Por otra parte, sabemos que sentían inclinaciones artísticas de un tipo aterrador. Sus gustos se inclinaban fuertemente hacia lo marcial. Posiblemente sintieron la necesidad de un proyecto que estimulase el fervor patriótico, y éste fue su forma de hacerlo. Quizá tendría también beneficios psicológicos que no podemos imaginar. Si eso no parece verosímil, considerad la falta de evidencia que tenemos para continuar. Yo mismo no estoy dispuesto a creerme ninguna de mis explicaciones.

»Otra cosa: ¿advertisteis por casualidad el extraño tinte de oro y plata de la atmósfera cuando bajábamos?

—No..., sí —dijo Malaika—. Lo he visto antes en otros planetas, así que no pensé que fuera nada anormal. Éstos (había estratos mbili), si no recuerdo mal, parecían más gruesos que en otras partes y mejor definidos. Pero no lo considero sorprendente. He visto también estratos cuádruples. Y su extremo grosor puede ser

fácilmente explicado por los efectos limpiadores de esos *wachawi upepo*, vientos de brujo.

—Cierto —continuó Tse-Mallory—. Creo que le llaman «el viento que brilla». Como decís, podría haber explicaciones naturales para el extraño espesor de los estratos. La razón por la cual los traigo a colación es porque en uno de los niveles que hemos alcanzado encontramos lo que parece ser por lo menos una porción de una gran estación monitorea meteorológica. Entre otras cosas, varios de los instrumentos parecían estar solamente ocupados en mantener una información sobre aquellos dos niveles atmosféricos. Sólo tuvimos tiempo para echarle una rápida ojeada, puesto que nuestra principal preocupación era bajar cuanto pudiésemos. Pero la única razón por la que lo advertimos, fue porque el metal estaba allí completamente caliente, despedía una gran cantidad de calor y parecía estar en completo funcionamiento. Eso es algo que solamente hemos observado en muy pocos sitios. Pensamos que dichos estratos tienen algo que ver con la función del Krang. Cuál sea ésta, no lo puedo imaginar.

—Para ser más específicos, esto —dijo Truzenzuzex y señaló la cúpula transparente y el reclinatorio del interior— adquiere cada vez más el aspecto de control para la operación de todo el aparato. Sé que parece difícil imaginarse que esta monstruosidad sea operada por un único ser tendido sobre una losa, pero la evidencia parece apoyarlo. Yo mismo soy escéptico. No hay conmutadores, discos ni artificios similares en ninguna parte cerca del instrumento. Y sin embargo, sólo su emplazamiento y su aislamiento parecen subrayar su importancia.

»Un detenido examen de ese casco o tocado o lo que sea nos muestra que está forrado con algo que podrían ser terminaciones sensoras. Indudablemente, si la máquina todavía es capaz de algo más que una activación parcial, entonces en teoría una simple aproximación a esos sensores debería conseguirlo. Un verdadero contacto físico con el operador no parece ser necesario. Por tanto, el hecho de que el tamaño y forma de nuestras cabezas no se correspondan de ninguna manera con las de los Tar-Aiym..., con toda probabilidad... no debería impedirnoslo.

—Entonces estáis pensando en intentarlo —dijo Malaika.

—Debemos.

—Pero, ¿suponiendo que esté equipado para responder sólo ante los esquemas electromagnéticos generados por una mente Tar-Aiym?

—No tenemos siquiera alguna indicación de qué «esquemas electromagnéticos» se necesitarán para activar la máquina —replicó Tse-Mallory—; pero si ése resulta ser el caso, entonces, a menos que podáis producir un Tar-Aiym vivo y cooperativo, me temo mucho que podemos hacer las maletas y marcharnos a casa —se encogió de hombros—. Tru y yo hemos alcanzado más o menos un punto muerto en lo que simplemente se refiere a rastrear los circuitos. Podríamos continuar metidos en esta pila de complejidades durante mil años, por muy fascinante que fuese, sin acercarnos más a la forma de ponerlo en funcionamiento.

—Intentarlo..., ¿no podría ser muy peligroso? —preguntó Atha.

—Podría ser mortal, querida. Decidimos eso hace tiempo. Por ejemplo, podría haber una respuesta: que... por esa misma razón y por varias otras... yo lo intentaré primero. Si continuásemos sin lograr activarla y no aparecen resultados nocivos, entonces no veo por qué todo el mundo no debiera tener la oportunidad de hacer lo mismo.

—¡Yo no! —dijo Sissiph muy alto.

—¡Esperad un momento! —comenzó Malaika ignorándola.

—Lo siento, capitán —ahora era Truzenzuzex—. ¡*Starhe!* No os molestéis. Bran tiene razón. Nuestro entrenamiento puede que no nos califique exactamente como operadores de este instrumento, pero nuestra familiaridad con las obras de los Tar-Aiym y lo poco que sabemos de su psicología podrían ayudarnos a resolver cualquier problema imprevisto que pueda presentarse. Quizá ocurran sucesos tales como para anonadar a un completo novicio. Lo siento, pero nos jugamos demasiado para permitirnos hacer el intento inicial. No estamos a bordo de la nave. Estáis momentáneamente sin mando, capitán.

—¿Cómo? —atronó Malaika.

Tse-Mallory dio un paso hacia la entrada de la cúpula.

—Adelante con ello entonces.

—¿Queréis decir, *sasaa kuume?* —preguntó Malaika.

—No veo por qué no —Tse-Mallory se detuvo. Vaciló de nuevo en la entrada y miró hacia atrás—. No espero que pase mucho, y menos algo peligroso. Y si algo ocurre no será de mucha protección, pero por mi propia comodidad psicológica, todo el mundo fuera de la plataforma, por favor. Esos asientos o lechos o lo que sean, deberían ser bastante seguros. Obviamente los Tar-Aiym los usaban cuando esto funcionaba; por tanto, deberían ser seguros también para nosotros, hablando en teoría.

—Sociólogo, una herida teórica no me importa.

Malaika sonrió de una manera que intentaba ser reconfortante y se unió a los demás, trasladándose desde la zona elevada hasta las filas de «asientos» debajo.

Truzenzuzex fue el único que permaneció sobre la plataforma. Ostensiblemente estaba allí para observar, pero tanto él como Tse-Mallory sabían que si pasaba algo, la ayuda del insecto no serviría de mucho. Hizo la profunda inspiración proverbial de ritual y entró en la cúpula.

La losa de cerámica plástica era ya familiar después de días de inspecciones prolongadas y minuciosas. Trepó por la suave y fría superficie deseando que fuese una cama. Esto se parecía demasiado a los moldes de un laboratorio criogénico. «¡Hazlo rápidamente, le dijo su mente a su cuerpo!». Apoyándose fuertemente con los talones contra la resistente superficie, se lanzó hacia arriba. En un solo movimiento su cabeza estaba completamente dentro del casco.

Flinx no sabía qué esperar. Explosiones, terremotos, el edificio derrumbándose, quizá. En cualquier caso, los resultados fueron decepcionantes, aunque inofensivos.

El casco tomó un pálido tinte rojo, que pasó al amarillo y después al verde claro. Además, un ligero zumbido se hizo audible. Aparentemente, venía del propio interior de la losa. Eso fue todo. Nada de fuegos artificiales, ni siquiera unos pocos y sencillos relámpagos.

El rostro de Tse-Mallory dentro de la cúpula estaba contraído, pero era claro que por la concentración, no por el color. De forma extraña, su mente resultaba inalcanzable para Flinx. Por lo menos, la cúpula bloqueaba los pensamientos de los que yacían en el interior.

Veinte minutos más tarde salió de la cúpula, sacudiendo la cabeza mientras los demás se apretaban a su alrededor.

—¿Qué? —preguntó Malaika.

El sociólogo parecía irritable.

—Bueno, he demostrado una cosa. Si esta máquina todavía es capaz de funcionar en la forma en que fue programada, este casco es ciertamente el punto de activación.

»No puedo creer que toda esta locura haya sido construida sólo para hacer aparecer luces bellamente coloreadas sobre un tocado de plástico.

»No, por supuesto que no —Tse-Mallory miraba ávidamente a la losa y el casco que ya eran otra vez transparentes—. Parece como si hubiese sido capaz de activarlo, pero sólo un poquito. Aparentemente, hay algo que es necesario y que no se encuentra en mi mente. O quizá simplemente requiere un tipo de entrenamiento del que nada sabemos. No lo sé. Probé todo cuanto pude con mi mente. Autosugestión. Yoga. Los ejercicios Banda. Concentración objetiva total. Un subconsciente abierto. Ya visteis los resultados, o más bien, su falta.

—¿Pudiste sentir algo, algo en absoluto? —preguntó Flinx.

—Sí, algo peculiar, ni penoso ni amenazador. Simplemente peculiar, cual si quisiese entrar en mi cabeza. Un cosquilleo en el exterior del cerebro difícilmente advertible. Y cuando intentaba concentrarme, se escapó y se ocultó. Debo decir que estoy desilusionado.

—¿Pensáis quizá que tenéis un monopolio sobre eso? —el mercader parecía molesto, como bien tenía derecho a estarlo—. ¿Y ahora qué?

—Ahora sugiero que el resto de los humanos lo intente. Creo que, aunque no sea más, he demostrado ampliamente su inocuidad. Conservarlo sintonizado con un solo tipo de mente podría tener efectos acumulativos beneficiosos.

De uno en uno, los demás se turnaron bajo el inofensivo casco, exceptuando por supuesto a Sissiph, que se negó a acercarse. Malaika consiguió un fuerte resplandor amarillo en el material transparente. Flinx lo hizo tan bien (o tan mal, nadie podía decirlo) como Tse-Mallory, sólo que su colorido poseía además una pulsación desigual. Como para contrarrestar la afirmación de Tse-Mallory, salió de la cúpula con un fuerte dolor de cabeza. Atha y Wolf consiguieron cada uno un pálido rojo, casi de color rosa. Tuvieron más suerte cuando por fin Truzenzuzex lo intentó el último.

En el segundo en que aquella cabeza envejecida e iridescente penetraba en la zona

de efectividad, los suaves colores pasaron inmediatamente del rosa al azul oscuro. Tse-Mallory tuvo que observarlo en voz alta para conseguir la atención general. Los repetidos fallos habían conducido a un desalentado aburrimiento. Pero ahora nadie se aburría. El zumbido de la base de la losa era claramente audible, incluso desde el exterior de la cúpula. Sobre uno de los paneles abiertos de la gran masa gris de la máquina, las luces comenzaron a brillar débilmente. El casco ahora era de un fuerte lavanda.

—¡Mirad la cúpula! —señaló Flinx.

En varias pulgadas de su altura, la cúpula estaba brillando con un sólido e inalterable carmín. De vez en cuando, la algodonosa luz subiría unos pocos milímetros, sólo para hundirse otra vez y desaparecer en el suelo.

Una hora más tarde, Truzenzuzex salió de la cúpula tambaleándose. Tse-Mallory tuvo que soportar al filósofo alrededor del antetórax, pues las piernas del anciano insecto demostraron encontrarse demasiado temblorosas para arreglárselas por sí solas. El filósofo estaba visiblemente cansado. Juntos dieron un bandazo hacia la primera fila de bancos alienígenas. El rostro de Truzenzuzex no se arrugaba como el de un primate, pero el brillo normal y saludable de sus ojos estaba más amortiguado que antes.

—Lo clasificaste correctamente, hermano —dijo al fin entrecortadamente—, cuando dijiste que había algo intentando entrar en tu cabeza. Me sentí como un joven otra vez, intentando salir de mi crisálida. ¡Caramba! Sin embargo, pude sentir que no servía de nada.

—No es cierto —dijo Flinx. Malaika asintió afirmativamente—. Hicisteis enrojecer a la propia cúpula, alrededor de la base por lo menos.

—¿Sí? —a esto siguió la sibilante risa de los thranx—. Supongo que profundamente, y los nervios que yo estaba empleando no eran los ópticos. ¿Quiere decir eso que quizá estamos sobre la pista correcta?

Se volvió hacia Malaika. Gradualmente, el tono volvía a sus músculos.

—Capitán, retiro mi anterior afirmación. Dadme otras tres o cuatro semanas y creo que seré capaz de deciros de una forma u otra si este instrumento puede ser operado alguna vez por hombres o thranx, o si habéis perdido vuestra inversión.

Malaika parecía más resignado que frustrado. Sus propios e infructuosos intentos con el Krang habían producido un poco de paciencia, a falta de otros resultados.

—Bado Juzi. Un viejo dicho de mi familia, caballeros. Y habéis hecho mucho más de lo que tenía derecho a esperar. Todo el tiempo que necesitéis, caballeros, todo el tiempo.

Allá abajo, en los secretos lugares del planeta, la conciencia del Krang se estiró perezosamente. Examinó más a fondo los impulsos que habían despertado al Centro Primordial con tanteos y sondeos infantiles y débiles. Incluso en su estado de semisomnolencia, estaba razonablemente seguro de que una mente de clase A estaba presente arriba (90,97 probabilidades positivas, 8,03 negativas, un 1,00 de factores

fortuitos). Una mente completamente capaz de llegar al Krang hasta el estado de efectividad total o Naisma. Parecía que había escogido no revelarse todavía. La máquina caviló y permitió que las secciones controladoras de la inteligencia volvieresen a su sueño.

Cuando la mente estuviese lista, el Krang también lo estaría.

Después de todo, ésa era la forma en que había sido construido.

CAPÍTULO XIX

SEGÚN se vio, Truzenzuzex no pudo conseguir su mes ni sus tres semanas. Habían estado atareados trabajando en las porciones accesibles de las partes interiores de la máquina durante sólo tres días cuando el comunicador de Malaika señaló la presencia de una llamada extra-atmosférica. Como medida de seguridad, el comunicador portátil estaba conectado con el gran transmisor del reptador. Cuando llegó la señal, Flinx estaba presente ayudando a los dos científicos con los aspectos más físicos de su trabajo. Sissiph, Atha y Wolf habían vuelto al reptador para recolocar sus provisiones en el cavernoso interior.

En orden a facilitar su trabajo, habían sido colocados dos catres (uno modificado) cerca de la cocinilla de los científicos. Los demás continuaban encontrando más cómodo dormir dentro de los familiares confines del reptador, a pesar del necesario paseo diario que ello implicaba.

Ambos científicos interrumpieron su trabajo en el instante en que localizaron la extraña expresión que había aparecido en el rostro de Malaika. Flinx la advirtió por la repentina confusión de los pensamientos del mercader. Estuvo observándoles trabajar con señales y conmutadores extraños y desconocidos toda la mañana. Las nueve décimas partes de lo que intentaban hacer mecánicamente se le escapaban. Había sido capaz de ayudarles con las partes más delicadas de su operación, pues tenía, como ellos decían, un cierto «sentimiento» del emplazamiento correcto de las cosas. Y como de costumbre, su conversación tanto a nivel vocal como mental había sido fascinante.

—Capitán... —comenzó Tse-Mallory.

—Nos están llamando —replicó el mercader— extra-atmosféricamente.

Sus pensamientos reflejaban tanta sospecha como incredulidad. Conectó el botón transmisor del diminuto comunicador.

—Wolf, ¿estás monitorizando esto?

—Sí, capitán —llegó la poco modulada réplica desde el distante vehículo.

—De acuerdo. Envía una señal de enterado. Alguien sabe dónde estamos. No tiene mucho sentido negarlo —se volvió hacia los otros—. Podríamos estar siendo monitorizados ahora, aunque dudo que sea posible a través de esas paredes. Después de todo, también dudo de que estemos recibiendo una llamada de otra nave espacial, y ése es el caso. *Haidhuru*. No importa. No toquéis vuestros comunicadores y escuchad por el mío, si así lo deseáis. No tiene sentido radiar cuántas unidades tenemos en operación, si es que no lo saben ya.

Era la primera vez que Flinx veía al mercader tan abatido. Obviamente, la fatiga estaba exigiendo de sus fuerzas un tributo mayor de lo que él admitía. En cualquier

caso, todo lo que dijo por el comunicador fue:

—¿Sí?

La voz que contestó era naturalmente aguda. Pero aunque el tono resultaba ligeramente afeminado, no sucedía así con las palabras.

—¿Capitán Maxim Malaika, jefe de la Casa y Plutócrata? Os traigo saludos, señor, de *Madame* Rashalleila Nuaman y Empresas Nuaman.

Los labios de Malaika se torcieron en un juramento subvocal que hizo enrojecer a Flinx.

—¡Mis felicitaciones!

Esta arrogancia fue suficiente para estimular la lengua del mercader.

—Condenadamente decente por vuestra parte. ¿Y quién sois *ninyi nyote*?

—¿Perdón? Oh, yo tengo poca importancia. Pero con el fin de facilitar nuestra futura conversación..., que yo os aseguro tendrá lugar..., podéis conocerme como Able Nikosos.

—Señor Nikosos, de todo corazón estoy de acuerdo en que vuestro personaje es sin duda de poca importancia. Siento curiosidad por conocer cómo llegasteis hasta aquí. Este planeta parece estar adquiriendo una notoriedad universal.

—¿Cómo? ¡Hum! En cuanto a vuestra pregunta, capitán —y la voz reflejó un asombro burlón—, os seguimos la mayor parte del camino desde Moth, a una discreta distancia, por supuesto. Y hablando de eso, ciertamente cambiasteis completamente el rumbo al principio de vuestro viaje. Pero después de la primera semana, no tuvimos dificultad en trazar vuestro rumbo aproximado. ¿Sabéis que éste es el cuarto sistema con planetas que visitamos en este sector? Conocíamos más o menos dónde estaba el que queríamos, pero no sus coordenadas exactas. Fue difícil para nosotros, sí, muy difícil cuando os perdimos por completo. Esas coordenadas estaban sobre una pieza de material que... pero no importa. Eso pasó hace mucho tiempo, ¿verdad?

—¿Por casualidad no conseguisteis ayuda de un cierto barón AAnn?

—¿Un barón AAnn?

La chillona voz reflejaba sorpresa. Malaika miró a Flinx.

—Está diciendo la verdad, señor. Y ciertamente están en órbita.

Los dos científicos miraron sorprendidos a Flinx. Ninguno dijo nada, pero podían sentir en sus pensamientos un suave resentimiento ante su secreto. Quiso desesperadamente decirles lo necesario que era mantener ese secreto. Incluso hoy, los psicosenitivos no eran muy populares, un hecho que había averiguado pronto y dolorosamente cuando era un niño. Ahora, sin embargo, no era el momento. La voz en el comunicador continuó.

—¿Qué tenemos nosotros que ver con los AAnn? ¡Gente desagradable, muy desagradable! No señor, de verdad. Os encontramos completamente por nuestra cuenta, a pesar de las dificultades que nos ocasionó vuestra desaparición. Pero os encontramos, ¿verdad? Así que no ha pasado nada. Además, no tiene sentido compartir la culpa, y me niego a compartir el crédito. No creo que eso tenga

importancia a la larga, o incluso a la corta.

Una breve risita en el comentario.

—Mi nave está aparcada a la distancia de un par de campos de vuestro Glory. Lo inmovilizamos primero. Después no recibimos una respuesta, y cuando la compuerta rehusó dejarnos entrar —¡qué inteligente por vuestra parte, capitán!—, deducimos que ya habíais bajado a la superficie. Una ojeada a la escotilla del transbordador nos lo confirmó.

—¡*Thelathini nguruwe!* Treinta cerdos, que es, en caso de que no lo sepáis, el número mayor de cerdos que puede ser reunido en un camarote estándar de capitán.

La voz parecía inmune al insulto, así como a la modestia.

—*Tut, tut*, capitán. Ofenderéis mi modesta naturaleza.

—Hay pocas posibilidades de eso.

—De todas formas, las emanaciones de vuestros componentes habrían revelado vuestra situación, incluso si os hubieseis negado a reconocer mi llamada. De lo cual, estoy seguro, os disteis perfectamente cuenta.

—Capitán —dijo Flinx—, creía que habíais dicho...

—Olvídate de la retransmisión desde el comunicador del transbordador. Eso es lo que ellos han captado. Difícilmente podrían perdernos, de todas formas.

Su mente estaba ya preparando una defensa como último recurso.

—¿Dónde estáis ahora, amigo Nikosos, si no es en órbita?

—Una buena adivinanza, capitán. Estamos bajando hacia ese continente tan pobre en humedad. Sin duda, bastante cerca de donde os encontráis. Llegaremos muy pronto, en cuyo momento espero saludaros personalmente. —La voz se detuvo y después volvió—: Dondequiera que os estéis ocultando, debe ser realmente algo extraordinario. Nuestras dificultades para captar vuestra señal son enormes.

—Habéis hecho un largo viaje para nada, Nikosos. Hemos estado trabajando en este «lo que sea», como tan acertadamente habéis dicho, hace semanas. No hemos podido imaginarnos qué hace, y mucho menos cómo lo hace.

—¡Seguro, capitán, seguro! —La voz ahora tenía un tono humorístico—. Personalmente, siempre que el frío del espacio me afecta demasiado profundamente, me gusta volar a través del M supergigante más cercano para calentar mis helados huesos. Como dije, ¡nos veremos pronto!

—No os cree —dijo Flinx.

Malaika asintió.

—¿Y después?

—Bien, eso representa un problema. No puedo despediros alegremente de vuelta a casa, porque entonces todo mi duro trabajo habría sido inútil. Pero después de todo, el asesinato tampoco es mi línea. Quizá podamos arreglar algo...

Malaika cortó la comunicación. Se volvió hacia los demás.

—Ya lo oís. En lo que se refiere a planetas nuevos, la posesión es nueve décimos de la antigua ley. Dudo que Rasha me deje llamar a una Fuerza de Evaluación de la

Iglesia.

Cambió el comunicador a frecuencia interpersonal.

—Wolf, ¿has oído todo?

—Sí, capitán.

La respuesta del hombre-sombra era tranquila. Flinx se preguntaba si el piloto era capaz de una excitación que nunca dejaba traslucir.

—Aunque me temo que vuestra mascota se lo tomó bastante mal. Se ha desmayado. La señorita Moon la está cuidando.

—De todas formas, así estará callada por un rato. Pronto nos reuniremos contigo. Será mejor que nos quedemos todos pamoja.

De nuevo cerró el comunicador.

—¿Qué os proponéis? —preguntó Tse-Mallory.

—No puedo hacer mucho, sociólogo. Incluso si este Nikosos fuese lo suficientemente mjinga para bajar sin una pantalla defensiva portátil, un intento de lucha sería difícil. Aunque no nos faltan —y aquí miró directamente hacia Flinx— elementos de sorpresa. Pero estoy seguro de que los hombres que deja en su nave —sólo una esta vez para variar— monitorizarán todo lo que suceda. En el transbordador estaríamos a su merced. Si este Nikosos no trae una pantalla, si pudiésemos sorprenderle y lanzar unos cuantos disparos antes de que tuviese tiempo de avisar a la nave, si pudiésemos deslizarnos hasta el Glory bajo sus detectores y si pudiésemos entrar y poner en funcionamiento el generador antes de que se diesen cuenta, quizá tendríamos una buena oportunidad de escabullirnos o de pelear contra ellos.

—Demasiados «si» —dijo Truzenzuzex innecesariamente.

—Kabisa, de acuerdo. Sin embargo, tenemos otras armas. Estad seguros de que las probaré. El soborno, por ejemplo, ha demostrado a menudo ser más efectivo en la guerra que las armas nucleónicas. Pero me temo que Rasha no enviaría una criatura muy vulnerable en una misión tan importante, al menos no a una que se sintiese tentada por un soborno total. Sin embargo, parcial... Sólo se me ocurre otra cosa que pudiésemos hacer. En este edificio hay un mlango. Intentaremos montar el rifle y abrasar al primer ser que entre. Mientras no tenga una idea segura de cómo estamos equipados de provisiones y armamento, podría impacientarse lo suficiente como para regatear con nosotros. Desgraciadamente, no tenemos mucho, incluso con lo que pudiésemos trasladar aquí desde el transbordador. *Mibu*. ¡Todo lo que tiene que hacer es quemarlo y regresar placenteramente a Nínive con las coordenadas para el Registro!

—¿Por qué no lo hace de todas formas? —preguntó Flinx.

—No es ésa su misión, kijana; de lo contrario, no se habría molestado en llamarnos. Simplemente debe dejar fuera de combate al Glory y partir. Está claro que necesita averiguar todo lo que pueda sobre el Krang. —Hizo un gesto hacia los dos científicos—. Rasha conoce vuestra existencia. Yo mismo se lo dije. Podría alquilar sus propios expertos, pero conoce vuestra reputación. Rasha nunca desdeña sus

preparativos. Así pues, no estoy preocupado por vuestras vidas. Solamente por vuestras reputaciones. Creo que también podré arreglar algo para mí. Si fuese a desaparecer repentinamente, demasiada gente haría preguntas incómodas..., aunque hubiese desaparecido en un viaje de exploración en una zona desconocida. ¡Y no puede ganar tanto fedha! Sin embargo, no podría permitirse dejarnos en libertad a ninguno de nosotros. Más verosímilmente sus órdenes son guardarnos cómodamente en algún sitio hasta que la inversión de Rasha aquí esté asegurada de varias formas en cuatro dimensiones. Esa velada insinuación de «asesinato» fue probablemente su forma de abrir negociaciones.

—Una sugerión, capitán —dijo Truzenzuzex.

—¿*Ndiyo*?

—Suponiendo que todo lo que habéis dicho es verdad, ¿por qué no accedéis tranquilamente y le dais lo que quiere?

—¿Qué?

Incluso Flinx se sintió sobresaltado.

—Os aseguro que el Krang no será de ninguna utilidad ni para él ni para su jefe. Cuando dije que necesitaría tres semanas para evaluar la utilidad potencial de la máquina fui pesimista. Podríamos aprender mucho sobre los Tar-Aiyem gracias a ello; de eso no hay duda. Creo que también puedo decir ahora mismo con una buena proporción de certeza que nunca será más que una sobresaliente atracción para arqueólogos y turistas.

—Lakini..., pero... ¡lo hicisteis funcionar! Parte de ello por lo menos.

—Lo que yo hice no fue más que sacar brillo a los carretes de mando de un generador Caplis. Quizá conseguí calentarlo y que pareciese funcionar, pero dudo de que alguna vez pueda ponerlo en marcha siquiera parcialmente. Y todavía no tenemos ideas más claras que al principio. Creo que ningún ser podría llegar más lejos. No importa a quién contrate vuestra *madame* Nuaman.

—Si estáis seguro... —comentó Malaika.

Truzenzuzex miró a Tse-Mallory interrogativamente, y los dos se volvieron hacia el mercader.

—Nada es seguro, capitán, pero no intercambiaré con vos máximas de la Iglesia. Estoy de acuerdo, sin dudarlo, con la evaluación de mi hermano.

—¡*Mbwa Ulimwengu!* Entonces nos olvidaremos de la destrucción en favor de maniobras más sutiles.

Malaika activó el conmutador para un canal de transmisión amplio. Ahora que estaba una vez más en terreno familiar, su voz había recuperado el antiguo tono.

—¡Nikosos!

Hubo un silbido, un chisporroteo, una pausa y después reapareció la ratonil voz.

—No hay necesidad de gritar, capitán. ¿Tenéis alguna idea?

—Escucha, agente. Te daré la oportunidad de ganar lo que desees y quizá de ahorrarte unas cuantas vidas en el proceso. Tengo aquí un rifle láser de seis

milímetros en perfectas condiciones y cargas en abundancia, pero no veo nada tan valioso como para pelear por ello. Toda la ciudad es vuestra. Deseo únicamente abandonar esta mukia tan rápidamente como sea posible. Podéis quedaros con nuestras notas, si así lo deseáis, es decir, todo lo que hemos averiguado sobre el propio Krang..., que es muy poco. Pero tengo aquí un muchacho y dos mujeres, y quiero que queden fuera de todo esto.

—¡Qué conmovedor! No esperaba un altruismo tan admirable de vos, capitán. Sí, a pesar de mis órdenes, creo que podrá arreglarse un acuerdo financiero satisfactorio para todos los implicados. La sangre tiende a fastidiarme el hígado, aunque estoy seguro de que comprenderéis que vos y vuestros compañeros deberéis permanecer como invitados míos durante un corto espacio de tiempo. El mínimo realmente, pero muy necesario.

—Naturalmente. Entiendo la necesidad, y con gusto firmaré...

—Oh, no, capitán. Eso no será necesario. Confío en vuestra palabra. Os precede vuestra reputación. Personalmente, encuentro que la honradez en nuestra profesión es algo nauseabundo, pero en este caso me conviene. No, por mucho que os gustase poseer por escrito un acuerdo de esta naturaleza, prefiero que no exista una misiva semejante. Cosas así tienen la costumbre de desaparecer y volver a aparecer más tarde en los lugares más molestos. Bien, resumiendo:

»Nuestro vuelo ha sido interesante hasta ahora, capitán, pero me temo que encontraré este planeta aburrido. Si fueseis tan amable como para dejar vuestro transmisor abierto, seguiremos sus señales. Todo este negocio tan poco agradable podría ser rápidamente terminado. Estoy seguro de que tenéis todavía menos deseos que yo de prolongarlo. Cortó la comunicación.

—Capitán —la voz de Wolf llegaba por el comunicador—, esto me pone enfermo. ¿No hay otra forma?

—No hay otra forma, Wolf. Yo también preferiría pelear, pero... Deja el comunicador abierto para que puedan seguirlo como han pedido. Por lo menos nuestro trabajo aquí parece haber sido infructuoso; sino yo no consideraría una alternativa como ésta. Podemos desearles mucho de lo mismo. Hallen lo que hallen en la ciudad, son bienvenidos. Después de todo, ha sido una especie de caza de mbizu salvaje.

—¡Pero ha llegado a amenazar con asesinato...!

—Wolf, por favor, lo sé. Jua es duro. Sin embargo, no tenemos elección. Yo tampoco confío en él. Pero podría simplemente marcharse ahora y volver a recoger nuestros cadáveres extenuados más adelante. No, apuesto a que preferirá recoger los créditos extra que acompañan mi oferta. ¿Por qué no? —Se encogió de hombros, a pesar del hecho de que no podía verlo—. Wolf, ¡si los acontecimientos se pusiesen tan nyani...! Ya conoces las reglas de la casa.

Malaika suspiró.

—Entendido, capitán.

Malaika cortó la comunicación y se sentó pesadamente sobre uno de los extraños bancos, con un repentino aspecto de sentirse muy viejo y muy cansado.

—Por supuesto, si vosotros, gentiles señores, hubieseis descubierto cómo poner este mashineuzi en funcionamiento, ni siquiera consideraría...

—Nosotros también lo entendemos, capitán. Una mala elección no es una elección. No nos sentimos preocupados por nosotros. Debemos por lo menos presentarnos ante Nuaman y convencerla de nuestra inutilidad. Nuestra repentina desaparición también provocaría inquietud en ciertos lugares...

—Nuaman. ¡Maldita sea esa perra! ¡Desde hoy me olvidaré para siempre de que esa criatura es humana y mwanamke! —Levantó la vista y advirtió la mirada de Flinx—. Dejó de ser una bibi, una dama, kijana, mucho antes de que tú nacieses.

CAPÍTULO XX

KILÓMETROS por encima, un Able Nikosos muy satisfecho se reclinó en su asiento en la afelpada cabina del transbordador y transmitió órdenes a sus pilotos. Se frotó las manos. Las cosas habían ido bien. Casi tan bien como si hubiesen recibido el mapa en Moth, según habían planeado. La presencia de Malaika sobre el planeta complicaba las cosas un poco, pero no mucho. Parecía que haría lo más provechoso. Además de recoger un grueso bonus de la vieja bruja por realizar con éxito una misión más difícil de la asignada anteriormente, estaba el asunto del rescate del acaudalado Malaika..., pagado por adelantado. Según lo planeado, los dos cerebros serían enviados a Nuaman. Tan pronto como una decente cantidad del rescate hubiese sido pagada —¿no era buena ahora la palabra de Malaika?—, el chico podía ser arrojado por la escotilla más cercana. En cuanto a las dos mujeres... La ancestral casa solariega necesitaba unos cuantos juguetes nuevos. El precio de las mujeres jóvenes y sanas había subido de forma insoportable en los últimos tiempos. Toda la culpa era de aquellos malditos gazmoños de la Iglesia. «La violencia es insana». ¡Vaya una cosa! A la velocidad que terminaba con ellas, su *hobby* se estaba volviendo prohibitivamente caro. ¡Vergonzoso! La adición de dos rostros frescos y nuevos (y de sus cuerpos, claro) sería por lo tanto un bonus no sólo estético, sino también económico. No dudaba de que ambas resultarían jóvenes y atractivas. De otra forma, ¿qué tendrían que ver con el pícaro Malaika?

Si ellas no resultaban por completo de su gusto, podía usarlas igual. Quizá de manera menos artística, pero todavía serían de utilidad. Y no era considerado un *connoisseur* sin fundamento.

Las alas en forma de delta del transbordador comenzaron a desplegarse a medida que se zambullía en la atmósfera.

CAPÍTULO XXI

MALAIKA, Tse-Mallory, Truzenzuzex y Flinx regresaban lentamente hacia el reptador. Ninguno fallaba. Flinx se había decidido a no dejarse quitar su pistola sin oposición. ¡Él también podía ser aficionado a las traiciones! Había leído la confusión y los pensamientos sucios de Nikosos, a pesar de la dificultad para hacerlo con su dueño, trasladándose tan rápidamente sobre la superficie del planeta. Ahora confiaba en él tanto como en poder lanzar el Glory con una sola mano. Existía una posibilidad de que Malaika y los dos científicos pudiesen salir sanos y salvos, pero, a juzgar por los pensamientos del agente, la posibilidad de que él y las dos mujeres consiguiesen algo similar parecía pequeña, a la luz de lo que había leído. En el análisis final, él no contaba. No esperaba que el mercader arriesgase su propia vida por él o por las mujeres, ni siquiera por los científicos. La supervivencia es algo que ni siquiera pertenece a la misma categoría que las normas morales. Sería mejor que él planease alguna acción por su cuenta. Era una evaluación poco halagadora, pero lógica, de su situación presente. Eso le asustaba casi tanto como su realidad. Tembló ligeramente, a pesar del calor.

Algo le había estado molestando durante los últimos minutos, en adición al esperado cupo de temerosa anticipación. Se encogió de hombros, a pesar de la ausencia en aquel lugar de una picazón. ¡Eso era! No una picazón, sino la falta de algo familiar. El minidrag no estaba allí. En la absorción de los últimos minutos y su concentración en la mente del mercader, no advirtió que el reptil había desaparecido. Bruscamente dio media vuelta.

—¡Pip! ¿Dónde está Pip?

—Simplemente para asegurarnos —murmuraba Malaika, sin escuchar la pregunta de Flinx en voz baja. Conectó su comunicador—. Wolf, no me gusta jugar sin tener por lo menos unas cuantas cartas. Saca el rifle y móntalo encima de la entrada.

—Sí, capitán —llegó la entusiasmada réplica.

—Si este individuo nos tiene tan limpiamente cogidos y atrapados —dijo Tse-Mallory—, ¿por qué tomarnos molestias con el arma? Pensaba que habíais abandonado de una vez por todas la idea de resistir.

Flinx buscó en el aire a su alrededor. La serpiente no era visible. Sin la familiar presencia del reptil, se sentía desnudo.

—Así es más o menos. Sabemos que nos tiene atrapados y él lo sabe también, pero desconoce que nosotros sabemos que nos tiene atrapados.

—Por favor, simplifícad eso.

—Ndiyo. Por supuesto. Lo explicaré así. Un hombre negocia con una arrogancia considerablemente menor cuando sabe que está sentado bajo el arma de otro que teme

por su vida. Tenemos pocas palancas, así que debemos usarlas todas, hasta las más ligeras.

A pesar de la variedad de silbidos, llamadas y súplicas de Flinx, el minidrag no se había dejado ver. Esto no era usual, aunque tenía precedentes. A veces la serpiente poseía una mente propia. Truzenzuzex no podía duplicar las balbucientes llamadas de Flinx, pero el insecto ayudaba con la vista a su búsqueda. Servía para alejar su mente, por lo menos temporalmente, de sus infortunadas circunstancias.

—¿Dónde sería probable que se ocultase, chico? —preguntó el científico.

—Oh, no lo sé, señor. En sitios diferentes.

Ahora estaba empezando a preocuparse de verdad y a escuchar con sólo un oído las preguntas del filósofo. No podía sentir la presencia del minidrag, y eso le preocupaba.

—No realiza a menudo este tipo de conducta. Supongo que la depresión en la atmósfera le ha afectado. Es sensitivo a eso, ¿sabías? Prefiere sitios cerrados y frescos. Como...

Se interrumpió asombrado. En la distancia podía ver al minidrag. Mientras miraba revoloteó sobre la cúpula transparente. Su curiosidad natural tuvo más peso entonces, porque a pesar de un aviso mental de Flinx, introdujo su cabeza bajo la atractiva forma del casco. Lo que pasó después sorprendió a ambos observadores. El minidrag giró en el aire de una forma extraña y pareció caer sobre sí mismo, formando una espiral en el punto más alto del casco. Yacía tranquila sin moverse dentro de la estructura que ahora vibraba con un débil color amarillo.

Todo pensamiento sobre sus dificultades inmediatas fue instantáneamente descartado en un paroxismo de miedo por su compañero de toda la vida. Sin prestar atención a los avisos de Truzenzuzex se lanzó hacia adelante a la carrera en busca del sitio que acababan de dejar. Malaika giró y profirió un juramento, lanzándose a la carga detrás del muchacho. Sus arqueadas piernas no eran oponente para las del joven, pero sin embargo se movían a una velocidad respetable.

Mientras se aproximaba a la cúpula, Flinx notó un ligero, pero claro, temblor bajo sus pies. No le prestó atención.

Truzenzuzex sí lo hizo. Miró a Tse-Mallory.

—Sí, hermano. Yo también lo he sentido.

Su voz era pensativa. Otro temblor, esta vez más fuerte.

—¿Qué ocurre? —dijo un perplejo Truzenzuzex—. Pensé que habíamos establecido que por lo menos esta parte del planeta era plutónicamente segura.

Miró temerosamente a las paredes abovedadas evaluando su fuerza y estabilidad.

La suave sacudida comenzó de nuevo, sólo que esta vez era algo menos suave. No se detenía. Se hizo progresivamente más alta y más poderosa, y aunque nadie lo advirtió, lo hacía así según Flinx se acercaba más a la cúpula.

La constante vibración fue percibida; no, sentida, más que oída. Delataba una fuente de energía en algún profundo lugar por debajo de ellos.

—¿Qué pasa? —susurró Tse-Mallory.

—¡*Elitat!* No estoy seguro —replicó el filósofo en tono igualmente subyugador—, pero creo que quizá nuestro rompecabezas esté a punto de resolverse por sí solo.

Flinx había subido a la plataforma y se acercaba a la cúpula. Pip todavía no se había movido. Escasamente advertía los temblores que sacudían la estructura. Mientras se acercaba a su inmóvil mascota, el extraño zumbido que había comenzado en su cabeza se hizo más fuerte. Sacudió ésta con impaciencia para aclararla, pero sin ningún efecto. Había un extraño sentimiento de euforia alternando con dolor.

«No luches contra esto», parecía susurrarle algo. Oyó cómo las olas rompían suavemente en una playa. Los ojos del minidrag estaban fuertemente cerrados. Parecía entregarse a los acordes de alguna silenciosa canción. Su primera idea fue la de convulsiones, pero los movimientos del reptil, aunque irregulares, parecían demasiado tranquilos para eso. Extendió la mano bajo el gran casco en busca de su atormentada mascota. Él zumbido aumentó y él retrocedió, presa de un repentino ataque de somnolencia.

—¡No... luches!

—Pip tiene... problemas.

Sacudió de nuevo la cabeza, y esta vez pareció notar un poco de alivio. Sus pensamientos estaban borrosos. Fijó unos ojos acuosos sobre la serpiente y, mareado, cayó bajo el casco.

E*P*I*F*A*N*I*A

En el interior de su cerebro, un antiguo dique debilitado por la evolución y la casualidad se derrumbó. Lo que surgió detrás era aterrador.

La estructura normalmente transparente de la cúpula explotó en una masa de brillantes y centelleantes auroras desde la cima hasta la base, todos los colores del espectro visible... y probablemente aquellos del invisible también. Púrpuras, verdes, oros, dominaban sobre los rojos, azules y otros colores primarios. Un chisporroteante maelstrom de airada iridiscencia casi metálica tejía intrincados e indescifrables esquemas en el material de la propia cúpula. Imaginarios enrejados de fosforescencia, fuegos fatuos y esferas relampagueantes dibujaban telas de araña luminosas en el aire dentro del edificio.

Sobre el banco dentro de la cúpula del edificio, que era el Krang, Flinx yacía inmóvil en una aparente inconsciencia, próximo a su ahora inactiva mascota. Sobre ellos el casco vibraba con un oscuro y fiero violeta.

—Capitán...

La voz de Wolf revoloteó distorsionada a través de cataratas de estática por el crepitante comunicador, pero Malaika no lo advirtió. Se había detenido asombrado tan pronto como la cúpula comenzó su cegadora exhibición.

Las gigantescas tuberías de la máquina vibraban con sonidos semejantes a los del

yunque; anillos de ondulante electricidad trepaban por sus costados cual halos parásitos. Crujían viciosamente, como láminas plásticas desgarrándose.

—Llamada interespacial...

Wolf no tuvo oportunidad de captar el enterado de Malaika, pues la voz de Nikosos sustituyó a la suya en el canal.

—¿Qué es lo que estás intentando ahí abajo, mercader? ¡Nada de trucos, te lo advierto! Haré que mis hombres destruyan vuestra nave. Sólo deseo una señal transmisora. A vuestro este toda una sección del continente está brillando..., sí, brillando bajo la superficie. El lugar parece estar encendido. No sé lo que intentas, pero si...

La voz desapareció en un Niágara de interferencias. En ese momento el mundo se llenó de Hs, Ns, y por alguna razón, especialmente de Gs.

Malaika dio un paso hacia adelante y cayó sobre el suelo, como si hubiera sido golpeado por un hacha. Por lo menos, más tarde pensó que había caído. A juzgar por lo que verdaderamente recordaba, lo mismo podría haber flotado. Repentinamente el aire del anfiteatro pareció reforzar su presencia empujándole hacia atrás y hacia abajo. Se ahogaba. ¡*Msaada!* Era extraño que nunca hubiesen advertido lo denso que era. Su cabeza estaba aprisionada por una gigantesca presa... No, no una presa. Mil millones de botas de montar tamborileaban extrañas marchas a ambos lados de su cabeza, mientras una conspiración de electrones, riéndose, intentaban arrancar su cuero cabelludo. Olía a naranja quemada.

Mientras rodaba sobre el suelo intentando conservar su cabeza, que insistía en volar por su cuenta, tuvo una rápida visión de Tse-Mallory. El sociólogo se encontraba en una forma similar a la suya. Su rostro era una visión aterradora, mientras luchaba contra aquella fuerza que los empujaba a todos hacia una suave locura. Privado de completo control racional, el alto cuerpo se retorció y pateaba sobre el suelo blanco pálido, como un samaki ahogándose. Por otra parte, Truzenzuzex estaba inmóvil, extendido sobre su espalda. Sus membranas oculares se hallaban cerradas por primera vez, según recordaba el mercader. En ningún sitio veía qué podría haber estimulado el reflejo. Las piernas del filósofo estaban extendidas rectas y rígidas, pero las manos y pies se agitaban débilmente en el aire cargado electrostáticamente.

Allá abajo, los trillones de kilómetros de circuitos (y otras cosas) que formaban la dormida mente del Krang se estiraron y despertaron. Una mente de clase A, sí, ¡pero bloqueada! ¡Bloqueada naturalmente! Y lo que es más: ¡inconsciente de sí misma! ¡Era algo nunca visto! Una mente A podía ser reducida, sí, pero sólo artificialmente. ¿Bloqueada? ¡Nunca! ¡Y de forma natural! La situación era... poco natural, desde luego conflictiva con la ley.

El Krang se halló a sí mismo confrontado con una circunstancia única. Sería forzado a la última decisión mecánica: tomar la iniciativa. Pero no podía operarse a sí mismo solo. La mente de arriba era esencial, necesitada, requerida. Sondeó

suavemente. Una vez que los obstáculos fuesen removidos... cooperación...

—Ajusta tus células, organismo... ¡Así! Suavemente, suavemente. Arriba, el cuerpo de Flinx se torció una vez.

—¡No puedo hacerlo!

—Debes... es... necesario.

—¡Duele!

—La ignorancia duele. Inténtalo.

El inerte cuerpo de Flinx se retorció otra vez. Su cabeza latía inmisericordiosamente, pareciendo crecer hasta proporciones increíbles.

—¡No... puedo!

El Krang consideró la cuestión. Una pulsación más fuerte podría remover el obstáculo a la fuerza... y posiblemente destruir la mente para siempre. Estudió las alternativas. En primer lugar, si estaba bloqueada, ¿cómo fue capaz la mente de estimular la activación inicial?

Localizar la respuesta necesitó la fracción de un nanosegundo. Cerca se encontraba una mente catalizadora. Aquello lo explicaba ateniéndose a referencias con las que el Krang era familiar. Trabajando rápidamente a través de los canales moderadores de la mente-C, la enorme máquina hizo los ajustes y afinamientos necesarios en el cerebro de clase A. Agradecidamente sintió que las barreras se disolvían. Esta vez fue fácil. Habían estado débiles y perforadas para empezar. Las energías ETTA empezaron a fluir en los conductos que esperaban. Una posterior intervención no fue ya necesaria.

E*N*T*R*O*P*I*R*E*A*L*I*Z*A*C*I*O*N

En un instante de cuentas de cristal cayendo, Flinx percibió el universo entero. Parecía una pelota opaca de cristal muy pequeña. El instante pasó, pero por primera vez vio con claridad. Sí, mucho más claramente. Sintió cosas sólo advertidas a medias, sospechadas anteriormente, y cosas no advertidas en absoluto. Vio la maravillosa estructura que contenía el Krang. Percibió la maravillosa estructura de sí mismo. Ciertas energías eran completamente requeridas para despertar el instrumento. Solamente una diminuta porción de él pensaba ahora con conciencia. Aquí y aquí, sí.

El Krang se despertó totalmente por primera vez en medio millón de años. Himno-marcha. ¡*Glorianus!* El treno que fluía de la mente activadora ya sintonizada era desconocido y de técnica cruda. Pero el Krang comprendía que en quinientos milenios los gustos quizá habrían cambiado. Lo importante era que la pantalla había subido automáticamente en el instante en que la melodía suministró los impulsos motores necesarios:

Los sensores del Krang escudriñaron inmediatamente el cielo por años luz en todas direcciones. Puesto que el activador no había hecho nada en un nivel

instruccional, excepto radiar sensaciones de peligro, la máquina confeccionó un patrón óptimo de búsqueda general y esperó que fuera suficiente. Ahora estaba segura de que el activador era un novicio. Tendría que ser guiado. En algún sitio, un circuito menor anotó cuidadosamente que una sola nave de extraña construcción había sido pulverizada en el momento de la activación de la pantalla, arrapada cuando ésta subía. ¡Un aviso a última hora! De nuevo el Krang lamentó no haber podido operar más que parcialmente, consciente hasta el momento de la estimulación completa. Afortunadamente, la nave no había penetrado. Ningún daño había sido hecho. El activador fue informado y asintió. Otra nave, no, dos, acechaban justo en el borde de la pantalla. Aunque permanecían estacionadas y no hacían gestos hostiles, la mente activadora dirigió el Krang para que se concentrara en la zona del espacio ocupada por la mayor de las dos naves. Obedientemente, la máquina cumplió las instrucciones.

Su campo de enfoque efectivo a corta distancia era una esfera mínima de mil kilómetros. No tendría dificultades en acertar sobre la única nave señalada, sin dañar la otra. Aquellos increíbles sensores podían fijar el cono de proyección necesario en un metro de cualquier punto deseado. Esto era mucho más de lo necesario. Extrajo la información necesaria en cuanto a detalles concretos de la cooperadora mente-A. Si el Krang tuviese pies, habría bailado.

Encima, las pulsaciones rítmicas que estaban haciendo una pulpa con las ideas de Tse-Mallory desaparecieron por un momento. Fueron instantáneamente en un cruce completamente indescriptible entre un gemido modulado y un alarido, el chillido supersónico de un murciélago, amplificado un millón de veces y hecho audible, respaldado por trompetas eléctricas y tímpanos. Incluso así, no presionaba su cerebro tan intolerablemente como lo anterior. El sociólogo fue capaz de rodar sobre su espalda y yacer inmóvil, jadeando y boqueando irregularmente en busca del aire hostil que parecía empeñado en esquivar sus pulmones.

Volvió su cabeza penosamente. Luchó para evitar que el estridente chillido penetrase profundamente, sabiendo que si cedía y le permitía alcanzar una penetración profunda, el filo de cuchillo de las ondas sónicas comenzaría a rebanar los nervios y las neuronas allí dentro. Fue capaz de rechazarlo.

En apariencia, Malaika era más fuerte en su resistencia que ninguno de ellos. De alguna forma consiguió ponerse en pie y comenzó a andar a bandazos, bamboleándose en la dirección de la plataforma. Había recorrido la mitad de la distancia cuando el edificio se movió.

En el momento del primer cencerreo, Wolf había activado los motores del reptador y emprendido una embestida en esa dirección. Cuando la primera nota completa le golpeó, cayó del asiento de control, sujetando sus oídos. Pero el reptador, con su rumbo ya fijado, continuó sordamente. Las grandes puertas se separaron como siempre; en el momento en que se cerraron detrás del reptador, la tortura se detuvo.

Wolf se arrastró lentamente hasta el asiento y consiguió detener la embestida

frontal de la máquina, antes de que los lanzase volando por encima del farallón. Desconocía lo que había sucedido, pero sabía que el capitán y los demás todavía estaban dentro. Realizó un rápido examen de la zona de carga. Las dos mujeres estaban extendidas sobre las provisiones, misericordiosamente inconscientes, no podía decir si por los efectos del instrumento o por su precipitada salida.

¿Qué hacer? Tendido desamparadamente sobre el suelo del reptador, golpeando el metal en agonía, sería de poca ayuda para el capitán o para nadie. Por el momento, volver dentro estaba fuera de duda. Una prueba de las unidades de comunicación sólo produjo un océano de estática. Quizá en el transbordador hallase algo que protegiese su mente lo suficiente como para permitirle regresar a ese infierno. No tuvo tiempo para ponderar el problema.

El edificio, con todos sus millones de toneladas, estaba cambiando de posición. Se inclinó hacia adelante, y durante un horrible instante temió que se volcaría sobre el minúsculo reptador. No fue así. Colgó suspendido contra el arremolinado cielo por un segundo y después giró levemente hacia el sur. Comenzó a zumbar profundamente. Las vibraciones podían ser percibidas a través del suelo de la cabina o en los mismos dientes. Millas arriba, en el aire cargado de polvo, podía ver los cien metros superiores de la estructura empezar a brillar con un rico color ébano. Nunca había visto antes algo brillando en color negro, y se sintió fascinado por el fenómeno. Continuó durante unos treinta segundos. La base circular sobre la que descansaba el edificio pareció también brillantarse ligeramente. El aire adquirió en alguna distancia a su alrededor un momentáneo color rosa. Después se detuvo.

El Krang registró la destrucción de la segunda nave tan sumariamente como había hecho con la primera.

El proceso completo, desde la activación inicial hasta ahora, había llevado algo menos de dos minutos.

Con impaciencia, el Krang esperó las próximas órdenes del centro de activación. Las directrices para la destrucción de la otra nave extraña no llegaron. De hecho, en aquel momento la mente se alejó del control del centro.

La máquina se debatió consigo misma. Había pasado mucho tiempo, mucho, desde que había existido en una completa conciencia. De nuevo comprobó que disfrutaba bastante con la sensación.

Pero sus instrucciones impresas eran claras y no dejaban espacio para evasiones lógicas. En la ausencia de una mente activadora, volvería a un estado de somnolencia con baja energía. Esto quería decir la desactivación de todo, excepto las más elementales funciones de mantenimiento. El Krang suspiró. Los propósitos de sus constructores no habían sido a menudo los mismos que sus deseos, y ahora carecía de razón alguna para cambiar esta opinión. Pero sabía lo que era un Frankenstein, aunque él utilizaba una referencia distinta. Las grandes aspas que canalizaban las incesantes galernas del planeta en las profundidades de las cavernas de caliza comenzaron a bajar. Los generadores, que en incontables ergios extraían energía del

derretido núcleo del planeta, se extinguieron y el burbujeante centro de hierro y níquel se calmó.

Lenta, pero eficientemente, el Krang se dedicó a la necesaria tarea de desactivarse a sí mismo.

CAPÍTULO XXII

F LINX rodó sobre sí mismo y se puso en pie. Su cabeza todavía latía, aunque el verdadero dolor casi había desaparecido. Sólo llegó a emborracharse una vez en su vida. Los recuerdos de la monstruosa resaca que había sufrido a consecuencia de ello volvieron incongruentemente ahora. Miró a su alrededor. Después de pasar próximos a la estrella de neutrones, habían sido sus músculos los que se habían sentido golpeados y molidos. Controlado por la rigidez de su ultrajado sistema nervioso, semejante a la de las cuerdas de un piano, era ahora el tuétano de sus huesos el que vibraba, en recordada simpatía con las toneladas de tonos del repentinamente silencioso Krang. Miró en su interior, recolocando inconscientemente ciertas estructuras y fluidos celulares. El dolor se alejó, dejando solamente una enorme cantidad de luz.

Ayudado por su amigo. Truzenzuzex se ponía lentamente en pie. Flinx no se atrevió a imaginar lo que el insecto habría sufrido con su poco protegido exoesqueleto. La inesperada inclinación del edificio había frustrado el intento de Malaika de alcanzar la plataforma. Ahora se sentaba sobre el borde de un banco, frotándose una rodilla y comprobando cuidadosamente los ligamentos y tendones para asegurarse de que nada importante había sido dañado. Por lo demás, parecía no haber sufrido daños, puesto que una multiplicidad de juramentos en un número de lenguajes digno de admiración fluía en incesante profusión de sus gruesos labios.

Seguro de que sus compañeros humanx estaban bien, la atención de Flinx se centró en su mascota. El pequeño y correoso cuerpo estaba prietamente enroscado bajo la capucha de activación. No daba señales ni de movimiento ni de vida. Cuidando no meter su cabeza bajo aquel tranquilo objeto, levantó la sólida y pequeña forma de su lugar de descanso. Sin embargo, no se movió. Con su mente recientemente estimulada, sondeó suavemente en el interior del pequeño cuerpo. Indudablemente había sido empujado hacia un universo nuevo y desconocido y todavía se sentía un poco inseguro (asustado, para ser honrado) de sus habilidades. Sondeó más profundamente. El minidrag había servido como conducto a fuerzas que excedían su propia capacidad, como un capacitador sobrecargado. Eran necesarios algunos reajustes y arreglos.

Flinx se dispuso a hacerlos.

Los otros se habían reunido y estaban a un lado, mirando en silencio y teniendo la cortesía de no ofrecer simpatía. Con una porción desocupada de su mente, Flinx examinó brevemente las suyas.

Los tres estaban todavía atontados por los acontecimientos de los últimos minutos. Casi tanto como él, reflexionó irónicamente. Podía sentir la empatía

irradiando desde ellos, y esto le hizo sentirse mejor.

Un último reajuste, una arteria tozuda... Un fino párpado tembló y se elevó. Un ojo, negro como el petróleo, escudriñó a su alrededor. Subió hasta encontrar los de Flinx, uniéndosele el otro ojo. El minidrag comenzó a desenroscarse con movimientos lentos y bruscos. Flinx sacó la lengua. Pip sacó la suya para hacer contacto en un viejo gesto de cariño y familiaridad. Pudo sentir cómo la tensión comenzaba a desaparecer de los musculosos anillos, cómo el pulso vital se fortalecía.

Había abandonado el hábito de llorar más o menos desde el momento en que descubrió que no servía más que para limpiar sus pupilas. Sin embargo había una sospechosa humedad en las esquinas de sus ojos. Se dio la vuelta de forma que los demás no se sintiesen ofendidos por ello. Si se hubiese puesto de cara a ellos o se hubiese tomado la molestia de sondear, hubiese advertido que la expresión de Truzenzuzex mostraba algo más que mera simpatía.

CAPÍTULO XXIII

EL transbordador no había sido dañado, realizando la subida a la atmósfera superior con más tranquilidad y seguridad de la que tenían al bajar. Atha y Wolf estaban en los controles, y los demás en la cabina trasera, con sus mentes fijas por primera vez en mucho tiempo en el presente, no en el futuro.

—Bien, señor —dijo Truzenzuzex a Malaika—, nuestras disculpas. Parece que vuestra inversión ha demostrado ser singularmente poco provechosa. Confieso que desde un principio no nos había preocupado, pero después del gasto y el peligro que habéis pasado, me gustaría que hubieseis conseguido algún incremento más sustancial.

—Oh, vamos, sois innecesariamente pesimista, mi bien protegido rafiki —el mercader sopló vigorosamente en una pipa, que despedía una increíble pestilencia—. Tengo una ciudad que sin duda está llena hasta rebosar de inapreciables artefactos e inventos Tar-Aiym... ¡si alguna vez consigo sacarlos de esa infernal arena! Un maravilloso planeta inhabitable, con un sistema ecológico acuoso nativo floreciente, probablemente compatible con el estándar humanx. ¡Hasta creo que este planeta podría hacer que volvieran las naves de superficie, *ndiyo!*

—Esa referencia se me escapa —dijo el filósofo.

—Os mostraré trioides cuando regresemos, uno de los fragmentos más poéticos del pasado tecnológico del hombre. No, no, desde una perspectiva de fedha, no estaría dispuesto a considerar este viaje como una pérdida. Y siempre queda el Krang para jugar con él, ¿eh? Aunque nuestro joven amigo insiste en que fue un extraño accidente y que él no tuvo nada que ver. —Miró a Flinx interrogativamente, quien de un modo estudiado los ignoró a todos—. En cuanto a vosotros dos, me temo que fue una verdadera desilusión. Debéis estar todavía más frustrados ahora que cuando aterrizamos.

—Todo depende del punto de vista adoptado —dijo Tse-Mallory—. Cuando comenzamos a seguir el rastro de esto no teníamos realmente idea de lo que esperábamos encontrar; sólo sabíamos que era grande. Cuando lo encontramos, desconocíamos qué habíamos encontrado. Y ahora que lo dejamos, mi hermano y yo, cuando estéis listo para volver y excavar en busca de esos artefactos —miró hacia su hermano espacial—, estaremos encantados de ayudaros en la selección, aunque no en la excavación. Y todavía, como decís, tenemos el propio Krang para «jugar». Por lo menos, proporcionará la base para más de un voluminoso e irritante ensayo científico. Solamente las implicaciones sociológicas y filosóficas... ¿verdad, Tru?

Sonrió y movió la cabeza.

—Sin duda, hermano.

El thranx intentó reflejar una actitud humana de profunda reflexión. Falló y la sustituyó por una de nostálgica despreocupación. El resultado no fue completamente satisfactorio.

—Parece como si las leyendas, tanto de los Branner como la de los homínidos primitivos, tuviesen alguna validez. ¿Quién lo habría sospechado? El Krang es a la vez un arma y un instrumento musical.

Habían dejado ya la atmósfera, y Atha estaba fijando una órbita que los llevaría hasta el Glory por detrás. La negrura se esparcía por un lado, mientras que el sol, filtrado automáticamente por las compuertas fotosensitivas, los iluminaba desde el otro lado. A pesar de los efectos igualadores de las luces de la cabina, tendía a mostrar los rasgos faciales con un relieve poco natural.

—Nos dice mucho sobre los Tar-Aiym..., sin mencionar que es un gran progreso en la explicación de su interés por dos campos tan aparentemente divergentes como la guerra y el arte. Pero no puedo decir que me entusiasme con sus gustos musicales. Prefiero a Debussy y a Koretski. Sin duda a sus oídos, o lo que usasen, esos sonidos serían agradables y excitante, patrióticos.

«Resuenan sutiles sonidos de muerte y las liras gimieron mientras los niños se ahogaban» —recitó Tse-Mallory.

—Porzakalit, soneto veintitrés —dijo Truzenzuzex—. Se necesitaría a un poeta.

—Quizá yo sea anormalmente torpe —dijo Malaika—, pero todavía no entiendo cómo funcionó el kelelekuu.

—No sois el único en ese aspecto, capitán, sino más bien el miembro de una gran mayoría. Si lo deseáis, sin embargo, podría teorizar.

—¡Adelante entonces! Teorizad.

—Aparentemente —continuó el thranx, alejando discretamente los nocivos efluvios producidos por la hierba que se carbonizaba en la pipa del mercader—, la máquina genera algún tipo de vibración... Confieso que dudo en llamarlas «ondas sonoras». Probablemente, algo que participa de esas características, además de otras de un tipo de onda que no pudimos identificar, aunque sí pudimos advertir sus efectos. ¿Recordáis que en nuestro paso inicial a través de la atmósfera hice observaciones sobre la densidad poco corriente del doble estrato de viento brillante?

Malaika asintió.

—Probablemente esos estratos son reforzados artificialmente. Las ondas —las llamaremos ondas-k, a falta de un término —mejor o más apropiado— son generadas por el Krang. Esas ondas pasaron a través del estrato inferior del viento brillante, pero no del superior más denso. Entonces, según esto, fueron «rebotadas» entre los dos estratos, puesto que ya estarían lo suficientemente debilitadas como para ser incapaces de romper el nivel inferior y regresar. Es probable que fuesen lanzadas alrededor del planeta quizá más de una vez, siendo constantemente rejuvenecidas por los generadores del Krang.

—Oh, sé que probablemente no son ondas sonoras —dijo Malaika—, pero

¿circulación en la atmósfera a nivel planetario? Procedente de una única fuente generadora..., manteniendo una cierta fuerza mínima..., la energía que requeriría... ¿Realmente lo creéis posible?

—Mi querido Malaika, considero que cualquier cosa es posible, a menos que lo contrario esté claramente demostrado..., y mucho más cuando esta máquina tiene que ver con el asunto.

—Incluso simples ondas sonoras —añadió Tse-Mallory—. En la propia Tierra, en el año 1883 del viejo calendario, hubo una explosión volcánica en el principal océano. Una isla llamada Krakatoa explotó con bastante violencia. Las ondas de la explosión viajaron varias veces alrededor del planeta. El sonido de las explosiones — recordad, simples ondas sonoras— fue oído en la mitad del globo. Dadas las habilidades de los Tar-Aiyim y el hecho de que aquéllas eran mucho más que simples ondas sonoras, consideraría la producción de tales formas como una elegante posibilidad. Además, pensé que necesitaríais pocas demostraciones después de ésa tan espectacular que hemos tenido.

—La conclusión tras el hecho —dijo Truzenzuzex secamente—. Muy astuto por tu parte, hermano. Sin embargo, como sólo soy ligeramente más entendido en este asunto que tú...

—¡Protesto!

—Dejaré el asunto. Los Tar-Aiyim eran completamente capaces, como dices, de amplificar la naturaleza...

—Supongo que eso explicaría entonces lo que le ocurrió a nuestro rafiki Nikosos —murmuró Malaika—. Una vez que su transbordador entró en la región de vibraciones efectivas...

—¿Oscilación destructiva? —añadió Tse-Mallory.

—¿Destrozado en pedazos? Posiblemente —dijo Truzenzuzex—. O quizá esas ondas provoquen una rotura o un debilitamiento de la estructura atómica. Incluso dentro de lo que probablemente era el lugar más seguro de todo el planeta, las vibraciones —música si queréis— casi rompen mi esqueleto. No es un proceso imposible. Fantástico sí, pero no imposible. Personalmente, me interesa mucho más el método utilizado para eliminar su nave espacial.

—*Ndiyn* —dijo Malaika—. ¿Y qué hay sobre eso? No estaba cerca de la atmósfera, y por tanto no pudo haber sido atrapado en los estratos de viento brillante.

—Además de mantener una pantalla defensiva impenetrable alrededor del planeta, el Krang no sería más que un artificio para neutralizar al enemigo si no tuviese también capacidades ofensivas —continuó el thranx—. Un ingenio de naturaleza completamente defensiva estaría en contradicción con todo lo que sabemos de la psicología de los Tar-Aiyim. Y todos sois conscientes de que la calidad de las vibraciones cambió bastante significativamente hacia el final de nuestra tortura. Entonces, Flinx, ¿sentiste la destrucción de la otra nave? ¿No hubo ningún signo de explosión? ¿Ninguna llamarada? ¿Nada?

Una pregunta segura y una que difícilmente podía negar.

—Así es, señor. Simplemente... se desvaneció.

—¡Hum! Sospecho una posibilidad que probablemente nunca será confirmada, pero... recordad que nuestra nave estaba a muy corta distancia sin embargo, aparentemente no ha sido dañada. Sospecho, gentiles señores, que el Krang es un generador gravitónico, pero de una energía no soñada ni siquiera por los antiguos dioses. —Miró directamente a Malaika—. Capitán, ¿qué sucedería si un campo de gravedad de un diámetro aproximado de un centímetro, con un campo igual en fuerza a la superficie de una estrella de neutrones, golpease sobre una verdadera masa?

El atezado rostro de Malaika reflejó confusión, revelación y sorpresa en una sucesión asombrosamente breve. Su voz reflejaba las tres.

—¡*Manisa!* Eso provocaría una discontinuidad Schwarzschild, pero es...

—¿Imposible? —Truzenzuzex sonrió—. Perdón, capitán, pero ¿de qué otra forma podríais explicarlo? La energía necesaria para generar un campo así necesitaría de una nave del tamaño de un planeta... Mucho más sencillo utilizar un planeta, ¿no? Y recordad que no hubo evidencia de explosión. Naturalmente que no. Ni siquiera la luz podría escapar de un campo de fuerza semejante. Y la gravedad sigue una ley cuadrada inversa. Así que nuestra nave no estuvo efectivamente en peligro. Sería difícil imaginar un arma más perfectamente selectiva. A un solo kilómetro de distancia ni siquiera advertiríais el campo. Pero se toca y ¡puf! ¡La nada instantánea! Espero que se tenga el buen sentido de no jugar demasiado con ese artefacto, capitán. —La voz del thranx era supersolemne—. No sabemos en absoluto nada sobre cómo operar un campo semejante. ¿Suponéis que no se descubriría la forma de «descrear» un campo así? Obviamente el Krang puede hacerlo... Cómo, no puedo empezar a imaginármelo. Pero si un campo semejante fuese liberado sin control, vagaría a través del universo tragándose todo.

Ahora en la cabina había demasiado silencio.

—Pero creo que hay pocas probabilidades de eso —continuó más animosamente—. A menos que nuestro joven amigo pueda activar de nuevo el mecanismo, sin mencionar dirigirlo con tanto éxito.

Desde hacía algún tiempo, Flinx había leído que la velada acusación llegaría. Sabía que tendría que ser contrarrestada. No debían considerarle capaz de manejar un arma tan amenazadora. Especialmente se recordó a sí mismo que no estaba seguro de poder hacerlo.

—Ya os lo dije, señor. No sé lo que pasó. La máquina me controlaba a mí, no al revés.

—Sin embargo... —dijo el thranx significativamente.

Habría sido fácil remodelar la mente del insecto de forma que simplemente aceptase al pie de la letra la explicación de Flinx sobre el suceso. Demasiado fácil. El Krang no había afectado su sentido de la ética. Además, la idea de jugar deliberadamente con los centros más profundos del pensamiento de otra persona

resultaba ligeramente repulsiva y aterradora, especialmente cuando la mente en cuestión era mucho más sabia que la suya. «El poder —se recordó a sí mismo— no es lo mismo que el conocimiento». En el futuro necesitaría una buena cantidad de esto último.

—Mirad...

Pensaba rápidamente. Ahora era fácil.

—En lo que se refiere a «dirigir» el artefacto, vos mismo dijisteis que la máquina estaba compuesta por sistemas de circuitos infinitamente sofisticados. Una vez activada, sería posible manejar la situación a propio antojo. Yo simplemente fui como la bujía de hidrógeno que activó el mando KK.

—¿Y cómo explicar que efectuase las acciones que realizó?

—Quizá la nave de Nikosos hizo un movimiento que la máquina interpretó como hostil y respondió acordemente. Quizá ya estaba afinada y preparada cuando yo entré allí. Ciertamente no soy tan diferente del resto de vosotros —era mentira—. Probablemente mi don, o talento, o como queráis llamarlo, tuvo algo que ver con ello. Recordad que no hice nada la primera vez que entré.

—Tengo el presentimiento de que tus mismos miedos en aquel momento tuvieron bastante que ver con eso también. Sí, eso es plausible.

—Correcto —continuó Flinx, agradecido por la oportunidad—. Estaba asustado cuando entré esta vez, realmente asustado —era cierto—. Mi tensión emocional tuvo que ser captada por la máquina. ¡Es también un ingenio artístico! Probablemente cualquiera de nosotros podría haberla estimulado bajo aquellas condiciones. —Posible, no probable—. En cualquier caso, ahora ha terminado, y no tengo ningún deseo de intentarlo otra vez. (Verdad a medias).

—¡Ya es bastante, muchacho! Eres demasiado agresivo para mi pobre mente senil. Estoy satisfecho por esta vez. —Flinx leía otras cosas, pero no importaba—. Me has convencido en limpio combate oral de igual a igual. Juega conmigo al ajedrez de las personalidades. No te dejaré ni las pecas. Sin embargo... —miró al minidrag y después a Flinx— ¿dices que no sientes cambios, ningún efecto residual?

Flinx sacudió la cabeza con una seguridad que hubiese enorgullecido a Madre Mastín.

—No. Realmente no sé lo que pasó. Mi mente estaba...

Se interrumpió al extinguirse bruscamente la luz exterior. El transbordador se había deslizado en su muelle de amarre en el departamento de carga del Glory.

—Ya está —dijo innecesariamente Malaika. Para enorme satisfacción de todos, su pipa se había apagado.

—Me encantaría continuar esta discusión con vosotros, gentiles señores, pero en algún futuro nafasi. ¿Ndiyo? Si no consigo que algo de consistencia reconociblemente líquida se deslice muy pronto por mi garganta, ¡podréis esparcirme en órbita junto al viento brillante, porque me convertiré en polvo!

Pasó a través del estrecho pasillo y abrió la pequeña compuerta de personal. La

pálida luz verde de la esfera de la bodega se introdujo en el interior del transbordador. Un cable se balanceaba convenientemente cerca. Con Sissiph en sus brazos comenzó a trepar. Atha fue la siguiente, seguida por los dos científicos. Flinx recogió a Pip del lugar donde el minidrag yacía cómodamente enroscado sobre el brazo de una silla y lo colocó sobre el hombro. Se apresuró a salir de la nave. Incluso ahora quería evitar la figura de Wolf. Siguió a los demás por el cable.

Cuando llegaron a la sección de la nave dotada de gravedad, todo el mundo siguió su camino por separado. Atha y Wolf fueron a Control. Malaika y Sissiph a su camarote. El mercader no había tomado todavía ni una sola gota de intoxicante, pero se había ahorrado un rescate y había ganado un planeta. Incluso aunque nunca obtuviese un céntimo de su inversión, sólo esto era capaz de emborracharle ligeramente. Los dos científicos se dispusieron a reanudar su eterno juego de ajedrez de personalidades, como si nunca lo hubiesen interrumpido.

—Eso no fue una psicosis legal —dijo Tse-Mallory alcanzando con su voz a Flinx—. ¡Lo sabes muy bien!

—Vamos, Bran. ¿Cómo puedes decir eso? Está claro que cuando yo instigué un salto de cuatro casillas en esa pieza del miedo infantil secundario...

Sus voces se desvanecieron cuando dobló la esquina que conducía hasta el camarote.

Flinx bajó la vista hacia su hombro. El minidrag, con los efectos de su prueba desapareciendo aparentemente, estaba profundamente dormido.

Se detuvo después de un momento de duda. Después se encogió de hombros, sonriendo. Silbando una conocida canción, deliciosamente lasciva, se apresuró esperando ansiosamente el mayor pseudobistec que le pudiese proporcionar el autochef. Tenía mucho que pensar y mucho que hacer.

CAPÍTULO XXIV

RASHALLEILA Nuaman se reclinó en su enorme cama y examinó ociosamente la descompuesta y semidesnuda figura de su sobrina. Obviamente, la muchacha había utilizado más fuerza que sentido común al protestar de la orden de presentarse ante su tía.

—Teleen —dijo suspirando—, estoy terriblemente desilusionada contigo. Algunas veces puedo entender la estupidez, pero la chapucería es inexcusable. Por supuesto, conocía tu divertido plan para deshacerte de mí.

La muchacha se sobresaltó al oír esto y sus ojos danzaron por la habitación en busca de algún lugar por donde escapar. Incluso asumiendo que pudiese evadirse del apretón de los dos gigantes que permanecían impassibles a ambos lados, no había ningún sitio en aquella luna sin aire donde pudiese escapar.

—Oh, no te preocupes por eso, niña. A mí no me molestó. En realidad, lo consideré más bien un intento admirable. Demostraba un cierto coraje para variar. Pero que hayas escogido interferir con los negocios... eso, querida —y aquí su voz bajó peligrosamente—, fue una mala elección por tu parte. Quizá tendría más simpatía por ti si hubieses triunfado. Y también por los AAnn. ¡Dios mío, Dios mío! Supongo que sabes que son lo más parecido a un enemigo hereditario que tiene la humanidad.

Él tono de Teleen fue amargamente sarcástico.

—No me encajes sentimentalismos patrióticos, ¡santurrona maniática! Tú le venderías niños recién nacidos al demonio si pensases que era algo más que una simple superstición... y que sería provechoso.

—Estás siendo absurda, muchacha. Y además impertinente. Ciertamente no lo haría, al menos por despecho, como tú. Ser declarada un enemigo de la Liga y ser excomulgada de la Iglesia requeriría en compensación la promesa de un potencial mucho mayor que esa pequenez a la que tú aspirabas. Y por encima de todo lo demás, tu ineptitud de adolescente me obligará a soportar una inaguantable cantidad de ridículo a manos de un viejo amigo, muy querido, quien incidentalmente, según mis informes, hace ya mucho que ha terminado el registro de un cierto planeta por medio de la retransmisión espacial, sin impedimentos de ningún tipo. Ahora me veré forzada a recurrir a medios legales para obtener lo que, por derecho, era mío en primer lugar. Como quizá sepas, esos procedimientos son notablemente injustos.

»Sin embargo, no estamos aquí para discutir eso. Lo que vamos a determinar, querida sobrina, es lo que voy a hacer contigo. Temo que tu actitud ha tomado un rumbo más bien peligroso. Yo no lo temo, pero mis hombres también pueden equivocarse. Según esto, me veo forzada a enviarte de vacaciones hasta el momento

en que te hayas persuadido a encauzar tus considerables energías hacia ocupaciones más productivas. Tendrás tiempo suficiente para arrepentirte y reajustar tus actividades rebeldes. En el sistema de Qatar hay una institución mental excelente y muy famosa. Está dirigida por un grupo de excepcionales terapeutas, que me han ayudado a menudo en el pasado. Aunque sus métodos han sido puestos en cuestión a menudo, casi siempre por la Iglesia, sus éxitos no pueden ser negados. El director es un amigo personal de alta categoría.

—Rory —imploró Teleen.

—Estoy segura de que se sentirán felices de acogerte como huésped durante un tiempo. Desgraciadamente, se especializan en neurosis infantiles y maniacos sexuales del tipo más extremo. Entonces, ¿en qué sección piensas que estarías más cómoda?

—¡Rory!

Ahora la voz de la muchacha era aterrorizada y chillona.

Rory Mallap van Cleef estaba silenciosamente al lado de la cama con un taparrabos de seda y lentejuelas.

—Oh, no tienes que molestar a tu cómplice y confidente, querida. El querido Rory sabe de qué lado de la cama está su mantequilla.

Rashalleila sonreía suavemente. La voz de Rory era tranquila y suave. De hecho, casi neutral.

—Lo siento, amor —flexionó un bíceps—. Todavía te amo, por supuesto, pero no veo por qué deberíamos sufrir los dos a causa de este infortunado fracaso. Te esperaré.

Después de una pensativa pausa, continuó:

—Espero que esto no rompa nuestra relación.

La contestación de Teleen fue irreproducibile.

—¡Vaya una forma de hablar! Después de todas esas escuelas tan caras. Sí, estoy segura de que serás colocada en la sección más apropiada a tu actitud, niña. No veo por qué no puedes aprovechar la oportunidad para perfeccionar tu educación, al mismo tiempo que mejoramos tu carácter.

Agitó negligentemente una mano y la muchacha fue conducida fuera de la habitación, escupiendo y berreando.

—¡Querida, ahora recuerda que dependo de ti para que tus anfitriones conozcan el verdadero espíritu Nuaman! Vuelve a nosotros en una pieza. ¿Lo harás?

Movió su cabeza tristemente, después de que las puertas, al cerrarse, cortaron el sonido de los lejanos alaridos de la muchacha.

—No estoy segura de que esa chica sea capaz alguna vez de llevar las riendas de la compañía. Todo se vuelve contra mí, y yo soy vieja. Pero no tan vieja —extendió una mano—. Rory, ven aquí.

Estaban a mitad de camino, dirigiéndose suavemente hacia Moth. Flinx levantó la vista de su juego con el solitario de cristal que ahora se había convertido en algo infantilmente simplista. La sensación de pensamientos en conflicto violento se había

vuelto demasiado fuerte para ser ignorada. Siendo uno de los turnos normales de sueño, era el único en el salón, y la conmoción le sorprendió.

Una Atha bastante desgredada entró en la habitación. Obviamente no había esperado encontrar a nadie, y se advertía que la presencia de Flinx la había contrariado.

—Bien —comenzó torpemente tratando a la vez de arreglar sus vestidos—. Oh, ya casi hemos terminado nuestro viaje, Flinx. Me imagino que estarás ansioso de llegar a casa... y de recibir esa papeleta de crédito que Malaika ha preparado para ti.

—Sí, de ambas cosas. Supongo que vas a Control a relevar a Wolf.

—¡Hum! ¡Oh, sí, naturalmente!

Tuvo que ocultar su regocijo ante la manera en que Atha se había agarrado a la excusa. Ella continuó.

—Sí, vengo de realizar algunas alteraciones en la colocación de los suministros de la nave. Se estaban haciendo difíciles de manejar. Tuve que... trabajar en el problema durante bastante tiempo para arreglar las cosas.

—¿Y lo hiciste?

—Oh, sí. Ahora todo estará en el lugar adecuado.

Su sonrisa era amplia. Desapareció, dirigiéndose hacia la parte delantera de la nave.

Un breve rato después, una Sissiph mucho más desgredada, mostrando un desaliño parecido, entró tambaleándose en el salón. La expresión de su rostro era asesina, interrumpiéndose únicamente cuando hacía una mueca al mirarse alguna moradura particularmente dolorosa. Dirigió una mirada insegura antes de salir en la dirección del enorme camarote que compartía con Malaika.

Parecía entonces que todo el mundo había sacado algún provecho de la expedición. Suspiró y volvió a su juego, pero éste había perdido parte de su atractivo. Había mucho que hacer, y no estaba seguro de cómo hacerlo. Si no pudiese divertirse nunca... Sabía que Malaika le preparaba grandes cosas. No podía verse a sí mismo en el papel que el mercader había soñado para él: vistiéndose para dar conferencias de gala, machacando a sus oponentes con su asombrosa penetración... Quizá pudiese arreglar un compromiso. Pero eso significaría dejar los mercados y sus amigos allí. Madre Mastín probablemente no tendría problemas para adaptarse a una vida semejante. Se echó a reír. ¿Podría la alta sociedad sobrellevarla? Más seriamente: ¿cómo se adaptaría él mismo? Todo el mundo estaba convencido en aquellos tiempos de su propia veracidad y certeza en el conocimiento de que «la mía es la mejor manera de hacer las cosas».

También había visto lo que la gente desagradable podía hacer a la agradable, lo suficiente para querer modificar la situación. Allá fuera había mentes que se resistirían a tales esfuerzos. ¿Quién era él para cambiar las vidas de los demás? ¿Quería jugar a ser Dios? No lo creía así. Además sólo tenía... Bueno, tenía casi diecisiete años, ¿no? Poseía talento. Un hombre inocente y dos probablemente

culpables habían muerto porque no lo había usado bien. Ahora tenía poder. ¿Quién sabía cuántos habían muerto en el espacio a causa de ello? Poder. ¡Bah! ¡No era ni siquiera la décima parte de Tse-Mallory! Necesitaría que hombres así le ayudasen, o probablemente cometería graves errores. Ahora podían resultar fatales. ¿Lograría controlar lo que era ahora? ¿Quería hacerlo?

Sin embargo, el universo entero estaba allí fuera, y parecía una vergüenza no echarle un vistazo.

FIN



ALAN DEAN FOSTER (Nueva York, EE. UU., 18 de noviembre de 1946). Prolífico escritor, tanto de ficción como de no ficción, aunque destaca por su trabajo en el primer campo. Ha cultivado varios géneros narrativos como la ciencia ficción, la fantasía, el terror, la novela policiaca, el Oeste, la novela histórica y la novela realista. Sus obras se han traducido a más de 50 idiomas, entre ellos el español. Es además autor de numerosos artículos sobre cine, ciencia y submarinismo y conocido por su labor en la novelización de guiones de cine, como su trabajo en la saga *Alien* o *Star Trek*.

Fue el primer escritor en «dedicarse» a *Star Wars*, escribiendo la novelización de *Una nueva esperanza* como «negro» para George Lucas y *El ojo de la mente*, la primera novela original sobre *Star Wars* con la que creó el Universo expandido. Pasados una años volvió a *Star Wars* con la novela *La llegada de la tormenta*, ambientada ya en las precuelas.

Su novela *Cyber War* ganó el premio Southwest Book de ficción en 1990 y fue su primer trabajo en este campo. Vive con su mujer en Prescott, Arizona.